

Libros
del *Cielo*

red hill

JAMIE
MCGUIRE

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.

También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta la lectura!

STAFF

Moderadora

Moni

Traductoras

Moni
Juli
Aimetz14
EyeOc
Maca Delos
Vanessa VR
Mel Markham
Sofi Fullbuster
Blaire2015
Annabelle

aa.tesares
CrisCras
Adriana Tate
Val_17
Tsuki
Marie.Ang
perpi27
Hamort
NnancyC
Majo_Smile ♥

Correctoras

Melii
Aimetz14
Moni
Sofi Fullbuster
Tsuki
Itxi
Moni

Meliizza
CrisCras
Vanessa VR
Alaska Young
Juli
Elle
NnancyC

Lectura Final

CrisCras

Diseño

Sofia Belicov

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Sobre el autor

SINOPSIS

Cuando el mundo se acaba, ¿puede sobrevivir el amor?

Para Scarlet, criar a sus dos hijas sola hace que el luchar por un mañana sea una batalla de cada día. Nathan tiene una esposa, pero no puede recordar cómo es estar enamorado; sólo su hija Zoe hace que el regresar a casa valga la pena. La preocupación más grande de Miranda es si su nuevo Volkswagen Beetle es lo suficientemente grande para llevar a su hermana y sus novios en una escapada de fin de semana de los finales de la universidad.

Cuando los informes de un extenso “brote” mortal comienzan a surgir, estas personas ordinarias se enfrentan a circunstancias extraordinarias y de pronto sus destinos están entrelazados. Reconociendo que no pueden escapar del peligro, Scarlet, Nathan y Miranda buscan desesperadamente refugio en el mismo rancho aislado, Red Hill. Las emociones son altas mientras las viejas y nuevas relaciones son puestas a prueba ante un enemigo terrorífico —un enemigo que ya no recuerda lo que es ser humano.

Con el trasfondo de un mundo apocalíptico brillantemente realizado, el amor de alguna manera encuentra una manera de sobrevivir. Pero, ¿qué pasa cuando la persona por quien morirías se convierte en quien podría destruirte?

Red Hill te atrapa desde la primera página y no te deja ir hasta su asombrosa conclusión. Esta es una obra de la escritora #1 de bestseller por el *New York Times*, Jamie McGuire, en su momento más inolvidable.

PRÓLOGO

Scarlet

Traducido por Moni

Corregido por Melii

—La advertencia fue corta —dijo casi de pasada—. Los cadáveres fueron reunidos y destruidos. —Los locutores de la radio hicieron algunas bromas después, y ese fue el final. Me tomó un momento procesar lo que la reportera había dicho a través de los altavoces de mi camioneta Suburban: *Finalmente*. Un científico en Zurich *finalmente* había logrado crear algo que —hasta entonces— sólo había sido ficticio. Por años, contra todo código de ética conocido por la ciencia, Elias Klein había intentado y fallado en reanimar un cadáver. Una vez fue un líder en medio de los más inteligentes del mundo, y ahora era el hazmerreír. Pero ese día habría sido un criminal, si no estuviera ya muerto.

En ese momento, veía a mis hijas discutiendo en el asiento trasero a través del espejo retrovisor, y las dos palabras que debieron haber cambiado todo apenas se registraron. Dos palabras, si no hubiera estado recordándole a Halle que le diera a su maestro la hoja de permiso de la excursión, me habrían hecho conducir lejos de la acera con mi pie apretando el pedal del acelerador hasta llegar al suelo.

Cadáveres. Reunidos.

En cambio, estaba centrada en decir por tercera vez que el padre de las niñas, Andrew, las recogería en la escuela ese día. Luego, viajarían a una hora de distancia hacia Anderson, la ciudad que solíamos llamar hogar, a escuchar al Gobernador Bellmon hablarle a los compañeros bomberos de Andrew mientras el periódico local tomaba fotos. Andrew pensó que sería divertido para las niñas, y estuve de acuerdo con él —tal vez por primera vez desde que nos divorciamos.

Aunque la mayoría de las veces Andrew carecía de sensibilidad, era un bombero de servicio. Llevaba a nuestras hijas, Jenna, quien apenas tenía trece años y era demasiado hermosa (pero un poco tonta) para su propio bien, y Halle, quien tenía siete años, a jugar bolos, a cenar, y a ver una película de vez en cuando, pero era sólo porque sentía que debía hacerlo. Para Andrew, pasar tiempo con sus hijas era parte de un trabajo, pero no uno que disfrutara.

Mientras Halle agarraba mi cabeza y volvía mi cara para forzar dulces besos en mis mejillas, coloqué bien sus lentes de pasta gruesa bordeados en negro. Sin saborear el momento, sin darme cuenta que estaban pasando tantas cosas ese día que crearían la tormenta perfecta para separarnos. Halle medio trotó, medio saltó por la acera hacia la entrada de la escuela, cantando en voz alta. Ella era el único ser humano que yo sabía que podía ser intolerablemente desagradable y entrañable al mismo tiempo.

Algunas gotas de agua salpicaron el parabrisas, y me incliné hacia delante para ver mejor la nubosidad de arriba. Debí haber enviado a Halle con un paraguas. Su ligera chaqueta no aguantaría la temprana lluvia de primavera.

La siguiente parada era la escuela intermedia. Jenna estaba distraída discutiendo una asignación de lectura mientras le enviaba mensajes de texto al más reciente chico de su interés. Le recordé de nuevo, mientras nos deteníamos en la línea de bajada, que su padre la recogería en el lugar habitual, justo después de recoger a Halle.

—Te escuché las diez primeras veces —dijo Jenna, su voz ligeramente más profunda que el promedio de las chicas de su edad. Me miró con ojos marrones y vacíos. Estaba presente en cuerpo, pero rara vez en mente. Jenna tenía una imaginación salvaje que era, oh, tan aleatoria de la manera más maravillosa, pero últimamente no podía hacer que prestara atención a algo más que a su celular. La traje a este mundo con apenas veinte años. Prácticamente crecimos juntas, y me preocupaba por ella, si lo había hecho todo —o nada— bien; pero de alguna manera estaba resultando mejor de lo que nadie podía haber imaginado.

—Esa sólo fue la cuarta vez. Puesto que me escuchaste, ¿qué dije?

Jenna suspiró, apartando la mirada de su teléfono, sin expresión. —Papá nos va a recoger. En el lugar habitual.

—Y sé amable con la novia. Él dijo que fuiste grosera la última vez.

Jenna me miró. —Esa fue la antigua novia. No he sido grosera con la nueva.

Fruncí el ceño. —Me dijo eso hace sólo un par de semanas.

Jenna hizo una mueca. No siempre teníamos que decir en voz alta lo que estábamos pensando, y yo sabía que ella estaba pensando lo mismo que yo quería decir, pero que no lo hice.

Andrew era una puta.

Suspiré y me volví para mirar hacia delante, agarrando el volante tan fuertemente que mis nudillos se pusieron blancos. Eso de alguna manera me ayudaba a mantener mi boca cerrada. Le había hecho una promesa a mis hijas, silenciosamente, cuando firmé los papeles del divorcio dos años antes: nunca hablaría mal de Andrew con ellas. Incluso si él se lo mereciera... y frecuentemente así era.

—Te amo —dije, mirando a Jenna empujando la puerta con su hombro—. Nos vemos el domingo en la tarde.

—Sip —dijo Jenna.

—Y no cierres de golpe la...

Un fuerte golpe sacudió la Suburban cuando Jenna cerró la puerta

—...puerta. —Suspiré y me alejé de la acera.

Tomé Maine Street hacia el hospital donde trabajaba, aun agarrando el volante con fuerza y tratando de no maldecir a Andrew con cada pensamiento. ¿Tenía que presentarle a nuestras hijas a cada mujer con la que se acostaba más de una vez? Le había pedido, le había suplicado, y gritado que no lo hiciera, pero eso sería inconveniente, no dejar que su novia de una semana comparta los fines de semana con sus hijas. No importaba que tuviera de lunes a viernes con quién fuera. El truco era que si la mujer tenía hijos para distraer a Jenna y a Halle, Andrew usaría esa oportunidad para “hablar” con ella en la habitación.

Mi sangre hervía. Trabajador o no, era un idiota cuando estuve casada con él, y un idiota aún más grande ahora.

Coloqué la Suburban dentro del último lugar de estacionamiento decente en el aparcamiento de empleados, escuchando las sirenas mientras una ambulancia se detenía en la unidad de emergencia y se detenía en la entrada de ambulancias. La lluvia comenzó a caer. Un gruñido escapó de mis labios, mirando a los trabajadores correr hacia dentro, sus uniformes empapados por un recorrido corto de la calle hasta la entrada lateral. Yo estaba a media cuadra de distancia.

Gracias a Dios que es viernes.

Gracias a Dios que es viernes.

Gracias a Dios que es viernes.

Justo antes de que apagara el motor, otro reporte sonó por la radio, algo sobre una epidemia en Europa. Mirando hacia el pasado, todos sabían entonces lo que estaba pasando, pero había sido una broma durante tanto tiempo que nadie quería creer que estaba ocurriendo de verdad. Con todos los programas de televisión, cómics, libros y películas sobre los muertos vivos, no habría sido una sorpresa que alguien finalmente hubiera sido lo suficientemente inteligente y loco como para intentarlo y hacerlo realidad.

Sé que el mundo terminó un viernes. Fue el último día en que vi a mis hijas.

1

Scarlet

Traducido por Juli

Corregido por Aimetz14

Mi pecho se hinchó cuando la gruesa puerta de metal se cerró con fuerza detrás de mí. Tendí mis brazos a cada lado, dejando que el agua se escurriera por mis dedos hasta el suelo de baldosas blancas. Mi ropa quirúrgica, una vez azul Francia, ahora era azul marino, muy saturada con el agua de la fría lluvia.

Un sonido aplastante vino de mis zapatillas cuando di un paso. *Ick*. La ropa y los zapatos estaban completamente mojados, y parecía como si hubiera saltado en una piscina vestida. Incluso mis bragas estaban húmedas. Estábamos a sólo un par de días de la primavera, y un frente frío se había hecho presente. La lluvia se sentía como si volaran picos mortales de hielo.

Picos mortales de hielo. *Ja*. Es la manera dramática de Jemma de describir las cosas y obviamente me la está contagiando.

Deslicé mi tarjeta de identificación a través del lector de tarjetas y esperé hasta que la pequeña luz en la parte superior se puso verde y un pitido agudo sonó, acompañado por el fuerte chasquido de la puerta al abrirse. Tuve que usar todo mi peso corporal para empujar la pesada puerta, y luego entré en el pasillo principal.

Algunas personas me lanzaron sonrisas entendedoras que ayudaron a aliviar parte de mi humillación. Era obvio que todos acababan de llegar para el momento en que el cielo se abrió y orinó sobre nosotros.

De dos pasos a la vez, subí las escaleras hacia la planta de cirugía y me metí en el vestuario de las mujeres, desnudándome y cambiándome a una bata de cirugía de color azul claro. Sostuve mis zapatillas de deporte bajo el secador de manos, pero sólo por unos segundos. El resto de los técnicos de rayos X me esperaban abajo. Teníamos un estudio radiológico gastrointestinal completo a las ocho en punto, y el radiólogo de esta semana se ponía un poco de mal humor cuando lo hacíamos retrasar.

Con mis zapatillas todavía chapoteando, corrí por las escaleras y por el pasillo principal de radiología, pasando por las puertas dobles de la sala de urgencias en mi camino. Chase, el guardia de seguridad, me saludó al pasar.

—Hola, Scarlet —dijo con una pequeña sonrisa tímida.

Sólo asentí, más preocupada por llegar a la sala justo a tiempo que de la charla.

—Deberías hablar con él —dijo Christy. Asintió en dirección a Chase mientras yo la pasaba rápidamente, haciendo volar su montón de largos rizos rubios.

Negué con la cabeza, entrando en la sala de examen. El familiar sonido de mis pies golpeteando el suelo comenzó un ritmo equitativamente familiar. Con lo que sea que limpiaron el suelo, se suponía que era para desinfectar las peores bacterias conocidas por el hombre, pero dejaban un residuo pegajoso. Tal vez para recordarnos que estaba allí, o que el piso tenía que ser fregado nuevamente. Saqué botellas de contraste de bario del gabinete superior y llené el espacio restante con agua. Volví a colocar la tapa y, a continuación, sacudí la botella para mezclar el polvo y el agua hasta formar una asquerosa pasta viscosa que olía a plátanos. —No empieces. Ya he dicho que no. Parece de quince años.

—Tiene veintisiete años, y no seas una arpía. Es lindo, y se muere de ganas de que hables con él.

Su sonrisa pícaro era exasperantemente contagiosa. —Es un niño —le dije—. Ve por el paciente.

Christy sonrió y salió de la habitación, e hice una nota mental de todo lo que había puesto sobre la mesa del Dr. Hayes. Dios, estaba de mal humor, sobre todo los lunes, y más aún durante los climas de mierda.

Tenía la suficiente suerte para tener, de alguna manera, su aprobación. Como estudiante, yo había limpiado casas para los radiólogos. Ganaba un buen dinero, y era perfecto ya que estaba en la escuela cuarenta horas a la semana en ese momento. Los médicos eran muy estrictos en el hospital, pero me ayudaron más que nadie mientras pasaba por el divorcio; me dejaron llevar a las niñas a trabajar y me dieron un poco más para navidad y los cumpleaños.

El Dr. Hayes me pagaba bien para conducir hasta su lugar de escape de la ciudad, el rancho Red Hill, a una hora y media de distancia en el medio de la nada en Kansas para limpiar su antigua granja. Era un largo viaje, pero cumplía su propósito: no había servicio de celular. Ni Internet. Ni tráfico. Y tampoco vecinos.

Encontrar el lugar por mi cuenta me tomó varios intentos hasta que Halle compuso una canción con las instrucciones. Podía oír su vocecita en mi cabeza, cantando en voz alta y dulcemente por la ventana.

Al oeste por la autopista 11, en nuestro camino hacia el cielo.

Al norte por la carretera 123 ¿123? ¿123!

¡Cruza la frontera, es una orden!

A la izquierda hacia la torre blanca.

Entonces mamá puede limpiar la ducha del doctor.

A la derecha por el cementerio ¡espeluznante... y aterrador!

¡Primero a la derecha! ¡Eso es! ¡Red! ¡Hill! ¡Vamoooss!

Después de eso, podíamos llegar allí, lloviera o tronara. Incluso yo había mencionado un par de veces que ese sería el escondite perfecto en caso de un apocalipsis. Jenna y yo éramos un poco adictas a lo post-apocalípticos, siempre viendo maratones del fin del mundo y programas de televisión de entrenamiento. Nunca enlatamos pollo ni construimos un tanque subterráneo en el bosque, pero era entretenido ver hasta dónde eran capaces de llegar las otras personas.

El rancho del Dr. Hayes sería el lugar más seguro para sobrevivir. Los armarios y la despensa siempre estaban llenos de comida, y el sótano enorgullecería a cualquier entusiasta del arma. Las suaves colinas mantenían la casa un tanto discreta, y los campos de trigo bordeaban tres lados. El camino era de unos cuarenta y cinco metros del lado norte de la casa, y en el otro lado de la tierra roja había otro campo de trigo. Aparte del gran de arce en la parte trasera, la visibilidad era excelente. Buena para ver puestas de sol, mala para cualquiera que trate de escabullirse sin ser detectado.

Christy abrió la puerta y esperó a que el paciente entrara. La joven dio un paso dentro, delgada, con los ojos hundidos y cansados. Parecía al menos nueve kilos por debajo de su peso.

—Esta es Dana Marks, la fecha de nacimiento es el doce del nueve del ochenta y nueve. ¿De acuerdo? —dijo Christy, volviéndose hacia Dana.

Dana asintió, la piel delgada de su cuello se extendió sobre sus tendones cuando lo hizo. Su piel era de un color gris enfermizo, destacando el púrpura debajo de sus ojos.

Christy le entregó a la mujer una bata de tela azul fina. —Ponte esta bata detrás de la cortina, allí, y quítate la ropa interior. No tienes diamantes ni nada, ¿verdad?

Dana negó con la cabeza, pareciendo ligeramente divertida, y luego hizo lentamente su camino detrás de la cortina.

Christy recogió una placa y se acercó a la mesa de rayos X en el centro de la habitación, deslizándola en la bandeja de Bucky entre la superficie de la mesa y los controles. —Al menos deberías decir hola.

—Hola.

—A mí no, tonta. A Chase.

—¿Seguimos hablando de él?

Christy puso los ojos en blanco. —Sí. Es lindo, tiene un buen trabajo, nunca se ha casado, no tiene hijos. ¿Mencioné que es lindo? Todo ese pelo oscuro... ¡y sus ojos!

—Son de color marrón. Adelante. Te desafío a que los destaques.

—No son simplemente marrones. Son como de un color miel dorado. Será mejor que te lances en este momento antes de que pierdas tu oportunidad. ¿Sabes cuántas mujeres solteras en este hospital están babeando por él?

—No estoy preocupada por eso.

Christy sonrió y negó con la cabeza, y luego su expresión cambió cuando le sonó el buscapersonas. Lo sacó de su cintura y miró hacia abajo. —Mierda. Tengo que mover el escáner C de la sala de operaciones número 2 para el caso del Dr. Pollard. Oye, voy a tener que irme un poco temprano para llevar a Kate al odontólogo. ¿Crees que podrías hacer mi cirugía de las tres? Es súper fácil.

—¿Qué es?

—Sólo un catéter. Básicamente ser niñera del escáner.

El escáner C, llamado así por su forma, les mostraba a los médicos dónde se encontraban en el cuerpo en tiempo real. Dado que la máquina emitía radiación, era nuestro trabajo como técnicos de rayos X estar allí, presionar, sacar y presionar el botón durante la cirugía. Eso, y asegurarnos de que el médico no le emitiera demasiada radiación al paciente. No me importaba llevarlo, pero la maldita cosa era pesada. Sin

embargo, Christy habría hecho lo mismo por mí, así que asentí. —Por supuesto. Sólo dame el buscaperonas antes de irte.

Christy agarró un mandil de plomo y luego me dejó para irse arriba. —Eres increíble. Escribí la historia de Dana en la hoja de solicitud. ¡Hasta luego! ¡Consigue el número de Chase!

Dana salió lentamente del cuarto de baño, y le hice un gesto para que se sentara en una silla junto a la mesa.

—¿Tu doctor te explicó el procedimiento?

Dana negó con la cabeza. —En realidad no.

Unas palabras cruzaron por mi mente. Cómo un médico podía enviar a una paciente a un procedimiento sin una explicación, estaba más allá de mi entendimiento, y cómo un paciente podía no preguntar algo así, tampoco lo entendía.

—Voy a tomarte algunas radiografías del abdomen, y luego iré a buscar al médico. Volveré, haremos la prueba de la mesa inclinada, y te levantarás y tomarás esa taza de bario —dije, señalando la taza que había detrás de mí en el mostrador—, un sorbo a la vez, a moderación del doctor. Él va a utilizar la fluoroscopia para observar el recorrido del bario a través de tu esófago hasta el estómago. El fluoro es básicamente una placa de rayos X, pero en lugar de una imagen, obtenemos un video en tiempo real. Cuando eso esté acabado, vamos a empezar el seguimiento del intestino delgado. Vas a beberte el resto del bario, y vamos a tomar los rayos X mientras fluye a través de tu intestino delgado.

Dana miró la taza. —¿Sabe mal? He estado vomitando mucho. No puedo retener nada.

La página de requisita con garabatos de Christy estaba en el mostrador al lado de las tazas vacías. Lo recogí, buscando la respuesta a la siguiente pregunta. Dana sólo había estado enferma durante dos días. La miré, observando su apariencia.

—¿Has estado así de enferma antes? —Negó con la cabeza en respuesta—. ¿Viajaste recientemente? —Sacudió la cabeza de nuevo—. ¿Alguna historia de enfermedad de Crohn¹? ¿Anorexia? ¿Bulimia? —le pregunté.

Extendió el brazo, con la palma hacia arriba. Había una marca de una mordedura perfecta en el medio de su antebrazo. Cada diente había roto la piel. Perforaciones rojas y profundas salpicaban su brazo reflejando medias lunas, pero la piel amoratada alrededor de la mordedura seguía intacta.

La miré a los ojos. —¿Un perro?

—Un borracho —dijo con una risa débil—. Estuve en una fiesta el martes por la noche. Acabábamos de salir y un imbécil que apareció, simplemente me agarró del brazo y le dio un mordisco. Podría haberme sacado todo un trozo si mi novio no lo hubiera golpeado. Lo noqueó lo suficiente para que pudiéramos encontrar el coche y nos fuimos. Vi en las noticias de ayer que también había atacado a otras personas. Fue la misma noche, y el mismo complejo de apartamentos. Tenía que ser él. —Dejó caer el brazo a su lado, parecía agotada—. Joey está en la sala de espera... completamente asustado de que

¹ La enfermedad de Crohn es una enfermedad crónica de origen desconocido, que puede tener un componente autoinmune, en la cual el sistema inmunitario del individuo ataca su propio intestino produciendo inflamación.

tenga rabia. Acaba de regresar de su último tour en Afganistán. Lo ha visto todo, pero no puede soportar oírme vomitar. —Se rió en voz baja para sí misma.

Le ofrecí una sonrisa reconfortante. —Suenas como un guardián. Súbete a la mesa de allí y recuéstate sobre tu espalda.

Dana hizo lo que le pedí, pero necesitó ayuda. Sus huesudas manos eran como hielo.

—¿Cuánto peso has dicho que has perdido? —le pregunté mientras la situaba en la mesa, segura de que había leído mal el informe de la historia de Christy en la requisa.

Dana se estremeció ante la mesa fría y dura presionada contra el hueso de su pelvis y su columna vertebral.

—¿Una manta? —le pregunté, ya agarrando una gruesa de algodón blanco y cálida.

—Por favor —tararé Dana cuando la cubrí con la manta—. Muchas gracias. Parece que no puedo entrar en calor.

—¿Dolor abdominal?

—Sí. Mucho.

—¿Kilos perdidos?

—Casi nueve.

—¿Desde el martes?

Dana levantó las cejas. —Créeme, lo sé. Sobre todo porque ya era delgada. Tú... no crees que sea la rabia... ¿verdad? —Trató de reírse de su observación, pero pude oír la preocupación en su voz.

Sonreí. —No te habrían mandado un estudio gastrointestinal si pensaran que es la rabia.

Dana suspiró y miró al techo. —Gracias a Dios.

Una vez que posicioné a Dana, me centré en el tubo de rayos X, y usando mi técnica, presioné el botón y luego tomé la placa para el lector. Mis ojos estaban pegados a la pantalla, curiosa por si tenía una obstrucción intestinal, o si había un cuerpo extraño presente.

—¿Qué tienes ahí, colega? —preguntó David, de pie detrás de mí.

—No estoy segura. Ella ha perdido nueve kilos en dos días.

—De ninguna manera.

—Sí.

—Pobre chica —dijo, con simpatía genuina en su voz.

David observó conmigo la imagen iluminada de la pantalla. Cuando la placa del abdomen de Dana llenó la pantalla, David y yo miramos en shock.

David se llevó los dedos a la boca. —*De ninguna manera.*

Asentí lentamente. —Sí.

David negó con la cabeza. —Nunca he visto eso. Quiero decir, en un libro de texto sí, pero... hombre. Se ve feo.

La imagen en el monitor era hipnótica. Nunca había visto a alguien vivo con ese patrón de gas. Ni siquiera podía recordar haberlo visto en un libro de texto.

—Han estado hablando mucho en la radio esta mañana sobre ese virus en Alemania. Dicen que se está extendiendo por todas partes. Parece como una guerra en la televisión. La gente está entrando en pánico en las calles. Esto da miedo.

Fruncí el ceño. —Lo he oído cuando llevé a las chicas esta mañana.

—No crees que esta paciente lo tenga, ¿verdad? No están diciendo exactamente lo que es, pero eso —dijo, señalando a la pantalla—, es imposible.

—Sabes tan bien como yo que vemos cosas nuevas todo el tiempo.

David miró la imagen durante unos segundos más, y luego asintió, despertando de su profundo pensamiento. —Hayes está listo cuando tú lo estés.

Agarré un mandil de plomo, deslicé mis brazos por las mangas, y luego até el lazo a la espalda mientras caminaba hacia la sala de lectura a buscar al doctor Hayes.

Como era de esperar, estaba sentado en su silla frente a su monitor en la oscuridad, hablando en voz baja a su micrófono de dictado. Esperé pacientemente fuera de la puerta a que terminara, y entonces él me miró.

—Dana Marks, de veintitrés años de edad, se presentó con dolor abdominal y pérdida de peso significativa desde el miércoles. Un poco de caída del cabello. No hay antecedentes de enfermedad abdominal o problemas del corazón, ni cirugías abdominales previas, y tampoco exámenes abdominales previos.

El Dr. Hayes agarró la imagen que acababa de tomar, y entrecerró los ojos por un momento. —¿Qué tan significativo?

—Nueve kilos.

Parecía sólo ligeramente impresionado hasta que la imagen apareció en la pantalla. Palideció. —Oh, Dios mío.

—Lo sé.

—¿Dónde ha estado?

—No ha viajado recientemente, si eso es lo que quiere decir. Mencionó ser atacada por un borracho después de una fiesta el martes por la noche.

—Esto es grave. ¿Ves el anillo de gas aquí? —preguntó, apuntando a la pantalla. Sus ojos brillaron con reconocimiento—. Gas venoso portal. Mira el contorno del árbol biliar. Notable. —El Dr. Hayes pasó de animado a sombrío en menos de un segundo—. No se ve muy a menudo, Scarlet. Esta paciente no va a estar bien.

Me tragué mi pena por Dana. Tenía una infección grave o alguna otra cosa que bloqueaba o restringía las venas del intestino. Sus entrañas estaban básicamente muertas y extinguidas. Puede que le quedaran cuatro días más. Probablemente tratarían de llevarla a una cirugía de emergencia, pero eso seguramente sólo la debilitaría. —Lo sé.

—¿Quién es su doctor?

—Vance.

—Lo llamaré. Cancela el estudio gastrointestinal. Ella necesitará una tomografía computarizada.

Asentí y me quedé de pie en el pasillo mientras el Dr. Hayes hablaba en voz baja, explicándole sus conclusiones al Dr. Vance.

—Muy bien. Vamos a empezar —dijo el doctor, levantándose de la silla. Los dos nos tomamos un momento para recomponernos del futuro triste de la paciente. El Dr. Hayes me siguió por el pasillo hacia la sala de exámenes donde Dana nos esperaba—. ¿Las chicas están bien?

Asentí. —Este fin de semana están con su padre. Van a encontrarse con el gobernador.

—Oh —dijo el doctor, fingiendo estar impresionado. Se había encontrado con el gobernador en varias ocasiones—. Mis hijas también van a venir a casa este fin de semana.

Sonreí, feliz de oír eso. Desde el divorcio del Dr. Hayes, Miranda y Ashley no iban a su casa a visitarlo tanto como le hubiera gustado. Las dos estaban en la universidad, en relaciones serias, y ambas eran unas niñas de mamá. Para gran consternación del doctor, todo el tiempo libre que tenían de sus novios y el estudio, por lo general lo pasaban con su madre.

Se detuvo, tomó una respiración, abrió la puerta de la sala de exámenes, y luego me siguió al interior. Él no me había dado tiempo para preparar la habitación antes de que regresara, así que me alegraba de que el estudio gastrointestinal fuera cancelado.

David estaba sacudiendo las botellas de bario.

—Gracias, David. No vamos a necesitar eso.

David asintió. Al haber visto las imágenes antes, ya sabía por qué.

Ayudé a Dana a colocarse en una posición sentada, y se quedó mirándonos a ambos, claramente preguntándose qué pasaba.

—Dana —comenzó el Dr. Hayes—, ¿dices que este problema comenzó la madrugada del miércoles?

—Sí —dijo, con voz tensa a medida que aumentaba el malestar.

El Dr. Hayes se detuvo abruptamente, y luego le sonrió a Dana, poniendo la mano sobre la de ella. —No vamos a hacer el estudio gastrointestinal hoy. En su lugar, el Dr. Vance va a programarte una tomografía computarizada. Vas a tener que vestirte y volver a la sala de espera. Deberían llamarte antes de tiempo. ¿Tienes a alguien contigo?

—Joey, mi novio.

—Bien —dijo el doctor, acariciando su mano.

—¿Voy a estar bien? —dijo ella, tratando de sentarse sobre su huesudo trasero.

El Dr. Hayes sonrió de la manera en que yo lo imaginaba sonriendo mientras hablaba con sus hijas. —Vamos a cuidar muy bien de ti. No te preocupes.

Ayudé a Dana a ponerse de pie. —Déjate la bata —dije, agarrando rápidamente otra y sosteniéndola detrás de ella—. Ponte esta detrás como un manto. —Deslizó sus diminutos brazos por los agujeros, y luego la ayudé a sentarse en la silla al lado del armario—. Sigue adelante y ponte tus zapatos. Enseguida vuelvo. Sólo trata de relajarte.

—Síp —dijo Dana, tratando de ponerse cómoda.

Tomé su requisa del mostrador y seguí al médico a la sala de trabajo.

Tan pronto como estábamos fuera del alcance del oído, el Dr. Hayes se volvió hacia mí. —Trata de hablar con ella un poco más. A ver si puedes sacarle algo más.

—Puedo intentarlo. Todo lo que mencionó fuera de lo común fue el mordisco.

—¿Estás segura de que no fue un animal?

Me encogí de hombros. —Ella dijo que fue un tipo borracho. Pero se ve infectado.

El Dr. Hayes observó los patrones de gases anormales de Dana en el monitor una vez más. —Eso es muy malo, y ella parece una buena chica.

Asentí, sombría. David y yo intercambiamos miradas, y luego tomé una respiración, preparándome mentalmente para llevar un pesado secreto de nuevo a esa habitación. Ocultarle su propia muerte se sentía como una traición, a pesar de que nos acabábamos de conocer.

Mis zapatillas hicieron mucho ruido mientras pasaban por el suelo. —¿Lista? —le pregunté con una sonrisa brillante.

2

Scarlet

Traducido por Aimetz14 & EyeOc

Corregido por Moni

Para el almuerzo, Dana ya había entrado y salido de la cirugía. Christy nos dijo que sólo la habían abierto lo suficiente para ver que no podían hacer nada, y la habían cerrado nuevamente. Ahora estaban esperando a que despertara para decirle que no iba a mejorar.

—Su novio todavía está con ella —dijo Chrity—. Sus padres están visitando a algunos familiares. No están seguros de poder volver a tiempo.

—Oh, Jesus —dije, haciendo una mueca. No me podía imaginar estar lejos de mis hijas en una situación como esta, preguntándome si podría llegar a tiempo para verla con vida una última vez. Volví a la realidad. Los que estábamos en el campo de la medicina no teníamos el lujo de pensar sobre la vida personal de nuestros pacientes. Se convertía en algo muy cercano. Muy real.

—¿Te has enterado de la gripe? —dijo Christy—. Está en todas las noticias.

Negue con la cabeza. —No creo que sea una gripe.

—Ellos dicen que tiene que ver con el científico en Europa. Dicen que es muy contagiosa.

—¿Quiénes son *ellos*? *Ellos* suenan como alborotadores para mí.

Chrity sonrió y rodó los ojos. —También dijeron que estaba traspasando nuestras fronteras. California está informando de casos.

—¿De verdad?

—Eso es lo que dicen —dijo. Su bípér sonó—. Maldita sea, se está poniendo ocupado. —Apretó un botón y llamó a la planta de arriba, entonces se había ido de nuevo.

En una hora, el hospital estaba lleno y frenético. Emergencias estaba admitiendo pacientes a un ritmo frenético, manteniendo a todos los de radiología ocupados. David llamo a otro técnico para poder cubrir la sala de emergencias mientras que el resto asistía a pacientes que salían y eran hospitalizados.

Fuera lo que fuera, toda la ciudad parecía estar volviéndose loca. Accidentes de tráfico, peleas y la propagación de un virus habían impactado al mismo tiempo. En mi sexto viaje a la sala de emergencias, pasé por la sala de espera de radiología y vi que un

grupo de personas se congregaban alrededor de la televisión de pantalla plana que había en la pared.

—¿David? —le dije, señalando para que se uniera a mí enfrente de la sala de espera. Miré a través de la pared de vidrio, notando que la única persona sentada era un hombre en silla de ruedas.

—¿Si?

—Tengo un mal presentimiento sobre esto. —Me sentí mal viendo los cambios en la pantalla—. Estaban hablando de algo como esto en la radio esta mañana.

—Sí. Se presentaron los primeros casos esta mañana.

Lo miré a los ojos. —Debería de ponerme en contacto con mis chicas. Están a medio camino hacia Anderson justo ahora.

—Con lo ocupados como estamos, no hay manera de que Anita te deje ir. De todos modos, es muy contagioso, pero el control de enfermedades sostiene que es sólo un virus, Scarlet. He oído que los que recibieron la vacuna contra la gripe son los afectados.

Esa frase, aunque sin fundamento, envió inmediatamente a mi mente un estado de alivio. No había tenido una vacuna contra la gripe en tres años porque siempre me sentía muy mal después, y nunca había consentido ponerle una a las chicas. Cualquier vacuna contra un virus que puede que te proteja o puede que no, no va bien conmigo. Teníamos suficiente mierda en nuestro cuerpo con hormonas y productos químicos en los alimentos y los contaminantes cotidianos. No tenía sentido someternos a más, incluso si el hospital lo alentaba.

Justo cuando David y yo terminamos el último lote de rayos X en emergencias, Christy dio vuelta a la esquina, con aspecto desgastado.

—¿Ha estado muy ocupado aquí? Me la pase arriba.

—Sí —dijo David—. Probablemente peor.

—¿Puedes hacer la guardia por mí? —dijo Christy, sus ojos suplicando.

Miré a David, y luego otra vez a Christy. —Con cómo van las cosas, si tomo el biper, estaré estancada aquí hasta el cambio de turno. En verdad me necesitan aquí.

David miró el reloj. —Tasha llega a las tres y media. Nos podemos encargar hasta entonces.

—¿Estás seguro? —pregunté, tomando lentamente el biper de Christy.

David me despidió con un gesto desdeñoso. —No hay problema, me quedo con tu biper cuando Tasha llegue para que puedas volver a casa.

Puse el biper en la cintura de mi bata y me dirigí arriba, diciéndole adiós a Christy.

Ella frunció el ceño, sintiéndose ya culpable. —¡Gracias, muchas, muchas gracias!

Me crucé con Chase por enésima vez. Conforme pasaban las horas, él se veía cada vez más nervioso. Todos lo estaban. Por la vista de las cosas dentro de la sala de emergencias, parecía que todo el infierno estaba suelto en el exterior. Seguí tratando de ver adelantos en la televisión, pero una vez que terminaba un caso, el biper sonaba otra vez para dirigirme hacia otro.

Tal como lo había previsto, una vez que llegué a la planta de cirugía, no me iría hasta que David me relevara a las tres y treinta. Caso tras caso, estaba moviendo el escáner C de sala de cirugía en sala de cirugía, a veces moviendo un segundo escáner para alguien que fue llamado para una cirugía al mismo tiempo.

En una tarde vi un fémur destrozado, dos brazos rotos y una fractura de cadera y compartí un ascensor con un paciente en una camilla, acompañada por dos enfermeras, todo en su camino hacia el techo. Sus venas estaban visiblemente oscuras a través de su piel, y estaba cubierto de sudor. Por lo que pude deducir por la charla nerviosa, el paciente había sido drogado con medicamento para amputarle la mano.

Mi último caso del día era precariamente el mejor, pero no quería tener que llamar a David para relevarme. Mis hijas estaban de viaje con su padre, y David tenía una linda esposa y dos hijos para ir a casa. No tenía sentido salir a tiempo, por lo que me quedé hasta tarde, pero ya tenía registradas cuatro horas extras durante la semana, y eso estaba generalmente mal visto por los jefes.

Pasé cerca de una mujer alta en una camilla, luciendo nerviosa y molesta. Su mano estaba vendada, pero un área grande estaba saturada con sangre. La recordaba de la sala de emergencias, y me pregunté dónde estaba su familia. Ellos habían estado con ella abajo.

Angie, la enfermera en circulación, pasó rápidamente colocándose su gorro de cirugía. Estaba cubierto de irregulares bocetos de labios rosa brillante y monederos. Como para validar su elección de gorro, sacó un tubo de brillo de labios y se lo puso a través de sus labios. Me sonrió. —Escuché que Chase ha estado preguntando por ti.

Miré hacia abajo, instantáneamente avergonzada. —Tú también no. —¿Todo el mundo se aburría tanto que no tenían nada mejor que hacer que fantasear sobre mi vida no-amorosa? ¿Era tan patética que una expectativa para mí era tan emocionante?

Me guiñó un ojo al pasar. —Llámallo, o voy a robártelo.

Sonreí. —¿Lo prometes?

Angie rodó los ojos y sonrió, pero su expresión se comprimó de inmediatamente. —¡Demonios! Scarlet, lo siento, tu mamá está en la línea dos.

—¿Mi mamá?

—Transfirieron su llamado un par de minutos antes de que entraras.

Miré el teléfono, preguntándome por qué demonios me estaría llamando al trabajo. Casi no hablábamos en absoluto, así que debía de ser importante. Tal vez era sobre las chicas. Casi me abalancé hacia el teléfono.

—¿Hola?

—¡Scarlet! Oh, gracias a Dios. ¿Has estado viendo las noticias?

—Un poco. Hemos sido golpeados. De los pocos destellos que hemos recibido, se ve mal. ¿Has visto los informes de la histeria en el aeropuerto? La gente estaba enferma en algunos de los vuelos. Creen que es así cómo viajo aquí.

—No me preocuparía demasiado por eso. Nunca pasa nada en el centro del país.

—Entonces, ¿por qué has llamado? —le dije, confundida—. ¿Las chicas están bien?

—¿Las chicas? —Ella hizo un ruido con la garganta. Incluso su aliento podía ser condescendiente—. ¿Por qué iba a llamar por las chicas? El piso de mi cocina está levantado al lado del refrigerador, y tenía la esperanza de que pudieras pedirle a Andrew que venga a arreglarlo.

—Él tiene a las chicas este fin de semana, madre. No puedo hablar ahora. Estoy en cirugía.

—Sí, lo sé. Tu vida es tan importante.

Miré a Angie, viendo que ella y el equipo quirúrgico estaban casi listos. —Le voy a preguntar, pero como he dicho, tiene a las chicas.

—Él tiene mucho a las chicas. ¿Has estado yendo a los bares cada fin de semana, o qué?

—No.

—Entonces, ¿qué es más importante que la crianza de tus hijas?

—Me tengo que ir.

—Tema delicado. Nunca te ha gustado que te digan que estás haciendo algo mal.

—Es su fin de semana, madre, como lo es cada fin de semana.

—Bueno. ¿Por qué su fin de semana tiene que ser el fin de semana que necesito ayuda?

—De verdad me tengo que ir.

—¿Al menos mandaste vestidos con ellas para que su papá pueda llevarlas a la iglesia? Puesto que es el único al que parece importarles enseñarles acerca del Señor.

—Adiós, madre. —Colgué el teléfono y suspiré mientras el Dr. Pollard entraba.

—Buenas tardes a todos. Esto no tomará mucho tiempo —dijo. Levantó las manos enfrente de él, con los dedos apuntando hacia arriba, esperando que Angie colocara los guantes en ellas—. Pero por lo que parece estamos todos en una larga noche, así que espero que ninguno de ustedes tuviese planes.

—¿Es eso cierto? —preguntó Ally, la asistente quirúrgica, desde detrás de su máscara—. ¿Lo del aeropuerto?

—También sucedió en Dulles —dijo Angie.

Miré el reloj, y luego me acerqué al teléfono, tecleando los números. El teléfono de Andrew sonó cuatro veces, y luego su correo de voz se hizo cargo.

Suspiré. —Soy Scarlet. Por favor, llámeme al hospital. Estoy en cirugía, pero llámame de todas formas, así podemos coordinarnos. Voy a estar allí tan pronto como salga de trabajar.

Nathan

Otro día de ocho horas que no significó una maldita cosa. Cuando fiché a la salida de la oficina, la libertad debió de haber estado en la parte delantera de mi mente, o al menos haber traído una sonrisa a mi cara, pero no lo hizo. Saber que había desperdiciado otro día de mi vida era depresivo. Incluso trágico. Atascado en un escritorio en el trabajo de un cooperador electrónico que no hacía ninguna diferencia en el mundo, día dentro y día fuera, para después ir a casa con una esposa que me odiaba hacía mi existencia miserable.

Aubrey no había sido siempre una perra. Cuando nos casamos tenía sentido del humor, no podía esperar a que fuera la hora de dormir, así podíamos acostarnos juntos, besarnos y tocarnos. Iniciaría una mamada porque quería complacerme, no porque fuera mi cumpleaños.

Siete años atrás, cambió. Tuvimos a Zoe, y mi rol cambió de deseable y adorado esposo a fuente de constante decepción. Las expectativas de Aubrey hacia mí nunca fueron conocidas. Si trataba de ayudar, o era demasiado o no lo estaba haciendo de la manera correcta. Si trataba de quedarme fuera de su camino, era un bastardo perezoso.

Aubrey renunció a su trabajo para quedarse en casa con Zoe, así que la mía era la única fuente de ingresos. Repentinamente eso tampoco era suficiente. Porque no hacía lo que Aubrey sentía como el suficiente dinero, esperaba que le diera un “descanso del bebé” al segundo de entrar por la puerta. No tenía permitido hablar con mi esposa. Desaparecería en el cuarto de estar, se sentaría en la computadora y hablaría con sus amigos por internet.

Yo entretendría a Zoe mientras vaciaba el lavaplatos y preparaba la cena. Pedir ayuda era un pecado, e interrumpir su descanso del bebé le daría a Aubrey más razones para odiarme, como si no tuviera suficientes ya.

Una vez que Zoe comenzó el jardín de niños, deseé que fuera mejor, que Aubrey comenzara a trabajar de nuevo, y entonces se sentiría como su antiguo yo otra vez. Pero no podía liberarse de su ira. No parecía que quisiera.

Zoe tenía solo unas semanas más en segundo grado. La recogería de la escuela, y ambos esperábamos que Aubrey se alejara del ordenador lo suficiente para darse cuenta de que estábamos en casa.

En un buen día, lo haría.

Ahora, sin embargo, no lo haría. Internet y la radio habían estado zumbando desde temprano por la mañana con noticias de última hora sobre una epidemia. Un ocupado día de noticias significaba que el trasero de Aubrey estaría posicionado firmemente contra la manchada y descolorida tela azul de su silla de oficina. Estaría hablando sobre eso con extraños en foros, con amigos y familiares lejanos en las redes sociales, y comentando en sitios webs de noticias. Teorías. Debates. En algún momento del camino se había convertido una parte de nuestro matrimonio, y yo había sido excluido.

Esperé en mi sedán de ocho años de antigüedad, primero en la línea de autos detrás de la escuela primaria. A Zoe no le gustaba ser la última en ser recogida, así que me aseguraba de ir a su escuela justo después del trabajo. Esperar cuarenta minutos me daba el suficiente tiempo para hacer un resumen del trabajo y prepararme

psicológicamente para otra noche ocupada sin la ayuda o el reconocimiento de mi esposa.

El tono del locutor era más serio de lo que había sido alguna vez, así que subí el volumen. Usaban una palabra que nunca antes había escuchado que usaran: *pandemia*. El contagio que quebrantó nuestras costas. El pánico se había desatado en los aeropuertos Dulles y LAX cuando pasajeros que habían caído enfermos durante sus vuelos internacionales comenzaron a atacar a los empleados de la aerolínea, y los paramédicos los ayudaron a salir del avión.

En la parte trasera de mi cabeza, sabía lo que estaba pasando. El presentador matutino había reportado el arresto de un investigador en algún lugar de Europa, y mientras mis pensamientos seguían regresando a cómo de imposible era, lo sabía.

Miré por el espejo retrovisor, mi apariencia casi irreconocible para alguien que me hubiera conocido en mis mejores días. El marrón de mis ojos ya no era brillante y lleno de propósitos como lo fue una vez. La piel de debajo de ellos era una sombra con círculos oscuros. Hace sólo quince años, era 90 kilos de músculo y confianza, ahora me sentía un poco más roto cada día.

Aubrey y yo nos conocimos en la secundaria. Por aquel entonces, ella quería tocarme y hablar conmigo. Nuestra historia no era toda emocionante: yo era el alineador principiante de un equipo de fútbol americano de un pequeño pueblo, y ella era la líder de las porristas. Ambos éramos los peces grandes en un estanque pequeño. Mi cabello marrón claro y desgreñado se movió cuando una brisa pasó por la ventana del lado del pasajero. Aubrey solía amar lo largo que era. Ahora todo lo que hacía era quejarse de que necesitaba un corte. Pensándolo bien, se quejaba de todo cuando se trataba de mí. Aún iba al gimnasio, y las mujeres en el trabajo a veces se ponían un poco atrevidas, pero Aubrey ya no me veía. No estaba seguro de si era el estar con ella lo que me succionaba la vida o las decepciones que sufrí durante años. Cuanto más lejos estaba de la secundaria, menos posible parecía el hacer algo por mí mismo.

Un desagradable ruido de frenética actividad en la radio captó mi atención. Escuché mientras la voz robótica de un hombre salía por los altavoces del coche. —Esta es una alerta del sistema de emergencia de emisión. El departamento del sheriff del Condado de Canton informa de que ha sido confirmada la llegada de un virus altamente contagioso a nuestro estado. Les rogamos que se queden dentro. Esta es una alerta del sistema de emergencia de emisión...

Un movimiento en el lado del espejo retrovisor captó mi atención. Una mujer estaba corriendo a toda velocidad desde su coche hacia la puerta de la escuela. Otra mujer salió de su minivan y, después de una pausa corta, también corrió hacia la puerta con un niño en sus brazos.

Eran madres. Por supuesto no podían dejar que el lado lógico de su cerebro les hablara ante la duda. El mundo se estaba yendo al infierno e iban a poner a sus hijos a salvo... sin importa cómo fuera.

Puse la palanca de cambios en punto muerto y abrí la puerta. Caminé rápidamente, pero unas madres frenéticas me pasaron corriendo y también me eché a correr.

Dentro del edificio, las madres, o estaban cargando a sus hijos por el pasillo hacia el estacionamiento, o estaban empujando rápidamente las puertas de los salones de sus hijos sin gastar tiempo con explicaciones a los maestros del porqué se iban temprano.

Esquivé a padres asustados tirando de sus confundidos hijos de la mano hasta que llegué al salón de Zoe. La puerta chocó contra de la pared de cemento cuando la abrí.

Los niños me miraron con los ojos muy abiertos. Ninguno de ellos había sido recogido aún.

—¿Sr. Oxford? —dijo la Sra. Earl. Estaba congelada en el centro de su salón de clases rodeada de pequeños escritorios y sillas y pequeña gente. Estaban esperando pacientemente para que les entregara los papeles que tenían que llevarse a casa. Papeles que no importarían dentro de unas pocas horas.

—Lo siento. Necesito a Zoe. —Zoe también me estaba mirando, poco acostumbrada a que la gente irrumpiera así. Parecía tan pequeña, incluso en la silla en miniatura en la que se sentaba. Su cabello castaño claro estaba ondulado por debajo de sus hombros, justo como le gustaba. El verde y café de sus iris era visible incluso a media aula de distancia. Lucía tan inocente y vulnerable sentada ahí; todo los niños lo hacían.

—¿Braden? —Melissa George llegó a través de la puerta, casi derribándome—. Vamos, bebé —dijo, extendiendo la mano hacia su hijo.

Braden miró a la Sra. Earl, quien asintió, y después el chico dejó su silla para unirse a su madre. Se fueron sin una palabra más.

—También tenemos que irnos —dije, caminando hacia el escritorio de Zoe.

—Pero ¿qué pasa con mis papeles, papi?

—Conseguiremos tus papeles después, cariño.

Zoe se inclinó hacia un lado, mirando a mi alrededor hacia su cubículo. —Mi mochila.

La recogí, tratando de mantener la calma, preguntándome qué aspecto tendría el mundo fuera de la escuela, o si llegaría a mi auto y me sentiría como un tonto.

—¿Sr. Oxford? —dijo otra vez la Sra. Earl, esta vez encontrándome en la puerta. Se inclinó hacia mi oído, mirándome a los ojos al mismo tiempo—. ¿Qué está pasando?

Miré alrededor del salón, a los jóvenes ojos de los estudiantes que nos miraban. Imágenes dibujadas torpemente con gruesas líneas de crayón y brillantes posters educativos colgaban al azar en las paredes. El suelo estaba lleno de recortes de su trabajo de arte.

Cada niño en la habitación me miró, esperando escuchar por qué decidí meterme aquí. Se quedarían esperando. Ni uno de ellos podría comprender la pesadilla que les esperaba dentro de unas horas a partir de ahora —si teníamos tanto tiempo— y no iba a causar pánico.

—Necesita que estos chicos lleguen a casa, Sra. Earl. Tiene que mandarlos con sus padres, y después tiene que correr.

No esperé por su reacción. En vez de eso, salí corriendo por el congestionado pasillo. Un embotellamiento parecía estar causando un atasco en la salida principal, así que abrí la puerta del patio de juegos de preescolar con mi hombro, y con Zoe en mis brazos, salte el cerco.

—¡Papi! ¡Se supone que no debes saltarte el cerco!

—Lo siento, cariño. Papi esta apurado. Debemos recoger a mamá y...

Mis palabras se fueron apagando mientras le ponía rápidamente el cinturón de seguridad a Zoe. No tenía ni idea de adónde deberíamos ir. ¿Dónde nos podríamos esconder de algo así?

—¿Podemos ir a la gasolinera y comprar un raspado²?

—Hoy no, bebé, —dije, besando su frente antes de cerrar la puerta de golpe.

Traté de no correr alrededor del frente. Lo intenté, pero el pánico y la adrenalina me empujaron hacia delante. Cerré la puerta de golpe y salí a toda prisa del estacionamiento, incapaz de controlar mi miedo de que, si reducía la velocidad sólo un poco, algo terrible podría suceder.

Con una mano en el volante y la otra sosteniendo el teléfono móvil contra mi oído, conduje a casa, ignorando los semáforos, el límite de velocidad y tratando de ser cuidadoso para no ser arrollado por otro conductor asustado.

—¡Papi! —gritó Zoe cuando pasé demasiado rápido sobre un bache. —¿Qué estás haciendo?

—Lo siento, Zoe. Papi tiene prisa.

—¿Llegamos tarde?

No estaba seguro de cómo responder a eso. —Espero que no.

La expresión de Zoe señalaba su desaprobación. Siempre hacía un esfuerzo para actuar como un padre para Aubrey y para mí. Probablemente porque Aubrey no era una, y estaba claro la mayoría de los días que yo no sabía lo que estaba haciendo.

Presioné el acelerador, tratando de evitar las calles principales. Cada vez que traté de llamar a Aubrey desde mi teléfono, obtenía una rara señal de ocupado. Debí de haber sabido cuando llegué que algo estaba mal. Debí haber dado marcha atrás inmediatamente al sedán y haberme alejarme, pero lo único que pasaba por mi cabeza era cómo iba a convencer a Aubrey para que dejara su maldito ordenador, qué escasas posesiones tomaríamos, y cuánto tiempo me debía permitir para tomarlas. Una carrera irregular por mi cabeza sobre cuánto tiempo le llevaría a internet dejar de funcionar, y lo irónico que era que un brote viral pudiera salvar nuestro matrimonio. Había muchos *debí haber* en ese momento, pero los ignoré todos.

—¡Aubrey! —grité mientras abría la puerta. El lugar más lógico para buscar fue la sala de estar. La silla azul de oficina vacía fue una sorpresa. Tanto que me congelé, mirando al espacio como si mi visión se fuera a corregir por sí misma y ella fuera a aparecer en algún momento, de espaldas a mí, encorvada sobre el escritorio mientras se movía sólo lo suficiente para mover el ratón.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Zoe, su voz sonando aún más pequeña de lo normal.

Una mezcla de alarma y curiosidad me hizo detenerme. El trasero de Aubrey se había derramado y caído sobre el deteriorado cojín de esa silla de oficina durante años. No había ruido en la cocina, y la puerta del baño de arriba estaba abierta, el cuarto oscuro.

—¡Aubrey! —grité desde el segundo escalón de las escaleras, esperando que rodeara la esquina de arriba y descendiera, cada paso más dramáticamente que el anterior. En cualquier momento, ella soltaría su característico suspiro de enfado y se

² También llamado granizado.

quejaría conmigo de algo —lo que fuera— pero mientras esperaba, se volvió más obvio que no lo haría.

—Vamos a llegar muy tarde —dijo Zoe, mirándome.

Apreté su mano, y entonces un sobre blanco en el medio de la mesa del comedor atrapó mi mirada. Tiré de Zoe junto a mí, con temor de dejarla fuera de mi vista por un solo segundo, y después tomé el sobre. Leí “Nathan” en el frente, en la letra femenina y aún descuidada de Aubrey.

—¿Estás hablando en serio? —dije, abriendo el sobre.

Nathan. Para el momento en que lees esto estaré a horas de distancia. Probablemente pensarás que soy la persona más egoísta del mundo, pero temer lo que puedas pensar de mí no es motivo suficiente para quedarme, soy infeliz y he sido infeliz por un largo tiempo. Amo a Zoe, pero no soy una madre. Tú eres el único que quería ser padre. Sabía que serías un buen padre, y pensé que el que tú fueras un buen padre me haría ser una buena madre, pero no lo hizo. No puedo hacer esto más. Hay tantas cosas que quiero hacer con mi vida, y ser una esposa no es una de ellas. Lo siento si me odias, pero finalmente he decidido que puedo vivir con eso. Siento que tengas que explicarle esto a Zoe. Llamaré mañana y trataré de ayudarla a entender. Aubrey.

Dejé que el papel doblado cayera de la mesa. Nunca pudo deletrear *tú* eres correctamente. Esa era una de las cientos de cosas sobre Aubrey que me molestaban, pero nunca lo mencioné.

Zoe me estaba mirando, esperando que le explicara o reaccionara, pero no podía hacer ninguna de las dos. Aubrey nos había dejado. Regresé por su flojo, malhumorado y miserable trasero, y ella malditamente nos abandonó.

Un grito en el exterior sorprendió a Zoe lo suficiente para que agarrara mi pierna, y la realidad me golpeó al mismo tiempo que llegaron balas que atravesaron las ventanas de la cocina. Me agaché y le indiqué a Zoe que se agachara conmigo.

No habría llamadas a los amigos y familiares de Aubrey para saber dónde estaba, y que así le pudiera rogar que regresara. Tenía que poner a mi hija a salvo. Aubrey pudo haber escogido un horrible primer día de independencia, pero era lo que quería, y tenía una pequeña niña a la que proteger.

Más gritos. Bocinas de autos sonando. Disparos. Jesús. Jesús, Jesús, Jesús. Estaba aquí.

Abrí el armario del pasillo y tomé mi bate de béisbol, después caminé hacia mi hija, arrodillándome enfrente de ella para encontrarme con sus ojos brillantes por las lágrimas. —Zoe, tendremos que volver al auto. Necesito que me sostengas la mano, y no importa lo que veas o escuches, no sueltes mi mano. ¿Entiendes?

Los ojos de Zoe se llenaron con más lágrimas, pero asintió rápidamente.

—Buena chica —dije, besándola en la frente.

3

Scarlet

Traducido por Maca Delos

Corregido por Sofi Fullbuster

—¿Una mordida? —preguntó la enfermera, Joanne, mientras preparaba cuidadosamente la mano del paciente—. ¿De un perro?

—No lo sé —dijo Ally, con la voz amortiguada detrás del antifaz. Era nueva en el equipo de enfermería, acababa de salir de la escuela. Tenía veinte, pero por la manera en que sus grandes ojos miraban la mano del paciente, parecía de doce—. Algún tipo de animal.

—Su hijo —dije, esperando con mi equipo de rayos X a que llegara el cirujano. Joanne y Ally observaron los músculos expuestos en los nudillos—. Yo le tomé los rayos X —agregué—. Estaba algo perturbada, pero dijo que su hijo le arrancó el pulgar de un mordisco.

La enfermera bajita, Angie, cruzó la puerta a pasos pequeños. Sus pantalones quirúrgicos hacían un sonido de latigazos mientras terminaba de hacer diferentes cosas en la habitación.

—¿Estás segura de que mencionó a su hijo? —preguntó Ally, observando el lugar del dedo perdido con renovado interés.

—El chico está en emergencias —dijo Angie—. Escuché que tiene signos de rabia. Muchos lo tienen.

—No creerán que esto tiene algo que ver con lo de las noticias, ¿verdad? —preguntó Ally, nerviosa—. ¿Cómo es que pudo expandirse desde Alemania hasta aquí tan rápido? ¿Es eso posible?

Entonces la habitación quedó en silencio.

El anestesista había estado nervioso desde el principio, con Margaret Sisney. En lugar de jugar con su teléfono, como de costumbre, se paró a su lado, enfocándose en cada movimiento del pecho de la mujer. Alejaba la mirada cada varios segundos para enfocarse en los números en el monitor, y luego volvía su atención a ella. Fue difícil de notar con el resto de Margaret bajo las sábanas azules de cirugía, pero su rostro y cuello

estaban definitivamente azulados. —Sufre de cianosis³ —explicó. Ajustó varias perillas y luego preparó una jeringa.

—Doctor Ingram —llamó la enfermera al anestesista—. Las uñas del paciente.

A pesar del tinte anaranjado de la loción de yodo, las uñas de Margaret se estaban ennegreciendo.

—Mierda —dijo el doctor Ingram. Sus ojos iban del monitor a la paciente, una y otra vez—. Esto fue un error. ¡Un gran maldito error!

El pulgar de Margaret estaba en hielo al otro lado de la habitación, esperando a ser colocado. También presentaba cianosis, y la llamada del doctor Ferber para llevarla a cirugía cuando no estaba muy estable en emergencias fue cuestionable incluso para una técnica en rayos X recientemente graduada como yo. Observé mientras sus estadísticas se deterioraban, y moví mi equipo hacia la pared más lejana, sabiendo que el código azul era inminente.

El biper vibró contra mi piel, y lo alcancé bajo mi camiseta para sacarlo de la cinturilla de mis pantalones. —Mierda. Angie. Tengo que instalarme en la sala cuatro, y luego me voy. Enviaré a David para que suba. Él tendrá el biper.

—Probablemente pase un rato, sin embargo, si en verdad vamos a hacerlo —dijo Angie, abriendo paquetes y moviéndose por la habitación.

Me apresuré hasta el final del pasillo, empujando y tirando del equipo de rayos X enfrente y detrás de mí. En el momento en que terminé de instalar todo para el siguiente paciente, la llamada vino del sistema de intercomunicación.

—Código azul, sala siete. Código azul, sala siete —zumbó la voz de una mujer, calmada y apática.

Levanté el teléfono que colgaba de la pared junto a la puerta y llamé al departamento. —Hola, habla Scarlet. Ya terminé con la sala cuatro, pero parece que la siete va a tardar un rato, si es que lo logra. Dile a David que se encuentre conmigo en el elevador del sur en un minuto. Tiene que descifrar este código, y yo tengo que darle el biper.

Mientras caminaba por el pasillo, enfermeros, doctores y anestesistas se apresuraron por mi lado, abriéndose paso hacia Margaret Sisney. Apreté el botón del elevador y me quité la máscara de cirugía de la cara. Cuando las puertas se abrieron, suspiré ante la vista de la multitud dentro de él.

—Tenemos sitio, Scarlet —dijo Lana, de contabilidad.

—Yo, eh... tomaré las escaleras —dije, señalando con un pequeño gesto hacia mi derecha.

Me giré sobre los talones, empujé las puertas de la sala de operaciones, y luego usé mi hombro para contrarrestar el peso de la pesada puerta que llevaba a las escaleras.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... —conté rápidamente, trotando a través de los pisos. Cuando abrí la puerta del pasillo del primer nivel, David ya estaba esperando en el elevador.

—Disfruta —dije, entregándole el biper.

³ Coloración azulada de la piel o de las membranas mucosas que generalmente se debe a la falta de oxígeno en la sangre.

—Gracias, compañera. Que tengas una buena noche —dijo.

La multitud que había dejado atrás en el elevador salió, caminando en conjunto a través del pasillo, en una tensa formación, con las voces bajas y nerviosas mientras discutían las últimas noticias del brote.

—Código gris, sala uno. Código gris, sala uno —dijo la mujer desde el intercomunicador.

Anita, la gerente de radiología, estaba parada en medio del pasillo de radiología con los brazos cruzados. En cuestión de segundos, los hombres de mantenimiento y de todos los demás departamentos se abrieron paso a través de las puertas abiertas de la sala de emergencia.

—¿Qué significa el código gris, novata? —preguntó Anita con una sonrisa.

—Eh... ¿paciente agresivo? —dijo, medio adivinando.

—¡Bien! —dijo ella, dándome una palmada en la espalda—. No oímos de esos con frecuencia.

—Código gris, sala seis. Código gris, sala seis —dijo la voz de la mujer otra vez. Era menos indiferente esta vez.

Anita miró por el pasillo de nuestro departamento. —Algo no anda bien —dijo en voz baja. Julian, el técnico en topografías, apareció en el pasillo. Anita le señaló la sala de emergencias—. ¡Ve!

Julian obedeció, con su eterna expresión de aburrimiento momentáneamente ausente de su rostro. Mientras nos pasaba, Anita hizo un gesto hacia los casilleros de mujeres. —Será mejor que fiques tu salida antes de que cambie de opinión.

—No tienes que repetírmelo. —El teclado hizo un sonido de bip después de marcar el código, y luego sonó un clic indicándome que entrara. Lo hice, notando que estaba sola. Normalmente la habitación estaba llena de mujeres abriendo sus casilleros, buscando cosas en sus bolsos, riendo y charlando, o maldiciendo por su día.

Mientras giraba la combinación de mi candado para acceder a mi casillero, otro anuncio llegó desde el intercomunicador.

—Código azul, sala tres. Código azul, sala tres. Código gris en el área de ambulancias. Código gris en el área de ambulancias.

Agarré mi bolso y cerré la puerta, caminando rápidamente por el pasillo. La sala de espera de radiología estaba de paso, separada del pasillo por una pared de vidrio. Los pocos pacientes allí estaban todavía enfocados en la pantalla plana. Un reportero de noticias estaba retrasmitiendo con el ceño fruncido, y aparecía una advertencia intermitente debajo de la pantalla. La mayoría de las palabras eran demasiado pequeñas para ser vistas, pero pude ver una: *EPIDEMIA*.

Me sentí enferma, y caminé más rápido, al borde de correr a toda velocidad hacia la salida de empleados. Justo cuando abría la puerta, oí un grito, y luego más. Mujeres y hombres. No miré atrás.

Corriendo a través de la intersección hacia mi camioneta en el aparcamiento del suroeste, pude oír neumáticos deteniéndose. Una enfermera del tercer piso estaba huyendo del hospital llena de pánico. Tenía miedo, y no estaba prestando atención al tráfico. El primer auto apenas la rozó, pero un camión salió disparado desde la esquina y

le dio en el cuerpo con la parte delantera. Lanzó a la enfermera por el aire, y su cuerpo sin vida rodó hacia la acera.

Mi formación me instó a acercarme y fijarme si tenía pulso, pero algo dentro de mí se negó a dejar que mis pies se movieran a ningún lugar que no fuera en dirección al aparcamiento.

Angie, la enfermera con la que había estado arriba, apareció en las puertas de la salida de empleados. Su ropa de cirugía estaba cubierta de sangre desde el cuello hasta las rodillas y tenía los ojos muy abiertos. Ella fue más cautelosa, esquivando el tránsito mientras cruzaba.

—Oh, por Dios, ¿esa es Shelly? —preguntó Angie. Se apresuró hacia la acera y se agachó al lado de la mujer sin vida. Angie posó sus dedos en el cuello de la enfermera y luego levantó la mirada hacia mí, con los ojos abiertos—. Está muerta.

No estaba segura de qué expresión tenía mi rostro, pero Angie movió la cabeza, instándome a que respondiera. —¿Viste quién la atropelló? —preguntó.

—No creo que vaya a importar —dije, dando un paso atrás.

Angie se levantó y miró alrededor. Una patrulla de policía se apresuraba hacia el centro. Otros empleados del hospital comenzaban a salir por la puerta, corriendo hacia el aparcamiento.

—No puedo creer que esto esté pasando —susurró, sacándose el gorro de cirugía de su corto cabello rubio.

—Tu ropa —dije. Una raya roja oscura corría por la parte delantera de su bata de cirugía verde. Su cuello y mejilla también estaban cubiertas de rojo.

—La señora Sisney murió y luego despertó —dijo Angie, con el rostro rojo y brillante por el sudor—. Atacó al doctor Inman. No estoy segura de qué pasó después de eso. Me fui.

Asentí y luego me alejé de ella, camino al estacionamiento. Hacia mi camioneta. —Ve a casa, Angie. Agarra a tu hija y lárguense de la ciudad.

Asintió en respuesta, y luego bajó la mirada hacia la sangre. —Probablemente debería volver a entrar. No sé qué tan contagioso es esto. Kate está con mi papá. Él la mantendrá a salvo.

Sus ojos abandonaron la ropa saturada de sangre y se encontraron con los míos. Estaban vidriosos, y pude ver que ya se había rendido. Quería decirle que lo intentara, pero luego los rostros de mis propias hijas vinieron a mi mente, y mis piernas se apresuraron por el aparcamiento.

Tiré mi bolso en el asiento de pasajero y luego puse la llave en el arranque, intentando mantener la calma. Era viernes, y mis hijas ya estaban a una hora de distancia, con su papá, para pasar el fin de semana. Cada posible ruta apareció en mi mente. Además de escenas de películas post-apocalípticas con vehículos recubriendo todos los carriles de autopistas, por kilómetros y kilómetros.

Saqué mi celular del bolsillo y marqué el número de Andrew. Sonó, y sonó, y sonó, y luego una molesta señal de ocupado zumbó en mi oído en lugar de su correo. —Acaba de empezar —dije tranquilamente, poniendo el celular en el portavasos—. Todavía puedo alcanzarlas.

Tiré el teléfono en el bolso, agarré el volante con una mano y di marcha atrás con el auto con la otra.

Una parte de mí se sentía tonta. La parte lógica de mi cerebro quería creer que estaba exagerando, pero no había música en la radio. Sólo noticias de último minuto sobre la epidemia, el creciente número de víctimas y el consiguiente pánico.

La camioneta se detuvo de repente, y me di la vuelta, viendo a Lisa Barnes, la enfermera de empleados de salud, aferrándose a su volante con los ojos desorbitados. Había retrocedido mientras ella salía del aparcamiento y habíamos chocado. Abrí la puerta y corrí hacia ella.

—¿Estás bien? —pregunté, oyendo el tenue pánico en mi voz.

—¡Fuera de mi camino! —gritó mientras agarraba la palanca de cambios y ponía reversa.

En ese momento, una camioneta arremetió desde el estacionamiento y dio contra la mía, arrastrándola hacia la calle.

Me quedé parada junto al sedán de April en estado de shock, lo único de lo que fui capaz en ese momento. Mi cerebro se negaba a procesar la escena surrealista frente a mis ojos hasta que observé a la multitud que empujaba la entrada del costado y se apresuraba hacia la calle, uniéndose a los demás en otras partes de la ciudad, también corriendo por sus vidas.

Drew Davidson, el director de recursos humanos, se tropezó y cayó. Gritó de dolor, y luego miró a su alrededor, levantando la mano hacia aquellos que pasaban, pidiendo ayuda. Nadie se detuvo.

Un par de ojos salvajes se destacaban entre la multitud. Era la señora Sisney. Se movía con rapidez hacia la dispersa multitud. Cruzó la calle y finalmente llegó a Drew, aún en el suelo, aferrándose su tobillo.

Observé con horror cómo la señora Sisney se cernía sobre Drew, saltando encima de él y agarrando su caro traje mientras abría mucho la boca. Drew estaba inclinado hacia atrás contra ella, pero la mujer era grande, y eventualmente el peso de su cuerpo la ayudó a presionar los brazos de Drew lo suficiente como para que pudiera darle un mordisco a su hombro.

Los gritos de Drew llamaron la atención de alguien más, al que reconocí como el hijo de la señora Sisney, y a otra mujer con ropa de cirugía. Ambos se arrodillaron sobre las piernas de Drew y comenzaron a alimentarse.

Los gritos de April se unieron a los de Drew, y luego la parte delantera abollada de su auto pasó a toda velocidad junto a mí, camino a la carretera mientras me dejaba allí parada en el aparcamiento para observar sola el horror.

Un gran estallido sonó en la distancia. Fue entonces que noté los pilares de humo en el cielo, los más recientes en el área de la explosión. Los disparos se unieron al ruido, tanto cercanos como lejanos. El caos era confuso, y ocurría tan rápido que no había tiempo para tener miedo.

Unas brillantes llaves de plata resplandecieron en el césped a unos metros enfrente de Drew. Acababa de comprarse un Jeep Wrangler el mes pasado. Sólo le había prestado atención porque me había lamentado por ese Jeep en la sala de exhibición del concesionario local durante el almuerzo, y Drew estaba sentado en nuestra mesa. No menos de una semana después, cuando regresé de mi receso, vi el Jeep en el

aparcamiento y a Drew Davidson saliendo de él. Me agradeció por el consejo, y eso marcó la primera y última vez que me habló.

Dar un paso hacia esa escena era impensable, pero encontré el suficiente valor como para recoger las llaves y correr hacia el Jeep. Mis dedos presionaron la entrada de las llaves. Abrí la puerta, rezando para que el tanque no estuviera demasiado vacío. La Sra. Sisney estaba todavía consumiendo la carne del cuello de Drew, y los otros estaban royendo lentamente el cuerpo sin vida de Drew. *Definitivamente no necesitaría su Jeep otra vez*, pensé mientras salía disparada del aparcamiento.

Los límites de velocidad y las luces rojas eran irrelevantes. Miré de un lado a otro en cada intersección, y luego me apresuré a través de ellas hasta llegar a la carretera principal que salía de la ciudad. De seguro la mayoría de la gente se dirigiría a la interestatal, pensé, pero estaba equivocada. La vieja autopista camino a Kellyville estaba atestada de ruina.

Mantuve el pie en el acelerador, intentando mantenerme alejada de los atascos de tráfico y ganar algo de tiempo para pensar en lo que debería hacer. La gente, viva y muerta, corría a mi alrededor. Los disparos se oían desde todas partes en la ciudad mientras la gente sacaba cadáveres de sus vehículos y de los porches de sus casas.

Una señal intermitente comunicó que estaba a punto de entrar en una zona de escuela. Mi estómago se sintió revuelto al instante. Los niños habían sido recogidos hacía más de una hora, gracias a Dios, pero mis hijas estaban tan lejos... Si la epidemia se había extendido con tanta rapidez, las chicas probablemente también estaban ya aterrorizadas y corriendo.

Tenía que llegar a ellas. Mis dedos se cerraron alrededor del volante. Si era el fin del mundo, quería estar abrazando a mis bebés.

Subí el volumen de la radio, esperando alguna señal de cómo salir de la ciudad hacia mis hijas. En lugar de reportar procedimientos de seguridad o algo útil, el locutor estaba luchando para mantenerse profesional mientras un reportero tras otro informaba sobre la gente siendo atacada, accidentes de autos y el caos.

De lo único de lo que no hablaban era de dónde provenía la epidemia. Si hubiera alcanzado antes cualquiera de las costas, yo habría tenido más tiempo... y tiempo era la única oportunidad que tenía.

4

Miranda

Traducido por Vanessa VR & Mel Markham

Corregido por Tsuki

—No vamos a morir —dijo Cooper—. Trata de mantener la calma.

Tenía su brazo alrededor de mi hermana mayor, Ashley, en el asiento trasero, con los ojos bailando al ver el caos que rodeaba mi vocho⁴ VW. Se apoyó contra Ashley cuando otra persona corrió y golpeó la puerta.

—¡Maldita sea! —digo, frunciendo el ceño—. ¡Rayarán la pintura!

Ashley me miró con incredulidad, pero no pude evitar que un poco de ira irracional saliera a la superficie. Mi flamante y brillante Volkswagen blanco apenas tuvo tiempo de dejar que la pintura especial se secase, y estos idiotas se frotaban contra ella cada vez que pasaban.

—Estamos en un punto muerto —dijo Bryce, tratando de ver hacia adelante. Su cabello castaño revuelto rozaba la tela de la capota convertible del vocho. Quería conducir su camioneta Dodge hasta el rancho de mi papá, pero papá era un fanático de Ford, y no iba a escucharlos discutir sobre Rams vs F -150 todo el fin de semana—. Si bajas la capota, puedo ver mejor.

—Bueno, eso es una estupidez —le dije, arrugando la cara con disgusto.

Mi comentario alejó la atención de Bryce de los peatones asustados de afuera. —¿Qué?

Señalé sobre su hombro. —Hay una razón por la que están huyendo. No voy a exponernos a eso.

El tráfico disminuyó hasta una velocidad de unos veinticinco kilómetros por hora aproximadamente diez kilómetros después de que nos unimos a la interestatal para hacer un viaje de fin de semana, y menos de cinco kilómetros más adelante nos detuvimos a cero kilómetros por hora. Media hora después, y todavía no nos habíamos movido. Ni siquiera cuando la gente empezó a salir de sus coches para huir por algo.

—Sólo conduce, Miranda. Sácanos de aquí a toda prisa. No quiero saber de lo que están huyendo —dijo Ashley, jugueteando con su cabello largo y ondulado. Era hermosa como mi madre: alta, delgada y delicada. El cabello rubio oscuro le caía en cascada por

⁴ Modelo de VW, también conocido comúnmente en algunos países como escarabajo.

los hombros, me recordaba a la chica de la película *La laguna azul*⁵. Si Ashley no tuviera una camisa puesta, no importaría. Con unos pocos puntos bien situados de pegamento de Elmer, sus pechos estarían completamente tapados con su cabello.

Al crecer, solía estar celosa de su belleza natural. Mi metro sesenta me hacía ver pequeña en comparación con ella. Me parecía a mi padre: cara redonda, ojos marrones apagados, y el pelo castaño rojizo... bueno, el de papá era rojizo antes de que se volviera blanco. Bryce prefería llamarme de complejión atlética, pero ¿qué sabía él, que era 1, 95 metros de hijo varón exiguo? Su entrenador de baloncesto lo adoraba, pero cuando estábamos juntos, su altura sólo hacía mi pequeña estatura más evidente.

—Sabes de lo que están huyendo —dije, agarrando el volante con las dos manos. Sólo aquellos en negación no eran conscientes de lo que estaba sucediendo.

Los informes de prensa acerca de un brote viral fueron la razón por la que se cancelaron las clases por la tarde. Ashley tuvo la brillante idea de conducir a Beaver Lake por el fin de semana e invitó a su novio, Stanley Cooper, a venir a principios de semana. No queriendo ser la tercera en discordia, le pregunté a Bryce, aunque una vez que sabía que Cooper venía, Bryce habría venido aunque no lo hubiera invitado. Especialmente una vez que papá se enteró de que mamá estaba fuera de la ciudad e insistió en que nos quedáramos con él el fin de semana. Bryce sabía que mi relación con mi padre no había estado del todo bien últimamente, porque Bryce lo sabía todo sobre mí. Nos habíamos tolerado voluntariamente el uno al otro desde nuestro segundo año de la secundaria. Intercambiamos, haciendo cosas horribles y maravillosas el uno por el otro: tomó mi virginidad y me ayudó a superar el divorcio de mis padres, destrucé su primera camioneta y le di mi virginidad. Bryce era ferozmente protector, y por eso exactamente terminamos en la misma universidad. Su protección no era impulsada por los celos. Era más bien como si me estuviera protegiendo de mí. Bryce hacía la doble tarea de novio y consciencia, y nunca negué que apreciaba ambas.

Al igual que todos los demás, continuamos con nuestros planes de fin de semana, en realidad nunca creí que algo tan aterrador y peligroso podría alcanzarnos en el centro del país. Nada nunca sucedió aquí. Lo peor que nos había pasado a Ashley y a mí era el divorcio de nuestros padres. Aparte de eso, nuestras vidas habían sido bastante aburridas y sin preocupaciones. Era una broma corriente para nosotros. Nos gustaba escuchar historias de nuestros amigos sobre sus infancias brutales o cómo fueron acosados en la secundaria, cómo su padre era un borracho y su madre era controladora. Mamá y papá nunca pelearon frente a nosotras. Su divorcio fue una completa sorpresa.

Otro corredor golpeó la pintura. Toqué el claxon. —¡Idiota!

—Miranda, tal vez deberíamos hacer lo que están haciendo —comentó Bryce.

—El vocho es mi regalo de cumpleaños. Papá lo ordenó especialmente para mí, y nunca me perdonará si me presento sin él. Y el rancho está a dos horas de distancia. Nunca llegaremos a pie.

Ashley agarró mi asiento con sus dedos perfectamente cuidados. —¿Tal... tal vez deberíamos volver?

Puse los ojos en blanco. —Actúas como si nunca hubieras visto una película de zombies, Ashley. No podemos sobrevivir en una ciudad. El rancho de papá es el mejor lugar para ir.

⁵ El lago azul en España.

—¿Por qué sigues diciendo eso? No son zombies, eso es ridículo —dijo.

—Brote viral. Los infectados están atacando y mordiendo a personas. Dijeron que había cadáveres esta mañana. ¿Qué crees que es, Ash? ¿Herpes?

Ashley se sentó con resignación, cruzando los brazos sobre el estómago. Cooper la atrajo hacia él. No engañaba a nadie. Sus grandes ojos azules hacían obvio que estaba tan asustado como ella, pero el miedo no fue lo único que vi.

—No, Coop —le dije por el espejo retrovisor—. No vas a salir del coche.

—Pero ¿qué pasa con mi mamá y mi hermanita? Mi papá no está. Están solas. Debería tratar de llegar a ellas.

Tomé aire, tratando de no pensar en mi propia madre. Estaba en Belice con mi padrastro, Rick. Fue por eso que hicimos planes para visitar a mi padre en su rancho en primer lugar. —Ellas viven en Texas, Coop. Vamos a llegar al rancho, conseguir algunas provisiones y, después, iremos a por ellas, ¿de acuerdo? —Estaba mintiendo. Cooper también tendría que saberlo, pero el rancho de mi padre estaba en el norte, todo el mundo corría hacia el norte, y la madre y la hermana de Cooper estaban en el sur. Tal vez un día podría intentarlo, pero todos habíamos visto suficientes películas del fin del mundo para saber cómo terminaría esto: el caos en masa y la carnicería en masa hasta que la población quedara completamente eliminada. Era entonces cuando los muertos vivientes comenzarían a dejar las ciudades para encontrar comida, pero para entonces estaríamos establecidos y bien educados en el arte zombicida. Teníamos que sobrevivir las próximas semanas en primer lugar. El rancho sería el mejor lugar para hacerlo.

Un chico de nuestra edad golpeó mi puerta y luego tropezó y cayó fuera de la vista. —¡Aléjate! —grité, inclinándome hacia adelante para tratar de hacer contacto visual con el que decidió molestar mi auto de tres días.

Otro transeúnte gritando y huyendo se golpeó la cadera contra el espejo lateral. Una mujer lo seguía, pero se detuvo, y luego trepó por mi capó. Maldije de nuevo, poniendo la marcha atrás. —Tenemos que salir de aquí. Nos destruirán. —Justo cuando me giré para tener una idea de cuánto podía retroceder, por el raballo del ojo vi una lucha de color carne en el mismo lugar en el que había caído el primer hombre.

—¿Miranda? —dijo Bryce—. Él está... él lo tiene.

Miré por encima de mi volante, viendo al segundo hombre tratando de sacar su brazo de la boca del primero. Una mezcla de gritos y gemidos se alzó de su frenético combate de lucha libre.

Bryce se puso ambas manos sobre la frente justo cuando el primer hombre tomó un gran bocado de carne y se alejó. La sangre salpicó el rostro del que mordió, y dejó un rastro de carne y tendones desde su boca hasta el brazo de la presa.

El grito agudo de Ashley llenó mis oídos, y por un momento, un zumbido acompañado de una versión más débil de lo que acababa de oír. Miré a Bryce, y su rostro palideció, sus ojos decían todo para lo que no encontraba palabras.

Presioné el pie contra el acelerador, sólo deteniéndome cuando sentí la parte posterior del vocho golpear el coche de detrás de nosotros. Un momento después, la palanca de cambios estaba en marcha, y maniobraba entre un camión y una furgoneta, ambos vacíos. El vocho nos tiró hacia arriba y hacia abajo, ya que subió por el asfalto hasta la cuneta.

—¡No te detengas! —dijo Ashley—. ¡Sigue adelante!

Pasamos más personas, inseguros de quién estaba huyendo y quién estaba persiguiendo. Vi a los padres cargando a sus hijos pequeños, y llevando a los mayores de la mano. Un par de veces la gente gritó que me detuviera, suplicándome que los ayudara, pero detenerse siempre significaba morir en las películas, y apenas tenía dieciocho años. No estaba segura de cuánto tiempo podríamos sobrevivir, pero sabía que no iba a morir en el primer día del maldito apocalipsis zombie.

RED HILL

Jamie McGuire



Scarlet

Era un riesgo, tomar la vieja carretera de dos carriles, pero era la forma más rápida para llegar a mis hijas, además de la interestatal, y esa sería un suicidio. El *Jeep* era parte de una caravana de coches que habían conseguido salir de la ciudad. Había quizás diez o quince. El *Toyota Camry* color plata delante de mí tenía un asiento de seguridad orientado hacia delante en la parte de atrás, y esperaba que hubiera un niño en él.

Kilómetros y kilómetros de tierras de cultivo pasaron, y entonces alguien en el frente redujo la velocidad. Íbamos llegando a un puente, y por algún motivo, el coche de la parte delantera estaba siendo cauteloso. El temor se apoderó de todas las venas de mi cuerpo. No podíamos parar. Teníamos que seguir sin importar lo que hubiera delante. Podría haber estado en un *Jeep*, pero no cruzaría el río. No importa qué, iba a pasar sobre el puente.

No podía ver por qué el coche de delante había disminuido la velocidad hasta que llegué al puente. Un viejo *Buick* color azul hielo estaba parado a un lado de la carretera. Las ventanas estaban cerradas y una pareja permanecía dentro. Una mujer estaba mirando fijamente por la ventana, sólo moviéndose cuando el hombre a la par tiraba de ella cuando desgarraba su carne con los dientes.

Instintivamente, pensé en cubrir los ojos de mis hijas. En ese momento me di cuenta de que no estaban conmigo, y el pánico y la ansiedad de llegar a ellas crecieron, y el preguntarme dónde estaban y si estaban asustadas o bien, hizo que fuera casi demasiado abrumador para mí conducir.

—Ya voy, bebés —dije, tragando el llanto que brotaba de mi garganta.

Un largo tramo de carretera al norte y otro tramo igual de largo hacia el este me llevaría a mis niñas. Dos ciudades pequeñas se interponían entre nosotras. Sus poblaciones eran de sólo unos pocos de miles, sí, pero eso era demasiada gente para pasar si los muertos vivientes vagaban por las calles.

La mayor parte de la caravana giró al oeste, hacia las zonas más rurales. Era la dirección a la que me habría dirigido si mis niñas estuvieran conmigo. El oeste por la autopista 11 era uno de los caminos que habríamos tomado para llegar al rancho del Dr. Hayes.

Junto con sólo otros dos vehículos, giré el *Jeep* hacia el este, donde la población de cada ciudad era más grande que la anterior: Kellyville, Fairview, y luego Anderson, estaban al otro lado de la interestatal.

Las historias de las familias de los otros dos vehículos despertaron mi curiosidad. Delante de mí estaba el *Toyota* con el asiento de auto, detrás de mí había una camioneta pick up verde del setenta y tantos. Ya fuera que llevara solo una persona o una familia, no podía decirlo; el camión se mantenía varios autos de distancia por atrás.

A cinco minutos de Kellyville, mis manos empezaron a temblar. Me pregunté si los otros dos conductores estaban tan asustados como yo. Prepararse para un brote como este era imposible, aunque nos habían dicho por décadas que podría suceder, y la industria del entretenimiento presentó cientos de métodos diferentes de supervivencia. Almacenando alimentos, armas, medicinas. Pero nada de eso importaba si eras mordido... o comido.

El Toyota aceleró un poco al entrar en los límites de la ciudad de Kellyville. Mis nervios estaban de punta y mi frente se sentía húmeda. En cualquier momento un giro rápido o una maniobra de evasión podían ser necesarios.

No estaba segura de qué esperar, pero la ciudad parecía abandonada. Sin muertos vivos, ni seres humanos. Nadie huyendo ni gritando. Eso me dio la esperanza de que tal vez, de alguna manera, la epidemia se había detenido.

Salimos ilesos, igual que como entramos, pero se sentía demasiado fácil. Algo no estaba bien. Subí el volumen de la radio, pero las noticias eran las mismas. De vez en cuando informarían de que alguien famoso había sido encontrado muerto o fue asesinado porque había sucumbido al mal que se propagaba, pero incluso entonces la historia era similar.

El locutor informó de que la capital del estado había sido invadida justo cuando llegamos al lado oeste de Fairview. Una sensación de malestar se apoderó de mí mientras pasábamos la escuela secundaria. Cuerpos cubrían el campo de fútbol, enteros y en partes. No podía decir si eran estudiantes o adultos, o un poco de ambos. Traté de no mirar de cerca. Algunos cadáveres estaban deambulando por ahí, pero nada como lo que esperaba ver en una ciudad sobrepoblada. Tal vez habían salido.

El Toyota delante de mí fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse. No estaba segura de qué hacer. En el espejo retrovisor, la pick up se detuvo también, tal vez un centenar de metros más atrás. Esperé un momento, y luego miré alrededor, esperando una respuesta.

Tuve varias en un solo segundo.

La iglesia de la esquina estaba rodeada de cadáveres reanimados. Mujeres, hombres... y niños. Algunos con ropas ensangrentadas, desgarradas, otros no podía decir que habían sido heridos en absoluto, pero podía ver desde la carretera que todos compartían los mismos ojos de color blanco lechoso. Inmovilizada ante la vista, me sentí más desesperada por ponerme en marcha.

Los muertos golpeaban las ventanas tapiadas y las puertas. Se movían con lentitud y torpeza, pero con fervor. Estaban hambrientos. Había un camino vertical de brillante sangre roja en la pared oeste. Alguien herido se había arrastrado hasta el nivel superior. La multitud parecía sentirse atraída por ella.

Entonces entendí por qué el Toyota se había detenido. Había gente dentro. Se habían refugiado en la iglesia, y probablemente no tenían adónde ir.

—No seas estúpido —dije en voz baja—. No con el bebé en el auto.

El claxon del Toyota sonó una vez, y luego otra vez, llamando la atención de algunos de los cadáveres ensangrentados que golpeaban las puertas de la iglesia. El claxon sonó un par de veces, y luego la puerta del lado del conductor se abrió y salió un hombre, agitando los brazos.

—¡Oigan! —le gritó a los cuerpos—. ¡Por este lado! ¡Vengan por aquí!

Unos más se giraron hacia él, y luego se detuvieron inmediatamente para hacer una torpe y lento viaje hacia la carretera. Su movimiento atrapó la atención de más, y entonces una sección completa de ellos se alejó de la iglesia para caminar hacia nosotros.

—Mierda —dije, mis ojos yendo y viniendo entre los cuerpos y el Toyota. Toqué la bocina varias veces, también—. Entra al auto. ¡Entra al auto! —grité las últimas palabras, golpeando mis palmas contra el volante.

El hombre saltó de arriba abajo unas cuantas veces más.

—¡Entra, John! ¡Entra! —gritó su esposa, inclinándose sobre la consola y agarrándolo.

John saltó dentro, y se alejó rápidamente. Lo seguí de cerca, mi corazón latiendo acelerado en mi pecho mientras pasaba los cuerpos que se acercaban.

Una docena más apareció en mi espejo retrovisor, y luego vi varias personas — personas vivas— correr hacia el otro lado de la calle. La camioneta verde se encontraba todavía a una cuadra de la iglesia, esperando a algo.

Mi corazón nunca se calmó desde que dejamos Fairview. Estaba mucho más cerca de mis hijas, y más cerca de los obstáculos que probablemente enfrentaría para llegar hasta ellas, más cerca de saber si se encontraban con vida.

Las lágrimas corrieron por mi cara mientras nos acercábamos al puente que nos llevará a la orilla de mi ciudad natal. Al principio, no me desconcertó que hubiera vehículos del ejército de reserva de todas formas y colores estacionados en la entrada del puente. Estaba muy distraída por el desorden de vehículos en la interestatal.

—Jesús —suspire.

Era como temía. Varios autos apilados y vehículos atascados. Algunas personas se encontraban de pie fuera de sus autos y camiones, rogándoles a los soldados en la rampa que los dejara pasar.

El Toyota se detuvo en lo que parecía un puesto de control. John salió del auto, e inmediatamente algo se sintió raro. Los soldados estaban inquietos, sus ojos saltaban entre sí, al coche, a John. El gobernador Bellmon se encontraba en la ciudad, así que probablemente mantenían Anderson en cuarentena, controlando quién entraba. Asegurándose de que ningún caminante se escabulla y amenace al hombre que podría ser el único miembro vivo del gobierno del estado, especialmente sabiendo que la capital del estado había sido invadida.

John intentó sacudir la mano del soldado, pero el soldado solo le ofreció el cañón de su rifle. La adrenalina corrió más y más rápido por mis venas, y cada parte de mí estaba en alerta máxima. Los soldados se comportaban erráticamente; nerviosos. John señaló más allá del soldado, y luego a su familia en el auto. Podía ver que se agitaba cada vez más.

Bajé la mirada. Había un camión de cabeza en la interestatal. Estaba lleno de agujeros de bala. A mi izquierda, una camioneta de tamaño completo, también cubierto de agujeros, estaba tirada a unos cincuenta metros del hombre en la hierba. Puse el Jeep en reversa.

—Solo entra en tu auto, John —susurré.

Cuando el soldado no se movió, John dio un paso y empujó al soldado en el hombro antes de regresar a su auto. Pude ver a diez metros de distancia que era sólo debido a la frustración. John probablemente tenía a alguien en Anderson que amaba y al que quería llegar —tal vez un niño mayor. Al final, lo único que cualquiera de nosotros quería era estar con nuestros seres queridos.

Diez metros de distancia eran suficientes para ver al soldado dar la orden, para verlos apuntar sus rifles automáticos hacia el auto de John, y disparar. Pero diez metros de distancia no eran suficientes para avisarle.

Tan pronto como John se sentó en su asiento, los soldados abrieron fuego, llenando cada centímetro del Toyota Camry plateado con balas. Instintivamente, apreté fuerte el pedal del gas, tan fuerte que mi pecho empujó el volante.

—¡No! ¡Oh, Dios mío! ¡No! —grité, tirando de la palanca de cambios mientras giraba la rueda en la dirección opuesta. Ellos no dejaban a nadie entrar, y peor aún, las entradas estaban siendo vigiladas por soldados jóvenes asustados con armas automáticas. O bien se habían dado órdenes de eliminar a cualquiera que se acercara a ellos, u operaban sin comunicarse con sus oficiales al mando. Lo segundo parecía lo más probable —y más atemorizante—.

Apenas pude ver a través de mis lágrimas, tirando del volante hacia el norte hacia la carretera. ¿Cómo podía llegar a mis niñas? ¿Los soldados también les dispararon a todos en la ciudad?

Obligué a mi mente a dejar de vagar y enfocarse en una solución. Meterse en los límites de la ciudad era la meta. Anderson era mi ciudad natal. Conocía sus entradas y salidas mejor que esos soldados. Tiene que haber una forma de entrar.

En el extremo noreste de la ciudad había un camino de tierra junto a una zona boscosa. Esos bosques se encuentran ubicados entre la carretera de tierra y la carretera principal que atraviesa la ciudad. Probablemente los soldados lo patrullan, pero por otro lado estaba el río, hierba alta, y el viejo Puente Blackwell Street. Si pudiera acercarme lo suficiente al área de bosques, y luego lograr cruzar hasta la carretera principal, podría ser capaz de escabullirme por el puente y seguir la calle Blackwell casi todo el camino hasta la casa de Andrew.

La única forma de hacerlo sin que me detecten sería esperar a que oscurezca. El pensar en caminar en la oscuridad mientras esas cosas caminaban por ahí creó un constante sentimiento de enfermedad en mí que venía en olas, pero no importa cuán terrorífico fuera, era la única forma de llegar a mis chicos.

Conduje cinco kilómetros hacia el norte del límite sudeste de Anderson, y luego hacia el este una vez que creí que estaba despejado. El Jeep saltó sobre un puente no tan amplio como el de los soldados, y luego levantó suciedad roja mientras salía disparada hacia mis puntos elegidos. Cinco kilómetros eran suficientes para permanecer fuera de la vista de cualquiera que pueda estar custodiando la entrada norte. Ni siquiera me crucé con caminantes.

El Jeep bajó la velocidad hasta detenerse. Por primera vez, noté que mi bolso no había llegado al Jeep conmigo —o mi teléfono— y mi estómago dio un vuelco. Las líneas telefónicas probablemente no funcionaban, pero me hizo sentir enferma no tener una forma de comunicarme con Andrew... o alguien más. Miré alrededor en busca de caminantes, trabé las puertas, y me estiré hacia al asiento trasero. Saqué el trozo de alfombra ocultando la barra de hierro. Eso y una pequeña linterna eran las únicas cosas que tenían uso.

Esperé en el asiento del conductor, lista para alejarme al primer vistazo de un caminante. Mis oídos se agudizaron con cada sonido, y mis músculos temblaban cada vez que una ráfaga de viento hizo temblar las hojas y la hierba a mí alrededor. Tarareé una canción al azar, repiqueteé con mis uñas, me aseguré de que mis tenis tuvieran doble nudo, y luego le hablé a Dios.

Al ponerse el sol, el nivel de ansiedad que sentía era casi inmanejable. Mi mente luchó para no revivir el momento en que John, su esposa y su bebé fueron asesinados. También luché con el imaginar cualquier horrible escena con las que podría tropezar una

vez que me abra camino en las calles de Anderson. Las entradas vigiladas fueron útiles y un obstáculo. Los guardias armados, temerosos y de gatillo rápido, tendrían, al menos, la amenaza de caminantes al mínimo.

La oscuridad comenzó a pintar sombras sobre el bosque, y con la media luna ascendiendo vino la caída de la temperatura. Froté mis manos, y luego envolví mis brazos alrededor de mis costillas por calor, deseando tener algo más abrigado que una chaqueta. Pronto, caminaría en la oscuridad, mis oídos y el hierro mis únicas armas contra lo que sea que esté cazando en las sombras, y la barra de hierro no iba a ser de mucha ayuda. Cualquier persona que no se escondiera debajo de una roca podría decir que la única forma de matar a alguien supuestamente muerto, es destruir el tronco cerebral. Necesitaba un arma o al menos algo lo suficientemente afilado para penetrar el hueso. Golpear el cráneo de un caminante tomaría más tiempo del que podía gastar.

Es increíble, la forma en la que la imaginación puede afectar físicamente al cuerpo. El ritmo de mi corazón de había duplicado, y comenzaba a sudar. Cuanto más miedo sentía, más me recordaba de mis chicas me necesitaban. Probablemente estaban asustadas de muerte, y no importaba lo que ocurriera o en qué estado estuvieran, quería estar con ellas.

Nathan

Zoe mantuvo la cabeza baja instintivamente, o me estaba imitando a mí, mientras corríamos hacia el auto. Los disparos sonaron dos casas más allá, y me asomé para ver a mi vecino Lyle Edson dispararle en la cara a alguien que se acercaba a su porche. Una ambulancia pasó rápidamente, las puertas traseras abiertas y sacudiéndose mientras derrapaba con las luces y sirenas a todo volumen por la calle.

—¿Papi? —dijo Zoe. El miedo en su voz era real. Algo de lo que quería protegerla hasta que el mundo ya no me dejara. No podía protegerla de esto; el infierno caía sobre nosotros.

Mis manos temblaron mientras intentaba empujar la llave en la puerta para destrabarla.

—¿Papi? —dijo Zoe de nuevo.

—Solo un segundo, cariño —dije, maldiciendo a mis manos temblorosas entre dientes. Finalmente la llave entró en la hendidura y la giré. En el mismo segundo, Zoe apretó mi mano.

—¡Papi!

Me volví para ver a un policía acercarse. Arrastraba los pies lentamente hacia nosotros, su mandíbula relajada, dejando su boca abierta. Un gruñido bajo emanó de su garganta. Levanté el bate que había apoyado en el auto mientras intentaba abrir la puerta, y luego me paré delante de Zoe.

—Detente ahí —dije. El oficial de policía siguió caminando. Sostuve el bate delante de mí.

—Si puedes entender lo que estoy diciendo, por favor detente. Voy a golpearte con este bate si te acercas.

Zoe se aferró a la parte trasera de mis pantalones, y agarré el bate de aluminio. —Cierra los ojos, Zoe.

Las pequeñas manos de mi hija soltaron la tela de mis pantalones, tiré el bate hacia atrás y hacia un lado, en la posición perfecta para hacerlo pivotar. Antes de que pudiera hacerlo, sonó un disparo. El oficial cayó. Me congelé, y luego vi a Lyle Edson de pie a unos metros a mi izquierda.

—Gracias —dije con un asentimiento.

—Mejor toma su arma y saca a esa pequeña niña de aquí —dijo Lyle.

—¿Quieres venir?

Lyle sacudió la cabeza. —Mi esposa está dentro. Ha sido mordida. Me voy a quedar con ella.

Asentí con la cabeza y luego me incliné hacia abajo, desabrochando la funda del oficial y retirando su arma. También cogí la radio, y entonces decidí tomar todo el cinturón.

Zoe abrió la puerta del conductor y subió por encima de la consola hasta su lado. Ambos abrochamos nuestros cinturones, y encendí el auto. El tanque de gasolina

mostraba que le quedaban tres cuartos. No estaba seguro de cómo de cerca de la seguridad podíamos llegar con tres cuartos del tanque, pero teníamos que dejar la ciudad.

Zoe se estiró para bloquear la puerta.

—Mejor bloquea la puerta trasera también —dije haciendo lo mismo. Retrocedí por el camino y fui en la misma dirección que la ambulancia. Pensé que debería alejarme de lo que sea que ellos huían con tanta prisa.



5

Scarlet

Traducido por Sofi Fullbuster & Blaire2015

Corregido por Tsuki

Los últimos rayos de sol caían bruscamente detrás del horizonte. Temblando con miedo, salí lentamente del Jeep. Mis zapatillas, aún un poco húmedas por la lluvia de esta mañana, se hundieron en el espeso lodo. Aferrándome a la barreta de mi pecho, di un paso dentro del bosquecillo. La noche estaba tranquila —tan silenciosa que cada movimiento que hacía parecía como si una explosión hiciera eco a través de los árboles.

Cada sonido hacía que mi cuerpo se congelara. ¿Podían ver en la oscuridad? ¿Confiaban en su olfato como un animal? Sólo cuando pensé en mis niñas esperándome, encontré el coraje suficiente para avanzar otro paso.

Cerca de una hora más tarde, el sonido de pies siendo arrastrados me sobresaltó lo suficiente como para hacerme aferrarme a un árbol. Me abracé a él y cerré los ojos, tratando de escuchar algún ruido peligroso por encima del golpeteo de mi corazón y jadeante respiración.

Sólo cuando creí que podría hiperventilar, abrí ampliamente los ojos, para tratar de conseguir la luz suficiente como para ver en la oscuridad. Algo más oscuro que la oscuridad y casi tan alto como un hombre cruzó de un árbol a otro, sólo a dieciocho metros o así de mí. Cerré los ojos fuertemente una vez más, y luego corrí a toda velocidad, rehusándome a detenerme hasta que me deslicé en una alcantarilla junto a la carretera principal del pueblo.

Mis rodillas cayeron primero, golpeando duramente, y luego mi estómago, pecho, y rostro poco después. Con el rostro y las palmas contra el lodo, rápidamente me ajusté a los sonidos a mí alrededor, y luego me di la vuelta, buscando lo que sea que estuviese cazándome con pánico.

Mi pecho dolía mientras mis pulmones trataban de ajustarse a la constante adrenalina bombeando a través de mi cuerpo. Un grito brotó desde mi pecho, pero la comprensión de ello contuvo el ruido. Llamar la atención de alguien —vivo o muerto— podría finalizar mi misión de rescate antes de que comenzara.

Un hombre caminaba hacia mí, sus brazos extendidos, tratando espantar el grito que podía ver que estaba a punto de hacer eco a través de todo el lado este de Anderson.

El miedo en sus oscuros ojos resaltaba por la cantidad de blanco envolviéndolos. —¡Shhh! ¡No voy a lastimarte! —dijo en un susurro.

Se deslizó junto a mí, su ropa y piel ya embarradas con lodo, salpicada en algunas partes, empapándolas en otras. Parecía como si hubiese estado arrastrándose sobre su vientre a través del bosquecillo durante días.

Presioné los labios para reprimir un aullido, todo mi cuerpo temblando involuntariamente.

—No voy a lastimarte —dijo de nuevo, jadeando. No necesitaba el lodo. Su piel era lo suficientemente oscura como para mantenerlo oculto, incluso si era de un metro ochenta de alto—. No quería asustarte. Sólo estaba tratando de llegar al pueblo. Como tú.

Asentí, incapaz de formar una respuesta apropiada.

—Mi nombre es Tobin. ¿Tú... estás bien?

Respiré profundamente, tratando de controlarme. —Scarlet.

Tobin hizo un rápido escaneo de nuestros alrededores. —¿Eres de Anderson?

—Solía serlo.

Tobin asintió. —Tenías familia allí, ¿no?

—Mis pequeñas —dije, sintiendo las saladas lágrimas llenar mis ojos. Por primera vez desde que había dejado el Jeep, sentí frío. Mi cuerpo no había parado de temblar, y ya estaba cansada.

Tobin presionó los labios. —Mi hermana y sus hijos viven allí. No tienen a nadie.

El saber que no estaba totalmente sola me dio la fuerza suficiente como para centrarme en mi plan. Apunté a través de la carretera, hacia otro terreno con una arboleada. —Al otro lado de la calle hay un valle que se encuentra junto al río. Hay un viejo puente, tal vez a tres manzanas al sur.

Tobin frunció el ceño. —Hay soldados en cada entrada, y están caminando por la calle. Anderson es algún tipo de base militar ahora.

—El gobernador está aquí, en algún lugar. Estaba de visita hoy. Se supone que mis hijas iban a conocerlo.

Tobin sacudió la cabeza. —Entonces eso lo explica todo. No estoy seguro de sí debería sentirme feliz o enfermo del estómago. Quiero decir... a quién demonios le importa su título cuando todo el mundo se va a ir al infierno, ¿cierto?

Me reí una vez, sin humor. —Es un buen momento para utilizar su rango. Al menos no se está arrastrando por el lodo.

Tobin me dio una pequeña sonrisa. —Mejor nos vamos. Podrían hacer otra ronda por lo árboles pronto.

—¿Otra?

Tobin miró hacia su cuerpo cubierto de lodo y luego a mí. —Un consejo: Si ves a una persona muerta caminando, corre hacia el otro lado. Si ves a un soldado, escóndete. Estaban disparándoles a los cuerpos en la calle más temprano. Sólo para asegurarse, supongo.

Tobin esperó mientras corría a toda velocidad a través de la autopista. Mis piernas parecían moverse lentamente, pero antes de que lo supiera, me encontraba al otro lado de las cuatro calles y escondida una vez más al otro lado. Unos segundos más tarde, Tobin se unió a mí.

Nunca me había sentido tan cómoda al estar alrededor de un completo extraño. Esa era otra de las cosas que no aprendías de una película de zombis.

Ocultándonos detrás del descuidado follaje junto al río, Tobin y yo caminamos fatigosamente a través del lodo hacia el amenazador puente peatonal Blackwell. Un camión del ejército pasó lentamente, y tuvimos que saltar bajo el acero y el asfalto para escapar de los focos que iluminaban el río. Sostuve mis manos sobre mi boca. Un cuerpo estaba flotando boca abajo en la superficie del agua, a menos de un metro de donde Tobin y yo habíamos pasado sólo unos momentos antes. Disparos sonaron, el cuerpo se convulsionó mientras era bañado con balas, y luego el camión prosiguió, los focos paralelos apuntando hacia el camino.

Tobin se estiró y tocó mi brazo. —Está bien. Ya se fueron. Necesito hacer pipí, y luego seguiremos.

Sus palabras me sonaron extrañas. Tuve que esperar y hacer una revisión de mis funciones corporales, para ver si incluso había ido al baño. De repente, mi vejiga se sintió como si fuese a estallar, y todo lo que pude hacer fue tirar de mis pantalones y bragas hasta mis tobillos lo suficientemente rápido como para no orinarme encima.

Tobin me encontró al borde del agua. Estaba oscuro, y no parecía una buena idea nadar, pero tampoco podíamos arriesgarnos a pasar por el puente.

—¿Crees que está lejos? —preguntó Tobin, mirando hacia el fluido río. La lluvia de más temprano había hecho que la corriente fluyese más fuerte, y que el nivel del agua subiera.

—No realmente, pero no podemos ir por el puente. Nos verán y sabrán que estamos colándonos. Nos dispararán de inmediato.

—Estoy de acuerdo. Solía vivir aquí. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Podríamos tratar de encontrar un lugar poco profundo río abajo, tratar de cruzar por aquí, o usar la cuerda balanceándose al otro lado del puente.

—¿Cuerda? —dijo Tobin, dudoso.

—Ha habido una en ese árbol de allí desde que puedo recordarlo. Tienen una allí para los niños que viven aquí.

Me miró sin comprender.

Me encogí de hombros. —La piscina del pueblo está al otro lado del pueblo.

Tobin parpadeó. —¿A qué tipo de villa pueblerina se mudó mi hermana?

Nathan

—Lyle disparó a un policía, papá.

—Vi eso —dije, sin saber qué otra cosa decir.

—¿Qué ocurre? —dijo Zoe—. ¿Por qué todo el mundo está luchando?

—Algunas personas están enfermas —dije, encendiendo la radio del policía—.
Creo.

Llegaban informes de que el virus había afectado a todos los países. Después de un rato, el emisor dejó de hablar, por lo que subí el volumen la radio del coche. Treinta y dos de los cuarenta y ocho estados contiguos reportaron muertes y enfermedades. La Costa Este informó de que aquellos que habían optado por no recibir la vacuna contra la gripe, no mostraban tan pronto síntomas como aquellos que la tenían. Algunos informes dijeron que aquellos que habían recibido la vacuna contra la gripe no necesariamente necesitaban haber sido mordidos o atacados antes de que se contagiaran del virus. Reanimarían sin importar cómo murieron. Miré a Zoe. Ella tenía alergia al huevo como yo. Las personas con alergia al huevo estaban advertidas contra la vacuna a menos que estuvieran bajo supervisión médica tras la inoculación. A pesar de que mi alergia no era severa, Aubrey y yo decidimos que el beneficio no compensaba el riesgo, para mí o para Zoe. Bueno, yo lo hice... Aubrey dejó la decisión para mí. Dejé que un suspiro de alivio escapar de mis labios. Si sólo hice una cosa bien, me alegraba de que fuera eso.

Todas las carreteras resultaron ser una carrera de obstáculos. Si no estaba tirando del volante a la izquierda, estaba tirando a la derecha, esquivando personas, otros vehículos, y en general residuos que dejó el pandemónium. Aubrey solía quejarse siempre de mi forma de conducir, pero estábamos casi fuera de la ciudad, todavía tenía que chocar contra algo. Incluso si fuera un pequeño milagro, aunque no podía quejarse de mis habilidades de conducción ahora.

Zoe señaló hacia delante. Estábamos en una de las pocas carreteras de la ciudad que pensé que aún estarían abiertas. Estaba pavimentada, pero a sólo unos pocos kilómetros más adelante se convertiría en tierra. A medio camino estaba entre un cruce de ferrocarril. Un tren era visible a poco menos de medio kilómetro, y pronto las luces parpadearían rojas, y los carriles que se cruzaban bajarían. Había coches detrás de mí, y Dios sabe qué más. No podíamos quedarnos atrapados detrás de ese tren. Los neumáticos casi desgastados del sedán no serían capaces de avanzar a través de los campos de trigo entre nosotros y la siguiente carretera.

Presioné el acelerador.

—¡Papá, despacio!

—No puedo, Zoe. No podemos esperar por el tren. —Estiré la mano y tiré de su cinturón de seguridad para asegurarme de que estuviera tenso, y luego puse ambas manos en el volante. Los cruces de raíles comenzaron su descenso. La bocina del tren protestó, interminable y lamentablemente. Solía pensar que el sonido era romántico. Ahora era lo que me estaba impidiendo llevar a mi hija a un lugar seguro.

Mi piel presionó el pedal del acelerador, golpeándolo contra el suelo.

—¡Papá, no!

RED HILL

Jamie McGuire

El primer cruce ferroviario pasó rozando la pintura de la parte superior del coche, pero cogimos el segundo raíl de salida, rompiéndolo fácilmente por la mitad. Zoe se dio la vuelta, cubriéndose la boca. Miré por el espejo retrovisor. El coche color vino de la ciudad de Lincoln detrás de nosotros debía de haber tenido la misma idea, pero fue un segundo más lento. El tren golpeó directamente su parachoques trasero y lo envió en un giro. La parte delantera del coche dio la vuelta, estrellándose contra el tren un par de veces antes de lanzarse un poco más abajo por el campo de trigo. Si no estaban gravemente heridos, iban a tener que caminar.

—¡Tenemos que volver!

Sacudí la cabeza. —Vamos a por tío Skeeter y tía Jill. —Skeeter McGee era el hermano pequeño de Aubrey. El obvio desdén de ella hacia mí hizo que a Skeeter le gustara mucho más. Vivían en un pequeño tugurio de casa de dos habitaciones justo al lado de Fairview. La ciudad era pequeña. Lo suficientemente pequeña como para no tener que preocuparme de la manada de muertos vivientes que nos rodeaba.

En los labios de Zoe apareció el más mínimo atisbo de una sonrisa. Skeeter y Jill no habían estado casados por más de un par de años, y no tenían hijos. Skeeter amaba a Zoe como si fuera suya, y Jill estaba igual de loca por ella.

Una razón más para ir directamente hacia Fairview era que Skeeter era un entusiasta de la caza, y tenía varias pistolas y rifles de caza con abundante munición. Sería el lugar perfecto para esconderse y esperar el fin del mundo.

La carretera de dos carriles no tenía la congestión que esperaba. Un par de veces tuve que conducir alrededor de dos o tres aglomeraciones de coches, muy probablemente debido al pánico inicial y a que los preocupados conductores no prestaban atención, pero la mayor parte de los coches en la carretera estaban conduciendo a velocidad moderada. Zoe señaló por su ventana cuando llegamos a Old Creek Bridge. Un hombre estaba inclinado hacia delante, vomitando junto a un Buick LeSabre del 76, mientras su esposa le tocaba la espalda. La expresión de ella era más que preocupación o temor; las líneas residuales de su cara estaban profundizadas por la resignación.

—¿Es una de las personas enfermas, papá? —preguntó Zoe mientras los pasamos conduciendo lentamente.

La mujer levantó la vista, con desesperanza en sus ojos, y luego ayudó a su marido a entrar en el lado pasajero de su coche.

—No lo sé, bebé.

—Quizás deberíamos parar y ayudarlos.

—No creo que podamos —dije, sacando mi teléfono móvil del bolsillo. Traté de marcar el número de Skeeter para advertirle de que estábamos llegando, pero lo único que escuché fue una señal de ocupado. Por supuesto, las líneas telefónicas estarían caídas.

Nos encontrábamos en una corta fila de coches, uno tras otro yendo más despacio mientras nos acercábamos y pasábamos Kellyville. No se veía ni una sola persona. No me atreví a esperar lo mismo en Fairview. Mientras nos acercábamos a las afueras de la ciudad, parecía tranquilo. Al principio, pensé que quizás éramos más rápidos que la enfermedad, pero luego el coche de delante pisó el freno mientras una mujer cruzó la calle gritando, seguida por un hombre cubierto de sangre, la mayoría concentrada en torno a su boca. La mujer tenía el más hermoso cabello moreno que había visto jamás

fluyendo detrás de ella. Corría tan rápido que su cabello ondeaba detrás de ella como una bandera. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto, y un coche del frente emprendió una frenética huida de la ciudad. Otros vehículos lo siguieron. No estaba seguro de si alguno de ellos había querido venir aquí, pero definitivamente no iban a quedarse.

Miré a Zoe. —Hay gente enferma aquí. Cuando yo lo diga, quiero que desabroches tu cinturón de seguridad, luego voy a llevarte dentro.

Zoe asintió. Parpadeó un par de veces. Podía decir que estaba nerviosa, pero no porque tuviera miedo de morir. Quería asegurarse de hacer bien lo que le pedí, y lo hizo correctamente. Zoe era siempre especial en los procedimientos, especialmente cuando eran hablados y no sólo se sobreentendían. Las reglas se formaron con mucho cuidado en nuestra casa. Era algo que no podríamos recuperar. Si había una excepción, no se la esclarecíamos a Zoe, porque no entendía el concepto de excepción a la regla, y si intentábamos explicárselo, se enojaría.

—¿Zoe?

—¿Sí, papá?

—Es el momento de desabrochar tu cinturón de seguridad.

Hizo lo que le dije al llegar a la primera calle a la derecha y luego hacia la entrada de Skeeter. Una vez que el coche se detuvo, di marcha atrás hasta entrar en el estacionamiento, tiré de Zoe a mi lado, y corrimos rápidamente pero en silencio por la puerta trasera de Skeeter. Nadie venía a la puerta de su casa, y si lo hacían, Skeeter sabía que eran o bien un vendedor o un policía, y Skeeter no abría la puerta para ninguno.

Golpeé la contrapuerta con el lado de mi puño, todavía con Zoe agarrada por la cintura con mi otro brazo. El cañón del arma del calibre 22 de Jill se hizo visible cuando apartó la cortina lo suficiente para tener una buena vista de mi cara. —Somos nosotros — dije, mirando detrás de mí.

La cerradura se abrió y el pomo de la puerta giró, y entonces Jill abrió la puerta de par en par, haciéndonos gestos rápidamente para entrar. Bajé a Zoe. Sus brillantes zapatillas de deporte golpearon contra el suelo verde y amarillo de rombos de linóleo de la cocina. Respiré profundamente, tratando de apagar la angustia que se había construido dentro de mí al intentar llevar a Zoe desde el coche hasta el interior de la casa con vida, mientras Jill cerraba la puerta detrás de nosotros y dejaba su rifle.

Jill se estrelló contra mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi torso y apretándome tan fuerte que me alegraba de haber tomado una buena respiración anticipadamente.

—¡Oh, Dios mío, Nate! ¡Estoy tan contenta de que hayas venido! — Me soltó y luego se inclinó para abrazar a Zoe—. ¡Hola, dulce guisante! ¿Estás bien? —Zoe hundió su barbilla una vez, y Jill me miró a mí, con miedo en sus ojos—. ¿Dónde está Aubrey? — Cuando no respondí, ella se levantó y se asomó por la ventana. Se dio la vuelta hacia mí—. ¡Nate! ¿Dónde está?

—Ella me dejó.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Me encogí de hombros, inseguro de qué expresión correspondía a la conversación. —Hoy. —En cualquier otro momento hubiera sentido justo decirle a mi cuñada la noticia, pero en ese momento me sentía estúpido. Con todo lo que ocurría, el final de mi matrimonio parecía trivial.

Los ojos almendrados de Jill rebotaban entre Zoe y yo. Que Aubrey me hubiera dejado no era exactamente una sorpresa. Había estado depresiva e infeliz por un largo tiempo. Sin importar lo que intenté o cuántas veces le pedí que fuera a terapia, juntos o simplemente sola, Aubrey ya no era la mujer con la que me casé, y todos estábamos esperando a que la mujer que tomó su lugar dijera finalmente que no pertenecía a esa vida. Todos pretendíamos que mejoraría, pero la sobreentendida verdad es siempre más fuerte que las historias que contamos.

Sin embargo, para Jill cualquier expresión, excepto una sonrisa, parecía fuera de lugar. Ella era una mujer hermosa. Verla limpiar un ciervo o un pez espada con esa piel de porcelana y esos largos y delicados dedos, siempre había sido surrealista para mí. El hecho de que pudiera disparar un arma y hacer picar un anzuelo la hacía perfecta para Skeeter, y él la amaba tanto como cualquier hombre podría amar a una mujer. Habían estado saliendo desde la escuela secundaria, y no parecía importarles que nunca hubieran experimentado nada con nadie más. En ninguna parte excepto en Fairview, Jill nunca habría terminado con Skeeter, pero aquí, en el medio del centro, aún con su barriga cervecera floreciendo y la barba descuidada, Skeeter McGee sólo necesitó su encanto de muchacho del país, músculos de hombre trabajador y un trabajo decente para ganarse la magnificencia que era Jill.

Hablando de Skeeter... —¿Dónde está él?

Jill puso su mano a un lado de su cara. —Se marchó hace media hora. Fue a la calle de Barb y la Sra. Kay para ver si necesitaban ayuda. Se están volviendo mayores y sus maridos se han ido hace años. Él quita la nieve de sus caminos cada invierno, y hace de mecánico cuando necesitan arreglar algo. Se preocupa por ellas. Con el infierno desatándose afuera, quiere intentar traerlas de vuelta donde pueda cuidarlas. —Jill alcanzó inconscientemente la mano de Zoe, el pensamiento de los monstruos de fuera reflejándose en sus ojos.

—¿Se ha llevado un arma?

Jill asintió. —Su arma del calibre treinta y seis.

—Regresará.

6

Nathan

Traducido por Vanessa VR

Corregido por itxi

Antes de que llegara la enfermedad, esperar era una irritación. Ahora que los muertos vivientes estaban caminando en medio de la vida, esperar se sentía como la violación de ser asaltado, la impotencia cuando perdiste algo valioso como las llaves o el anillo de bodas, y el temor insoportable que te invade cuando tu hijo queda fuera de tu vista en el centro comercial, todo enrollado en una bola repugnante de emoción.

Jill se paseaba por la cocina, con los dedos en la boca mientras masticaba hasta la última parte de las uñas que sus dientes pudieron encontrar. Revisé las ventanas y la puerta principal, asegurándome de que todo era seguro. Zoe se sentó en la puerta que conectaba la cocina con la sala de estar, pellizcando tranquilamente el dobladillo de la camiseta de manga larga.

Un silbido familiar sonó por fuera de la ventana de la cocina, y luego resonó un disparo. Sin mirar, Jill se apresuró a abrir la puerta, y Skeeter tropezó al entrar, sin aliento y sudando. Puso el rifle al lado de Jill mientras ella cerraba la puerta, y luego se abrazaron y besaron como si no se hubieran visto en años.

Jill gimoteó, y Skeeter sostuvo su cara entre las manos. —No llores, Jillybean. Te dije que regresaría. —La besó en la frente y luego extendió los brazos de par en par hacia Zoe, agachándose tanto como su estructura de 1,92 metros y 99 kilos se lo permitirían.

Zoe inmediatamente saltó y corrió hacia él, fundiéndose en sus brazos.

—Zoe —dijo, besándole la parte superior de la cabeza.

—¡Te extrañamos!

Él me miró. —¡Creo que creció 30 centímetros!

La conversación era la típica, pero la conversación típica era inquietante durante un apocalipsis.

—¿Dónde está Aubrey? ¿Intentando encender el ordenador? —preguntó.

Jill me miró y yo miré a Zoe. —No estaba en casa cuando llegamos. Dejó una nota.

La expresión de Skeeter era difícil de descifrar. No estaba seguro de si estaba confundido o simplemente intentando procesar lo que eso significaba.

Jill se paró junto a su marido. —¿La Srita. Kay? ¿Barb?

Skeeter ofreció una sonrisa forzada. —Las llevé a la iglesia. Regresé para llevarte. Están forrando las ventanas en estos momentos, y casi todo el mundo llevó suministros. Alimentos y esas cosas. Armas. Municiones. Es una buena resistencia.

—Skeeter —dije—. No es una buena idea tener a toda esa gente en un solo lugar. Será como un buffet.

El rostro de Skeeter cayó un poco. —No hay tanta gente. —Agarró su arma con una mano y envolvió la otra en la cintura de Jill, hablándole en voz baja al oído—. Pon algunos cambios de ropa en una bolsa.

Jill se liberó. —No quiero salir de la casa, Skeeter. ¿No podemos quedarnos aquí?

Skeeter bajó la voz aún más. —Están rompiendo las ventanas. No tenemos nada para forrar las nuestras. —Inclinó la barbilla, esperando pacientemente a que Jill estuviera de acuerdo. Una vez que accedió, continuó—: Tenemos que tomar todos los alimentos y el agua que podamos cargar. Voy a preparar las armas y municiones. Se rápida, bebé.

Jill asintió y luego desapareció al otro lado de la casa. Skeeter pasó junto a mí en la sala y abrió la puerta del armario. Sacó dos bolsas de lona de gran tamaño y las llevó a una caja fuerte marrón situada contra la pared junto a la televisión. Era más alta que Zoe. Casi del mismo tamaño que Jill. Skeeter giró la combinación y rápidamente abrió la pesada puerta, sacando dos pistolas a la vez y colocándolas en la bolsa. Una vez que sacó las armas de la caja fuerte, empezó a sacar sus rifles, miras y escopetas. Llenó la otra bolsa con municiones, cuchillos de caza, un botiquín de primeros auxilios, y varias cajas de fósforos.

Vi a mi cuñado arrodillarse en el piso para organizar las bolsas de supervivencia. —Jesús, Skeeter, ¿sabías que esto iba a pasar? —le dije, medio en broma.

—Cualquiera que no creyera que esto era una posibilidad estaba en negación. Con la tecnología que hay, ¿cuánto tiempo ha estado la gente hablando de zombies? Desde antes de que nacióramos. Lo supe el otoño pasado cuando los informes sobre ataques humanos estuvieron en las noticias por un día o dos, y luego no se oía nada al respecto. No me importa qué puede hacer a una persona un baño de burbujas loco... no hay ninguna droga que pueda drogarme lo suficiente como para masticar la cara de alguien.

—Era un baño de sales, Skeeter. Dijeron que el hombre llegó a admitirlo. Estaba en su sistema.

Skeeter me miró, dudoso. —Todavía crees eso, ¿verdad?

Crucé los brazos y me apoyé en el marco de la puerta, intentando fingir que su teoría no era completamente inquietante. Sin duda, nuestro gobierno no lo sabía. Esta enfermedad no podría haber estado aquí mucho tiempo —meses— sin que el gobierno nos dijera hasta que se salió de control.

—Ellos habrían informado de ello en las noticias.

Skeeter se detuvo y tomó aliento, sin dejar de mirar al suelo. —Lo hicieron, Nate. —Recargó su calibre 36 y se levantó.

Un estruendo sonó al otro lado de la casa y Jill gritó.

Los siguientes eventos parecía que ocurrieron en un lapso de varios minutos, pero realmente fueron sólo unos segundos. Skeeter salió disparado desde el suelo y pasó de prisa a través de la sala de estar hacia el dormitorio. Gritó, y luego se oyeron disparos. Eran ruidosos. Mi lado emocional pensó en cubrir los oídos sensibles de Zoe, el lado lógico —que ganó— entró en modo de supervivencia, agarré a mi hija y corrí a través de la

cocina hacia la puerta de atrás, abriendo el cerrojo. Justo cuando abrí la puerta, algo muerto y horrible se puso en nuestro camino.

Zoe gritó, y luego sonó otro disparo, esta vez no muy lejos de mi oído. Todos los sonidos se fusionaron en un zumbido sólido. Skeeter había disparado a la... cosa... en la cara, y la empujó para alejarla de mí con Jill en un brazo y las bolsas de supervivencia en el otro. Me gritó algo, pero no podía oír. Lo único que podía oír era el zumbido.

Skeeter finalmente apuntó y me hizo señas para que lo siguiera. Agarré la mano de Zoe y cerré la puerta detrás de nosotros, con la esperanza de que lo que venía por la ventana de la habitación tuviera problemas con los picaportes.



Miranda

Una vez que llegáramos al rancho, estaríamos a salvo. Eso era lo que le seguía diciendo a Ashley mientras intentaba que el Bug no se quedara atascado, dentro o fuera de la carretera. Papá estaría allí esperando por nosotros. Era un excelente tirador, y Bryce había estado cazando con él lo suficiente en los últimos años, por lo que también lo estaba haciendo bastante bien. Había molestado a mi padre muchas veces por sus ridículas colecciones de armas de fuego y municiones. *Nadie necesita esta cantidad. Es como una colección de coches. Es un desperdicio*, le diría yo. Pero debido a la obsesión tonta de mi padre, tendríamos armas, los gabinetes de la cocina y la despensa estarían bien surtidos, tendríamos agua de pozo, y a Butch, el toro de mi padre. No le gustaba que hubiera nadie en el patio. Ni siquiera nosotros. Si lo dejábamos afuera, tendríamos nuestro propio sistema de seguridad. El Rancho Red Hill era el mejor lugar para montar esto.

Todo lo que teníamos que hacer era llegar allí, y estaríamos como en Flynn.

Todos habíamos probado nuestros teléfonos celulares. Diferentes números. Incluso el 911, pero todos teníamos la misma señal de ocupado, o señal fuera de rango, como Bryce lo llamó.

—Las torres debieron ser derribadas —dijo él.

—Bueno, simplemente genial —dijo Ashley—. Tampoco puedo conseguir internet.

—Confía en mí —le dije—. Nadie está comprobando su estado de facebook en estos momentos.

—Por noticias —espetó, irritada con mi broma.

—Tomaré esta salida. Regresaré. La interestatal no mejora, y si continuo conduciendo entre la línea media y la cuneta terminaré pinchando un neumático.

Bryce frunció el ceño. —Sólo nos quedan otros veinte kilómetros hasta la salida de Anderson. La interestatal es el camino más rápido hacia lo de tu padre.

—La que solía ser. Ahora estamos evitando centenares de coches atascados o estancados e intentando no correr sobre nadie. —Irónicamente, justo cuando dije eso, un hombre mayor pasó entre los coches. Saltó hacia atrás justo cuando pasé. No frené. Ni siquiera por las personas aterrorizadas que ahora estaban a pie y gritando para que los salváramos.

—Miranda —dijo Ashley, su voz pequeña—. No están todos enfermos. Podemos ayudarlos.

—¿Ayudarlos cómo, exactamente? ¿Dándoles un aventón? Estamos en un Bug, Ashley, no tenemos ninguna habitación.

—Ash —dijo Cooper, intentando usar su mejor voz tranquilizadora—, ella tiene razón. Todo el mundo tiene miedo. Si nos detenemos, alguien podría quitarnos el vehículo.

—Tomaré esta salida —advertí, mirando a Bryce.

—¡Mantente en la autopista! —vociferó Bryce, con un toque de desesperación en la voz.

No estaba intentando ser un idiota. No podía culparlo, dejar la interestatal era elegir algo desconocido. Cualquier cosa desconocida en este desastre era francamente aterradora. Permanecer en la misma carretera que miles de personas que tenían el mismo objetivo de supervivencia era de alguna manera menos intimidante. No estábamos solos en nuestro terror, y pasar a toda esta gente con el coche en la carretera era a la vez aterrador y reconfortante. Teníamos la ventaja. Estábamos más seguros aquí que afuera, donde nadie estaba a salvo.

En contra de mi mejor juicio, pasé la salida y continué en la cuneta, serpenteando entre la gente, los coches y los zombies, esperando que mis neumáticos se mantuvieran durante otros veinte kilómetros. Normalmente no era una pusilánime, de hecho, la mayoría de los que me conocían pensaban que podía ser bastante difícil. Pero la única persona de la que siempre fui capaz de depender fue de Bryce, y en ese momento, necesitaba creer que no era la única que podía tomar una decisión sensata.

Al crecer con mi papá siempre trabajando, y mamá preocupada por nuevas formas de llamar su atención, me sentí como el único adulto en la casa. Ashley se apoyó tanto en mamá que realmente no tuve la oportunidad de ser mimada. Ashley era muy delicada. Había heredado esa característica de mi madre. Cada obstáculo era una tragedia, toda prueba una sentencia de muerte. Nunca pude entender por qué eran tan susceptibles al estrés, y finalmente decidí que mi padre había aceptado hace mucho tiempo que era sólo una parte de la personalidad de su esposa. Pensó que era mejor si mamá y Ashley seguían sin ser agobiadas. Les dejamos creer que no importaba lo que viniera, papá y yo juntos lo teníamos bajo control. Papá manejaría a mamá. Yo me encargaría de Ashley. Ahora que mamá se volvió a casar, los consuelos interminables y exhibiciones heroicas de paciencia eran responsabilidad de Rick —mantener los colapsos emocionales de Ashley bajo control todavía era mío. Era mejor en esto algunos días que otros, pero cuando nuestros padres nos sorprendieron con la noticia del divorcio, parecía justo que Ashley tuviera su atención. Era la que más los necesitaba.

Cuando Bryce y yo decidimos que fuéramos más que amigos, se sentía natural —y un poco aliviada— confiar en él. La mayoría de las veces sentía que era más mi familia que mis padres, o incluso Ashley. Pero aun así, no era ese tipo de amor romántico que tenían Ashley y Cooper. Lo nuestro era una amistad, en primer lugar. Casi intentamos nuestra relación como un deber, y me gustaba de esa manera. Supongo que a Bryce también.

—Podemos salir en Anderson —dijo Bryce, intentando no mirar a las personas paradas en la orilla de la carretera.

7

Scarlet

Traducido por Annabelle

Corregido por Sofi Fullbuster

Una vez más, caminamos con cuidado junto al río, esta vez al otro lado del puente, acercándonos a un grande y familiar árbol. Justo como había dicho, había una sogá colgando de una rama gruesa. La sogá era andrajosa y lucía frágil. No sabríamos cuán frágil era hasta que estuviésemos sobre la fría agua del río. Las luces de la calle a cada lado del puente justo dejaba de iluminar donde nos encontrábamos. Útil al escondernos de los soldados, malo al nadar. Con sólo una media luna sobre nosotros, el agua no sólo se encontraba sucia, sino también oscura como si la noche misma se hubiese posado dentro de ella. Como si eso no fuese lo suficientemente aterrador, me imaginaba que los caminantes no necesitaban respirar. Probablemente esa era la razón por la que los soldados se encontraban disparando hacia cadáveres flotantes, sólo para cerciorarse de que no se reanimaran y gatearan de nuevo hacia la orilla y hacia el pueblo.

Me estremecí.

—Te estás congelando —dijo Tobin, quitándose su chaqueta—. Toma esto. —Me la tendió. Sólo lo miré por un momento hasta que la sacudió una vez. Estaba cubierta de barro, pero estaba hecha con lana. Aun así ayudaría a soportar el frío—. Tómala.

Tobin resopló, claramente irritado por mi vacilación, luego colgó la chaqueta alrededor de mis hombros.

—Gracias —dije, esperando que hubiese sido lo suficientemente alto como para que lo escuchara. Deslicé mis brazos en las mangas, y luego las enrollé hacia arriba para que no se tragarán mis manos. Las necesitaría para el viaje en medio de la noche.

Con la ayuda de Tobin, gateé por la corteza del árbol. La subida inicial fue más difícil de lo que recordaba. En aquel entonces, subir un árbol no era nada. No había escalado nada en años. La respiración de Tobin se cortaba mientras luchaba para mantener su equilibrio debajo de mí. Logré llegar a la primera rama, y luego utilicé el resto como una escalera hasta que llegué a la que se encontraba justo debajo de la rama con la sogá.

Tobin respiraba con un poco más dificultad que lo hacía unos minutos antes.

—¿Es en serio? —dije—. No peso tanto.

—No, señorita. —Colocó sus manos sobre sus caderas mientras recuperaba el aliento—. No pesas demasiado. Sólo estoy fuera de forma, y ha sido un día jodidamente largo.

Asentí. —Eso sí. ¿Alguna vez habías hecho esto antes?

Tobin sacudió la cabeza. Sus trenzas cortas se sacudieron con el movimiento, haciendo que fuese un poco más sencillo descifrar sus respuestas no verbales en la oscuridad.

—Sólo tira de la soga y agárrate con mucha fuerza —dije, demostrándole mientras hablaba. La próxima parte no podía representarla—. Inclínate hacia atrás y luego salta. Permite que tu peso corporal te lleve hacia el otro lado. Cuando veas el suelo debajo, te sueltas. Es bastante fácil por lo que recuerdo, pero si dudas sólo lograras mecerte hacia atrás, y caerás en el agua o quedarás colgando encima de ella. El punto es no terminar dentro del agua. Al menos, no esta noche.

—De acuerdo. Pero, uh... ¿cómo veré el suelo si está oscuro?

—No está tan oscuro.

—Está bastante oscuro.

—Estate atento a mi voz. Te diré cuándo.

Tobin asintió, y me incliné hacia atrás. Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras en silencio le rezaba a cualquier Dios que se encontrara aún cuidando de nosotros que las dos docenas de cosas que pudiesen salir mal, no sucedieran. —Quiero criar a mis bebés —murmuré—. Por favor, ayúdame a cruzar. —Al inclinarme hacia adelante, salté de la rama y me sostuve con mucha fuerza. En segundos, casi me encontraba al otro lado de la orilla. El único problema era que la soga se encontraba ya al final de su péndulo y estaba comenzando a regresar. Me solté, y mis pies chocaron de golpe contra el suelo al borde del pequeño acantilado sobre el agua.

Tan bajo como pude, le grité—: ¡Ya crucé! ¡Inclínate mucho hacia atrás, es más lejos de lo que pensé!

Un segundo después, escuché otro vehículo, y me agaché entre las cañas altas. Eché un vistazo a dónde Tobin se encontraba, y al mismo tiempo, vi que estaba viniendo en mi dirección con la soga.

—¡Suéltate! —dije tan fuerte como pude sin que los soldados escucharan.

Tobin hizo un torpe aterrizaje y cayó sobre sus rodillas. La luz de las linternas tocó el agua, y luego iluminaron la soga. Voces se gritaron unas a las otras, y puertas se cerraron de golpe. Iban a registrar el área.

Rápidamente me puse de pie, tirando de Toby conmigo. —Debemos irnos —susurré—. ¡Vamos!

Tobin cojeó entre los árboles, y luego nos arrastramos sobre nuestros estómagos hasta que llegamos al borde, donde la luz de la calle tocaba el bosque. A unos dieciocho metros se encontraba una casa con una cerca improvisada. Intenté recordar quién vivía allí, y si tenían perros. Probablemente sí. Todo el mundo en este pueblo tenía un jodido perro. La mayoría de ellos, atados afuera para que así sus dueños pudiesen ignorarlos.

Un sonido ahogado provino desde la garganta de Tobin.

—¿Estás herido? —pregunté.

—Si te digo que puede que me haya lastimado el tobillo cuando caí, ¿me dejarías aquí muriendo?

—Sí.

—Entonces, no, estoy bien.

Sonreí y ayudé a Tobin a levantarse. —¿Dónde vive tu hermana?

—Nunca he venido al pueblo por este lado. No estoy seguro de cómo llegar desde aquí.

—¿Sabes qué calle es?

—Padon, creo.

—¿Este u oeste?

—No estoy seguro, yo...

Suspiré. —Dime cómo llegar ahí desde el otro lado del pueblo, y adivinaré.

—Simplemente entraba por la carretera principal —dijo, hablando con las manos—, y luego giraba hacia la derecha en esa vieja armería, luego seguía derecho hasta que llegaba a su calle y giraba hacia la izquierda, y normalmente llegaba a un semáforo allí. No estoy seguro de por qué hay un semáforo en ese lugar. No hay nada de tráfico en este jodido pueblo.

—Tobin...

Asintió una vez. —Claro. Lo lamento. Sigo con la luz y paso un supermercado, y allí vive ella, en la segunda casa a la derecha.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Está justo al lado de la casa de mis abuelos.

—¿En serio?

—Sí. Iremos derecho por esta calle unas cinco cuadras y luego iremos hacia la izquierda. Te dejaré donde tu hermana, comprobaré a mis abuelos, y luego iré a buscar a mis hijas.

—¿Y luego, a dónde irás?

—Al rancho Red Hill.

Nathan

Jill se encontraba acurrucada contra Skeeter, sosteniendo su sangrante brazo mutilado contra su pecho. Tenía el codo doblado, así que no podía ver exactamente cuán grave eran sus heridas. El vidrio se había roto justo antes de que gritara, así que esperaba que simplemente se hubiese cortado, en vez de que hubiese sido mordida. Todo lo que conocíamos sobre los muertos vivientes nos indicaba que una mordida era fatal.

A Zoe le estaba costando bastante mantener el ritmo de Skeeter, así que la cargué. Sus pequeñas piernas saltaban mientras perseguía a Skeeter y a Jill por toda la calle y hacia la cuadra a la iglesia Primer Bautista. Su exterior de manera necesitaba otra capa de pintura blanca. No podía imaginarme por qué no la habían pintado; la iglesia era del tamaño de la casa de Skeeter.

—¡Atentos! —dijo Skeeter, levantando su rifle.

Una mujer venía caminando hacia Zoe y yo. No estaba seguro de qué hacer. Sostuve a Zoe con ambas manos, y le grité a Skeeter, corriendo tan rápido como mis piernas podían moverse. Se mantuvo quieto un momento para poder soltar a Jill lo suficiente para apuntar y disparar, luego volvió a envolver sus brazos alrededor de su esposa. No esperé a ver si Skeeter había alcanzado su objetivo. No tuve que hacerlo. Nunca había visto al hombre fallar. Luego de otra mirada alrededor, salió trotando hacia la parte trasera de la iglesia.

Varias de esas cosas nos estaban siguiendo, y el miedo y la adrenalina me hicieron sentir como si pudiese saltar al techo con Zoe en mis brazos si tuviese que hacerlo.

Skeeter golpeó la puerta con el costado de su puño, e inmediatamente se abrió. Un hombre bajo con cabello blanco y complejión a juego se apartó hacia un lado para que pudiésemos entrar, luego cerró la puerta con fuerza, y pasó el seguro. Otro hombre, calvo y con un traje retro, lo ayudó a colocar un sólido púlpito de madera frente a la puerta antes de girarse hacia Skeeter.

Skeeter asintió hacia el hombre bajo. —Reverendo Mathis. —Miró al otro y sus cejas se arrugaron—. ¿Dónde está Esther? —El hombre sólo miró al piso, y fue entonces que noté al chico de unos once o doce años, de pie detrás de él.

El Reverendo Mathis colocó la mano sobre el hombro del hombre. —Bob y Evan intentaron llegar hasta ella. Tuvieron que dejarla atrás.

Evan, el chico detrás de Bob, sorbió su nariz y secó sus mejillas, pero mantuvo su mirada en el suelo. Se encontraba demasiado inmóvil, como si moverse haría que todo lo que estaba sucediendo fuese real.

Skeeter mostró una pequeña sonrisa. —Lograste traer a tu nieto a salvo, Bob. Esther estaría contenta por eso.

Alguien se encontraba martillando algo en la habitación de al lado, el martilleo hacía eco por todo el edificio.

Algunas personas que Skeeter y Jill parecían conocer se juntaron alrededor, todos con los ojos abiertos y tan asustados como nosotros. La habitación en la que nos encontrábamos obviamente era una cocina, aunque una muy pequeña. Pintura de color

amarillo canario complementaban las viejas encimeras manchadas y los gabinetes de madera. Las manillas y roscas de los lavados eran otra cosa que necesitaban ser reparadas en este lugar, hecho evidente por el constante goteo del agua en el fregadero. Lo único que no era de ese mismo tono de azul era la gastada alfombra azul; al menos hasta que Jill comenzó a sangrar por todas partes.

—Dios todopoderoso, Jill, ¿qué te sucedió? —dijo una mujer, ayudando a Skeeter a sentar a su esposa en una silla plegable.

Jill sorbió su nariz. —Estaba buscando algo de ropa para Skeeter y para mí. Escuché algo afuera, así que abrí la cortina y Shawn Burgess se encontraba justo al lado de la ventana. No parecía en sus cabales, Doris. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas mientras Doris envolvía su brazo con una toalla húmeda—. Lo próximo que supe era que se lanzó hacia mí como un toro. Rompió la ventana al entrar y menos de un segundo después, me tenía tirada sobre el suelo.

—¿Shawn Burgess? ¿El hijo de Denise? —dijo Doris, mirando a Skeeter. Cuando Skeeter no respondió, ella retiró la toalla para revelar una gran rotura en el brazo de Jill. Había esperado un par de mordidas, como los que dejaría un niño pequeño, pero toda una sección de piel y músculo había sido arrancada—. Oh, Dios mío, cariño. Necesitarás puntos.

—Más bien un injerto de piel —dijo Evan. Miraba el brazo de Jill como si se estuviese quemando.

Doris lanzó una mirada amenazadora en su dirección. —Y un montón de antibióticos, me imagino. Tendremos que ir donde el doctor Brown.

—¡Tía Jill! —dijo Zoe, acurrucándose debajo del brazo bueno de Jill. Ella abrazó a Zoe contra su costado y besó su frente.

El hombre de cabello blanco habló—: ¿Crees que tendremos suerte y vendrá hasta aquí con los implementos?

—No —dijo Skeeter—. Temprano, cuando traje a Barb, lo vi persiguiendo a Jim Miller.

Skeeter observó a Doris escandalizarse por la herida de Jill. Una oscuridad había caído sobre su rostro. Sabía tan bien como yo que hoy perdería a su esposa. Quizá mañana. Si todo lo que todos habían dicho sobre los zombis era cierto, no tomaría mucho. Por el templado miedo en los ojos de Jill, ella también lo sabía.

Skeeter parpadeó. —¿Dónde están Barb y la señorita Kay?

Doris asintió hacia la puerta. —En el santuario. Rezando. Gary y Eric están asegurando las ventanas.

—Buen plan —dijo Jill—. Definitivamente no tienen problemas con las ventanas.

Skeeter se arrodilló frente a su esposa. —Voy a ir a hablar con los chicos, Jillybean. Para cerciorarme que dejen espacios por donde pueda pasar mi rifle. Ya regreso, y luego buscaremos la manera de arreglarte. —Jill asintió mientras Skeeter besaba su mejilla.

—¿Puedes quedarte aquí con la Tía Jill? —le pregunté a Zoe. Se inclinó contra Jill, con el más pequeño matiz de tristeza en sus ojos. Me preguntaba si sabía, pero no le preguntaría. Quizá solamente extrañaba a su madre.

Seguí a Skeeter al santuario. Olía a ancianos y mohos, y comencé a preguntarme por qué demonios a Skeeter se le ocurrió que este desvencijado edificio era nuestra mejor opción. Dos hombres se encontraban trabajando en lados opuestos de la habitación, y tenían sólo una ventana en cada lado que faltaba por cubrir. Una mano golpeó el vidrio, haciendo un torpe intento de entrar. Salté, aún alerta debido a nuestra desesperada carrera hacia la iglesia.

—Acaban de comenzar a hacer eso —dijo Eric, señalando hacia la ventana—. Es como si supieran que estamos aquí.

Cuando comenzaron a martillar de nuevo, sombras de personas afuera oscurecieron los retratos de vidrio de Jesús y los ángeles. Querían entrar, y me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que lograsen hacerlo.

—Probablemente el sonido los está atrayendo —dije, pasando mis dedos por mi cabello. Aubrey siempre hacía comentarios sarcásticos sobre mi cabello lanudo y de cuánto necesitaba un corte de pelo. Me pregunté si el mundo alguna vez se calmaría lo suficiente como para que extrañase sus quejas.

—En verdad no hay otra opción. No pasará mucho antes de que logren romper los vidrios. —Skeeter caminó hacia las dos mujeres de aspecto frágil que se encontraban sentada una junto a la otra en un banco de madera—. ¿Aún se encuentran bien, señoritas? —dijo Skeeter, colocando una mano sobre el hombro de una de las mujeres. Ella alzó su mano y palmeó la de Skeeter, pero no detuvo sus plegarias silenciosas. Sus bocas se movían, pero no podía escucharlas.

—¿Creen que podrían rezar una por Jill? —preguntó Skeeter, con su voz a punto de quebrarse.

Una mujer continuó rezando, como si no hubiese escuchado, la otra subió la mirada. —¿Se encuentra bien?

—Está herida. Se encuentra en la cocina... bien por ahora.

—Jesús se encargará de ella.

Rodé los ojos. Jesús no se estaba encargando de mucho en este momento.

Skeeter comenzó a regresar a la cocina, pero le hice señas para que me acompañara a la esquina de la habitación, lejos de otros oídos.

—Sé lo que vas a decir —dijo. Sus cejas se arrugaron—. Pero no lo hagas.

Asentí, y luego observé a Skeeter regresar hacia su esposa.

8

Nathan

Traducido por aa.tesares

Corregido por Moni

Bajé la barbilla para mirar por una rendija de las tablas que Gary había dejado para Skeeter. El sol estaba un poco más bajo en el cielo. En poco tiempo, estaría oscuro. Ese pensamiento me asustó. Tendríamos que dormir alguna vez, pero ellos no lo harían. Esas cosas se paseaban, justo al otro lado de los muros, a la espera de arrancar nuestra carne de los huesos con los dientes.

Skeeter agarró mi hombro, el movimiento repentino me hizo saltar dos centímetros de la silla.

—¡Whoa! Soy sólo yo, Nate. Cálmate.

Me acomodé en mi asiento, tratando de enfrentar mi miedo. Ver una película de zombies es una cosa. Ver zombies fuera de la ventana era otra. Las películas no hablan de eso. Bueno... Tal vez lo hacían, pero no demostraban lo aterrador que era en verdad cada momento. Traté de no pensar en el mañana, o en que todavía estaría luchando por nuestras vidas todos los días a partir de ahora. Miré hacia atrás, a Zoe, y contuve la tristeza que brotó en mi garganta. No quería que creciera en un mundo como este.

Una mezcla de miedo, ira y depresión absoluta me envolvió por completo.

Skeeter me apretó el hombro. Me quedé quieto, dejando que sus dedos se hundieran en mi músculo tenso. —Va a estar bien.

—¿Lo estará? —pregunté, mirando por la ventana—. ¿Lo estará Jill?

Skeeter suspiró. —No lo sé. Espero que en las películas lo hicieran todo mal, y una mordida sea sólo una mordida.

—¿Y si no lo es?

—No lo sé. Realmente no quiero pensar en ello.

Asentí, mirando de reojo a un anciano arrastrando los pies por la ventana. Su cuello estaba medio devorado, y su camisa estaba saturada de sangre. —No podemos quedarnos aquí. Vamos a tener que seguir adelante. Entrar al campo.

—Maldita sea, hermano, pensé que estaba en el campo.

—Quiero decir lejos de cualquier pueblo.

Skeeter se tomó un momento para responder. —Lo sé, pero no puedo mover a Jill. Y no podemos correr el riesgo de ponerla en un coche con Zoe hasta que sepamos si va a mejorar.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de ver más allá de lo visual. Otra de esas cosas pasó deambulando. Llevaba una etiqueta con su nombre y una falda larga. No podía leer la etiqueta con su nombre, incluso si estuviera más cerca. Estaba cubierta de sangre, y lo que podría ser un desgarro muscular se asentaba sobre la parte superior.

—Jesucristo, esa es Birdie —dijo Skeeter, disgustado—. Trabaja en el banco.

Un perro le ladraba, manteniendo la distancia suficiente para que no lo agarrara y se lo comiera. Mirando lo que podía ser visto a través de las tablas, vi quién avanzaba, estudiando, tratando de observar todo lo que podía.

Eran lentos. No tan lentos como pensé que podrían ser, pero eran lo suficientemente lentos por si teníamos que salir a pie, siempre y cuando no dejáramos que uno se acercara demasiado o nos rodeara, podríamos hacerlo. Algunos de los que tenían lesiones más extensas se movían más lento que los demás. El pie de un chico estaba completamente desaparecido, pero él seguía caminando sobre un talón de sangre. No se distraían por el dolor.

—Me pregunto si en verdad sólo se les puede matar al destruir su cerebro —pensé en voz alta.

Skeeter alzó su rifle de caza, situándolo entre las tablas, y apuntó. —No lo sé. Vamos a ver. —Él escogió un blanco, y luego suspiró—. Lo siento, Sr. Madison. —Skeeter apretó el gatillo, y la tela de la camisa del Sr. Madison, en el lugar donde estaría su corazón, explotó y se pulverizó. Sangre oscura emanaba de la herida, pero el señor Madison no parecía darse cuenta—. Está bien. Así que eso no funciona. —Skeeter apretó de nuevo el gatillo. Esta vez, se formó un punto rojo en el medio de la sien del Sr. Madison, y simultáneamente pareció estallar, dejando una herida circular perfectamente imperfecta. El hombre se detuvo a medio camino cuando su cabeza se sacudió hacia un lado, y luego cayó sobre su costado.

Esperé un momento, en busca de cualquier signo de movimiento. Nada. —¿Crees que también hay que quemarlos? —pregunté.

Skeeter frunció el ceño, sus ojos se dirigieron hacia mí por encima de la mira de su rifle. —Eso es una tontería.

—Skeeter, cariño, creo que Jill no se siente bien —dijo Doris. Ella se retorció las manos, claramente nerviosa.

Skeeter saltó y corrió a la cocina. Lo seguí por detrás, viendo a Zoe sentada en la esquina, mirando a su tía Jill mientras se sentaba en su silla, encorvada y exhalando en una cubeta.

—¿Zoe? Zoe, ven aquí. Ven a sentarte aquí por un rato. —Le hice señas a Zoe para que se uniera a mí en el santuario. Zoe se deslizó de su silla y caminó hacia mí, y cuando se apoderó de mis dedos, la fuerza en su pequeña mano me sorprendió.

Nos sentamos juntos en un banco al lado de Gary, esperando a que el martilleo ahogara algunos de los ruidos procedentes de la cocina. Entre los ruidos que hacía Jill gimieando mientras vomitaba, jadeaba y lloraba por Skeeter para que la ayudara.

—Ella estaba sudando, papá —dijo Zoe—, mucho. —Sus ojos estaban llenos de preocupación—. Luego su cara se puso toda floja y vomitó en el suelo. Dijo que le dolía todo el cuerpo como si tuviera la gripe.

Asentí. —¿Eso te asusta?

—Todo me da miedo —dijo. La piel alrededor de sus ojos apretada, y pude ver que intentaba no llorar.

Nadie sabía lo que le sucedería a Jill, pero tenía una idea de lo que podría estar pasando, y no quería que Zoe lo presenciara. A falta de que Skeeter moviera a Jill a otra parte, la única manera de evitar que Zoe fuera testigo de la muerte de su tía era que la llevara lejos de la iglesia. Eso significaba llevarla afuera, donde no era seguro.

—Lo siento, cariño. Me gustaría poder hacer que todo esto desaparezca. —Abracé a Zoe contra mi pecho, tratando de ganar algo de tiempo antes de que una solución viniera a mi mente.

Jill estaba llorando ahora. Probablemente también sabía lo que estaba pasando.

Ahuequé la carita angelical de Zoe en mis manos, explorando la salpicadura de pecas en su nariz y su pelo de color marrón claro. Ella había mantenido el mismo y sencillo corte de pelo, largo hasta los hombros, desde que tenía cuatro años. Sus ondas naturales se hacían saltarinas, pero parecía que su preocupación también las había alisado. —Voy a tratar de ayudar al tío Skeeter. Quiero que te quedes aquí, ¿de acuerdo? Estás a salvo aquí. No tardaré mucho.

Zoe asintió rápidamente, mirando de nuevo a Gary y a Eric mientras golpeaban los últimos clavos en la última tabla.

—Buena chica —dije, besando su frente.

Skeeter estaba apoyado en una de sus rodillas, los brazos envueltos alrededor de su esposa. Se apoyaba en su pecho, su cara llena de manchas y brillando de sudor. Skeeter se quedó mirando el suelo, murmurándole algo, con la misma falta de esperanza en sus ojos como la mujer que pasamos el puente. Su mujer joven y sana estaba muriendo en sus brazos, y ambos lo sabían.

Doris llenó un vaso de agua, y se inclinó para mantenerlo ante los labios de Jill. Dio unos sorbos y luego los escupió, inclinándose hacia la cubeta, vaciando su estómago una vez más.

—Necesitamos al doctor —dijo Doris .

—El doctor está muerto —dijo Gary, dejando caer el martillo sobre la mesa junto a Jill—. También su esposa, y sus hijos. Todos están caminando por ahí con los ojos lechosos y marcas de mordeduras.

Jill sorbió por la nariz una vez, y miró a su marido. —Skeeter.

—No —dijo, moviendo la cabeza sin dejar de mirar al suelo.

—Skeeter, ¿qué pasa si le hago daño a la gente aquí?

—No.

—¿Qué pasa si te hago daño?

—¡No!

—¿Y si mato a Zoe? —rogó, las lágrimas corrían por sus mejillas enrojecidas. Su respiración era irregular, y tomó la cara de Skeeter para que sus ojos se encontraran con los suyos—. No dejes que dañe a esa bebé, Skeeter.

El labio inferior de Skeeter se estremeció. —Pero, ¿qué pasa con *nuestro* bebé?

Me puse de pie con la espalda recta, lejos del marco de la puerta en el que estaba apoyado. —¿Qué?

—¿Qué fue eso? —dijo Doris.

—Jill está embarazada —dijo Skeeter, con voz desesperada—. Siete semanas. El Dr. Brown llamó justo esta mañana.

Me agaché y cogí mis rodillas. No me podía imaginar la agonía que sentían. Ellos no se merecen esto. Habían estado tratando de concebir desde su noche de bodas, y ahora Skeeter los perdería los dos.

Jill colocó su frente contra la barbilla de Skeeter, y luego lo miró con una débil sonrisa. —Vamos a estar juntos, y vamos a esperar por ti.

Skeeter se vino abajo, hundiendo el rostro en el cuello de Jill. —No puedo hacerlo, Jillybean —sollozó.

La primera ventana en el santuario se estrelló, y todo el mundo, excepto Skeeter, se congeló. Los sonidos de búsqueda de las manos sobre las tablas de madera me puso la piel de gallina. Me eché hacia atrás para ver que Zoe, Barb y la Sra. Kay se habían dado la vuelta en su asiento, mirando el vidrio roto en el suelo. Las maderas se mantenían, pero todavía podía sentir mi corazón golpeando contra mis costillas. Eric estaba junto a los cristales rotos, inspeccionando la tabla, y luego asintió, asegurándonos que soportarían.

—Espera. ¿De qué estamos hablando? —dijo el reverendo Mathis, atrayendo mi atención de vuelta a la cocina.

Doris todavía se retorció las manos. —No puedo decir que... no deberíamos estar hablando de esto.

—Está bien —dijo Jill, ahuecando la mano sobre la cabeza de Skeeter hasta que tuvo que agacharse una vez más y vomitar en la cubeta.

Otra ventana se rompió.

Miré a Gary. —¿Qué es ese pasillo de allá? —dije, haciendo un gesto hacia la puerta abierta al otro lado de la cocina. Habían dos baños para hombres y mujeres, y luego una puerta abierta que conducía a un pasillo oscuro—. Es posible que necesitemos otra salida.

—Sólo por las escaleras.

Mi atención se despertó. —¿Qué escaleras? ¿Tapaste las ventanas con tablas pero no aseguraste el nivel superior?

Gary se encogió de hombros. —No creo que puedan escalar.

—¡Estamos en la casa del Señor! —dijo Doris—. ¡No voy a dejar que esto suceda! No sabemos lo que es. ¡Skeeter, Jill podía mejorar!

Bob habló por primera vez. Su voz era profunda y ronca. —Sabemos exactamente lo que es.

Todo el mundo se volvió en dirección a la voz de Bob. Estaba sentado en una silla plegable de metal en la esquina, donde había estado durante la última hora. Había posado su bastón entre sus piernas, apoyando las manos en el mango.

Su bigote gris se movió cuando habló. —Esto es nada menos que una maldita tragedia.

—Bob —dijo Doris, fingiendo estar ofendida.

—La verdad es que ella va a terminar como una de esas cosas de afuera, sólo que estará aquí con nosotros.

Un vidrio se estrelló contra el suelo otra vez, y esta vez un escalofriante gemido flotó desde el santuario hasta la cocina.

Los ojos de Bob se dirigieron hacia mí, y luego se posaron en algo que había junto a mí, alrededor de mi cintura. Fue entonces cuando noté a Zoe de pie justo detrás de mí. Ella miraba a su tía Jill, sus hermosos ojos verde-avellana llenos de lágrimas por enésima vez ese día. Me pregunté si alguna vez volvería a conocer la felicidad a partir de hoy.

Me arrodillé junto a mi hija, tratando de pensar en algo catártico que decir, pero las palabras no salvarían a Jill, y que Jill estuviera bien era lo único que iba a hacer este infierno un poco tolerable para Zoe.

Un fuerte golpe sonó por encima de nosotros, y todos miramos al techo. Skeeter besó la frente de Jill, y luego le indicó a Doris que se sentara a su lado mientras tomaba su escopeta. Gary cogió su martillo. Yo empujé suavemente a Zoe hacia el reverendo Mathis, y luego seguí a mi cuñado, Gary y Eric por la puerta hasta el pasillo. Skeeter se detuvo al pie de la escalera, apuntando su arma hacia la puerta cerrada en la parte superior.

Gary encendió la luz. —¿Tal vez alguien se arrastró hasta el techo para escapar de ellos y entró?

Oímos pasos torpes, lentos, y luego un golpe.

Eric tomó una bocanada de aire. —Ellos no pueden escalar, ¿no? Nunca he oído hablar de un zombi que escala.

—¿Por qué no? Solían ser humanos. Los seres humanos pueden escalar —dijo Gary, resituando el palillo de dientes en su boca y apretando su agarre sobre el martillo.

Me pasé los dedos por mi pelo con nerviosismo. —No sabemos nada sobre ellos. Asumiendo que nos va a matar, digo que consigamos unas tablas, las llevemos arriba, tratemos de comunicarnos con quién sea que esté ahí, y si no responden, entablemos la puerta.

—Bastante simple —dijo Skeeter. Su voz era baja y suave, y me recordó las pocas veces que me había invitado a cazar ciervos. Esa era *su voz en el bosque*, como la que los chicos en esos shows de caza siempre usaban cuando estaban narrando la victoriosa muerte de su presa. No apartó los ojos de la puerta, como si estuviera cazando lo que había al otro lado.

—¿Skeeter? —dijo Eric. El nerviosismo contrastaba con su cuerpo grande y corpulento—. Nos hemos quedado sin tablas.

Miranda

—¿Y ahora qué? —dijo Ashley. Su voz era cada vez más quejica con cada kilómetro que manejábamos.

No quería estar quieta. Quería tomar la salida demasiado congestionada y luego hacia el oeste del paso elevado, pasar al ejército, o reservas, o quienes fueran los chicos vestidos de camuflaje verde que custodiaban el puente en Anderson, e ir hacia la casa de mi papá. Una docena o más de cañones apuntaban en nuestra dirección, a nosotros y a todos los demás atrapados en el lío de autos por debajo del paso elevado. Tres líneas de automóviles y camiones se detuvieron en la rampa de salida hacia el norte junto a los hombres armados. La gente estaba fuera de sus vehículos, gritando y pidiendo pasar.

Había maniobrado el vocho lo más cerca que pude de la rampa, pero rápidamente se quedó sin espacio. No había manera de pasar, y nos quedamos atrapados en el arcén de la carretera interestatal.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Cooper sin soltar a Ashley de su lado. Bryce lo intentó con su teléfono de nuevo. Cuando escuchó otra señal de ocupado, dejó caer el teléfono en su regazo y golpeó la puerta con el dorso de su puño.

—¡Oye! —dije—. Ella nos ha traído hasta aquí! ¡Sé amable!

Una camioneta roja más nueva se acercó al puente por el lado de Fairview, frenó, y luego se detuvo. Un hombre se levantó, apuntando hacia Anderson. Los hombres del ejército negaron con la cabeza, haciendo un gesto para que volviéramos atrás. Siguió apuntando a Anderson, pero cuando más de una docena de rifles semi-automáticos se volvieron en su dirección, se metió en su camioneta y se alejó.

—Él vino de Fairview. ¿Creen que deberíamos ir por ese camino? —preguntó Cooper.

—Es el camino más rápido —dijo Ashley.

—Así que están protegiendo Anderson —dijo Bryce, observando la escena que tenía lugar.

—Eso parece —dije.

—Entonces, ¿por qué están en el lado de Fairview del puente? ¿No tendría más sentido estar en el lado de Anderson? Entonces también podrían proteger la rampa de salida.

Eché un vistazo más de cerca. Los soldados eran jóvenes, y por lo que pude ver, parecían inquietos. —Hay un arsenal en Anderson. ¿Crees que en realidad son soldados? Tal vez están tratando de proteger a su pueblo?

—El gobernador está en Anderson hoy —dijo Ashley.

Todos nos volvimos, sorprendidos de que supiera un chisme interesante y pertinente.

—Escucho la radio por las mañanas cuando me preparo para ir a clase. Lo dijeron en las noticias. El Gobernador Bellmon estaría en Anderson hoy.

Bryce asintió. —No hay manera de que él ya tuviera soldados allí. Deben de ser ciudadanos al azar.

Los miré de nuevo, y di un grito ahogado. No llevaban uniforme. Ellos estaban equipados con ropa de Realtree y Mossy Oak. —Oh, Cristo. ¿Niños asustados con AK-47? ¿El gobernador es tan estúpido?

—¿Tal vez no era él? ¿Tal vez ellos simplemente se hicieron cargo? —dijo Cooper.

—De cualquier manera —dije, volviéndome para mirar por la ventana de atrás. No vi nada que fuera a mordernos todavía, pero sólo sería cuestión de tiempo antes de que nos alcanzaran—. Tenemos que seguir adelante.

Justo cuando terminé mi frase, la misma camioneta roja de antes llegó desde el lado de Fairview a alta velocidad, directamente hacia los hombres armados.

—¡Miranda! —gritó Ashley.

Agarré el volante mientras abrían fuego. El parabrisas de la camioneta se rompió, y luego el camión se desvió de su curso, directamente hacia nuestro lado del puente. Trepó por un lado de la rampa de salida, subiéndose sobre otros tres autos, y luego terminó apoyado sobre su cabina. Las ruedas seguían girando, haciendo un terrible ruido de un zumbido agudo.

Todo el mundo gritó, y los que estaban fuera de sus autos se agacharon por un segundo, a la espera de ver a dónde iría el camión. Durante un tiempo, todo el mundo parecía confundido, nervioso y sin saber qué hacer, pero una vez que el incidente del auto se convirtió en algo secundario ante la necesidad de llegar a casa con sus familias, los gritos y súplicas de pasar continuaron.

—¿Tal vez podríamos colarnos a pie? —dijo Cooper.

Bryce negó con la cabeza. —Necesitamos una distracción.

Como si estuviera escrito, una camioneta blanca de tamaño completo se acercó lentamente al puente. Los tiradores estaban inmediatamente al borde. Las personas que estaban fuera de sus autos gritaron más fuerte, y algunos de ellos trataron de tirar zapatos y todo lo que podían tener en sus manos a los hombres armados, pero ninguno de ellos llegó al puente.

—Oh, hombre. Vuelve al coche —dijo Bryce.

El conductor había salido y estaba discutiendo con los pistoleros. Luego agarró uno de los rifles de los pistoleros. No estaba segura de quién disparó la primera bala, pero una vez que un arma se disparó, todos ellos abrieron fuego. El hombre de la camioneta convulsionó mientras su cuerpo estaba siendo perforado por las balas. Cuando cayó al suelo, los hombres armados también se dirigieron a su vehículo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamó Ashley.

Los disparos no se detuvieron. Los hombres armados estaban agitados y enojados, y los gritos de abajo atrajeron su atención. Las personas que estaban fuera de sus vehículos en la rampa eran de repente presas, y todos empezaron a gritar y correr. Siguiendo a las familias corriendo, los hombres dejaron que sus disparos se extendieran a todo el mundo atrapado en el embotellamiento de abajo.

—Jesucristo —gritó Bryce—. ¡Sácanos de aquí, Miranda! ¡Vamos! ¡Vamos!

Tiré de la palanca de cambios y di marcha atrás hacia el auto detrás de mí, y luego giré el volante, poniendo al vocho en marcha. Después de algunos fallos y aún más golpes laterales, estábamos bajo el puente. No me detuve, esperando que los psicópatas de

arriba estuvieran demasiado ocupados con la pobre gente en el lado sur como para ver que iba a tomar la rampa en el otro lado e ir hacia Fairview.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Ashley—. ¡Ocúltate bajo el puente!

—¡Nos quedaremos atrapados allí! —dijo Bryce, sabiendo que estaba demasiado centrada en sacarnos del infierno como para responder—. ¡Sigue adelante, Miranda! ¡No te detengas!

Despejamos el puente y dimos un giro en U para tomar el sur de la rampa. El vocho tomó aire más de una vez en su ascenso a la cima, a veces en el asfalto, a veces no, y finalmente llegamos a la carretera.

Cooper dio unas palmaditas en el asiento ardientemente. —¡No están siquiera prestando atención! ¡Sigue así!

Manejamos en silencio durante el siguiente kilómetro, pero al segundo en que estábamos fuera de rango, Ashley comenzó a sorber por la nariz y a llorar. Habíamos dejado atrás una masacre. Los niños estaban entre las víctimas en la carretera interestatal.

—¿Se ha vuelto loco todo el mundo? —gritó Ashley.

Bryce y Cooper también estaban sorbiendo por la nariz. Antes de cierto tiempo, lágrimas calientes descendían por mis mejillas. Momentos más tarde, todos estábamos sollozando.

Bryce se limpió la nariz con la camisa, y luego tomó mi mano derecha. —Has salvado nuestras vidas, Miranda.

Apreté su mano, incapaz de hablar. Tomé una respiración larga y quebrada, y traté de concentrarme en la carretera. Llegaríamos a Fairview pronto.

9

Nathan

Traducido por CrisCras & Sofi Fullbuster

Corregido por Moni

Eric se giró rápidamente llevando varias tablas en sus brazos. —Encontré estas en el cobertizo. Tomé todas las que pude porque ellos están empezando a reunirse alrededor de la iglesia. No creo que nadie deba salir más.

—Deben de saber que estamos aquí —dije—. Es solo cuestión de tiempo antes de que consigan entrar.

Gary tiró del mondadientes de su boca, frustrado. —Pero Eric acaba de decir que no podemos salir.

—Él dijo que cree que no deberíamos —dije, mirando a Skeeter—. No significa que no podamos. No es seguro estar aquí.

Él ignoró nuestra discusión, y empezó a trepar las escaleras, sin apartar nunca los ojos de la puerta.

Todos le seguimos. Las esperanzas silenciosas de no encontrar nada eran más ruidosas que las escaleras que crujían en una lenta sinfonía bajo nuestros pies.

Gary agarró el pomo de la puerta y tiró, usando el peso de su cuerpo como palanca. Ninguno de nosotros podía estar seguro de si los muertos vivientes tenían suficiente coordinación para trepar o incluso girar picaportes, pero un solo error significaba la muerte. Yo no quería correr ningún riesgo, y tampoco ninguno de estos hombres.

Skeeter levantó el puño y golpeó la puerta con sus nudillos. —¿Hola? Soy Skeeter McGee. ¿Hay alguien allí?

Los pasos que habíamos oído antes habían estado en silencio durante varios minutos.

Skeeter lo intentó otra vez. —Tengo un arma y estoy preparado para disparar. Identificate.

Nada.

—Vamos a entrar —dijo Eric, recolocando la madera en sus brazos.

Skeeter levantó una mano, indicándole a Eric que esperara, y luego pegó la oreja a la puerta. Sus ojos me miraron y luego sacudió la cabeza. —No oigo nada. No me digas que esas cosas saben cómo esconderse. Voy a entrar.

Skeeter puso su mano sobre la de Gary y yo agarré su brazo. —¿Qué estás haciendo? ¿Qué pasa si hay varios ahí dentro? ¿Qué pasa si nos sobrepasan y consiguen bajar?

Skeeter sonrió con su boca y frunció el ceño con sus ojos. —No voy a permitir que eso suceda. Igual que no voy a permitir que esas cosas pasen sobre nosotros. Si vamos a salir sanos y salvos de esta iglesia, tiene que ser seguro.

Suspiré y dejé ir su brazo. —Está bien. ¿Gary?

Gary liberó el picaporte con renuencia, y Skeeter entró. Yo revisé detrás de la puerta y luego mis ojos escanearon el aula grande y vacía antes de que se posaran en lo que Skeeter ya había visto.

Una mujer joven, a comienzo de los veinte, estaba tendida junto al final de una mesa caída y una ventana abierta. Sangre marcaba su recorrido. Su brazo había sido mordido en varios puntos hasta llegar al hueso.

—¡Dios santo, esa es Annabelle Stephens! —dijo Eric, corriendo a su lado. Él alzó la vista hacia nosotros después de tocar su cuello. No había un punto en ella desde su barbilla hacia abajo que no estuviera saturado de sangre.

Oímos un quejido desde la esquina y Skeeter orientó inmediatamente su escopeta en esa dirección. Agarré el cañón y lentamente lo fui empujando hacia abajo, viendo a un niño pequeño y solo acurrucado en una bola.

Skeeter bajó su arma. —Hola, hombrecito.

Gary dejó salir una respiración, mirando a Eric mientras cubría el rostro y el pecho de Annabelle con la única cosa que pudo encontrar: una pequeña alfombra. —Ese es el niño de Craig y Amy Nicholson.

Skeeter se arrodilló, poniendo su arma en el suelo detrás de él, y extendió sus brazos. —Yo fui a la escuela con Amy. Tú debes de ser Connor. Ven aquí, amigo. Sé que estás asustado, pero estás a salvo aquí.

Connor sacudió la cabeza rápidamente. Se abrazó las rodillas contra su pecho, y su barbilla descansaba sobre sus rodillas mientras se mecía adelante y atrás.

—¿Es Annabelle su tía? —pregunté.

Skeeter negó con la cabeza. —Annabelle es la profesora de primer grado en la escuela primaria.

—Ella me salvó —susurró Connor—, de mi mamá. —Se le cortó la respiración y luego dejó escapar un sollozo.

Skeeter lo levantó en sus brazos. —Sssh, amigo. Ahora estás a salvo. Estás a salvo, te lo prometo.

Skeeter caminó hacia la ventana, la abrió más y luego salió al tejado. Le seguí. Por lo que podía ver, toda la iglesia estaba rodeada.

—Muchos de ellos nos siguieron aquí —dijo Connor.

Skeeter asintió, dándose cuenta de las marcas de arañazos a lo largo del techo y el alfeizar de la ventana, y el rastro de sangre en la acera que llevaba a la iglesia. —Annabelle se desangró. Probablemente les tendremos viniendo de toda la ciudad.

—Al menos sabemos que no pueden trepar —dije, señalando al grupo levantando sus brazos y arañando las paredes exteriores de la iglesia.

Connor sorbió por la nariz. —Annabelle ya estaba en el tejado. Me vio correr y volvió a descender.

Skeeter le dio a Connor un apretón. —Era una dama muy dulce.

Connor echó un vistazo por encima del hombro de Skeeter hacia la alfombra que cubría a Annabelle, y luego cerró los ojos con fuerza.

—*No podemos* quedarnos aquí —dije.

—No podemos marcharnos. Dale un par de días, Nate. Ya se irán.

—¿Qué pasa si no lo hacen? Estaremos atrapados aquí.

Skeeter suspiró, sacando el palillo de su boca con la mano libre y lanzándolo a la creciente multitud de no muertos de debajo. —No puedo mover a Jill.

Mis cejas se juntaron. —¿Qué pasa si empeora? ¿Qué pasa si se convierte en una de esas cosas?

Skeeter bajó la vista, y luego volvió a mí, determinado. —Ustedes deberían irse. Lleva a Zoe a algún lugar seguro. Ella no debería estar aquí cuando Jill... pero, yo no puedo marcharme, hermano. No tendría nada por lo que vivir, de cualquier modo.

Mi estómago cayó y se formó piel de gallina en mis brazos. Skeeter iba a morir en esta iglesia, con su esposa.

—Tengo que sacar a Zoe de aquí.

—Lo sé.

Skeeter se arrastró dentro de nuevo cuidadosamente con Connor todavía en sus brazos. Él pasó a Eric y a Gary, pero se detuvo en la puerta. —Entabla la puerta.

—Pero —dijo Eric, señalando a la calle—, ellos no pueden trepar, y Annabelle está muerta.

—En caso de que ella vuelva como uno de ellos —dije, asintiendo hacia la ventana.

Gary frunció el ceño. —Tal vez deberíamos hacerla rodar hasta hacerla caer del tejado. Empezará a apestar dentro de poco.

—¡No! —gritó Connor.

Skeeter le palmeó la espalda. —El olor podría ayudar a cubrir el nuestro. Déjala estar. Entabla la puerta.

Gary y Eric asintieron, y Skeeter y yo volvimos a bajar las escaleras hasta la cocina, uniéndonos a Bob y Evan, el reverendo Mathis y Doris. Le habían hecho un catre a Jill en el suelo con una toalla sucia enrollada a modo de almohada.

—¡Oh, mi Señor en el cielo! ¡Connor Nicholson! ¿Estás bien, cariño? —dijo Doris, cogiéndoselo a Skeeter.

Connor abrazó a Doris con fuerza, sollozando salvajemente otra vez. Ellos obviamente se conocían, pero no estaba seguro de cómo.

Doris palideció, alzando la vista hacia Skeeter. —¿Dónde está Amy?

—Ella está afuera. Annabelle Stephens le ayudó a subir al tejado.

—¿Bueno...? —dijo, mirando más allá de Skeeter—. ¿Dónde está ella?

Skeeter sacudió la cabeza. —En la planta de arriba. No lo conseguí.

En ese momento el martilleo comenzó. Doris sostuvo a Connor mientras él lloraba. El reverendo Mathis fue al santuario para revisar a Barb y a la Sra. Kay, y Skeeter se sentó en el suelo junto a su esposa. Jill estaba inconsciente, con los ojos inyectados en sangre apenas visibles entre las dos finas rendijas de sus párpados. Estaba casi jadeando, y una fina capa de sudor cubría su pálida piel.

Zoe estaba de pie en la puerta, sus ojos fijos en su tía Jill. Me arrodillé junto a mi hija y tiré de ella contra mi costado. Realmente no había nada que pudiera decir; no tenía sentido preguntarle si estaba bien. Ninguno de nosotros lo estaba.

Skeeter se arrodilló para decirle palabras suaves y reconfortantes a Jill. Incapaz de mirar, entré en el santuario. Vidrios rotos se alineaban en las alfombras junto a las tres paredes. Las gentes del pueblo de Fairview estaban arañando y golpeando las tablas que Eric y Gary habían clavado a través de las ventanas. Las tablas no durarían para siempre, justo como la pequeña cantidad de comida que Skeeter y unos pocos de los otros habían pensado en traer con ellos.

El reverendo Mathis estaba rezando con Barb y la Sra. Kay, pero se detuvo para observarme acercarme a las ventanas. Eché un vistazo a través, intentando medir a qué distancia estaba mi coche de la iglesia. No vi a ninguno de los enfermos alrededor de la casa de Skeeter, o incluso entre allí y la iglesia, pero eso no significaba que no hubiera ninguno. Aun así, la parte más difícil sería salir por la puerta.

Entré en la cocina, sacando las llaves del coche de mi bolsillo. —Voy a hacer una carrera hasta él con Zoe. Tengo el auto al final de la cuadra. Tenemos dos asientos, tal vez tres, vacíos, pero vamos a necesitar una distracción para salir a la calle.

—Pero yo no quiero dejar a la tía Jill, papi —dijo Zoe.

Doris sacudió la cabeza. —No voy a salir allí.

Bob frunció el ceño. —¿Por qué simplemente no te quedas aquí? Es tan seguro como cualquier sitio.

Cubrí las orejas de Zoe y hablé suavemente. —Porque Annabelle dejó un rastro de sangre que lleva hasta la iglesia, y está extendida por el muro oeste. Skeeter y yo estuvimos justo en el tejado. La iglesia está rodeada y están viniendo más. Quién sabe cuándo se marcharán, o si lo harán alguna vez.

Skeeter asintió. —Necesitarás un arma. Algo ligero pero con mucha potencia de frenado. Saca la AR de mi mochila de allí. La dos veintitrés. No olvides los cargadores. Te cubriré.

Una gran bolsa de lona de camuflaje que contenía casi todas las armas que poseía Skeeter estaba escondida debajo de la mesa de la cocina de la iglesia. Me arrodillé para tirar del nylon por el linóleo desgastado, y encontré el rifle del cañón bajo que era más pequeño, pero que parecía tan feroz como cualquier otra cosa en la bolsa. —Nunca he disparado un rifle semiautomático, Skeeter. No estoy seguro de que pueda manejar esto.

Skeeter se rio una vez, pero no podía sonreír. —Zoe podría manejarlo. Y deberías dejarle practicar cuando estén en algún lugar seguro. Solo por si acaso.

El pensamiento de que algo me sucediera y de que Zoe entonces se quedara sola hizo que mi mundo se detuviera. Ella era tan pequeña, y si dejábamos a Skeeter y a Jill, yo sería todo lo que tendría. —¿Tal vez deberíamos quedarnos? —dije, mi mirada flotando hacia el santuario. Las cosas de allí afuera todavía estaban intentando entrar, tirando y golpeando contra las tablas.

Skeeter miró a su esposa y luego de nuevo a mí. —No. No deberían. —Saqué una 9 mm de la bolsa y una caja de munición—. ¿Puedo llevarme esto también? —Los ojos de Skeeter se posaron en Zoe solo por un momento. Él sabía por qué la quería. No podía dejarla sola para valerse por sí misma.

—Por supuesto, hermano.

Asentí en agradecimiento y luego me puse de pie. —Pero todavía necesitamos una distracción.

Doris dejó a Connor en la silla en la que estuvo Jill. —Tal vez tendremos suerte y alguien pase por la ciudad. ¿Seguirán a un coche?

Zoe tiró de mi pantalón. —No quiero salir, papi.

Me incliné hacia abajo, mirándola a los ojos. —Sé que no quieres. Da miedo estar allí afuera, ¿verdad?

Zoe asintió.

—Pero este no es el lugar más seguro para nosotros. Tenemos que encontrar algún otro sitio.

Los labios de Zoe formaron una dura línea, y una diminuta hendidura apareció entre sus cejas, pero no discutió.

—Deberías llevarte a Connor y a Evan —dijo Skeeter.

Evan miró a Bob con miedo en los ojos. Connor negó con la cabeza y se escondió detrás de Doris.

Doris sacudió la cabeza, también. —No puedo detenerle de llevarse a su hija, Skeeter, pero no le permitiré llevarse a estos chicos afuera con esas cosas.

—Connor —dijo Skeeter—. Creo que deberías ir con Nathan. Vamos a trabajar para mantener a esas cosas fuera, pero no estoy seguro de que estarás seguro aquí, hombrecito.

Yo apenas podía ver la cabeza de Connor sacudirse en protesta mientras estaba de pie detrás de Doris. No iba a obligarle, y en realidad, no podía culparle después de lo que acababa de pasar.

—¿Bob? —dijo Skeeter—. ¿Estás seguro de que no quieres darle a Evan una oportunidad?

Evan miró fijamente a Bob, sus ojos suplicándole quedarse. Bob palmeó el hombro del chico y luego sacudió la cabeza.

Barb encontró una bolsa de plástico del supermercado y puse unas pocas cajas de balas y cinco botellas de agua en el interior, y luego metí la 9 mm en la cintura de mis pantalones. Si alguien me hubiera dicho el día antes que estaría haciendo algo cercano a esto, me habría reído de ellos en la cara. Había estado cazando y practicando tiro con Skeeter un puñado de veces, pero poseer un arma no era una prioridad para mí, y no me oponía al control de armas.

Ahora que los no muertos se habían apoderado de la tierra, me imaginaba que cualquier miembro de la Asociación Nacional del Rifle lo estaba haciendo mejor que la mayoría.

Justo cuando me enganché las asas de la bolsa en la parte interior del codo, el sonido de la salvación hizo eco a través de la iglesia: la bocina de un coche.

Scarlet

La mayoría de las casas estaban a oscuras, dejando que las farolas arrojasen ominosas sombras sobre todo. El ejército estaba patrullando, por lo que Tobin y yo tuvimos que saltar detrás de arbustos o en las sombras de vez en cuando, reduciendo nuestro ritmo. Además, el tobillo lastimado de Tobin nos retardaba. Me pregunté si alguien aún seguía en sus casas, o si el ejército se los había llevado a todos a algún sitio. Ese pensamiento fue empujado lejos por pura voluntad; significaría que mis niñas estarían en un lugar casi imposible de alcanzar, con homicidas y guardias armados.

Rehusándome a creer eso, arrastré a Tobin, empujándolo hacia atrás cuando su cojera le forzó a dejar más de su peso sobre mí. Traté de animarlo a través de su dolor. Su tobillo estaba hinchado, abultándose más a cada minuto. La caminata no estaba ayudando. Necesitaba un antiinflamatorio y una bolsa con hielos por lo menos.

—Falta poco —dije.

Tobin había estado conteniendo la respiración con cada paso que dábamos por las pasadas tres o cuatro manzanas, pero no se quejaba.

—¿Crees que está allí? —dijo.

—Espero que sí.

—No pareciese que hubiese alguien en casa. ¿Hay un refugio público por aquí? Tal vez todos se fueron allí.

—Es posible. Tal vez estén en el hospital, o en la escuela primaria. Tiene un viejo refugio nuclear.

—Tiene un niño pequeño, ¿te lo dije?

Le sonreí. —Me dijiste que era madre soltera. ¿Cuál es su nombre?

—Tavia. Y el nombre de mi sobrino es Tobin.

—Guau. Tocayos.

—Sí —dijo, sonriendo con orgullo incluso aunque su rostro estaba goteando con sudor—. Es un buen chico. Atlético. Educado. Tavia hizo un tremendo trabajo. No creo que alguna vez le haya dicho eso.

—Lo harás —dije, rezando para que fuera cierto.

Un vehículo militar dobló la esquina, y empujé a Tobin al oscuro lado de la casa más próxima. Un pequeño ruido salió del tobillo de Tobin. Hizo una mueca y dejó escapar un pequeño gruñido.

Tobin trató de mantener su trabajosa respiración silenciosa. —Están armados. No lo entiendo. ¿Por qué estarían... por qué estarían patrullando las calles si sólo están tratando de contener a... cómo los llamaste?

—Caminantes.

—Sí, caminantes. ¿Por qué sólo patrullan dentro de la ciudad si están tratando de mantener a los zombis fuera? Tal vez están buscando sobrevivientes. Tal vez están juntando gente para llevarlos a un refugio.

—No creo que debemos salir y pedirles ayuda —dije, arrastrándolo una vez que el vehículo militar pasó.

—No debemos confiarnos, eso es lo que sé.

Le ofrecí una media sonrisa. —Vamos. Casi estamos allí.

La cojera de Tobin se hizo más pronunciada. A una manzana del lugar de Tavia, estaba agonizando. Gemía y gruñía por el dolor; cada paso era una tortura.

—Si no dejas de hacer esos ruidos, alguien va a pensar que eres un caminante y nos disparara desde su ventana.

—Lo siento —dijo Tobin, genuinamente arrepentido.

—Estoy bromeando. ¿Quieres descansar?

Sacudí la cabeza. —No. Necesitas llegar donde tus hijas. —Miró hacia la casa de su hermana, a tres casas más allá—. Desearía poder devolverte el favor. Desearía poder ayudarte a encontrarlas. —La gran mano que estaba ahuecada en mi hombro se apretó suavemente contra mi piel, y lo abracé.

Nos detuvimos en los escalones de entrada de la casa de Tavia. Su casa tenía un inmenso porche con ventanas y una desvencijada puerta mosquetera. La voz de Tobin era apenas un susurro. —¡Tavia! ¡Es Tobin! ¿Estás allí? —Se detuvo, esperando una respuesta—. ¡Tavia!

Apunté a la casa de mis abuelos. —Estaré al lado. Grita si me necesitas.

Tobin se rio. —Ya has hecho suficiente. Gracias, Scarlet.

Asentí hacia él, y luego crucé el patio hacia la entrada de la casa de mis abuelos. El pasto comenzaba a volverse verde y se sentía medio suave, medio crujiente bajo mis zapatos. Mis pasos sonaban ruidosos en medio de la silenciosa noche. Los amortiguados ruidos que Tobin estaba haciendo atrás eran apenas audibles, pero sentía cada respiración que daba como si estuviera respirando por un megáfono.

Empujé la puerta mosquetera y esta chirrió mientras se abría. Giré el pomo, medio esperando que estuviera bloqueada, pero no lo estaba. Entré, tratando de ver a través de la oscuridad. —¿Abuela? —Mi voz era tan suave y sin peligro como podía manejar. Mis abuelos eran viejos. Si no estuvieran obsesionados con las noticias, podrían haber estado totalmente inconscientes del brote—. Abuela, soy yo, Scarlet. —Crucé la sala de estar hasta el pasillo, y giré hacia su habitación. Había fotografías de nuestra familia alineadas en las paredes, y me detuve frente a una de 8x10, dándome cuenta de que era una de Andrew y yo con las niñas en nuestros días más alegres. No, eso era mentira. Nunca fuimos felices.

Cuando llamé a mi madre para decirle que iba a dejar a Andrew, me regañó. —No sabes lo bien estás con él, Scarlet —había dicho—. No es alcohólico como tu padre. No está en las drogas. No te golpea.

—No me ama —le había dicho—. Nunca está en casa. Siempre está trabajando. Y cuando está en casa, todo lo que hace es gritarme a mí y a las niñas. Actúa como si nos odiara.

—Tal vez si fueras más fácil de tratar, estaría más en casa.

De pie en el pasillo, delante de esa fotografía, sostuve un puño contra mi corazón en un intento de mantener a raya el dolor de esos años. Cuando elegí dejarlo, él tuvo el apoyo de su familia y de la mía. Para ellos, era un honor llevar su anillo. Pero era un

hombre cabreado, y a veces cruel. Por supuesto, no me dejaba pisotear, pero él se rehusaba a dejar de intimidar a nuestras hijas. Los gritos, Cristo, los gritos. Nuestra anterior casa estaba llena de palabras, ruidos y lágrimas. No, no era un alcohólico, o un adicto, no me pegaba, pero vivir en la miseria no se le diferenciaba demasiado.

Me quedé por tanto tiempo como pude para proteger a las niñas. La única persona de pie entre ellas y Andrew durante sus rabietas era yo. Cuando persiguió a Jenna escaleras arriba y le gritó en su rostro, lo perseguí también. Lo contuve fuera de su habitación. Su ira se redirigía a mí, por lo que Jenna nunca tuvo miedo de su propia casa.

Pero no me golpeaba. No, no lo hacía.

A veces deseaba que lo hiciera, así tendría algo que ofrecerle a mi madre. Un sacrificio tangible que la bajaría de sus nubes, así podría ver que el egoísmo, o algo tan trivial como el hastío, no habían influenciado mi decisión. Podría concederme esa excusa en lugar de estar del lado de Andrew, compadeciéndolo por lo horrible era vivir con una persona como yo, y cómo tenían eso en común.

Nuestra casa era demasiado silenciosa ahora; los portazos y gritos habían sido reemplazados con las risas y las persistentes discusiones entre las chicas. Incluso aunque que a la siguiente hora estarían abrazándose en el sofá. Ahora su casa era un lugar seguro. Se lo debía después de todo lo que Andrew y yo les habíamos hecho pasar.

Puse la mano en el pomo y lo giré, sin estar segura de qué esperar. Mi abuela, la madre de mi madre, era estimulantemente neutra. Simplemente asintió cuando le dije que mi matrimonio había terminado, dijo que Jesús me amaba y que siguiera yendo a la iglesia. No le importaba nada más.

La puerta se abrió lentamente. Una parte de mí esperaba que algo saltara fuera de las sombras, y la otra preparaba a mi corazón para ver algo terrible. Pero cuando la puerta se abrió para revelar la pequeña habitación, con su cama de cuatro postes con su antiguo tapiz, dejé salir la respiración que había estado conteniendo. La cama estaba hecha. No habían estado allí aún.

Pero tan rápido como el alivio me alcanzó, se fue. Habrían estado en la cama ahora. No estaban en casa. Lo que significaba que habían sido llevados, y si fueron llevados por los soldados, era más que probable que las niñas tampoco estuvieran con Andrew. Un nudo apretó mi garganta. Me rehusé a llorar hasta que hubiese algo por lo que llorar.

La fotografía en el pasillo atrapó mi atención. El todoterreno esperando por mí a las afueras de la ciudad no tenía la misma foto tamaño pasaporte de mis hijas que la suburbana. No tenía sus dibujos y los papeles de la escuela ensuciando el suelo del coche. La alcancé y agarré el marco, y luego la lancé al suelo, dejando que se rompiera. Rápidamente, saqué la fotografía de debajo de los fragmentos de vidrio y la doblé dos veces, deslizándola cómodamente en mi sujetador. Cada álbum de fotos que teníamos se encontraba en el gabinete del armario en casa. Sus fotografías de cuando eran bebés, imágenes de sus cumpleaños y de ellas jugando en el jardín. Todo fue dejado atrás. La foto apretada contra mi piel podría ser todo lo que tenía.

Cerré la casa y dejé que la puerta mosquitera se cerrara de golpe mientras corría hacia la calle. Tobin se encontraba de pie en la entrada de Tavia, aferrándose a la puerta.

Lo miré, y él me miró. Ella tampoco estaba en casa, como tampoco lo estaba el pequeño Tobin. —Trataré de regresar y llevarte.

Tobin me mostró una pequeña y comprensiva sonrisa. —No, no lo harás. Y no deberías, de todas formas. Sólo estoy reteniéndote.

Lo observé por un momento, sin ver ningún juicio en sus ojos. —Mis abuelos tienen un montón de medicamentos en su baño. Ibuprofenos, analgésicos, laxantes. La puerta está abierta. Eres bienvenido a entrar.

Tobin se las arregló para soltar una pequeña risa. —Gracias. Espero que encuentres a tus niñas.

—Lo haré —dije, girándome para empezar a correr a toda velocidad. La próxima manzana era la Calle Main. La calle principal de Anderson estaba bien iluminada, jactándose de los únicos cuatro semáforos en el pueblo. Con un espacio de cuatro carriles a cada lado del aparcamiento, la calle era angosta, y no ofrecía mucho para ocultarse. Había cogido tanto impulso que cuando la farola en la esquina reveló mi presencia parecía como si fuera un convicto escapando, pero seguí corriendo, esperando tener la suerte suficiente como para que nadie me hubiera visto. Volé a través de la calle y la acera, cortando a través del aparcamiento trasero de la funeraria y continuando por un callejón. Una silla rota se encontraba justo al girar en la esquina, y antes de que incluso pudiera saltar, mis piernas me empujaron hacia abajo.

Tenía las zapatillas y ropa húmedas debido a que estaba aplastada contra el lodo, pero sabiendo que las niñas se encontraban a unos cuantos kilómetros, mis piernas me levantaron como si no pesaran nada.

Tobin me gritó unas cuantas manzanas más allá. —¡Ve, Scarlet! ¡Las encontrarás! ¡Lo harás! ¡Ve!

Mis piernas corrieron más rápido de lo que lo habían hecho nunca, incluso más que en la secundaria, cuando intenté participar en atletismo, ya que quería complacer a mamá tanto que corrí hasta que mis pulmones se sentían como si fueran a estallar. Aun así siempre fui la más lenta, siempre la que iba en último lugar. Pero no esta noche. Esta noche podría volar.

La vieja estación de trenes entró en mi visión y salté sobre las vías, y luego sobre los restos de los ladrillos y morteros que mostraban la palabra: *Anderson*. Las letras estaban sucias y oxidadas como mi vieja ciudad. Miré hacia atrás sólo una vez antes de cruzar la calle. Incluso aunque el sudor caía sobre mis ojos, y mis pulmones apenas podían seguir el ritmo, no me detuve. Tres manzanas para llegar a mis bebés. Estarían allí. Lo estarían.

Corté por un callejón, respirando por un segundo cuando sentí el familiar crujido de la grava bajo mis pies. Un perro ladró y sonreí. Ningún simple perro podría ser escuchado al otro lado del pueblo. Y los soldados aún no llegarían a este lado. Jenna y Halle estarían esperando por mí y las abrazaría tan fuerte que nada más importaría. La locura fuera de los límites de la ciudad desaparecería.

Llegué al final de la calle, frente a la casa de Andrew. Su garaje independiente y entrada se encontraban justo frente a mí, pero su 4Runner no estaba. Me dolía en pecho, y mis intestinos se tambalearon, purgando los agitados restos de mi estómago.

10

Nathan

Traducido por Adriana Tate.

Corregido por Melizza

—¡Ese eres tú, hermano, vamos! —dijo Skeeter, corriendo hacia una ventana. Su cabeza se movió en todas las direcciones mientras trataba de conseguir una buena vista—. ¡Dos autos! ¡Justo al frente!

Alguien gritó afuera, y pude ver a un gran grupo de muertos vivos golpear la pared y deambular por la calle.

Corrí hacia la puerta y pegué mi oreja contra ella. No había sonidos de rasgaduras, rozamientos o gemidos.

—¿Zoe? —grité.

Zoe corrió a mi lado. La coloqué detrás de mí y agarré la manilla.

—¡Espera! —gritó, mirando a su tía Jill, quién yacía en el piso sin vida, aparte de sus ojos. Ellos se obligaban a abrirse, inyectados en sangre y con lágrimas, pero alertas.

—Zoe, tenemos que irnos —dije, sosteniendo su muñeca.

—¡Te quiero! —gritó. Era solo una niña, pero sabía que no volvería a ver a su tía de nuevo—. ¡Te quiero, tía Jill! —Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras se acercaba a su tía, tirando de mi agarre.

Jill logró mostrar una pequeña sonrisa. Las venas se volvían más visibles debajo de su piel: líneas azules deslizándose, bifurcándose y cubriéndola como un virus propagándose por su cuerpo. Una sola lágrima se deslizó por la mejilla de Jill y goteó en la manta debajo de ella.

Skeeter corrió hacia Zoe, colocándola en sus brazos. —No llores, pequeña. —Colocó su dedo pulgar debajo de su barbilla y levantó su mirada hacia la suya—. Voy a cuidar muy bien de Jillybean, ¿de acuerdo? Sabes lo mucho que el tío Skeeter quiere a la tía Jill, ¿no es así?

Zoe asintió y juntó las cejas.

Skeeter sonrió y la abrazó contra él una vez más. —Te amamos, Zoe. Escucha a tu papi. Cuidará muy bien de ti. Quédate tranquila ahora. —Los dedos de Zoe presionaron los hombros de Skeeter. La soltó y se puso de pie—. Vete, Nate. Vete, ahora.

Asentí, coloqué las llaves del auto en mi boca, empujé el clip en la AR, amartillándola, y abrí la puerta. Me asomé para echar un rápido vistazo. Se encontraba

despejado. Asentí hacia Zoe y luego a Skeeter. Me guiñó un ojo y corrí tirando de Zoe conmigo.

Cruzando la calle, vi un Jeep Wrangler negro alejándose a toda velocidad hacia Anderson. No esperé para ver si esas cosas nos seguirían.

Solté la mano de Zoe y me saqué las llaves de la boca. —¡Sigue, Zoe! —dije, sosteniendo las llaves frente a mí, así podía meterlas en el cerradura tan pronto como llegáramos al auto. No quería hacer nada estúpido como dejar caer las llaves, así que me aseguré de mantenerlas firmemente entre mis dedos.

Cuando llegamos al auto, recordé que no tuve tiempo para bloquearlo antes, por lo que simplemente abrí la puerta y me incliné hacia atrás para agarrar a Zoe. Algo dobló la esquina de la casa, pero no le presté atención a lo que era o cuántos eran, solo agarré a mi hija y casi la tiré en el lado del pasajero. Y entonces hice exactamente lo que dije que no haría. Dejé caer las malditas llaves.

Se deslizaron por debajo del auto, fuera de la vista.

—¡Papi! —gritó Zoe.

Mi atención se centró en el hombre que caminaba hacia mí. Levanté la AR y apreté el gatillo y fallé. Apreté el gatillo de nuevo, esta vez golpeando al andrajoso y sangriento depredador en el cuello. La herida ni lo inmutó. De repente el lado izquierdo de su cerebro explotó y cayó al suelo, a mitad de un paso. Skeeter se hallaba parado al otro lado de la calle, con su rifle de caza en la mano. Levantó el puño, extendiendo su dedo índice, meñique y pulgar. Le devolví el gesto y subí al auto, retrocediendo y girando hacia el oeste por la carretera.

Miranda

Quince minutos al este, coloqué el vocho en el arcén de la carretera. La máscara quemaba mis ojos y se hacía más difícil ver el camino. Bryce todavía miraba por la ventana. Me recosté, cuando sentí la mano de Ashley en la mía.

Era mi hermana mayor, pero papá siempre dijo que yo era la fuerte. Ashley no me dejaba opciones. Cuando nuestros padres se separaron, Ashley se convirtió en una persona diferente, como un suéter que pones en la lavadora y nunca encaja o se ve igual. Ya no era la chica risueña y despreocupada con la que crecí. En cambio estaba herida, excesivamente emocional y cínica. Cuando se inclinó para mostrarme sus ojos, su cabello rubio cayó hacia delante, las largas hebras fibrosas se cernían sobre su regazo. Todavía sollozaba, la mayoría de la cara llena de manchas y humedad.

—¿Qué pasa si también hay soldados esperando en Fairview? —dijo Cooper, tartamudeando con sus palabras.

La voz de Ashley se alzó, mitad canturreo mitad gemido. —Quiero ir a casa, Miranda. ¡Quiero ver a mamá!

—Fairview no tendrá soldados. La única razón por la que Anderson tenía a estos idiotas con armas es por el depósito de armas —replicó Bryce. Él estaba evidentemente más que molesto con Ashley. Como si el ruidoso sollozo no fuese lo suficientemente estresante.

—¿Qué hacemos? —dijo Ashley—. Va anochecer pronto. No creo que debamos estar afuera por la noche.

Miré a Bryce. —Tiene razón.

Él no estaba necesariamente de acuerdo, pero no discutió. Regresé a la carretera y conduje unos cuantos kilómetros más hasta que encontramos una vieja granja. Aceleré, casi sacando el buzón antaño blanco ahora oxidado.

Los nuevos frenos del vocho chirriaron hasta pararse, todos nos quedamos mirando la casa, esperando que alguien abriera la puerta y nos saludara, o tratara de comernos. Extendí la mano hacia la manilla de la puerta, pero Bryce agarró mi brazo.

—Yo iré —dijo. Abrió la puerta del pasajero y caminó lentamente hacia un lado de la casa.

Miré alrededor. No había vehículos, pero tenía un granero. Quizás ellos se estacionaron ahí y solo parecía desierto. Dos autos que viajaban al oeste de la carretera 11 llamaron mi atención: un carro color plateado y un Jeep Wrangler negro de cuatro puertas. Durante medio segundo, me enfoqué en la niña que iba en un portabebés. Pasó en cámara lenta, sosteniendo en alto un oso de peluche, olvidando que el mundo se había ido a la mierda a su alrededor.

—Oh, Dios mío —dije, girándome para observarlos pasar—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? —gritó Ashley, entrando en pánico inmediatamente.

—Se dirigen directamente hacia Anderson. ¡Esos locos del puente los van a matar!
—Abrí mi puerta y salí.

—¡Bryce, vamos! ¡Tenemos que detenerlos!

—No podemos salvar a todo el mundo que se dirija en esa dirección —dijo Ashley, agarrando la cabecera de mi asiento.

—Pero hay un... ¡hay un bebé en el auto! ¡Bryce!

Bryce se giró hacia mí con el ceño fruncido, sosteniendo su dedo contra su boca.

—Pero... —dije, observándolos conducir fuera de la vista. Y entonces habían desaparecido. Me senté de regreso en el vocho y cerré mi puerta—. Depende de nosotros —dije, mis ojos encontrándose con los de Ashley en el retrovisor.

—Date prisa, Bryce —susurró Cooper, más que nada para sí mismo.

Bryce echó un vistazo al interior y giró sobre sus talones, saltó el pequeño porche de cemento y entró en el vocho. Cerró la puerta de un portazo y señaló hacia la carretera. —Arranca —dijo, sin aliento.

—¿Qué viste?

—¡Arranca! ¡Arranca! —gritó, señalando.

Pisé el acelerador y retrocedí por la carretera. —¿Qué? —dije, a salvo de vuelta en la carretera—. ¿Qué viste?

Bryce negó con la cabeza.

—Deberíamos dar la vuelta.

—No.

—Tratar de advertir a esa familia sobre el puente.

—No.

—¿No me escuchaste, Bryce? ¡Había un bebé en el auto! ¡Deberíamos dar la vuelta!

—¡También había un bebé dentro de esa casa! —gritó. Tomó unas cuantas respiraciones profundas para calmarse y luego habló de nuevo—. Confía en mí. Si ellos se matan en ese puente, estarán mejor muertos.

Miré a Bryce por un momento y luego regresé mi atención a la carretera. Todo el color había abandonado su cara y el sudor se formaba a lo largo de la línea de su cabello.

—¿Qué viste? —dije calmadamente.

Miró por la ventana. —No quieres saberlo. Desearía no haberlo visto.

Los siguientes kilómetros fueron silenciosos mientras nos dirigíamos a Fairview, pero no fue difícil decir cuándo habíamos alcanzado el límite de la ciudad. Más infectados de lo que había anticipado vagaban por las calles, solos y en grupos. Casi habíamos atravesando la ciudad cuando frené de golpe.

—¿Qué? —dijo Bryce fuertemente, golpeando sus manos contra el tablero.

Una mujer corría calle abajo descalza, cargando a una niña pequeña en un brazo y empujando a un niño, quizás de unos diez o nueve años, con el otro. Llevaba un vestido rojo con lunares blancos y la mayoría de su cabello caía de su baja y oscura cola de caballo.

—Bryce —dije.

—Los veo.

La mujer se detuvo en la esquina de una iglesia y ayudó al niño a subir en la parte de arriba de una unidad de aire acondicionado, pasando valientemente a un gran grupo de infectados. Colocó al niño sobre sus hombros y luego lo empujó hacia arriba, permitiéndole subirse al techo, y luego levantó a la niña. Él la subió de forma segura, pero ella extendía las manos hacia la mujer, llorando y llamando la atención de la multitud de los horrores sangrientos que golpeaban contra el frente de la iglesia. Varios de los muertos vivientes se separaron y caminaron en dirección a la mujer. Luchaba por subir. El niño esperó, se inclinó y se sostuvo en sus rodillas, animándola.

Fue entonces cuando vi un rastro de sangre corriendo por la ladera de la madera blanca de la iglesia. Alguien más ya había corrido por ese camino. Alguien que probablemente se encontraba infectado.

—Tenemos que ayudarlos —dije, con determinación esta vez.

—Mira —dijo Cooper, extendiendo su mano entre mi asiento y el de Bryce. Señaló hacia la iglesia—. ¡Las ventanas están selladas! ¡Hay gente ahí adentro!

Bryce me miró. —Parece un buen lugar para pasar la noche.

Vi cómo la mujer apenas logró llegar al techo antes de que los muertos vivientes alcanzaran la unidad en la que estuvo parada.

Solté la respiración que inconscientemente había estado aguantando. —De acuerdo, ¿pero cómo entramos? ¿Cómo conseguimos que nos dejen entrar?

—No son muy rápidos —dijo Cooper, señalando hacia la mujer en el techo—. Corrió entre ellos.

—¡No voy a ir ahí con esas cosas caminando alrededor! —lloró Ashley—. ¡De ninguna manera!

Miré alrededor del vocho, asegurándome de que no hubiera sorpresas y luego notando la posición del Sol. —No podemos llegar al rancho antes de que oscurezca. Ya hay gente ahí adentro. Probablemente tienen armas y agua...

—Y un baño —murmuró Cooper.

Bryce asintió. —No tenemos ninguno de esos. Vamos a entrar allí. Sólo tenemos que encontrar la manera de distraerlos lo suficiente como para entrar.

—Ustedes salgan del auto. Yo conduciré entre ellos y los atraeré para alejarlos, moveré el vocho, lo esconderé y luego regresaré.

Bryce negó con la cabeza. —Yo lo haré.

—¡Mira! —dijo Ashley.

La mujer trataba de abrir la ventana, pero tenía problemas. De repente se abrió y ella mantuvo atrás a sus niños, protegiéndolos por un momento hasta que reconoció a quien quiera que estuviera parado al otro lado. Un hombre alto y desaliñado se agachó a través de la ventana y ayudó a la madre y a los niños a entrar. Se acercó al borde y echó un vistazo a la manada frenética de abajo. Ellos clamaban uno por encima del otro, tratando de llegar a las personas en el techo.

—Míralos. No pueden saltar —dije, sorprendida.

Bryce salió del vocho y agitó sus brazos. —¡Oye, hola! —gritó.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Qué pasa si él nos dispara? —dijo Cooper.

—¡Ayúdanos! —dijo Bryce, ignorando a Cooper.

El hombre en el techo señaló para que fuéramos alrededor de la parte trasera de la iglesia y luego señaló a su arma.

—Nos va a cubrir. Vamos. ¡Vamos! —dijo Bryce, entrando en el auto.

Sin dudar, pisé a fondo el acelerador y el vocho se disparó hacia delante. En unos momentos, estábamos balanceándonos por la calle y dentro del césped de la iglesia. El hombre levantó su mano, con la palma hacia fuera y luego se giró, dirigiéndonos.

Estacioné el vocho en la parte de atrás de la iglesia y luego me bajé de un salto, tirando de mi asiento hacia arriba para que Ashley saliera. —Vamos. ¡Vamos! —dije, viendo cada cosa no muerta que había al lado de la iglesia girar en nuestra dirección y empezar a acercarse.

La puerta de atrás de la iglesia se abrió, revelando al hombre del techo. Le dio vuelta al cerrojo tan pronto como el último de nosotros estuvo dentro. La habitación estaba llena de gente asustada, la madre y sus hijos, otra mujer, otros dos niños pequeños y cinco hombres: el hombre que nos salvó, dos hombres de mediana edad y dos hombres mayores.

—Muchas gracias —le dije al hombre que nos dejó entrar—. Necesitábamos un lugar para pasar la noche.

—Skeeter McGuee —dijo, teniéndome su mano, la estreché y él asintió hacia Cooper, Bryce y Ashley, y luego se giró hacia uno de los hombres de mediana edad—. Gary, vamos a tener que clavar las tablas para asegurar la puerta de arriba. Solo una tabla esta vez.

Gary asintió y luego se giró, desapareciendo por un pasillo oscuro. Sus pasos resonaron de nuevo en la cocina y luego el martilleo comenzó.

Todo el mundo intercambió miradas y entonces Skeeter se extendió hacia una mujer en el suelo. Se veía a punto de morir y una espuma blanca como baba goteaba desde un lado de su boca hasta la manta en la que se acostaba.

—¿Estaba Annabelle...? —dijo la mujer mayor.

—No todavía —respondió Skeeter.

—Esas son buenas noticias. Quizá Jill no regresará como una de esas cosas. O quizá mejorará. Simplemente no lo sabemos, Skeeter. Por favor, no hagas nada precipitado.

—No tienes que decirme mentiras de mierda, Doris —le dijo. Pasó sus grandes dedos por el húmedo cabello rubido de Jill y le susurró algo al oído.

Doris nos miró. —Dios Bendiga sus corazones. ¿Son de Anderson?

—Vamos a la Universidad en Greenville. Mi padre tiene un rancho al noroeste de aquí. De verdad no queremos viajar después de que anochezca.

Doris asintió, entendiendo. —No puedo decir que te culpo. ¿Chicos, quieren un poco de agua? —preguntó, ya encaminándose hacia el refrigerador. Nos dio a todos botellas de agua y no perdimos el tiempo inclinando nuestras botellas hacia atrás.

—¿Tu padre tiene un rancho cerca de aquí? —preguntó Skeeter.

Ashley sonrió. —El Rancho Red Hill.

Skeeter asintió. —He cazado por ahí. Ese será un buen lugar para ustedes.

Gary regresó del pasillo, con el martillo en la mano.

Todo el mundo se instaló lo mejor que pudo. Doris confortó a la madre y a sus hijos. Skeeter alternó entre comprobar a su esposa y revisar las ventanas en la otra habitación. Todos jadearon e intercambiaron miradas cuando una nueva persona fue vista deambulando en el exterior con el resto. Fairview era una ciudad pequeña. Tenía sentido que todos ellos se conocieran los unos a los otros. Me preguntaba quién era la mujer en el suelo para Skeeter, y como era su vida antes de ser mordida. Incluso con su sudor, la piel azulada y lo oscuro en torno a sus ojos, era obvio que era hermosa.

El hombre que ellos llamaban Bob señaló hacia la habitación de al lado. —El santuario está allí. Hay un montón de lugares para sentarse.

—Gracias —dije, aceptando su invitación.

Dos mujeres más, un poco más avanzadas de edad, se sentaban en los bancos. Elegí uno en el frente y me senté lo más cerca posible del pasillo central, lo más alejados de las ventanas rotas. Incluso si se encontraban selladas, escuchar a los muertos vivientes tratando de entrar era perturbador.

Bryce se sentó a un lado de mí y Ashley en el otro. Cooper se sentó junto a mi hermana y tomó su mano en la suya. Todos dejamos escapar un suspiro de alivio.

Dejé mi cabeza descansar contra el hombro de Bryce y él descansó la suya contra la mía. Después de todo lo que habíamos visto y todo lo que habíamos pasado, no creí que sería capaz de dormir, pero cuanto más tiempo pasaba sentada en el duro y frío banco de madera, más cómoda me sentía y más difícil era mantener los ojos abiertos. Me moví, provocando que Bryce moviera su cabeza ligeramente para besar mi frente.

—Está bien. Ve a dormir. Estamos seguros ahora.

—Nunca vamos a estar seguros de nuevo —susurré, tratando de no dejar que las palabras provocaran más lágrimas.

—Lo suficientemente seguros para descansar un poco —susurró en respuesta—. Ahora cierra los ojos, Miranda. Tenemos un largo día mañana.

—Una vez que llegemos a Red Hill, estaremos bien, ¿cierto?

—Tu padre probablemente está allí ahora, muerto de miedo, preguntándose dónde estás. Va a estar muy feliz de verte, a ti y a tu hermana. Estaremos lejos de todo, con una despensa abastecida y la loca colección de armas de tu padre. Vamos a estar bien.

Con sus palabras, dejé que mis ojos se cerraran y la pesadez del sueño me envolviera.

11

Scarlet

Traducido por Val_17

Corregido por CrisCras

Las casas en torno a la de Andrew estaban oscuras y abandonadas al igual que las otras. Caminé por la calle, carente de autos y personas. La inclinación del camino de entrada de Andrew me hizo sentir como si estuviera en una caminata hacia una empinada montaña después del tramo que acababa de recorrer a la carrera. Con cuidado de no dejar que mis zapatos crujieran demasiado contra la grava bajo ellos, di pasos suaves y me detuve en el portón. Se quejó cuando lo empujé, y lentamente caminé los diez pasos o menos hacia la puerta trasera. Solo había caminado este pedazo de tierra unas cuantas veces desde que Andrew se había mudado.

Después del divorcio, él ya no pudo permitirse la casa de dos pisos con reparaciones en la parte superior que habíamos comprado en el pueblo de al lado y nos trasladamos al antiguo dúplex con los remodelados dos dormitorios. Estaba literalmente en el lado equivocado de las vías, situado profundamente en el lado oeste de Anderson, donde una redada en el laboratorio de metanfetaminas no era extraña.

Andrew se sintió humillado por la mudanza y el divorcio, y nos sorprendió a todos durante los fines de semana de visita. Poco a poco los gritos se detuvieron. La intimidación fue sustituida por las breves explosiones de molestia leve o largos suspiros. No estaba segura de si estar lejos de las chicas durante la mayor parte del mes ayudó a calmar su furia, o si fue mi ausencia lo que le ofreció paz.

Subí los dos escalones hacia la puerta trasera de Andrew, y toqué el plexiglás en la mitad superior de la puerta. Una cortina ocultaba el interior de la vista. Golpeé otra vez, luego traté de girar la perilla. Estaba cerrada.

Mi corazón latía con tanta fuerza con la anticipación que podía sentirlo en mi garganta.

Las ventanas a cada lado de la casa y una al lado de la puerta principal también estaban cerradas. Golpeé la ventana del comedor con la mano. —¡Andrew! ¡Jenna! ¿Halle? ¿Es mamá! ¿Están aquí?

Nada.

Presioné la oreja contra el cristal y escuché. El silencio me provocó lágrimas y mi labio inferior tembló. Me apoyé con más fuerza, la frialdad de la ventana compensando la sensación de ardor que la presión encendió en mi oído. Mis ojos se cerraron mientras rogué en silencio porque hubiera alguien dentro para aliviar mis miedos.

Finalmente, me alejé de la ventana, mirando hacia la calle. Una lágrima brotó y se liberó, deslizándose por mi mejilla. La limpié, y mientras lo hacía, mi codo se encontró con el vidrio. Sin pensarlo dos veces, retrocedí y dejé que mi codo hiciera contacto con el vidrio por segunda vez. La esquina de mis huesos era como una extensión de toda la frustración y el miedo pulsando a través de mi cuerpo. La ventana se destrozó. No era tan fuerte como pensé que sería. Grandes pedazos se desprendieron, algunos cayendo en el interior del comedor y otros a mis pies.

—¿Andrew? —susurré ruidosamente.

Después me lancé dentro, busqué en cada habitación, cada armario, cada rincón de la casa. Sin embargo, algo no estaba bien. Las chaquetas de las chicas no estaban arrugadas en el suelo, sus cajones no estaban quebrados, y ninguno de los dibujos de Halle estaban esparcidos sobre la mesa. Nunca habían llegado a casa. Debieron de haber estado en la reunión de la ciudad con el gobernador cuando tuvo lugar el brote. Podrían estar atrapados dentro de un refugio con el gobernador, o Andrew podría haber huido con ellas. Podrían estar en cualquier lugar.

—Maldita sea —dije, más fuerte de lo que había hablado en horas—. ¡Maldita sea! —grité. Tomé una silla del comedor de Andrew y la lancé a través del cuarto, luego perdí el equilibrio, cayendo de rodillas—. No —lloré, apretándome en una bola en el piso. Vi sus pequeñas caritas, inocentes y asustadas, preguntándose dónde estaba y si estaba segura, justo como me preguntaba acerca de ellas. No podría hacer esto si no estaba con ellas. Necesitaba ver a Jenna rodar los ojos hacia mí otra vez, y a Halle interrumpirme. Me necesitaban para decirles que todo iba a estar bien. No podríamos sobrevivir al fin del mundo sin las otras. No quería hacerlo. Los sollozos se construyeron y liberaron con tal ferocidad que todo mi cuerpo se estremeció. Ciertamente alguien me oiría, mis gritos y chillidos probablemente eran el único sonido que se podía oír en este pueblo olvidado por Dios.

—Lo siento mucho —dije, dejando que la culpa y la desesperación me asaltaran. Me incliné y dejé que mi frente y mis brazos descansaran contra la alfombra, las manos entrelazadas por encima de mi cabeza. En poco tiempo, el agotamiento extremo tiró y tiró de mi conciencia como nunca lo había sentido antes. Los sollozos se calmaron, y en pocos momentos, caí en un inmenso mar de oscuridad. Las profundidades me rodearon por todos lados, y eventualmente quedé sumida en ello, cálido y tranquilo.

Sirenas de tornado. Extraño. No recordaba al meteorólogo mencionar una tormenta por la mañana. No era una prueba. Probaban a mediodía todos los jueves, y hoy era... no estaba segura de qué día era.

La primera cosa que noté cuando abrí los ojos fue el borde, y la manera en que la alfombra estaba más cerca que lejos de la pared, donde la gente caminaba. Solía notar esas cosas cuando era una niña, cuando pasaba más tiempo en el suelo: jugando, mirando la televisión, estando aburrída. Pasé gran parte de mi infancia en el suelo. Como adulta, no podía recordar la última vez que tuve esta visión. Pero la alfombra entre mis dedos no era la mía.

Me ardían los ojos. Las lágrimas habían lavado toda mi máscara dentro y fuera de mis ojos, dejándolos secos e irritados. Al segundo en que me acordé de por qué había estado llorando, mi cabeza se alzó de golpe, y eché un rápido vistazo a la habitación oscura. Las sirenas de tornado estaban sonando. Podrían estar averiadas o se había producido una infracción.

Sobre mis manos y rodillas, rápidamente me dirigí a la puerta principal de Andrew. Las calles seguían vacías, pero las sirenas continuaban sonando. La iglesia en Fairview cruzó por mi mente, y rogué que las sirenas se detuvieran. El ruido atraería a cada caminante en kilómetros.

Abrí la puerta de madera y apreté el lado de mi cara contra el vidrio de la contrapuerta. Mi aliento salió húmedo, el aire visible en bocanadas desapareciendo rápidamente, nublando mi vista. Cuando vi a la primera persona corriendo por la calle, intermitentemente expuesta por las farolas, las respiraciones se convirtieron en un único jadeo.

Era mayor, tal vez en sus cincuenta, pero estaba viva. Incluso desde una cuadra de distancia, podía ver el horror en sus ojos. Unos segundos después dos hombres —uno sosteniendo a un niño— y una mujer, aparecieron antes de deslizarse en la oscuridad otra vez. Luego cinco más, y luego una docena. Hombres, mujeres y niños. Al menos cincuenta habían pasado antes de que viera al primer caminante. Sólo pude hacer que se fuera porque pasó a tomar a alguien debajo de la farola. No mucho tiempo después, varios caminantes más se convirtieron en parte de la multitud. Lentamente los gritos pasaron de ser uno o dos chillidos intermitentes a un ataque de pánico en toda regla. La multitud parecía extenderse, pero todos estaban saliendo del mismo lugar, de donde quiera que se mantuvieran con el gobernador, tal vez. Parecía que todo el pueblo estaba en la calle, corriendo por sus vidas. Mis ojos se entrecerraron, buscando desesperadamente a Andrew y a las chicas, esperando que bajaran la calle principal en cualquier momento, pero mientras el río de gente adelgazaba, empecé a perder la esperanza.

Las lágrimas amenazaron con humedecer mis ojos una vez más, pero en cambio le permití tomar el control a la ira. La impotencia que sentía al no poder llegar a mis hijas me llenó de furia. Corrí a la habitación de Andrew y busqué en su armario. Tenía un rifle de caza y una 9mm. Sólo en caso de que le pasara algo al volver aquí, dejé el rifle y agarré la mochila de mi espalda, llenándola de munición. Mis movimientos eran torpes, tanto por la adrenalina en todo mi cuerpo como porque no había sostenido un arma desde antes de mi divorcio. Tomé unas cuantas latas de comida. El abrelatas estaba en el cajón de los cubiertos, pero lo dejé, esperando que Andrew recordara empacar si no estaba ya en camino. También tomé una botella de agua de plástico reutilizable.

No fue hasta que me dirigí a la sala de lavandería que encontré algo realmente útil: una linterna, algunas pilas, un destornillador grande y una navaja.

Agarré un artículo más, subí la cremallera de la mochila y luego volví a la habitación principal. Saqué algunos cuadros de la pared y luego sacudí la lata que tenía en la mano. El aerosol silbó mientras presionaba el dedo índice contra el gatillo, mi brazo meciéndose con la silenciosa música de mi adiós mientras formaba grandes y visibles palabras negras.

Vi gotear la pintura de las letras, esperando que fuera suficiente, que en medio de este infierno mis hijas recordaran el nombre del rancho del Dr. Hayes, y le dijeran a su padre cómo llegar allí. Si Andrew estaba en esa multitud que salía corriendo de la alcaldía, él las traería aquí.

Dejé caer la lata al suelo, y luego miré de nuevo la columna de vidrio que había en la puerta, viéndola lentamente, los caminantes deambulando por la carretera principal, siguiendo el olor de los vivos. Andrew se había llevado a nuestras hijas de alguna manera antes de la infracción. Tenía que creer eso, y tenía que confiar en que mi próxima decisión era la correcta.

Agarré las correas de la mochila que llevaba sobre mis hombros y salí corriendo de la casa, dejando estúpidamente que la puerta diera un portazo detrás de mí. Hice una pausa, girando lentamente para ver a algunos de los caminantes al oeste girar automáticamente hacia el ruido. Corrí hacia el este, hacia la casa de mis abuelos, tal vez incluso más rápido que antes, sabiendo que en poco tiempo el sol se levantaría, y no quedarían más sombras para esconderse.

Nathan

—Zoe, trata de ralentizar tu respiración —dije. Zoe estaba casi jadeando, luchando por asimilar todo lo que había visto, incluyendo decirle a su tía Jill adiós por última vez. Me acerqué y sostuve su pequeña mano en la mía—. Vamos a estar bien, cariño. Vamos a encontrar un lugar seguro.

—Pensé que la iglesia era segura —dijo suavemente.

—No lo suficientemente segura. Necesitamos un lugar para permanecer por un largo tiempo. En el campo, lejos de todas las personas enfermas.

—¿Dónde está eso?

Me detuve, con cuidado de no mentirle. —Lo encontraré. No te preocupes.

Zoe se levantó y alzó la barbilla, viendo la camioneta verde parar en la carretera al mismo tiempo que yo. Solté la mano de Zoe y la levanté con la mía para proteger sus ojos, justo cuando el hombre levantó su arma hacia una mujer tumbada en la carretera, en un charco de vómito y sangre. Una piscina de color rojo oscuro se derramaba de ella bajo su sucio vestido, demasiado, casi como si estuviera teniendo un aborto involuntario, pero sabía que no era de ahí de donde venía la sangre. Estaba demacrada, la piel en un tono grisáceo a excepción de las líneas de color rojo que se drenaban de sus ojos, oídos y nariz.

El tiro fue disparado en su cabeza, pero la mujer no se movió. Mientras pasábamos, el hombre estaba inexpresivo, cogiéndola tiernamente en sus brazos. La llevó a la cabina de su camioneta, cerrando la puerta tras él.

Bajé la mano y la puse de nuevo sobre el volante. Diez y dos. —¿Tienes tu cinturón de seguridad?

—Sí, papi. —Zoe estaba luchando por no perder la cabeza.

Quería detenerme y abrazarla para permitirle la transición a nuestra nueva vida, o correr por nuestras vidas y sobrevivir, pero nunca tendríamos tiempo suficiente. Si esto era algo como en las películas, la vida se viviría entre experiencias cercanas a la muerte.

—Buena chica.

Sombras rosas y púrpuras cubrían el cielo, lo que indicaba el comienzo de una puesta de sol. Sin ninguna casa a la vista, o incluso un granero, no estaba seguro de si debía preocuparme por un refugio o sentirme consolado porque probablemente no íbamos a encontrar a un grupo grande de esas cosas —al menos durante un tiempo.

Zoe estaba jugando con el dobladillo de su vestido color lavanda, tarareando en voz tan baja que apenas podía distinguir lo que era. Algo de Justin Bieber, por los sonidos de eso. Las comisuras de mi boca se levantaron. La radio había estado en silencio desde que empezamos nuestro viaje. Me pregunté si alguna vez podríamos escuchar música de nuevo.

12

Nathan

Traducido por Sofi Fullbuster

Corregido por Vanessa VR

A menos de media hora en el camino, noté una pequeña señal que decía: Autovía 123. Otra pequeña autovía de dos carriles que llegaba a Kansas. Se encontraba a menos de una hora de distancia, y si recordaba bien del viaje de caza que hicimos Skeeter y yo, había un pequeño pueblo entre donde nos encontrábamos y la frontera estatal. Aparte de eso no había nada más que ranchos y terrenos de haciendas en kilómetros. Tal vez podríamos encontrar una granja abandonada en medio de un lugar cualquiera, donde podríamos instalarnos. Tal vez tendríamos más suerte y no estaría abandonada, y los ocupantes, viejos o jóvenes, nos dejarían quedarnos.

Mi mente estaba desviándose cuando giré en la autovía por lo que suponía era instinto o al menos una elección en un nivel subconsciente. De cualquier forma, Zoe y yo nos dirigíamos al norte.

—No vamos a regresar para coger mis papeles, ¿cierto? —dijo Zoe. No trató de ocultar su decepción.

—Lo siento, cariño. No creo que sea bueno volver.

—Así que, ¿no voy a ir a la escuela mañana?

—No.

—¿No vas a ser arrestado si no me llevas a la escuela?

—No si los demás tampoco van al colegio.

Esa respuesta pareció calmar a Zoe por el momento, pero sabía que sólo formaría una lista con más preguntas para hacerme más tarde. El fin de todo era difícil para todos. Especialmente para los niños. Incluso más para niñas como Zoe, que no tomaba los cambios bien. Mi hija había requerido una rutina desde su nacimiento. Las reglas y límites eran su lugar seguro. No estaba seguro de cómo podría proporcionarle eso ahora.

Observé la cabeza de Zoe balancearse sutilmente con la canción en su cabeza. De vez en cuando, la salpicadura de pecas en su nariz se movía cuando la arrugaba para estornudar.

—No vas a resfriarte, ¿cierto?

Zoe sacudió la cabeza, dispuesta a hacer una pequeña charla. —No lo creo. Me lavo demasiado las manos.

Asentí. —Eso es bueno... —Desaceleré, notando algo adelante. Al principio, creí que podría ser un auto varado en la carretera, pero luego vi el movimiento. Mucho movimiento, fluido y lento. Cuando nos acercamos más, vi una multitud de esas cosas rodeando el vehículo. La alarma del auto sonaba, y los muertos vivientes parecían estar agitados debido al sonido. Estaban intentando salvajemente entrar en el vehículo. No podía ver si alguien estaba atrapado en el interior. Tampoco quería saberlo.

—¿Papi?

—Espera, Zoe —dije, girando el volante y entrando en el pueblo. Las primeras casas se ubicaban dentro de una manzana de la autovía. Conduje más rápido de lo que debería, pero esperaba bordear la multitud y regresar a la 123 sin perder mucho tiempo. El sol se pondría pronto, y no quería que estuviéramos cerca de esas cosas en la oscuridad. Cada calle en la que giraba me dirigía a otra calle incluso más cerca de la multitud, o del grupo que se dirigía hacia ella.

Después del tercer giro en U, una luz amarilla en el tablero acompañada por una campanada casi me hizo entrar en pánico. Teníamos poco combustible, el sol bajaba y no conocía lo suficiente este pueblo como para encontrar un lugar seguro para mí y Zoe, un sitio donde pasar la noche. Por primera vez desde que dejé la iglesia, tenía miedo de haber tomado la decisión equivocada.

Nos metimos en un callejón sin salida, por lo que presioné los frenos, viendo un bidón de gasolina en la parte delantera de la única casa en la calle. Las últimas dos manzanas habían sido un camino adoquinado, y no vi mucho alrededor. La mayoría de los ciudadanos se congregaban en medio de la ciudad.

—Zoe, voy a coger el bidón de gasolina de allí, y luego pondré un poco en el auto así podremos seguir conduciendo.

—¿Seguir conduciendo a dónde?

—Regresaré, cariño. No salgas del auto, ¿vale?

Zoe asintió, y miré rápidamente alrededor antes de salir. Caminé hacia el porche rápidamente, esperando con cada paso que hubiera gasolina dentro del contenedor rojo de plástico. Subí los escalones y me incliné, pero cuando puse la mano en el asa, la puerta se abrió y el distintivo sonido de una escopeta siendo cargada hizo que me congelara en el lugar.

Cerré los ojos. —Por favor, no. Mi hija está mirando. —Después de una corta pausa, y la comprensión de que no iba a morir aún, miré hacia arriba. Un viejo hombre se encontraba del lado opuesto de la escopeta. Sudoroso, sucio y con un overol de rayas azul y blanco demasiado grande, alejó el arma de mi sien.

—¿Dejas ver a tu hija como robas?

—No trataba de robar —dije, enderezándome lentamente y manteniendo las manos en alto y lejos de mi cuerpo. La meta era parecer tan poco amenazador como fuera posible—. El medidor de gasolina de mi auto acaba de activarse. Está oscureciendo. Sólo estamos tratando de encontrar algún lugar seguro para pasar la noche.

El hombre entrecerró los ojos, se rascó la blanca barba de un día, y luego bajó el arma. —Trae a tu hija. Tráela aquí dentro. Mejor dense prisa. Uno o dos pasan por aquí frecuentemente.

Una parte de mí quería agarrar a Zoe y llevarla a su casa sin pensarlo dos veces. La otra parte me recordaba que me había apuntado con un arma la cabeza. Una mujer

sacó la cabeza por detrás de la puerta y luego salió al porche. Era chiquitita, su corto cabello gris arreglado igual que el de Zoe.

—Oh, por Dios, Walter. Deja que la pobre gente entre.

—Se lo pedí, cariño. Pero simplemente se quedó allí.

Ella empujó hacia abajo su arma. —¡Bueno, aleja tu arma, idiota! —Extendió la mano—. Soy Joy.

—Nathan Oxford. Mi hija, Zoe, está en el auto. Es un placer conocerla.

Walter frunció el ceño. —Está bien, hijo, pero mejor traes a tu bebé y entran.

Asentí y me alejé del porche, apagando el coche y persuadiendo a Zoe para que saliera del coche. Había visto a Walter apuntarme con el arma, y tampoco estaba segura de que fuera una buena idea. Seguimos a Joy dentro, y Walter bloqueó la puerta detrás de nosotros.

Joy se limpió las manos en sus pantalones y se detuvo en medio de la sala de estar. La casa estaba imaculada, pero la alfombra tenía al menos treinta años de antigüedad, y olía como tal. —Vamos a dormir en el sótano. Walter va a cerrar la puerta por la noche.

—¿Qué pasa si entran en la casa? —pregunté en voz baja.

Walter sostuvo la pistola a un lado. —Tenemos comida y agua allí abajo. Joy sólo estaba trayendo más. Aunque parecen no notar la casa. Todos se van al otro lado del pueblo.

—Hay un auto con un sistema de alarma sonando en la carretera. Están reunidos alrededor de él.

Walter frunció aún más el ceño. —Así que son atraídos por el sonido. Sólo tenemos que permanecer en silencio. No tendrán una razón por la que venir aquí. Bloquearé las puertas. No creo que traten de entrar a través de las ventanas a menos que llamemos la atención.

Me hizo sentir nervioso pensar el no tener una estrategia de salida, pero era mejor que nada, y más seguro que dormir en el piso de arriba.

Zoe y yo ayudamos a Joy a llevar comida y agua al sótano. Parecía completo, con un sofá y un par de sillones reclinables frente a la televisión de pantalla plana.

Walter se rio una vez. —Joy me la compró por navidad el año pasado. Todo lo que puedes ver en ella ahora es nieve.

Zoe y yo nos acurrucamos en un sofá amarillo y color café de tela escocesa mientras Walter cerraba la puerta del sótano y luego clavaba una tabla en la sección del medio. Joy nos cubrió con una cobija, que también salió de 1970, y en tiempo record, Zoe se relajó, durmiéndose en mis brazos. Temía que no fuera capaz de dormir porque nos encontrásemos en un lugar extraño, pero estaba exhausta. Descansé la mejilla contra su cabello. Los brillantes cabellos castaños se sentían fibrosos y enmarañados, haciéndome pensar en todas las cómodas cosas en casa que ya no tendríamos. Cosas simples, como un cepillo.

—Tienes una linda hija —susurró Joy, sonriendo—. Mi hija, Darla, vive en Midland. ¿Alguna vez has estado en Midland?

Sacudí la cabeza.

—En realidad, empacamos para ir a verlos este fin de semana. Íbamos a irnos ayer, pero quería asegurarme de tener a alguien para echarle agua a mis flores antes de irnos. —Suspiró, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Probablemente nunca podré verla de nuevo, o a mis nietos. Debido a las malditas flores.

—Podrás verla de nuevo.

—¿Tú crees? —dijo, una cautelosa esperanza en su voz.

Sonreí y besé la sien de Zoe, luego incliné la cabeza hacia el cojín. —Gracias. Por dejarnos quedarnos aquí esta noche.

—Pueden quedarse tanto como quieran —susurró Joy, mirando hacia su esposo, aún ocupado asegurando la puerta—. Quién sabe cuándo se resolverá esto... o si alguna vez se resolverá.

Miranda

Incluso cuando mis ojos se abrieron, aún estaba oscuro. Los rasguños y ruidos en el exterior, hechos por los muertos vivientes, se habían detenido, y Bryce estaba despierto, mirando justo hacia el frente. Me senté y traté de deshacer los nudos que sentía en la espalda.

—¿Dormiste? —pregunté silenciosamente.

Bryce sacudió la cabeza, y luego me miró con una sonrisa. —Podría haber echado una siesta por unos minutos. Aunque estoy feliz de que tú sí lo hicieras. —Se inclinó hacia delante y tocó mis labios con los suyos por primera vez en veinticuatro horas—. Estuviste increíble ayer. No sabía que podías conducir así.

Envolví los brazos alrededor de mi cintura para repeler el frío matutino. Bryce tiró de mí hacia su lado. No era el tipo más musculoso de la escuela, pero era atleta un excepcional, y su dulce sonrisa hacía que estar enojada con él fuera imposible. Su oscuro cabello de dos meses necesitaba un corte, por lo que cuando se inclinó para besarme, algo de este cayó sobre sus ojos. Utilizó los dedos para apartarlo, negándose a mover la cabeza para apartarlo de sus ojos como hacía la mayoría de los chicos.

Lucen como si estuvieran siendo asaltados, solía decir. Tampoco me gustaba, pero lo ignoraría si eso significaba ver sus azules ojos. La sonrisa de Bryce era maravillosa, y no era nada menos que honorable, pero sus ojos eran mi parte favorita de él. Creo que me enamoré de ellos antes de que me enamorara de él.

Ashley y Cooper estaban acurrucados juntos. Con sólo una chaqueta de punto, una camiseta blanca y una bufanda azul bebé de moda, ella estaba tan preparada para entrar en calor como yo en mi camiseta de algodón y ligera chaqueta. Los chicos no parecían tener frío.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Cooper, girando su oído derecho en dirección a la cocina. Sus ojos se movieron mientras escuchaba.

Bryce agarró mi mano y se levantó, dirigiéndome hacia la puerta de la cocina. Estaba oscuro allí, pero había unas cuantas velas en la habitación. Las pequeñas llamas nos proveían la suficiente luz como para que viéramos a Skeeter McGee de rodillas, llorando sobre una mujer en el suelo. Trataba de ser silencioso. Si no fuese porque respiraba de vez en cuando, podría no haberlo sabido.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ashley.

Bryce la silenció, y volvió su atención hacia Skeeter. —¿Está...?

Doris trajo una manta del vestíbulo y la extendió sobre la mujer. —Que Dios te bendiga, Jill. Que el Señor te reciba con los brazos abiertos y te cuide.

Nos paramos allí y observamos en un incómodo silencio cómo Skeeter lloraba silenciosamente otros veinte minutos o así. Después de un rato, respiró profundamente y luego limpió su rostro. —Entonces, supongo que, uh... Supongo que es mejor enterrarla.

Doris se removió, nerviosa. —¿Cómo vamos a hacerlo con esas cosas allí afuera?

—Yo iré —dijo Bryce. Skeeter lo miró con los ojos húmedos—. Te ayudaré. Necesitaremos a alguien que nos cubra las espaldas, y tal vez una distracción, pero te ayudaré.

Me crucé de brazos, tratando de contener las palabras que estaba a punto de decir, pero salieron de todas formas. —Yo también ayudaré. Los distraeré.

—Puedes ser la que vigile —dijo Bryce—. Coop solía correr. Él puede ser la distracción.

—¿Qué? —dijo Cooper, abriendo los ojos de par en par—. ¿Yo?

Ashley se aferró a él. —No. —Frunció el ceño, su voz desesperada—. No vamos a enviarlo allí como anzuelo.

Cooper envolvió ambos brazos alrededor de Ashley, sus ojos aterrizaron en Skeeter. —Aprecio que nos hayas ayudado a salir de allí, hombre, pero salir en la oscuridad es un riesgo innecesario. ¿Qué pasa si entran y estamos todos afuera? Hay mujeres y niños aquí.

—Voy a enterrar a mi esposa —dijo Skeeter, levantándose. Era tan alto como Bryce, aunque un poco más intimidante—. No le estoy pidiendo ayuda a nadie.

—Sé que no —dijo Bryce—. Déjame pensarlo un minuto y hacer un plan en el que todos estemos a salvo.

Skeeter limpió su rostro de nuevo y asintió. El canoso hombre se acercó a la mujer y comenzó a rezar silenciosamente.

—Debería amanecer pronto —dije—. Déjanos hacer un plan, y cuando el sol salga, enterraremos a Jill.

Skeeter asintió. —Gracias.

Los más jóvenes y los más viejos se durmieron rápidamente mientras planeábamos el funeral de Jill. El cementerio de la iglesia no estaba a más de cuarenta y cinco metros. Skeeter quería enterrarla allí. Mi corazón ya se estaba acelerando pensando en estar de pie en la neblina de la mañana, en un cementerio, atenta a los zombis. No conocía ninguna otra historia de Halloween más que esa.

—Voy a enterrarla junto a su abuelo —dijo Skeeter—. Está descansando en el lado norte.

Bryce asintió. —Bien, así que Eric y Gary subirán al techo y los alejarán de la puerta trasera. Coop puede salir corriendo y hacer que lo sigan hasta que terminemos.

—¿Cuánto tiempo crees que tomará? —preguntó Coop, tragando duramente—. Cavar la tumba, quiero decir.

Bryce se encogió de hombros. —Tanto como tome. Trabajaremos tan rápido como podamos.

Ashley suspiró. —Esta no es una buena idea.

—Mantendré un ojo en el exterior mientras ustedes cavan —dije—. Cooper correrá como cebo de los zombis perdidos...

—Diré unas pocas palabras —dijo el reverendo, ajustando su corbata. Parecía más nervioso que Ashley—. Y luego regresaremos lo más rápido posible.

—No antes —Skeeter respiró rápidamente—, no antes de que me asegure de que no regresará, y la cubramos con tierra.

Asentí. Era un plan. Un plan simple. No había forma de que funcionara, pero al menos teníamos uno.

13

Scarlet

Traducido por Tsuki

Corregido por Alaska Young

El ruido de fondo en mi huida de Anderson era de disparos intermitentes, seguramente las patrullas habían entrado en pánico con la manada de muertos vivientes deambulando por las calles. Tuve que regresar a la casa de Tavia, planeando persuadir a Tobin para venir conmigo al rancho del doctor.

Justo cuando cruzaba la intersección del jardín del frente de mis abuelos y una farola quedó detrás de mí, vi una forma oscura en el suelo. —¿Tobin? —dije en voz baja. Tenía la esperanza de que no fuese mi amigo, hasta que vi las trenzas que sobresalían en todas las direcciones.

—¿Tobin? —repetí, acercándome con cuidado. Se hallaba tumbado sobre su costado, de espaldas. Me preparé para correr por si se movía hacia mí. No sabía con certeza qué era él ahora.

Eché un vistazo a la casa de Tavia, observando la lluvia de impactos de bala que había penetrado en el revestimiento, las ventanas y la contrapuerta. Me agaché, al ver que el cuerpo sin vida de Tobin se encontraba en la misma condición andrajosa.

Me tragué las lágrimas y el vómito. Los mismos bastardos que balearon a la familia en el puente, hicieron lo mismo con Tobin. No quería dejarlo en el patio, pero ¿qué podía hacer? En ese momento, un motor aceleró a unas cuadras de distancia. —Lo siento, amigo —le dije. Corrí otra vez tan rápido como pude, aceleré, regresando por donde habíamos venido, y no sabía qué temía más: ser descubierta o tener que escapar sola por el oscuro bosque.

De vuelta en el pueblo, tuve que arriesgarme a correr a través del puente y luego por la carretera. Parecía más seguro que viajar por la hierba alta junto al río. Los motores de los soldados no se alcanzaban a oír, por lo que me dirigí al otro lado de la carretera y por el bosque hacia mi vehículo. Cerré la puerta con llave, echando una rápida mirada alrededor antes de ponerme a llorar descontroladamente. No me había preparado para lo que podría ser dejar Anderson sin mis hijas, o ver el cuerpo de Tobin lleno de agujeros, o sobrevivir a algo que me hacía sentir una increíble cantidad de miedo.

Los faros del Jeep ardieron durante la noche mientras volaba por la autopista 11. Menos de media hora después de que giré hacia el norte en la autopista 123, pude escuchar el agudo ruido de una alarma de coche. El ruido llegó a su máximo y cayó

rápidamente, como las pistolas de rayos láser de esas viejas películas de ciencia ficción que mi madre solía ver.

Estoy tratando de ver una película, Scarlet. ¿No puedes encontrar algo más que hacer, aparte de molestarme todo el día? ¿Acaso no puedo tener algo de tiempo para mí? ¡Fuera!, diría mi madre.

Mi débil y desesperada voz de ocho años de edad se podía reproducir perfectamente en mi oído. *Has trabajado todo el día.*

¡Estoy tratando de ver la televisión!

¡Me siento sola!, gritaría suavemente. No quería que me escuchara. Deseaba que me viera.

Ella levantaría el control remoto con la mano y subiría el volumen, con una mirada de disgusto en su rostro. *Perdidos en el Espacio* podría haber sido la única pieza de felicidad que tenía, entre trabajar en tres empleos a tiempo parcial y criarme sola. Mi necesidad de tener su atención parecía haber arruinado su vida.

Me haces sentir enferma, Scarlet. Eres igual que tu padre. Una de las personas más egoístas que he conocido, me diría, prácticamente arruinando la mía.

Sus palabras salían sin ser pensadas, eran una salida para su ira residual, pero quemaban a través de la ropa y carbonizaban mi piel, dejando una marca tan implacable, que me consumían incluso mientras luchaba por sobrevivir al fin del mundo. ¿Era yo egoísta por dejar Anderson? ¿Debería haberme quedado y esperado por ellos? ¿Podría esa elección condenarme a una vida sin ver sus dulces rostros de nuevo?

Los faros del Jeep iluminaron a decenas de caminantes. Eran como un rebaño de ovejas que serpenteaban justo a mitad de la carretera. Hice una mueca ante la vista de niños entre ellos. Algunos con mordeduras visibles en sus carótidas. Algunos con grandes faltas de piel y músculo; todos cubiertos con la sangre de lo que fueron. Las caras de Jenna y Halle aparecieron en mi mente, y se proyectaron en las caras de esos niños. Las lágrimas se precipitaron por mis mejillas.

Pisé el freno y agarré el volante. Si elegía conducir a través de ellos y me veía obligada a detenerme, podrían rodear el Jeep. Por un lado había una loma cubierta de hierba. Una roca tallada con el nombre del pueblo, Shallot, se encontraba situada en la cima de la pequeña colina. El sol había comenzado a subir, por lo que apenas podía ver las sombras de más caminantes pasando el letrero y haciendo su camino hasta la carretera, hacia el ruidoso coche. El ruido que los atrajo.

El lado izquierdo era un campo. Infinidad de acres de sembradío de trigo, siendo saturados por la lluvia mañanera. Si quería llegar al rancho, tenía dos opciones: conducir a través de la manada, subir la loma y esperar que, si golpeaba a alguna de esas cosas, no se estrellara contra el parabrisas. O me arriesgaba a quedar atascada en el terreno fangoso.

El valor llegó lentamente. Cada latido de mi corazón se sentía como una explosión, mientras que mi mano se apoyaba en el centro del volante, preparándose para presionar. Tomé aire y después toqué el claxon una vez. Decenas de muertos estiraron el cuello lentamente en mi dirección. Las explosiones en mi pecho se convirtieron en la cadencia de un millar de pequeños velocistas. Incluso sentada, empecé a temblar de miedo... Tras una breve pausa, comenzaron a cojear y a arrastrarse hacia el Jeep. Una vez más toqué y esperé. Aunque los caminantes se encontraban a menos de veinte metros de distancia, presioné la palma de la mano contra el centro del volante y la mantuve ahí

hasta que cada uno de esos hijos de puta gruñó e intentó llegar a la comida que parecían creer que tenían. Mi temor mantuvo mi mano hacia abajo, esperando, y con la esperanza de que se movieran más rápido, entonces podría conducir más allá de ellos y en dirección opuesta a su nuevo camino.

Cuando los caminantes estaban a poco más de la longitud de un brazo, giré el volante hacia la izquierda y me dirigí hacia el campo de trigo.

—No te atasques. *No te atasques* —repetí. Mis manos se sacudieron a la derecha del volante para hacer un gran círculo alrededor de la manada, y entré en pánico cuando el Jeep luchó con el barro—. ¡Vamos! —grité, mis dedos se clavándose en el relleno del volante.

El Jeep se hundió de ida y vuelta, coleando y amenazando con perder el control, pero los neumáticos arañaron a través del lodo y la densa lluvia, hasta estar de vuelta en la carretera. Después de patinar más de una vez, el Jeep se enderezó y grité por la victoria, acelerando hacia la torre blanca.

El sol había alcanzado su punto máximo en el horizonte cuando vi la torre de agua sobresalir entre los árboles. Con el dulce canto de Halle en mi mente, volví al volante, nunca tan feliz por golpear el camino de tierra. Cuando giré a la izquierda en el cementerio, el cielo de la noche se había acobardado del brillante cielo azul claro. Las nubes de tormenta del día anterior se habían ido. Si el mundo no se hubiese ido a la mierda, podría haber sido considerado un día hermoso. El Jeep tomó la derecha en la primera sección de kilómetro, pero no podía frenar. Cuanto más cerca me ubicaba del santuario, más asustada me sentía. Mi pie presionaba el pedal del acelerador contra la tabla del suelo, pero el motor del Jeep simplemente gruñó más fuerte en lugar de ir más rápido. Tal vez habían pasado cinco minutos desde que vi la torre blanca, pero parecía estar tomando una eternidad.

Girando a la unidad, mi pie instintivamente se alejó del acelerador. La camioneta del doctor Hayes se encontraba en el patio, y un mercedes se hallaba aparcado al lado. Había llegado a casa.

Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta del Jeep. Al segundo en que mis pies tocaron el suelo, eché a correr, sólo me detuve cuando mis manos golpearon la puerta.

—¿Doctor Hayes? ¡Soy yo! ¡Scarlet! —El dorso de mi puño golpeó el marco de madera de la puerta—. ¿Doctor Hayes? ¡Soy Scarlet! No estoy enferma... por favor... *por favor*, déjeme entrar.

Con cada segundo que pasaba, mi alivio y emoción se convirtieron en decepción. Él era un radiólogo, por el amor de Cristo, tenía más de una camioneta destartada. El doctor Hayes y su novia, Leah, sólo se quedaban allí en su semana de descanso. Los radiólogos trabajaban dos semanas sí, una semana no, y todo lo que tenían era una granja o rancho a la cual huían durante esos siete preciosos días. Leah era abogada y vivía dos horas al norte. Ellos normalmente me hacían limpiar el fin de semana antes de reunirse en la casa de campo. Su mercedes estaba en el patio. Ellos probablemente se encontraron aquí y luego tomaron el coche del doctor en otro lugar. Para llegar a sus hijas, tal vez.

La luz en el establo parpadeó y luego se apagó. No tenía a donde más ir. Tenía que entrar.

Abrí la puerta lentamente, haciendo una mueca al oír el fuerte crujido que hizo. Torcí el pomo y, con precaución, lo empujé y escuché. —¿Doctor Hayes? —dije en voz

baja, medio esperando que no me oyera, y la otra mitad con la esperanza de que lo hiciera.

La casa parecía intacta. Cuando registré todas las habitaciones y decidí que no había nadie ahí, vagué por el porche trasero y me senté en la secadora, preguntándome lo que necesitaba hacer para asegurar la casa. ¿Debía entablar las ventanas? No era mi casa para alterarla, pero incluso si el doctor Hayes lograra regresar con Miranda y Ashley, podría alegrarle que se hubiera hecho algo del trabajo. Mis ojos se dirigieron al piso, y el alivio y miedo golpearon casi simultáneamente. Había huellas de barro frente a la puerta que daba al patio lateral. Salté de la secadora y miré por el vidrio acrílico que ocupaba la mitad superior de la puerta. Algo salpicaba el concreto. Algo pegajoso con trozos de otra cosa; sin duda vómito, las huellas llevaban adentro y hacia mi derecha, bajando las escaleras, al sótano.

Había limpiado el sótano muchas veces antes. Se utilizaba para guardar cosas, estaba alfombrado, pintado, y no daba miedo en absoluto, pero en este momento me sentía aterrorizada de caminar por las escaleras.

Me quedé mirando el rastro de lodo y cualquier otra cosa, y, finalmente, di el primer paso. El suelo se quejó bajo mi pie, y apreté los ojos con fuerza, esperando que nada saltara sobre mí como castigo por hacer ruido. Cuando no ocurrió nada, mis ojos se abrieron, y de inmediato buscaron un arma. Lo más cercano era un martillo de mano, que se hallaba en una caja de herramientas roja abierta en el suelo. Rápidamente lo tomé, asegurándome de tenerlo bien sujeto, y luego bajé las escaleras, preparándome para lo que pudiera haber allí.

Si está vivo, no lo golpees. No gires. No reacciones. Esos pensamientos circulaban, cada vez más fuerte con cada paso, lo que hacía difícil escuchar cualquier cosa que pudiera indicar que en realidad podría *necesitar* girar en reacción.

La puerta se abrió, y me incliné para mirar adentro, inmediatamente identifiqué un par de piernas acostadas en el piso. Eran las de Leah, y aunque no podía verla del todo, me di cuenta de que estaba boca abajo. Después de un vistazo rápido a ambos lados, di un paso hacia el interior, siguiendo el rastro. El doctor Hayes se encontraba sentado contra la pared, con una gran herida en su cuello, y un solo orificio de bala en la sien. Una de sus muchas armas de fuego se hallaba a su lado, junto a su mano abierta sin vida. Leah también tenía una herida en la cabeza, similar a la del doctor Hayes, pero su barbilla y pecho estaban cubiertos de sangre, y el trozo de carne que faltaba en el cuello del doctor Hayes asomaba de su boca.

La sangre había salpicado en varias direcciones: en la caja fuerte de las armas abierta en la esquina, la pared y el piso. Por lo que podía ver, el doctor Hayes llegó al sótano para conseguir un arma para su protección, pero al parecer Leah lo sorprendió en el acto y lo atacó. Debía de haberse transformado rápido. Él debía de haber estado huyendo de ella. Me imaginé que supo que se había infectado, así que después de dispararle, se suicidó. Tenía mucho sentido.

De repente me sentí muy sola. No se me había pasado por la cabeza que el rancho estaría carente de cualquier otra persona. Sus hijas no se encontraban aquí. Leah estaba muerta. ¿El resto de su familia trataría de llegar a este refugio? Miranda y Ashley se suponía que vendrían de visita este fin de semana. Tal vez ya estaban en camino. Si no, tal vez tendrían la misma idea que tuve y vendrían con su madre de todos modos. El rancho era, obviamente, el mejor lugar para estar, y a pesar de que no venían mucho, el doctor Hayes, como cualquier padre, era su protector. Tenía mucho sentido que ellas trataran de venir aquí. O eso esperaba, al menos.

La mañana de ayer el doctor Hayes sonreía porque sus hijas vendrían de visita. No podía creer que ahora estuviera sentado en un charco de su propia sangre, a pocos metros de mí. Era tan surrealista, no podía encontrar una emoción para unir la situación. No lograba quitar los ojos de la espantosa escena, hasta que finalmente me di cuenta de que si las chicas lograban venir al rancho podrían ver a su padre así.

—Maldita sea —dije. Mi mente fue a una inexplicable búsqueda por mi memoria, a cada vez que vi al médico comer una dona. Era un hombre corpulento, y no tenía ni idea de lo que iba a hacer para subirlo por las escaleras.

Caminé hacia el desorden y cogí la pistola del suelo. La seguridad terminó. Le di un golpe con el pie a la cadera de Leah, apuntando la pistola a su nuca. La herida de salida de la bala era visible y bastante grande, pero no quería sorpresas. Se balanceó hacia adelante y no se movió de nuevo, lo que provocó que hiciera clic en el dispositivo de seguridad de la pistola.

Satisfecha porque no me atacarían, subí las escaleras —pistola en mano— y crucé la casa hasta el porche. Me puse de pie en la cubierta de madera, e hice un balance de lo que me rodeaba, tratando de decidir lo que debía hacer primero.

Una repentina ola de agotamiento se apoderó de mí, y me senté en las escaleras con tanta fuerza que me dolió el trasero. Lo hice. Habíamos dicho que este era el lugar al que vendríamos si ocurría un apocalipsis. Sucedió, y yo estaba aquí. Sin mis chicas.

Sacudí el pensamiento, negándome a derramar una lágrima. Ellas estaban en camino, y yo tenía que preparar este lugar. Definitivamente había un montón de trabajo que hacer, pero sabía que iba a derrumbarme pronto, y necesitaba tomar ciertas precauciones para poder conciliar el sueño de forma segura. Había tablas viejas en el granero, pero el toro también estaba allí. Asegurar las ventanas y el perímetro, y enterrar a Leah junto con el doctor tendría que hacerse antes de que pudiera dormir. Todo eso probablemente tomaría el día completo. Me levanté y tomé una profunda respiración, preguntándome cuánto más podría empujar mi cuerpo antes de que no pudiese seguir por más tiempo.

Caminé por la parte trasera del cobertizo y encontré una pala, luego encontré un buen lugar bajo el gran arce en el lado sur de la casa, y comencé a cavar.

Nathan

Mis ojos se desorbitaron y parpadeé, tratando de limpiarlos, así podría averiguar dónde estábamos. Acababa de tener la madre de todas las pesadillas, y Zoe todavía estaba en mis brazos dormida, pero me di cuenta por el olor a humedad que no nos encontrábamos en casa.

Cuando finalmente logré enfocar la habitación, los sentimientos de alivio y temor vinieron sobre mí. El temor dominó al alivio sin siquiera esforzarse. Corríamos por nuestras vidas. Jill estaba muerta o lo estaría pronto, mi esposa se había ido, y Zoe y yo huíamos.

A mi derecha se hallaba la pareja de ancianos: Walter y Joy. Walter dormía en su sillón, roncando. Él aspiraba por la nariz, y luego exhalaba por la boca, el aire se construía hasta que se escapaba de sus labios. Joy estaba despierta, mirándome con una sonrisa.

—Él siempre ha hecho eso —dijo en voz baja—. Solía volverme loca. Ahora es relajante.

Me senté, con cuidado para no despertar a Zoe. El sol iluminaba la habitación desde las pequeñas ventanas rectangulares cerca del techo. La televisión estaba encendida, pero en silencio.

—No creo que las noticias vayan a regresar, pero al menos nos queda la electricidad.

Asentí, cruzando los brazos sobre mi pecho. —Me pregunto si usted recibirá una factura.

Joy se rio una vez. —Lo dudo. Vi a mi cartero pasar ayer por la tarde.

Eso me pareció divertido, a pesar de que era muy morboso, no pude detener la risa que burbujeaba para salir. Joy también comenzó a reír. Estábamos tratando de no despertar a Walter y a Zoe, por lo que nuestra risa consistía en respirar y estremecerse. Sus ojos alegres comenzaron a llenarse de agua, y luego se puso de pie. —Voy a hacer una taza de café. ¿Quieres una?

Asentí. —Mejor voy con usted.

Me aseguré de que Zoe se encontraba todavía perfectamente tapada con la manta, y luego seguí a Joy arriba. Prendió una olla en silencio, y registré el exterior de la casa. No había ventanas rotas o puertas abiertas, y tampoco vi a ninguno de los enfermos. Salí al porche. A lo lejos, apenas podía distinguir el sonido de la alarma de la autopista. Seguía sin apagarse. Skeeter, Jill, e incluso Aubrey cruzaron por mi mente: dónde estaban, si estaban a salvo, si tuvieron algún descanso la noche anterior. Otras personas de mi vida también inundaron mis pensamientos. Mi jefe, que era un gran idiota, aunque su esposa e hijos eran muy dulces; mi primo Brandon y sus seis hijos; nuestros vecinos. La señora Grace, mi maestra de segundo grado. Era posible que casi todo el mundo al que llegué a conocer hubiera muerto. O... algo así.

Joy vertía el vaporoso café oscuro en una taza cuando volví a la cocina. —Quise decir lo que dije anoche —dijo ella, alentándome para que me sentara—. Tú y Zoe son bienvenidos aquí durante todo el tiempo que quieran.

Añadí crema y azúcar a mi taza y lo mezclé con una cuchara. —Te lo agradezco. Pero ¿no crees que sea peligroso tratar de ver esto a través del pueblo? Acabamos de venir de Fairview. Estuvimos dentro de la iglesia con otras personas. Los enfermos trataron de destrozarlo todo. Me fui con Zoe porque era cuestión de tiempo antes de que entraran.

—No podría imaginarme el irme. No sabría a dónde ir.

—¿Conoces a alguien con un poco de tierra cerca de aquí? ¿Fuera del camino? Eso es lo que esperaba encontrar.

Joy pensó por un minuto. En lugar de responder, tomó un sorbo de café. Sus ojos eran amables, la luz azul de sus iris era aún más pronunciada bordeada por su cabello plateado, pero también la delataban. Ella ocultaba algo. No conocía mucho a esta gente, pero si tenía la oportunidad de descubrir lo que fuera que estaba escondiéndome, era en este momento, cuando tenía a Joy a solas.

—Entiendo. No me conoces, o a Zoe. No quiero entrometerme.

Joy frunció el ceño, claramente en conflicto. —Oh, no es eso, Nathan. Sólo no estoy segura.

—¿Segura de qué?

La puerta del sótano se abrió. —Tu niña está despierta, Nathan. Traté de hablar con ella, pero creo que está confundida. Deberías ir allí antes de que se moleste demasiado —dijo Walter—. Tráela para que desayune. Trataremos de mantener su mente alejada de las cosas.

Asentí con una sonrisa agradecida, y luego me levanté de la mesa, esperando que esa no fuese mi única oportunidad.

14

Scarlet

Traducido por Marie.Ang & CrisCras

Corregido por Juli

El refrigerador tenía una caja entera de botellas de agua dentro. Tomé la primera botella, desenroscando la tapa, y la bebí. Apenas dos días antes me habría costado tomar toda esa cantidad en una mañana, pero sentía como si no hubiera bebido nada en semanas. Abrí otra, y tragué el agua hasta que sólo quedaba un cuarto en la botella.

Cavar un agujero me había tomado la mayor parte de la mañana, todavía tenía uno más que hacer, y una docena de otras cosas antes de poder descansar. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que dormí. Me sentía física, mental y emocionalmente exhausta.

Caminé de regreso al patio, mirando los cuerpos del Dr. Hayes y su novia, Leah, yaciendo lado a lado. Arrastrarlo por la escalera fue casi la cosa más difícil que he hecho, sólo superada por dar a luz. A mitad de camino en las escaleras, me detuve a descansar y casi lo dejé ir. La única cosa que me mantuvo en marcha fue el peso de la alternativa: desmembrarlo y acarrear los pedazos más pequeños escaleras arriba. Más fácil, sí, pero un infierno más desordenado.

Me apoyé en el árbol, sintiéndome mareada. Mi cuerpo gritaba por descanso. Antes de desmayarme y quedar vulnerable afuera, mi sentido de auto-preservación me dijo que me retirara a la casa. Con sólo un objetivo en mente, tropecé en el cuarto de lavado, bajé las escaleras y me encerré en el sótano, empujando el viejo sofá de dos plazas contra la puerta con mi último gramo de energía. Mi cuerpo colapsó sobre los cojines rayados, y antes de poder pensar en algo más, perdí el conocimiento.

Cuando abrí por primera vez los ojos, vi una alfombra oscura y sucia y la pared adyacente yendo fuera de foco. Todo estaba desprovisto de sonido, incluso el aire. Mi línea de visión siguió la alfombra hasta que los crudos restos de la pelea con el doctor y Leah aparecieron a la vista.

Fue entonces que mi corazón se rompió en un millón de pedazos. No estaba segura de qué hora era, o qué día, pero sabía que estaba en el infierno. Mis hijas se encontraban en algún otro lugar en donde no podía protegerlas, y estaba sola. Me tomé más que eso para recuperarme del luto de la situación, pero me di un tiempo adecuado para llorar, y luego fui a la caja fuerte de armas del doctor. Era una de muchas, pero era la única abierta. Un rifle destacó, y encajó bien en mis manos, así que lo llevé conmigo escaleras arriba.

La posición del sol me confundió al principio. Estaba más alto en el cielo al este de lo que había estado cuando decidí descansar. *No es posible*, pensé. Pero haber dormido el resto de mi primer día en el rancho y durante toda la noche era la única explicación.

La camisa ensangrentada del doctor estaba húmeda por el rocío. La idea de estar afuera durante tanto tiempo era inquietante, y un torrente de emociones se apoderó de mí. ¿Qué habían estado haciendo las chicas el día anterior y toda la noche? Sentimientos irracionales como el miedo a que no sobrevivirían si no me había preocupado por ellas a cada minuto de cada hora se deslizaron en mi mente.

Incapaz de procesar nada más, hice rodar a Leah hasta su tumba y agarré la pala para llenar el hoyo. Mientras la cubría con tierra, mis manos empezaron a quemar y a protestar por haber cavado el día anterior. Leah yacía boca abajo, desapareciendo lentamente bajo el suelo. Una vez llené el hoyo, empecé a excavar otro. Me aseguré de hacer el agujero del doctor Hayes más amplio y un poco más profundo. Cavé hasta que fue difícil de manejar el barro, y entonces también lo hice rodar hasta su agujero. Su pierna quedó apoyada, así que tuve que doblarla para que cupiera bien.

Para el mediodía, había dicho unas pocas palabras por mis amigos, me hice un emparedado, y encontré cuerdas, lianas y latas recicladas de las reservas de Leah. El plan era delinear el perímetro con las latas para que si algún caminante al azar cruzaba las latas, el ruido sería una advertencia. No era infalible, pero me mantendría ocupada.

Tres días pasaron antes de ver al primer caminante. Sólo llevaba una túnica, y tropezaba por el camino sin compañía. El cañón de mi arma lo siguió hasta que estuvo fuera de vista. Dispararle cruzó mi mente, pero como había visto que los caminantes reaccionaban a las alarmas de autos en Shallot, tuve miedo de que el ruido atrajera a más. Lo dejé pasar, orando para que mi cobardía no le llevara a atacar a alguien más por el camino.

Todos los días observaba el camino buscando a las chicas. Pasaba el tiempo limpiando, arreglando, reorganizando y escribiendo cómo deben ser racionados el alimento y el agua. Las chicas se acercaban, y tenía que asegurarme de que había un montón de suministros para ellas cuando llegaran, especialmente hamburguesas y queso para Halle, y las palomitas de maíz con doble mantequilla para Jenna.

El cuarto día fue deprimente. Una parte de mí quería creer que las chicas vendrían directamente al rancho, pero cada día que pasaba se volvía más obvio que no iba a suceder. No estaba segura de por qué no habían venido. Rehusándome a considerar el peor escenario, me dije a mí misma que Andrew se tomaba su tiempo para mantener a nuestras hijas a salvo. Aun así, la espera era una agonía. Antes del estallido, nunca hubo tiempo suficiente. Ahora, los días se prolongaban, y me sentía más y más sola, preguntándome si era la única persona que quedaba con vida. Eso llevó a más pensamientos inquietantes: si Christy hubiera salido antes habría ayudado a ella y su hija Kate a encontrar un lugar seguro, si David y su familia estaban bien, si David habría logrado salir del hospital. Si él estaba trabajando con el código de la señora Sidney y ella atacaba a personas ahí afuera... Me estremecí, alejando el escenario probable de mi mente, sólo para pensar en otras cosas menos relajantes. Mi madre se encontraba sola en casa, y también mi vecina, la señora Chebesky. Quería llamarlas para ver si estaban bien. Lo había intentado con la línea del doctor la primera noche y cada día después, pero una respuesta automática se convertía en extraños e incesantes pitidos, y luego no había ni siquiera tono.

El quinto día vi a otro caminante. Una parte de mí quería usarla para práctica tiro, pero una vez más tuve miedo de que el ruido atrajera a otros. Me escondí dentro de la casa y ella pasó, a través del campo vecino, sin novedad.

Un sentimiento de orgullo se hinchó dentro de mí al ver que mi teoría era cierta. El rancho del doctor era el lugar perfecto para sobrevivir al fin del mundo. Pero no iba a sobrevivir a menos que mis niñas estuvieran ahí conmigo. Así que miré el camino, a veces observando con tanto esfuerzo que casi podía verlas.

Pero el jueves por la mañana, no fue en el camino en donde vi a alguien. Fue sobre la colina.



Nathan

—¡Papi! —dijo Zoe, medio asustada, medio enojada. Usó su voz ronca, la que usaba de forma parental con Aubrey y yo cuando rompíamos una regla—. ¡Me dejaste! —dijo, con ojos ya hinchados y húmedos de lágrimas—. ¡Me dejaste!

—No te dejé —dije, rozando mis rodillas frente a ella en el sofá. Mantuve mi voz calmada y relajante—. Sólo estaba arriba hablando con la señora Joy.

Era irresponsable de mi parte dejar a Zoe despertar sola en un lugar extraño. Mi hija era sensible a muchas cosas, tejidos, ruidos, situaciones; y nuestra rutina la había mantenido calmada la mayor parte del tiempo. Ya casi había pasado un año desde el último “episodio” de Zoe, como su consejero del colegio los llamaba, pero siempre podía darme cuenta cuando ella pasaba por uno.

Sabiendo que teníamos que estar tranquilos para sobrevivir, Zoe no podía lanzar una sobre estimulación como solía hacerlo. Sin embargo, me negué a hacer una regla. No antes de que ella encontrara otra salida. —Zoe —dije, dejando que mi voz se deslizara a la parte posterior de mi lengua. Aubrey no tenía paciencia para esto, pero tampoco tenía una voz de mantequilla, como ella la llamaba. Zoe respondía mucho mejor al tono suave como la seda que yo usaba para estos momentos.

Zoe hizo una bola con su puño y golpeó mi hombro. No dolió. Ella no quería que lo hiciera, sólo liberaba las emociones abrumadoras que no podía procesar de otra forma. —¡Nunca me dejes!

—No lo haría. Nunca te dejaría. Lo siento si tuviste miedo cuando despertaste. Eso es mi culpa.

Utilizó su otra mano para golpear mi pecho. —¡Así es! ¡Estaba asustada!

—Eso es todo —dije, animándola—. Usa tus palabras.

Zoe respiró hondo, siempre una buena señal. —¡Tuve un mal sueño! ¡No sabía dónde estaba! ¡Pensé que habías muerto!

Asentí. Sus ojos eran salvajes y su cuerpo temblaba, una señal de que no estaba en la pendiente cuesta abajo, sino en la cima.

—¡Nunca más!

—Sabes que no puedo hacer promesas, Zoe.

—¡No, prométele! —gritó.

Asentí. —Lo que puedo prometer es nunca irme sin decírtelo de nuevo. Siempre sabrás donde estoy. ¿De acuerdo?

Zoe tomó un aliento tembloroso, y luego exhaló. Parpadeó un par de veces, y entonces sus ojos se relajaron. Extendí los brazos para que me abrazara. No me lo habría permitido antes de estar lista, de todas formas. Había aprendido a lo largo de los años a sólo ofrecer y esperar.

Cuando su delgado cuerpo se acurrucó contra el mío, envolví los brazos a su alrededor. → Lo siento, cariño. Estoy aquí. Estás a salvo y amada. A salvo y amada.

Zoe se derritió contra mí y gimió. Era agotador y aterrador para ella cuando perdía el control, y si no hubiera acabado de despertar, probablemente se habría recostado para tomar una siesta. Limpié sus ojos y la tomé de la mano.

—La señorita Joy hizo el desayuno.

La llevé hasta la escalera, incapaz de ignorar las miradas de Walter y Joy. Me había acostumbrado a ellos. Personas que se encontraban por ahí durante un episodio eran por lo general o molestos o simpáticos, sin términos medios. Una mujer en el centro comercial una vez se aproximó a Aubrey para recomendarnos que Zoe sólo necesitaba un buen azote. Parecía como si todo el que no entendía siempre sabía cómo ser padre de Zoe mejor que nosotros. Incluso si no lo decían, nos lo permitían saber con sus expresiones. Zoe nunca parecía darse cuenta. Esperaba que nunca lo hiciera.

—Aquí tienes, Zoe. Espero que te gusten los panecillos de canela.

—Oh, sí —dijo Zoe, sus ojos grandes y una amplia sonrisa. Siguió el plato hasta que estuvo frente a ella, y no dudó en agarrar uno con ambas manos y empujarlo en su boca.

Joy sonrió. —No imaginé que querría un tenedor.

—Nop —dije—. No puedo agradecerte lo suficiente.

—¿Papá? ¿Dónde está mamá? —preguntó Zoe con la boca llena de pan.

—Está eh... —tartamudeé, mirando a Joy—. Se fue de viaje.

—¿Va a regresar? ¿Cómo nos encontrará?

Hice una mueca. —No lo sé, cariño.

Zoe bajó la vista a su rollo de canela, claramente tratando de procesar la noticia.

Un pequeño perro empezó a ladrar. Sólo un par de veces al principio, y después constantemente. Joy sonrió. —Esa es Princesa. Ella pertenece a los Carsons, de al lado. He estado alimentándola y dejándola salir al patio trasero. ¿Te gustaría ayudarme a alimentar a Princesa, Zoe?

Zoe asintió enfáticamente, empujando el resto del rollo de canela en su boca mientras retiraba la silla de la mesa. La silla chirrió contra el piso cuando lo hizo, y cerré un ojo con fuerza, retrocediendo ante el ruido.

Walter sonrió. —Este piso ha sobrevivido a tres nietos, dos de ellos chicos. Creo que puede hacerle frente a Zoe.

Pasamos el resto del día hablando y mirando la carretera. Después de que ella y Zoe regresaran de alimentar a Princesa, Joy encontró unos juegos de mesa y algunas cartas, y jugó Go Fish⁶ con Zoe. Estaba tranquilo, pero de vez en cuando, alguien de Shallot sería un caminante, sus ojos blancos como la leche, y siempre con una herida. Me preguntaba si las personas que habían sido mordidas giraban lentamente por el camino en la carretera.

Walter y yo volvimos al porche a sentarnos en las mecedoras de madera después de que la última persona muerta vagó por ahí. Joy nos trajo emparedados y rebanadas de manzana. Le agradecí, preguntándome cuándo vendría mi próxima oportunidad de preguntarle por lo que no dijo esa mañana.

⁶ Juego de cartas que usualmente se juega de 2 o más personas.

—Ese era Jesse Biggins —dijo Walter, mordiendo un trozo de manzana. Negó con la cabeza—. Él era un gran cazador. Tiene un buen número de armas en su casa. ¿Tal vez deberíamos visitarla?

—¿Tiene familia?

Walter negó. —Su esposa murió hace varios años. Sus hijos se mudaron a la ciudad. Valdría la pena intentarlo.

Asentí. —¿Tal vez deberíamos ir a un par de lugares a por suministros?

—Sólo tenemos un almacén general. No es tanto como una tienda, en realidad, pero es todo lo que tenemos. No sé quién más no está enfermo. Tal vez ya se han ido todos.

—¿Cuántas personas viven aquí? Sólo una cifra aproximada.

Walter inhaló por la nariz mientras pensaba. —Cien. Eso es un número generoso.

—Estimando el grupo en el camino, diría que menos de la mitad se fue.

Walter asintió y sus ojos cayeron. —Eso es lo que temía.

Después de hablar con Zoe largo y tendido sobre dónde íbamos y por qué, y exactamente a qué hora estaríamos de vuelta, Walter y yo decidimos ir a pie y llevar varias bolsas vacías y dos latas de gas. Joy se encontraba detrás de Zoe con las manos sobre sus hombros mientras Zoe decía adiós con la mano. La tienda estaba a sólo unas cuerdas de distancia, y la casa de Jesse a unas pocas más, así que supusimos que sería un viaje rápido.

Tal y como lo sospechaba, la tienda general se hallaba casi repleta de suministros, pero vacía de alguien más. Manteniendo la atracción de los enfermos al ruido en mente, Walter y yo llevamos nuestras armas, su escopeta y mi semi automática, como último recurso. Walter tenía un par de hachas en su cobertizo, y ambos llevamos una con nosotros para protección.

Walter fue directo al pasillo del café. Puse tantas botellas de agua en mi bolsa como podía acarrear y algunos alimentos no perecederos. Junto con eso, cada encendedor que tenían, linternas, baterías, medias y toallas sanitarias.

Walter me lanzó una mirada.

—Las medias son buenas para remates, filtros, lo que sea. Las toallas se pegan a ti, y son absorbentes. Buenas para las heridas.

Walter asintió. —Pensé que tal vez eras un travesti —dijo, y entonces tomó un par de equipos de primeros auxilios—. No soy así de creativo. Me quedo con estos.

Sonreí. Mis bolsas estaban casi llenas, y no habíamos estado donde Jesse. —¿Tal vez deberíamos regresar a la casa? Dejar esto y luego volver por las armas, o hacer el viaje mañana.

—Es en la misma calle. Vamos a acabar de una vez.

—Las famosas últimas palabras. ¿Has visto alguna vez una película de zombis? Lo que dijiste sería una clara señal de que algo malo va a suceder si los personajes continúan. Mi decisión está tomada. Vamos a volver.

Las cejas de Walter se juntaron, pero sonrió. La campana de la puerta sonó y la sonrisa de Walter se fue. Ambos reconocimos el sonido de algo arrastrándose, lento y

torpe, cruzando el suelo de baldosas. Apunté a la parte de atrás, pronunciando la palabra salida.

Walter asintió rápidamente, y lo seguí a través de las puertas dobles batientes hacia una bodega. Mantuve mi hacha lista, y él hizo lo mismo. Escapamos por la puerta trasera sin siquiera ver qué más había visitado la tienda.

—¿Crees que sabía que estábamos ahí? —dijo Walter, caminando más rápido de lo que lo había hecho antes.

—¿Tal vez nos olió?

—A ti, tal vez. Yo me he duchado.

Me reí una vez, y traté de mantener el ritmo con el viejo.

Miranda

Mis párpados eran pesados. Incluso aunque nos preparábamos para llevar afuera a la esposa de Skeeter entre docenas de muertos esperando a mordernos, el tiempo parecía haberse detenido. El grifo goteaba, dejando caer una gota a la vez en el fregadero, creando un ritmo irritante dentro del silencio.

Bryce y Skeeter discutían estrategias mientras el reverendo y los otros hombres escuchaban atentamente. Ashley estaba ocupada tratando de disuadir a Cooper de hacer de cebo para alejar a los muertos de la iglesia, y las mujeres intentaban mantener a los niños calientes y cómodos en sus catres en el pasillo para que pudieran dormir a pesar de todo.

Jill había sido colocada sobre un par de manteles de plástico una vez que Skeeter estuvo finalmente de acuerdo con ello. Le preocupaba al principio verla cubierta, quejándose de que no podría respirar. Él sabía tan bien como nosotros que ella se había ido, pero su mente todavía tenía que acostumbrarse a ello. Nadie le culpaba, esperando pacientemente hasta que estuviera listo.

Yo me encontraba sentada en una silla plegable de metal ante la mesa con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Era ridículo, pero la única cosa que pasaba por mi mente era lo estúpido que resultaba que no hubiera dormido más esa noche antes del apocalipsis. Me quedé levantada hasta tarde estudiando para un examen que ni siquiera llegué a hacer porque la escuela nos dejó salir antes de tiempo debido a la epidemia. Ahora repasaba cómo evaluar integrales dobles y triples en mi cerebro. Nunca antes tuve que usarlas. Ahora *definitivamente* no las necesitaría. Pensar acerca de cuánto tiempo había desperdiciado estudiando para una mierda que no importaba ya, me hizo enfadar.

Podía haber estado recorriendo Europa. Ahora había una oportunidad muy real de que nunca pudiera verla.

—¿Miranda?

Me enderecé, parpadeando. —¿Sí?

—¿Estás lista? El sol está saliendo. Habrá luz suficiente en un par de minutos para que movamos a Jill.

—Sí. Estoy lista. Sólo esperando por ustedes. —Me levanté, observando al reverendo moverse nerviosamente y tomar respiraciones lo suficientemente grandes que, a él, le hacían parecer algo diferente a nervioso.

Antes de que recorriera los pocos pasos a través de la habitación para ayudar a Bryce y a Skeeter con Jill, un silencioso gemido reverberó en el piso de arriba. Cada par de ojos en la habitación se desplazó hacia arriba para mirar algo que no podían ver en el otro lado del techo. En el momento siguiente hubo un fuerte estruendo, como si alguien se hubiera caído.

Gary miró a Skeeter. —Te lo dije. Es Annabelle.

Skeeter bajó la mirada hacia la sábana que cubría a Jill, y luego cogió un arma de su bolsa de lona. Parecía bastante malo. Algo que a mi padre le encantaría. —Tenemos que encargarnos de Jill primero.

La madre, April, envolvió los brazos alrededor de su cintura. —¿Simplemente vas a dejarnos aquí dentro solos con esa cosa caminando alrededor en el piso de arriba? ¿Qué pasa si consigue atravesar la puerta?

—Está entablada.

—Mi marido entabló las ventanas de nuestra casa. Fíjate en que él no está aquí —dijo April, su voz elevándose una octava.

—Está bien —dijo él tranquilamente—. Acabaremos con Annabelle, y luego nos encargaremos de Jill antes de llevarla afuera. Fueron mordidas más o menos al mismo tiempo, y ella me odia si le permito herir a alguien.

—¡No en la iglesia! ¡Reverendo, dígaselo! —dijo Doris.

El reverendo Mathis asintió hacia Doris. —No podemos correr el riesgo de intentar sacar a Annabelle afuera, pero Skeeter... tal vez podrías esperar hasta que salgamos para poner a Jill en el descanso final.

—Si fueron mordidas al mismo tiempo —empezó Bryce, pero Doris le cortó.

—Pobre Annabelle —dijo, lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Skeeter quitó el seguro de su rifle. —Vamos a hacerlo.

Bryce besó la esquina de mi boca rápidamente antes de seguir a Skeeter, Gary y a Eric escaleras arriba. En algún punto durante la discusión, Evan se despertó y se arrastró pesadamente hasta la cocina desde el pasillo. No le llevó demasiado descubrir que algo no iba bien, y se aferró al brazo de Bob.

—¿Qué pasa, abuelo?

Bob apoyó su mano en el hombro de Evan. —Annabelle se despertó.

—¿Despertó?

—Ahora es como una de esas cosas de afuera.

El miedo que el resto de nosotros sentíamos apareció en el rostro de Evan. En ese punto todos habíamos visto a los muertos vivientes, pero ser testigo de la muerte de alguien y luego verlo —u oírlos— reanimarse, era totalmente diferente. Una persona podía ir de alguien en quien confiabas y amabas a un animal esperando para comerte vivo. Yo no conocía a Annabelle y nunca la había visto, pero oyendo la historia de cómo había abandonado la seguridad y luego no había dudado en arriesgarlo todo para salvar a Connor, ella debía de haber sido un alma dulce. Oírla dando pasos torpes en el piso de arriba mientras su enfermedad le decía a su cuerpo sin cerebro que se moviera para encontrar comida era increíble. Annabelle sacrificó su vida para salvar a Connor, y la criatura en la que se había convertido no dudaría en desgarrar la carne de sus huesos.

Los sonidos de las tablas siendo arrancadas del marco de la puerta viajaron hasta el pasillo.

—Todavía no quiero que vayas, Cooper —dijo Ashley—. No tienes que hacerlo.

—Lo sé. Yo tampoco quiero ir.

—Entonces no lo hagas.

Suspiré, irritada con la repetitiva conversación. —Ellos no tienen que permitirnos quedarnos aquí. Podemos hacer esta única cosa por ellos.

—¿Esta única cosa? —dijo Ashley. Normalmente no me confrontaba, así que su tono fue sorprendente—. Esta única cosa podría matarle.

—Cooper no ha perdido una carrera en tres años, Ashley. Puede correr para siempre. Ten algo de fe.

Ashley frunció el ceño. —No.

—Bryce y yo vamos a salir allí. Si Cooper no los aleja, podríamos ser asesinados.

—Esa es su elección.

—Dios, eres una niña mimada.

—¡Bueno, tú eres una perra! ¿Quién murió y te hizo capitana del equipo?

—Uh... Ashley —dijo Cooper.

—¿Capitana del equipo? ¡Esto no es un campamento de animadoras, Ashley! Es sentido común en una situación como esta, nadie puede sobrevivir solo. Tenemos que trabajar juntos. Deja de ser estúpida.

—¿Miranda? —dijo Cooper.

—¡Cállate, Cooper! —dijimos Ashley y yo a la vez.

—Jesucristo en el cielo —dijo Doris, sosteniendo su mano contra el pecho.

Fue entonces cuando oí el distintivo crujido del plástico, y un estridente gemido procedente de los manteles que cubrían a Jill. Evan se tambaleó hacia atrás, pegándose a la pared. Bob dio un paso delante de él de forma protectora; el resto de nosotros nos pusimos de pie mirando con confusión y asombro.

No importa cuántas veces me dijera a mí misma que era verdad, ver a alguien que sabía que estaba muerto moviéndose era increíble. No podía moverme. No podía llamar a Bryce. Sólo podía observar mientras Jill se movía lentamente sobre el mantel. Sus ojos lechosos miraron entorno a la habitación, y luego intentó ponerse torpemente de pie.

—Vaya, mierda —dijo Cooper, tirando de Ashley detrás de él.

—¿Qué hacemos? —dijo Doris.

Evan dejó salir un sollozo y luego se movió a la puerta, arañando frenéticamente el picaporte.

—¡No! ¡Están en el exterior! —Las palabras salieron de mi boca a cámara lenta. Cuando empecé la frase, Evan ya había alcanzado el seguro, y al segundo siguiente la puerta estaba abierta. Asomó la cabeza y un momento después se enderezó, empujando la puerta para cerrarla. Algo estaba empujando hacia atrás, y los familiares gemidos acompañados de brazos de varios tamaños alcanzaron el interior.

El rifle de Skeeter sonó arriba, haciendo que los grisáceos brazos se extendieran incluso con más desesperación.

—¡Evan! —dijo Bob, corriendo a ayudarlo. Lucharon juntos para conseguir cerrar la puerta, pero había demasiados en el otro lado empujando contra ella. Sabían que nos encontrábamos dentro y estaban hambrientos.

April corrió hacia el pasillo para despertar a los niños, haciendo que Jill se diera cuenta. Dio un paso en dirección al pasillo hasta que la Sra. Kay giró la esquina.

Antes de que la Sra. Kay pudiera reaccionar, Jill cargó contra ella y la arrojó al suelo. Los gritos de la mujer mayor nos hicieron entrar en pánico a todos, pero la única manera de salir era subir. Bob plantó los pies en el suelo.

—¡Vete, Evan! ¡Yo sujetaré la puerta, tú vete!

—¡No! —dijo Evan.

Instintivamente, agarré la camiseta de Evan y le arrastré hacia el pasillo, siguiendo a April y a sus niños por las escaleras. Doris, Ashley y Cooper estaban siguiéndonos de cerca. Bob chilló y luego gritó de dolor. Sus gritos estaban acompañados por los de la Sra. Kay, y rápidamente después, por los de Barb.

Skeeter abrió la puerta de la punta de las escaleras y Cooper la cerró detrás de nosotros.

—¿Qué demonios? —dijo Skeeter.

—¡Jill! —lloró Doris—. ¡Y la puerta trasera está abierta! ¡Están entrando todos!

La expresión de Skeeter se transformó de confusión a determinación. —Los mordedores del frente seguirán al resto a la parte de atrás. Ustedes pueden descender por el tejado y salir de aquí. Yo tengo que encargarme de Jill.

Cooper agarró la camiseta de Skeeter. —Toda la maldita escalera está llena. ¡No puedes bajar allí!

Skeeter frunció el ceño. —Le hice una promesa a mi esposa. Voy a mantenerla.

Bryce abrió la ventana, ayudando a April y a los niños a salir al tejado mientras hablaba. —Skeeter, Coop tiene razón. Jill no querría que te mataras.

Skeeter inclinó su rifle. —Mis dos cosas favoritas: mi esposa y mis armas, están en el piso de abajo, chicos. Voy a ir.

Skeeter abrió la puerta e inmediatamente empezó a disparar su arma. Eric cerró la puerta detrás de él, y Gary le ayudó a mover un mueble delante de la puerta. Lo que quedaba de Annabelle yacía en el suelo junto a la ventana. Todos tuvimos que pasarle por encima para salir.

Justo como dijo Skeeter, la mayoría de los muertos habían seguido al resto a la parte de atrás para entrar en la iglesia. Gary y Eric saltaron primero, y Bryce y Cooper ayudaron a todo el mundo a bajar del tejado antes de saltar ellos mismos. Todo el proceso llevó menos de un minuto, y el rifle de Skeeter estaba todavía resonando dentro de la iglesia.

El sol había aparecido por completo en el horizonte, y vi a los últimos ciudadanos vivos de Fairview extenderse en diferentes direcciones. Mi grupo saltó dentro del vocho y conduje alejándonos, mi corazón latiendo tan rápido que podría haberse dado a la fuga y llevarnos al rancho.

—¡Espera, espera, espera! —dijo Bryce, señalando el carril contrario—. ¡Más despacio!

Todo dentro de mí quería hacer exactamente lo contrario, pero apreté el pie contra el freno, cerca de una camioneta verde. Un chico de alrededor de nuestra edad estaba sentado dentro.

Bajé mi ventanilla. —¿Qué estás haciendo? ¡Esta ciudad está plagada de esas cosas! —Él no respondió—. Oye. ¡Oye!

Alzó la vista.

—¿Has sido mordido?

Negó con la cabeza, y luego se apoyó contra la ventana para bajar la mirada hacia el desastre de la carretera. Había una chica en una bata de hospital, piel y huesos, yaciendo en la calle, un gran agujero de bala en su cráneo, partes de su cerebro derramadas por el pavimento.

Él también bajó su ventanilla. Sus ojos estaban hinchados. Había estado llorando, probablemente por la chica de la calle. —Estoy sin combustible.

Miré alrededor. No podíamos dejarle aquí para morir. —Entra.

15

Nathan

Traducido por perpi27 & CrisCras

Corregido por Juli

Joy se arrodilló lentamente en el suelo para ayudar a Walter con sus botas. Estaba sudoroso por el trote que hizo en el viaje de regreso. Ella gruñía cada vez que tiraba, hasta que finalmente le sacó las dos.

Walter se sentó de nuevo en su silla. —¿Me puedes conseguir un vaso de agua, querida? Estoy sediento.

—Sí —dijo Joy, curiosa—. Luces como si te hubieran perseguido de nuevo.

Zoe nos observaba desde el otro lado de la habitación, mirando por la puerta corrediza de vez en cuando. Tras el comentario de Joy, los ojos de Zoe parecían escanear cada brizna de hierba afuera. La puerta daba al patio, y a un cuarto en el otro lado de la casa. El dormitorio se abría al patio con una puerta corrediza de vidrio, también, pero estaba oculto por las cortinas más feas que había visto jamás.

—Está bien, Zoe. Todos están todavía en la carretera.

Joy colocó dos vasos de agua sobre la mesa de la cocina, y luego se puso las manos en las caderas. —¿Y bien? Creo que hemos sido lo suficientemente pacientes, verdad, ¿Zoe?

Zoe se apartó del vidrio el tiempo suficiente para asentir y luego regresó a vigilancia.

Walter se aclaró la garganta, y luego hizo un gesto hacia las bolsas. —Conseguimos algunas provisiones. Se estaba haciendo tarde y aquí caríñito no se iría sin sus pantis.

Joy frunció el ceño con confusión, y luego esperó a que le explicara.

—Son buenas para muchas cosas. No voy a usarlas. Bueno, en realidad podría, si hace frío. Son buenas para mantenerte caliente.

Joy y Walter se contentaban con verme tratar de convencerme a mí mismo de tal humillación.

—¿Qué? —dije—. Fui un boy scout.

Walter se rio una vez. —Y todo este tiempo han estado preocupados por homosexuales que se infiltran en su organización, y están enseñando cosas lindas como esas.

—Creo que mi líder también era un sobreviviente que salió del closet. Aprendí mucho de él

—¿Pantis? —dijo Walter con incredulidad, su voz subiendo una octava.

Me encogí de hombros. —No te preocupas por lo que llevas puesto si estás caliente.

—Entonces voy a estar calentita todo el invierno —dijo Joy. Su expresión se suavizó de inmediato cuando se dio la vuelta hacia Zoe—. Vamos, linda. Apuesto a que Princesa esta hambrienta.

Zoe asintió y la siguió afuera.

Walter y yo nos movimos al porche, sentados en las mecedoras y hablando de nuestro siguiente movimiento. Decidimos que intentaríamos de nuevo lo de Jesse al día siguiente. También necesitábamos llenar los botes de combustible. Walter no parecía tener prisa, a pesar de que le recordé que nos iríamos dentro de poco. Fingió que no me escuchó.

* * *

Al día siguiente caminamos hasta la casa de Jesse. Walter estaba en lo cierto, Jesse tenía más armas que Skeeter. Tomamos tanto como pudimos llevar, junto con las municiones apropiadas, y luego hicimos la caminata de vuelta a la casa de Walter. Hicimos ese viaje cada día durante tres días. El sótano comenzó a parecer un arsenal. Puse varios rifles y algunas pistolas en mi coche, recordándole a Walter otra vez que Zoe y yo no nos quedábamos.

Los días empezaban a alargarse, y me entró el pánico cuando tuve que pensar dos veces acerca de qué día era. El único motivo por el que el tiempo importaba era para evitar ser atrapado por la noche afuera. Los fines de semana eran irrelevantes. Cada día era una cosa de supervivencia. Viviendo con Walter y Joy, a pesar de los tropiezos ocasionales de infectados, el apocalipsis no era tan malo. Aun así, tenía que llevar a Zoe a algún lado fuera del camino, y yo todavía no había tenido un momento tranquilo con Joy para ver si sabía de un lugar en que podríamos instalarnos.

—No me crees, ¿verdad? —le susurré.

Walter y yo observábamos caminar a un infectado. Habíamos aprendido en los últimos días que si nos quedábamos quietos y en silencio, seguían caminando.

Walter no respondió hasta que el infectado pasó, y luego sacudió la cabeza. —Tienes que dormir más. No estás siendo razonable.

—Voy a empezar a hacer viajes fuera de la ciudad. Explorar el área, a ver si puedo encontrar algunos acres con una casa.

—Tienes una casa aquí, idiota —se quejó Walter.

Joy ocupaba el espacio de la puerta abierta, y miró a Walter con una sonrisa de complicidad. Walter negó con la cabeza tan ligeramente que si no hubiera lanzado una mirada en mi dirección, me habría preguntado si lo había visto. Ellos estaban en desacuerdo sobre algo.

Joy caminó hasta detrás de Walter, le dio una palmadita tranquilizadora, y luego habló—: Preguntaste sobre un lugar apartado.

—Sí —le dije. Mi postura se enderezó instintivamente, ansioso por escuchar lo que iba a decir a continuación.

—Hay un médico que viene a la tienda de aquí a veces. Compra cosas al por mayor. Sólo he hablado con él una vez. Parece un hombre razonable, no lo que se podría esperar de un médico de gran ciudad. Sé que tiene dos hijas, y vive al noreste de aquí. Tiene varios kilómetros afuera, por lo que podría ser lo suficientemente aislado para ser seguro para ti y Zoe.

Walter le frunció el ceño a su esposa.

—Nunca me iría, Walter. Espero que lo sepas. Sin embargo, tengo que encontrar el lugar más seguro para criar a Zoe.

Joy sonrió. —No es eso. Le gusta tenerlos a los dos aquí. No quiere que se vayan.

Walter cruzó los brazos sobre el pecho y se acomodó en su silla, descontento.

—¿Eso es verdad? —Fastidiar a Walter probablemente no era una buena idea, pero era demasiado divertido como para dejarlo pasar.

—Vete al diablo. —Frunció el ceño.

Joy soltó una carcajada y sacudió la cabeza. —Oh, hombre terco —dijo, frotando su hombro.

Walter se puso de pie con rapidez, con el rifle en la mano.

Apunté a la nada en reacción. —¿Qué es?

Walter miró más allá del rifle. —Niños.

Miranda

El sol había derramado una luz brillante sobre nosotros y todo lo demás en el momento en que dimos la vuelta hacia el norte por la carretera 123. Me temblaban las manos, sabiendo que estábamos mucho más cerca de la hacienda de mi padre. Me imaginaba su reacción al ver el vocho estacionar en el patio, y cómo se sentirían sus brazos envolviéndome, fuerte y cálido. Sus mejillas húmedas de lágrimas preocupadas y felices.

No estaba segura de por qué lo culpé del divorcio. Mamá era la que había decidido que no quería estar casada más con su profesión. Rompió el corazón de papá cuando le dijo que todo había terminado, y por alguna razón mi lealtad estaba con mi mamá. Se veía más frágil y menos capaz de estar sola. No estaba segura de lo que papá podría haber hecho de otra manera. ¿Renunciar a su trabajo? ¿Dejar tirados años de educación? ¿Qué otra cosa iba a hacer? No fue hasta que empecé mi segundo semestre en la universidad que me di cuenta de que no todo era sólo fiestas y amigos. Era hora de estudiar y de preocuparse y redactar documentos que nunca pasarían por otras manos más que las de un profesor. Pero le eché la culpa. Lo castigué con mi ausencia.

Las lágrimas salieron de mis ojos mientras apretaba el freno para que el vocho se detuviera lentamente a unos cien metros de una gran manada de muertos. La alarma del coche me confundió. Fue un sonido chirriante para los oídos, y sin embargo yo había estado tan inmersa en mis pensamientos sobre papá que no capté el sonido e incluso las luces encendiéndose y apagándose visibles a través de las docenas de cuerpos deambulando, hasta que nos encontrábamos casi encima de ellos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Bryce en voz baja.

—Apagar las luces —dijo el tipo que habíamos recogido, su voz cansada y triste. No nos había dicho su nombre, y nadie se había molestado en preguntar. Teníamos cosas más importantes de qué preocuparnos, supongo, pero aun así me pareció extraño. Era sólo otro recordatorio de que en tan sólo unos días el ambiente nos había cambiado.

Hace unos días, Ashley habría sido risueña y alegre, y lo primero que habría hecho sería preguntar el nombre del tipo. Ni siquiera parecía darse cuenta de que estaba en el coche, a pesar de que estaba medio sentada en su regazo y en el de Cooper.

Extendí la mano para girar la perilla del faro, y nos quedamos quietos. El campo de trigo todavía estaba húmedo por la lluvia. Un vehículo había hecho enormes surcos en el suelo, muy profundo en algunos lugares. A la derecha había una colina cubierta de hierba. Me pregunté por un momento por qué la persona que hizo los surcos había elegido el campo de trigo. Entonces, el camino que conduce a la pequeña ciudad de Shallot me llamó la atención. Ashley y yo habíamos pasado este pueblo y ese campo de trigo tantas veces sin pensarlo dos veces. Ahora, el campo de trigo era peligroso, y la ciudad un miedo desconocido. Las colinas de la montaña escondían partes de la ciudad, y los surcos del campo de trigo me llevaron a creer que la persona antes de nosotros nos quería lo más lejos de esa colina como fuera posible.

El salpicadero sonó, y bajé la mirada. El medidor de combustible estaba un centímetro a la derecha de la línea roja.

—Por supuesto —dijo Ashley—. ¿Cómo podríamos protagonizar una película de terror sin que ocurra un catalizador como este?

—¿Catalizador? —dijo Cooper con una sonrisa.

—Cállate —respondió ella, apenas reconociendo su broma juguetona.

La verdad era que Ashley lo había hecho mucho mejor en sus exámenes SAT que yo. Siempre había sido una estudiante de excelentes calificaciones, incluso tomando cursos universitarios en la escuela secundaria. Había heredado la inteligencia de nuestro padre, pero la incapacidad de mi madre para manejar cualquier cantidad de estrés. Era una bola emocional de nervios y lágrimas. Cooper me dijo una vez que su madre era de la misma forma, y por eso era uno de los pocos chicos en la escuela a los que no le molestaba su personalidad dramática. Una de las últimas noches de borrachera, cuando todo el mundo se había desmayado, Cooper me contó que en realidad encontraba su dependencia emocional y necesidad constante de seguridad reconfortante, lo que era sólo... raro, y tal vez un poco codependiente, pero eran el uno para el otro. Cooper entendía a Ashley y la hacía feliz como nadie más podría. Se aferraban el uno al otro porque también los creían así.

No sé. Supongo que era dulce. Incluso las personas extrañas merecen ser felices.

—Bien —aspiré, odiando lo que iba a decir—, mira el lado bueno. Hay una estación de gasolina en Shallot.

—Pero estamos muy cerca —dijo Ashley—. Vamos a conducir y volver a casa.

—No podemos llegar a casa.

Uno de los muertos pareció darse cuenta del vocho, y dio un paso lento hacia nosotros. Ella era joven, y con largo cabello rubio, podría haber sido tan hermosa como Ashley si no lo tuviera tan asqueroso y cubierto de sangre y... otras cosas. Su movimiento llamó la atención de otro muerto, y luego otro. Pronto, varios caminaban lentamente, pero con un propósito. Sus ojos eran blanquecinos y sin vida, pero sus bocas estaban abiertas. Algunos de sus labios superiores temblaban, como un perro que gruñe. La rubia se acercó a mí, y un gemido bajo pero emocionado salió de su garganta.

Tiré de la palanca de cambios y apreté el acelerador hasta el piso. Hace unos días, habría aparcado el vocho en el medio de la nada para evitar golpes en las puertas, y ahora conducía a gran velocidad. Nos conduje atrás y lejos de los muertos que se acercaban, y luego seguí el camino a la derecha hacia Shallot, rezando para que no hubiera otra manada detrás de la colina y que no estuviéramos atrapados.

—¡Guau! —dijo Bryce, mientras tome un atajo a través de una avenida. La cabeza de todo el mundo, excepto la mía, golpeó el techo.

—Lo siento —dije, agarrando el volante con una mano sobre la otra con rapidez cuando me di la vuelta para mantener el control.

—Tranquilízate, nena —dijo Bryce—. Estamos bien.

La ciudad estaba vacía, y suspiré de alivio al ver una tienda de comestibles por delante, con una estación de gasolina justo detrás de ella. Estacioné en torno a la estación, y todos salimos del coche, estirándonos y tomando un momento para respirar.

Me sentí aliviada de que, incluso en las primeras horas de la mañana, hacía más calor que el día anterior. La lluvia del día anterior había traído consigo un frente frío, y estaba preocupada de que Ashley y yo estuviéramos miserablemente resfriadas antes de que llegáramos a papá. Por un segundo, pensé en sacar mi celular para revisar el

pronóstico, pero luego me di cuenta de que no había tenido servicio desde ayer. Ninguno de nosotros tenía.

Bryce se acercó a nuestro alrededor con sus ojos en el suelo, comprobando los neumáticos.

—¿Los rompí? —le pregunté.

—No, pero tienes que tener más cuidado.

—Me asusté. No estaba segura de lo que había detrás de la colina. ¿Has visto esos surcos en el campo?

—Sí —dijo simplemente, sus ojos moviéndose de los neumáticos a nuestro entorno. Una vez que se convenció de que no estábamos en peligro inmediato, se dio cuenta de mi lucha con el surtidor de combustible—. ¿No funciona?

Miré a la boquilla conectada al vocho. —Estaba toda emocionada porque esta cosa es antigua. Ni siquiera tienen un lugar para pasar una tarjeta de crédito.

—Voy a revisar. Tal vez haya que activar un interruptor.

Me dio un rápido beso en los labios y trotó a través del pequeño estacionamiento de la estación. Abrió la puerta y saltó sobre el mostrador. Revisando la caja registradora y el área contigua con un gesto concentrado, y antes de que pudiera registrar un pensamiento, mis piernas se movieron a toda velocidad hacia la estación.

—Bryce —grité. Nuestros ojos se encontraron, y estaba segura de que su expresión igualó la mía. Se dio la vuelta hacia el muerto que se había acercado por detrás de él.

Justo cuando abrí la puerta, la palabra no salió de mí. Bryce presionó el antebrazo contra el pecho del hombre para mantener los dientes que querían morderle a raya, y luego alcanzó un bolígrafo a través del mostrador que estaba atado a la caja registradora con un cordel. Se alejó de un salto de su anclaje, y al momento siguiente apuñaló al hombre en la cara. El hombre continuó yendo hacia él, así que le apuñaló otra vez; esta vez el bolígrafo atravesó la esquina de su ojo, y él colapsó contra Bryce.

Capté un movimiento a mi izquierda por el rabillo del ojo, y muertos vivientes — dos mujeres, una adulta y una niña— arrastraban los pies lentamente hacia mí. Era obesa, su falda arrastrándose por el suelo alrededor de sus tobillos, y estaba cubierta de sangre oscura, seca y sucia. La piel de su rostro y de sus labios había desaparecido. Había sido masticada antes de volver a la vida. No podía ver ninguna herida en la niña, pero sus ojos eran de un blanco lechoso como los de la mujer.

—¡Bryce! —grité.

Empujó al hombre para apartarlo y saltó de nuevo sobre el mostrador, tirando de mi brazo mientras empujaba la puerta para abrirla y me arrastraba hacia el vocho.

—¡Vamos! ¡Entra! —Bryce balanceó su brazo libre alrededor salvajemente como si mandara a todo el mundo de pie alrededor del vocho.

Todo el mundo se apresuró a entrar en el coche excepto yo. Me quedé de pie en el lado del conductor con la puerta abierta, observando a los muertos vivientes arañar el cristal de las puertas dobles de la estación.

—¡Miranda! —gritó Ashley.

—Mírales —dije en voz baja, mi voz calmada y llena de preocupación.

No podían salir. Incluso aunque las puertas se abrían un poco cuando empujaban contra ellas, no eran lo suficientemente coordinados para continuar empujando y caminar. Las puertas volverían contra ellos, así que arañaban el cristal como si fuera un muro.

La mujer con el vientre hinchado golpeó la puerta, y retrocedí, dándome cuenta de que no estaba gorda, sino en estado de embarazo.

Me senté en el asiento y cerré la puerta, todavía respirando pesadamente. — ¿Encontraste un conmutador?

Bryce sacudió la cabeza. — ¿No podemos llegar a donde tu padre?

—No creo que debamos intentarlo. Podríamos quedarnos varados.

—Es demasiado peligroso ir a pie. Tenemos que averiguar cómo entrar y encender esa bomba.

—Tengo esto —dijo el tipo al que recogimos. Levantó una pistola.

—¿Viste esas cosas alrededor del coche antes? Les atrae el ruido.

No se inmutó. —Podríamos buscar en las casas algo más silencioso. Bates de béisbol, tijeras, cuchillos de cocina. Bryce derrotó a uno con un bolígrafo.

—Eso podría llevar días —dije.

Se encogió de hombros. — ¿Tienes algún lugar al que ir?

—Sí, en realidad lo tengo.

—No, hasta que consigas combustible para este coche no lo tienes.

Me giré para mirar hacia delante con una rabieta. Él tenía razón, pero no me gustó su comentario de listillo. Le miré fijamente por el espejo retrovisor. Era alto y parecía ridículo sentado en el asiento de atrás, sus rodillas casi tan altas como su cabeza. Sus ojos oscuros eran profundos, y su cara estaba todavía rociada por la sangre de la chica. Combinado con su pelo rapado y sus músculos, parecía un asesino en serie, y le permití entrar en mi coche. Por todo lo que sabíamos, él podría haber matado a esa chica antes de que se convirtiera.

— ¿Cómo te llamas, de cualquier forma?

—Joey.

— ¿Qué pasa con ese corte de pelo, Joey?

—Acababa de volver de Afganistán.

—Oh —dije. Mi respuesta fue más ácida de lo que pretendía. Intenté no mostrar mi sorpresa, o mi repentina admiración.

—Amigo —dijo Cooper. Él no contenía el hecho de que estaba impresionado. Cooper estrechó la mano de Joey—. Te apreciamos, hombre. Y de repente me siento mucho más seguro.

—No —dijo—. Sólo tengo lo que queda en este cargador.

—Aun así —dijo Cooper—. Eres un tipo duro.

No estaba segura de si Bryce estaba tan impresionado con Joey como Cooper y sólo intentaba ocultarlo de mí, o si no estaba impresionado en absoluto. Le atrapé rodando los ojos ante las palabras de Cooper y le di un codazo. Intercambiamos sonrisas.

No era poco común para nosotros saber lo que pensaba el otro. Habíamos estado juntos durante tanto y habíamos pasado tanto tiempo juntos que no me extrañaría si Bryce supiera lo que pensaba antes de que lo hiciera yo misma. Eso era probablemente por lo que el matrimonio no estaría sobre la mesa hasta después de que ambos nos graduáramos. Ya nos acusaban con frecuencia de actuar como un viejo matrimonio.

—Que nadie se mueva —dije, observando a un muerto viviente pasar lentamente a través de mi espejo retrovisor. Se dirigía a la autopista.

Todos nos sentamos como estatuas. Las mujeres de la estación todavía arañaban las puertas, y esperaba que no atrajeran la atención del nuevo muerto. Él iba arrastrando un tobillo roto, incluso más lento de lo que era normal. Ashley empezó a girarse para mirar, pero Cooper la detuvo, justo cuando Bryce se contuvo de decirle que no.

El muerto pasó. Traqueteando, retrocedimos hacia fuera sobre la grieta de hormigón. El sol estaba más alto en el cielo... y más caliente. Me quité la chaqueta y até las mangas alrededor de mi cintura con un nudo doble. Había sólo unas pocas nubes rezagadas que irrumpían en el cielo azul. Era más azul de lo que lo había visto en mucho tiempo, o tal vez sólo había pasado mucho tiempo desde que lo había notado. Un delicado viento sopló las hojas de los árboles, haciendo que sonara como las olas perezosas que se alejan de la arena.

Tan hermosa y calmada como era esta pequeña ciudad, estar en el exterior era un riesgo, y la ausencia de coches en la carretera, o incluso del ocasional perro callejero, hacía que hasta un día perfecto fuera temible.

Varios disparos sonaron en la distancia, haciendo eco y rebotando tantas veces que no sabíamos de qué dirección venían. Era demasiado lejos como para ser en la ciudad, pero todo el mundo excepto Joey miró alrededor, incómodos e inseguros sobre cómo reaccionar.

—Vamos a por la mierda que necesitamos y a salir de aquí —dije.

Todo el mundo estuvo de acuerdo con un asentimiento y nos dirigimos hacia la tienda de comestibles, más cautelosos sabiendo que todavía había muertos vivientes de los que fueron ciudadanos de Shallot haciendo su camino hacia el ruidoso coche de la carretera. Joey caminó con ambas manos sobre su arma, sujetándola enfrente de su cuerpo mientras caminaba hacia los lados como se veía en las películas. Era de algún modo sexy, pero todavía pensaba que era un imbécil arrogante. A mi madre le gustaba compartir lo que aprendió mientras se ahogaba en una piscina de citas, y la única cosa que dijo una y otra vez era que se requería una cierta personalidad para ser un soldado, un policía o un bombero. Ninguno de los cuales me atraían, pero por alguna razón, ver a Joey moverse como un héroe de acción hizo que algo dentro de mí chillara como una fan.

Cooper había vaciado su bolsa de viaje y la llevaba con una mano, y sujetaba la mano de Ashley con la otra. Todos nos detuvimos justo en el exterior de la puerta, inquietos y nerviosos. Odiaba no saber qué esperar, especialmente cuando algo que quería comernos vivos podía estar dentro, e imaginaba que el resto del mundo había tenido los mismos pensamientos.

Joey bajó la mirada a la bolsa de viaje de Cooper. —Agua, armas y munición, comida. En ese orden.

Todos asentimos.

Joey se puso en cuclillas y Cooper hizo lo mismo. Parecía un niño intentando imitar a superhéroe favorito. Metió el pie dentro de las asas de nylon y arrastró la bolsa junto con él.

—¿Qué estás haciendo?— articuló Joey, reaccionando inmediatamente al ruido que la bolsa de viaje hizo mientras se deslizaba por el suelo con cada paso que dio Cooper.

Cooper sostuvo las manos en alto. *Manos libres*, articuló en respuesta.

Joey rodó los ojos y negó con la cabeza. Cooper parecía un perrito regañado, saliendo de las asas de la bolsa de viaje antes de volver a cogerla. Unos pocos instantes más tarde, oímos un ruido proveniente de atrás.

Cuatro pares de ojos se abrieron como platos, y Ashley inmediatamente se pegó al costado de Cooper. Joey desapareció por uno de los cortos pasillos. Todos nos quedamos alrededor, sin saber qué hacer.

Joey volvió, su postura más relajada, y su arma a un costado. —Debe de haber sido un animal. No encontré nada.

—Vamos a trabajar— dijo Bryce. Tomó una cesta en miniatura, el tamaño perfecto para esta tienda en miniatura, y le seguí mientras hacía su camino arriba y abajo por los pasillos. Cogió botellas de agua, comida enlatada, fideos Ramen —lo cual era algo fijo para nosotros como estudiantes universitarios, de cualquier modo—, un par de destornilladores grandes, cuchillos de varios tamaños, mazos para ablandar carne, un paraguas, unas cuantas escobas.

—¿Vas a limpiar la casa de alguien?— bromeé.

Bryce desenroscó el extremo con las cerdas y luego cogió un cuchillo. —Una lanza.

Asentí y sonreí. —Impresionante.

Me guiñó un ojo, y luego nos reunimos con los demás en la parte delantera de la tienda.

Joey tenía un par de cajas de condones, un kit de primeros auxilios, fósforos, una caja de bolsas de basura, y cuatro botellas de agua en sus brazos.

Bryce vio los condones y se puso inmediatamente a la defensiva. —¿En serio?

Joey ni se inmutó. —Cada uno tiene capacidad para dos litros de agua. En serio.

Los hombros de Bryce se relajaron, y luego me miró. —Podemos simplemente empujar esto hasta el vocho. Estoy seguro de que nadie dirá nada.

—Que gracioso— dije.

Mientras volvíamos al coche y practicábamos nuestras capacidades para el Tetris cargando nuestros hallazgos, los chicos empezaron a hablar sobre buscar en las casas y garajes para encontrar latas de combustible. Joey sugirió que si teníamos que hacer eso, podríamos desviar combustible de uno de los vehículos.

—No— dijo Ashley—. Miranda, díselo. Tenemos que llegar a donde papá.

Miré a Bryce. —Papá probablemente esté enfermo de preocupación por nosotras.

Joey no esperó a que Bryce respondiera. —No vamos a ir a ninguna parte hasta que consigamos combustible, y creo que todos estamos de acuerdo en que necesitamos

más que sólo un tanque lleno. Vamos a ser más listos acerca de esto. Tenemos recursos aquí. Vamos a utilizarlos antes de seguir adelante.

Bryce hizo una mueca. —Cuando te encontramos, te habías quedado sin combustible.

—Exactamente —dijo Joey—. Aprendan de mi error. No es divertido estar atrapado en un coche con esas cosas intentando entrar, y este coche es un convertible. No nos protegerá.

—Esas cosas ni siquiera pueden abrir una puerta oscilante —replicó Bryce.

—¿Quieres arriesgarte? —dijo Joey.

Bryce me miró, y luego de nuevo a Joey, negando con la cabeza. —No.

—Está decidido, entonces. Buscaremos hasta que podamos llenar el tanque y tanto extra como podamos. Ustedes pueden dividirse en grupos si no quieren que las chicas busquen solas.

—Yo iré sola —dije.

—No —respondió Bryce inmediatamente.

—No estoy indefensa. Puedo manejar un arma.

Bryce cogió mis dedos. —Tal vez yo no quiera ir solo. —Usó su sonrisa más encantadora, a la que nunca podía resistirme. Asentí, y su mano le dio un apretón a la mía.

Joey se frotó el cuello. —Lo primero es lo primero. Necesitamos establecer un campamento. El lugar ideal sería alejado de las otras casas. En las afueras de la ciudad, tal vez.

—Está bien. Eso está como a dos bloques de distancia —dijo Ashley.

—Vamos a andar. Encontraremos algo —dije.

Joey siguió hablando mientras caminábamos. —Varias salidas. Buena visibilidad.

—Ahora estás siendo quisquilloso —dije.

Joey me sonrió. Intenté no hacerlo, pero le devolví la sonrisa.

Ashley tenía razón. Nos llevó sólo veinte minutos encontrar una localización que se ajustara a la descripción de Joey. Era una casa amarilla al final de una larga línea de casas, pero tenía un gran campo por delante y por detrás, y había dos solares entre ella y la siguiente casa. Y también tenía un patio trasero con valla y las pequeñas ventanas del sótano iban a lo largo del nivel del suelo.

Subimos los escalones hasta el porche y llamé a la puerta. Todo el mundo me miró como si estuviera loca. —¿Qué?

—Permítanme despejarla en primer lugar, dejar lo que tenemos y luego podemos volver a por el resto.

Bryce extendió el brazo a su costado, haciéndole un gesto a Joey para que entrara. Le hice una mueca. Joey sólo intentaba mantenernos a salvo, y Bryce estaba siendo una especie de idiota al respecto.

Joey estuvo dentro durante bastante rato. Justo cuando pensé en mencionar que deberíamos entrar y revisarlo, apareció en la puerta.

—Está limpio.

—Tienes sangre sobre ti —dijo Cooper—. Quiero decir, más que antes.

Joey tiró de su camiseta para limpiarse la cara. Un conjunto completo de abdominales fue revelado durante un segundo antes de que dejara caer la camiseta en su lugar. —Bueno... ahora está limpio.

—No oí tu arma —dijo Bryce.

—Usé un tenedor.

Cooper asintió, una sonrisa impresionada destellando en su rostro. —Bien jugado.

16

Nathan

Traducido por Val_17 & aa.tesares

Corregido por Elle

—¿Chicos? —pregunté.

—La casa de la esquina. Tres... no, hay cuatro. Dos chicos y dos chicas. Jóvenes, por su aspecto. Están vivos.

Bajé mi pistola y le indiqué a Zoe que se quedara en la casa. —Entonces probablemente deberíamos presentarnos.

Cuando crucé la calle y caminé por la cuadra, traté de mantener mi postura relajada, y el arma baja. Sólo podía ver a un joven, uno de los chicos con su pelo negro tieso. Era una bola de testosterona y músculos, justo como yo lo era a esa edad.

Me detuve en la esquina de la calle y levanté la mano. —Hola ahí. Somos amigables. No es necesario preocuparse.

El chico no dijo nada, sólo me miraba. Otra chica, rubia, pálida, y sumamente hermosa, dio un paso detrás de él, sus ojos revoloteando entre su gente, Walter y yo.

Walter se acercó a mi lado y se detuvo.

—¿Son de Shallot? —pregunté.

—Nop.

—Uh —comencé—. ¿Están bien, chicos?

Otra chica salió. Esta era más pequeña, con el pelo castaño largo. Sus ojos marrones me miraban directamente. —No podemos hacer que las bombas de combustibles funcionen.

—¿No tienen gasolina? —le pregunté.

Los chicos se miraron entre sí. O eran muy inteligentes y no me querían que robáramos su transporte, o estaban demasiado asustados para hablar. No creí ni por un segundo que lo último fuera el caso de la pelirroja. Dudaba que alguna vez en su vida hubiera vacilado en decir lo que pensaba.

La puerta mosquitera de Walter se cerró y me giré para ver a Zoe de pie junto a Joy. Estaba claro que quería dejar la seguridad del porche para estar más cerca de mí, pero Joy mantuvo una mano sobre su hombro. No pude oír lo que le había dicho, pero pareció calmar a mi hija.

Me volví hacia los chicos. —¿Entonces solo pasaban por aquí?

—Sí, pero como dije, necesitamos combustible. Las bombas de la estación no funcionan —dijo la pelirroja—. ¿Alguno de ustedes sabe algo al respecto?

Tomé nota mental de todas las personas en su grupo. El más alto tenía una cara bonita. El segundo más alto parecía tener algún tipo de entrenamiento militar. Podría decir por los zapatos y las manos del más alto que era un niño rico, pero sus ojos decían que era un buen chico. El otro muchacho parecía un atleta, posiblemente un chico de fraternidad. Él miraba mucho al soldado y a la pelirroja. El soldado era el único del que había que cuidarse con seguridad, aunque los otros dos podrían, sin duda, hacer algún daño. Incluso con todos los músculos y la mano de obra, era la pelirroja la que parecía ser la jefa. Curiosamente, parecía ser la más confiada de los cinco.

Miré a Walter. —También necesito abastecerme. —Miré al grupo—. Estoy viajando con mi hija, Zoe —dije, haciendo un gesto hacia el porche—. Nos vamos pronto. Estoy buscando un lugar fuera del camino. Algún sitio seguro.

Uno de los chicos sonrió y saludó a Zoe. Lo miré, e inmediatamente corrigió su postura. —Tengo una hermana de su edad —explicó.

—Esto está bastante lejos de todo. ¿A dónde se dirigen? —pregunté.

Todos se miraron entre sí nuevamente. Tenían un destino en mente. Debía ser bueno si estaban protegiéndolo.

—Nosotros podemos ayudar con el combustible —dijo Walter—, a cambio de que ayuden a Nathan y a Zoe a llegar a un lugar más seguro. Tienes mi palabra de que es un buen hombre. Realmente no quiero que se vayan, para ser honesto, pero tiene razón. Necesitan alejarse más de esas cosas.

Todos nos miraban, especialmente la pelirroja y el soldado.

—Pensaremos en ello —dijo, volviéndose y guiando al resto lejos.

Nos dejaron, caminando de dos en dos excepto el soldado, que cerraba la marcha. La pelirroja estaba con el segundo más alto, y la rubia con el deportista. Me pregunté dónde encajaba el soldado, y luego, cuando los vi a todos en el vocho, *de verdad* me pregunté dónde encajaba.

Walter y yo regresamos al porche para unirnos a Joy y Zoe. Me senté en una mecedora y Zoe se sentó en mi regazo, mirando a los chicos hablar en torno a su vehículo.

—Parecen agradables —dijo simplemente.

—Creo que sí. Realmente no los conozco.

—¿Son extraños?

—Supongo que sí.

—Se supone que no tenemos que hablar con extraños.

—No, se supone que los niños no deben hablar con extraños.

Zoe se giró hacia mí, sus cejas elevándose. —Pero, ¿y si los extraños son niños?

Besé su mejilla y la atraje contra mi pecho, meciéndola e ignorando que sus talones se clavaban en mis espinillas. Su pelo estaba empezando a oler menos a champú y más a piel sudorosa. Me imaginé que yo tampoco olía tan genial.

—¿Joy? —dije.

—¿Sí, querido?

—¿Podemos utilizar tu baño? Me gustaría darle una buena impresión a este doctor.

Joy se echó a reír. —Dudo que esté vestido para la iglesia, si sabes lo que quiero decir.

—Eso es verdad.

Joy sacudió la cabeza e hizo una mueca. —Señor, ten piedad, soy tan grosera. Por supuesto, Nathan. Hay una ducha en el baño del pasillo. Te conseguiré algunas toallas.

Asentí. —Gracias.

La rubia se sentó en el primer escalón del porche de Walter, desinteresada, y el resto de ellos se paró frente a nosotros. Tener tantos ojos encima era un poco intimidante, incluso si eran poco más que niños. Bajé la mirada hacia una mancha de mi camisa tipo Oxford. Ahora que Zoe y yo estábamos recién duchados, nuestra ropa olía horrible y se sentía pesada por la suciedad y el sudor. Joy se había ofrecido a lavarlas, pero tenía miedo de que no estuvieran secas a tiempo, y los chicos estuvieran ansiosos por irse y dejarnos atrás.

La pelirroja habló primero. —Soy Miranda Hayes. Esta es mi hermana, Ashley —dijo, señalando a la rubia en las escaleras—. Nuestro padre es el Dr. Hayes. Vive a unos nueve kilómetros al norte, por la carretera, allí, y luego hacia el oeste. Es perfecto para ti y Zoe. Si nos ayudas a llenar el tanque, y con unas cuantas latas de combustible, puedes seguirnos. Aunque no puedo prometer que mi papá les permitirá quedarse.

—No hay trato —dije con los ojos entrecerrados.

—Probablemente te deje —dijo Ashley, mirándonos finalmente—. No rechazará a tu niñita.

—Pero no sabemos a cuántas personas ha ayudado ya. Espero que lo haga, pero no lo puedo prometer. ¿Entiendes?

—¿Qué pasa con los chicos que van contigo? ¿Cómo conseguirás que les permita quedarse?

—Tenemos una invitación abierta —dijo el atleta—. Bueno, excepto él.

Estaba hablando del soldado. Debían de haberlo recogido por el camino. Decidí que si habían hecho eso, debían pensar que el padre estaría abierto a más huéspedes. —Me arriesgaré.

—Se está haciendo tarde —dijo Walter—. Nos vemos en la estación por la mañana. ¿Tienen reloj?

El soldado asintió.

—A las ocho de la mañana.

Miranda

—Hogar, dulce hogar —dijo Ashley. Sostenía una lata vacía de combustible, mirando hacia el edificio de dos pisos a sólo cuatro cuadras de la tienda.

—En realidad, no —dijo Cooper, encogiéndose de hombros para distribuir el peso de su abultada mochila.

Sacudí la cabeza. ¿Por qué los chicos insisten en rellenar todo lo necesario para un fin de semana en una pequeña bolsa? Como si no fuera varonil aparentar necesitar más que un conjunto de ropa limpia.

La casa no era nada especial. Las ventanas estaban oscurecidas por pantallas mosquiteras sucias. La pintura descascarada —tanto en la casa como en el porche de cemento— admitía años de negligencia. Un pequeño punto de disculpa en la parte delantera le rogaba a cualquier visitante creer que no todo estaba perdido. A pesar de que el resto de la casa podría haber sido demasiado para que el propietario la mantuviera, ese terreno de dos por dos estaba adornado con todos los colores pensados en la existencia. Ni una sola maleza en el pelotón. Cada brizna de hierba se había recortado cuidadosamente por los bordes del cuadrado de flores, y la tierra fresca se había agregado no mucho antes.

La casa estaba al final de un callejón sin salida. Era posible continuar, pero sólo a través de praderas de hierba alta y alrededor de un centenar de cabezas de ganado. Sólo había otra casa a dos tramos de distancia, al otro lado de la calle y en la esquina opuesta. Empujamos los muebles contra las entradas la primera noche, utilizamos las tablas de madera de la cerca para clavetear las ventanas, y luego dormimos en el sótano, cada uno haciendo guardia cada dos horas. Bueno, excepto Joey. Parecía que nunca dormía.

La primera mañana aseguramos las ventanas y puertas, pero aun así dormimos en el sótano. Sacamos el colchón de abajo. Especialmente después de ver a Nathan y al anciano caminando por la calle un par de días antes con sus armas, y reapareciendo con al menos quince más, se sentía más seguro. Cuando los vimos volver al día siguiente, observamos a dónde fueron, esperamos hasta que salieron de la casa de ladrillo rojo en la siguiente cuadra, y luego buscamos por nosotros mismos. No tomó mucho tiempo averiguar por qué estaban haciendo el viaje. La casa estaba llena de casi todas las armas imaginables. Más que la colección de mi padre. Más que cualquier colección que hubiera visto jamás, y mi padre me había arrastrado a más de una de las casas de sus compañeros entusiastas de las armas. Tomamos unas pocas piezas y munición para nosotros mismos, y rápidamente volvimos a salvo a casa. Cuando vimos al dúo visitar la casa de ladrillo rojo de nuevo, los seguimos a su casa al otro lado de la ciudad. Estaba a menos de un paseo de veinte minutos. Fue entonces cuando nos vieron, y cuando hicimos el trato de mostrarle a Nathan el rancho de mi padre a cambio de ayudarnos con la bomba de combustible.

Seguí a Ashley por las escaleras, y luego me detuve cuando aparecieron los brazos de Joey frente a nosotras.

—Esperen. Permítanme despejarlo primero.

Esperamos, Ashley mordiendo las uñas y yo pateando el tapete de bienvenida, como si fuera perfectamente normal que el soldado que acabábamos de conocer buscara en nuestro hogar temporal algún curioso muerto.

Sintiendo la irritación de Bryce, me giré. Se estaba mordiendo el interior de la mejilla, haciendo esa cara. La que distorsionaba sus hermosos ojos verdes y los hacía brillar y cambiar a desconocidas piscinas esmeralda.

—¿Qué? —le pregunté.

Bryce comenzó a decir algo, pero Joey sacó la cabeza por la puerta con una leve sonrisa. —Despejado.

Desempacamos nuestros nuevos tesoros, que iban desde más paquetes de condones hasta latas de maíz. Bryce volvió a entrar en el cuarto y se sentó en el colchón, haciendo puños y luego estirando los dedos, repitiendo el proceso.

—Háblame —dije, sabiendo que si mantenía otro pensamiento para sí mismo, podría estallar.

Bryce se puso de pie, dio un paso y tomó la puerta, haciéndola cerrarse de golpe y a mis hombros alzarse hasta mis orejas.

—Asumo que estás molesto.

—¿Quién es ese tipo? —dijo Bryce, señalando hacia la puerta cerrada—. Lo recogemos de su camioneta de mierda y de la chica que mató en la calle, ¿y de repente G.I. Joe dirige el maldito espectáculo?

—¿Es eso lo que crees que hace? —pregunté con calma.

Bryce sólo estaba desahogándose. Se ponía así cada vez que estaba bajo presión durante cualquier período de tiempo, como cuando su padre dejó a su madre por Danielle, la pedicurista, durante unas pocas semanas antes de que descubriera que ya estaba casado con la mejor mujer que pudo encontrar. También me gritó por teléfono como me estaba gritando en esta habitación la vez en que la hermana menor de Cooper se puso muy enferma y Bryce accedió a llevarlo de la escuela a casa. Al final de la llamada sollozaba, incapaz de describir lo difícil que era para él ver a Cooper y a su familia tan preocupados y tristes.

Bryce confiaba en que lo amara de todos modos, incluso en lo peor, al igual que hacía yo cuando protestaba por mi papá por cosas que no podía controlar. Papá siempre escuchaba pacientemente, y luego, sin importar lo que yo dijera o con qué cantidad de ira, él respondía con palabras de amor incondicional. Después de que él y mamá se separaran, esa fue una confianza que le hice ganarse, y se tomó la responsabilidad de esa confianza muy en serio. Esa no fue la única cosa que fingí que no había aprendido de él.

—Espera —dijo Bryce, imitando la profunda voz de Joey y sosteniendo su brazo en alto. Tenía la mirada más ridícula y engreída en su rostro, un mil por ciento más arrogante que Joey—. Despejado. —Bryce rodó los ojos.

—Acaba de regresar de un tour en Afganistán. Ellos hablan así, ¿verdad?

—¿A quién le *importa*? —Bryce estaba furioso—. Sigue diciéndonos qué hacer. Estoy jodidamente cansado de eso. Nos las arreglábamos antes de que apareciera.

—Es cierto —dije, asintiendo.

—No, lo necesitamos. Deberíamos dejarlo aquí. Probablemente sabe cómo encender un auto sin necesitar la llave. Hay docenas aquí para elegir. —Cuando no

respondí, las cejas de Bryce se juntaron, y bajó la cabeza para hacer contacto visual—. ¿Qué estás tratando de decir? ¿Lo quieres con nosotros?

Bryce y yo habíamos estado juntos tanto tiempo, que no tenía que decirlo todo. Era una de las muchas cosas que apreciaba de él.

—Es un soldado. Tiene sentido mantenerlo alrededor, ¿no crees? —Con su intimidante tamaño y mirada penetrante, solo Joey parecía suficiente para asustar a cualquier persona viva que pudiera querer dañarnos, y su conjunto de habilidades particulares lo hacía una ventaja en contra de los muertos. Bryce era casi tan alto como Joey, pero sus bíceps no sobresalían de las mangas de la manera en que lo hacían los de Joey. Pensándolo bien, todos los músculos de Joey parecían abultados bajo su ropa.

—¡No! ¡No lo creo! —dijo, incrédulo. Su enojo ayudó a mis pensamientos a liberarse de las partes cinceladas del cuerpo de Joey (que eran todas).

Bryce se paseó, y después de varios minutos, su respiración se tranquilizó y dejó de agitarse. —Tú... ¿de verdad crees que lo necesitamos?

Me encogí de hombros. —No si tú no lo haces. Sin embargo, es un buen tirador. Y es inteligente. Y prefiero que él se meta primero en una casa antes que tú.

Bryce me miró por debajo de sus cejas, peleando con una sonrisa. —Te amo, ¿sabes eso?

Envolví mis brazos alrededor de su cintura mientras se alzaba sobre mí. —Deberías. Soy bastante impresionante. O al menos eso me han dicho.

Él se rio una vez. —Ese probablemente fui yo. En realidad estoy seguro de que fui yo. Soy tu mayor fan.

—Mi fan más alto —le dije con una sonrisa, poniéndome de puntillas para besarlo mientras se inclinaba. Sus suaves labios tocaron los míos, recordándome mejores días. Días normales.

Bryce me llevó hacia el colchón, y nos acostamos juntos sobre los resortes desiguales y la madera recubiertos por una fina capa de tejido. Abrió la cremallera de mi chaqueta y lo besé, aceptando silenciosamente su solicitud igualmente silenciosa.

—Bien podríamos bautizar el apocalipsis zombi —susurró en mi oído.

—Eres tan romántico —dije, mirándolo con una sonrisa mientras él me quitaba los pantalones, bajándolos por mis caderas y rodillas, y finalmente por mis tobillos.

Bryce se puso de pie, desabrochándose el cinturón y luego los pantalones. Usó los dedos del pie derecho para quitarse la zapatilla izquierda, y luego repitió la acción antes de patearlas a un lado. Se sacó la camiseta color crema y la tiró encima de un montón de ropa cada vez mayor.

Alcancé los lados de mis bragas, levanté las caderas y empujé hacia abajo la tela al mismo tiempo. Había dejado de ser romántico para él desnudarme hacía más de un año, y esa era la única cosa que no había cambiado en los últimos días. Mis pies se agitaron de ida y vuelta un par de veces antes de que mis bragas se catapultaran hacia un rincón oscuro de la habitación, y luego Bryce me quitó los calcetines. Estábamos sonriendo, relajados y cómodos; nuestras aventuras sexuales habían superado el tratar de ser sexis o sentirse incómodas mucho antes de esa noche.

Después de bajarse los pantalones y quitárselos, descendió sobre mí, besándome la comisura de los labios. Para mi sorpresa, siguió besándome sin avanzar a ninguna otra

parte de mi cuerpo. Justo antes de que le preguntara si todo estaba bien, su cabeza se desplomó y enterró su cara en mi cuello.

—No puedo.

—¿No... puedes?

Cayó de espaldas a mi lado sobre el colchón, mirando al techo. —Creo que estoy demasiado estresado. O cansado. O ambas.

—Oh. Oh. —No debería haberme sorprendido tanto. A veces, antes de un partido de baloncesto, tampoco se le levantaba. El fin del mundo definitivamente calificaba como una fuente de ansiedad. Creo que saber que había pasado más de una semana me hizo suponer que podría ser capaz. —Está bien—dije, acurrucándome más cerca de su pecho—. También me gusta estar así.

Bryce respiró hondo y exhaló, haciendo que mi pelo me hiciera cosquillas en la cara. —Estaremos en casa de tu papá mañana. Puede que no volvamos a tener sexo otra vez. Eso no está bien.

Me reí. —Hemos sido escurridizos antes.

Bryce envolvió sus brazos a mi alrededor y me besó la sien. —No me gustaría estar en otro lugar, ya sabes. Me alegro de que sucediera de esta manera.

—¿Sí?

—De lo contrario podría haberme vuelto loco preocupándome por ti.

Cerré los ojos y escuché el aliento de Bryce mientras inhalaba y exhalaba. Él se removió más de lo habitual, todavía inquieto por muchas razones. Me imaginaba otra vez la cara de mi padre una vez que nos detuviéramos en su entrada, y me preguntaba cuál sería su reacción hacia Nathan y Zoe. No le daría la espalda a Zoe, pero la gente hace cosas raras en tiempos desesperados.

—¡Pura mentira! —dijo Cooper en la sala.

Nos pusimos de pie rápidamente y nos vestimos, volviendo a entrar en el mundo torpemente, sintiendo que todo el mundo sabía lo que se suponía que estuviéramos haciendo y no hicimos. Enredé los dedos en mi cabello mientras lo enroscaba en un moño desordenado y me sentaba en el suelo con mi hermana. Ella estaba junto a Cooper, y Joey estaba de pie junto a la ventana, mirando intermitentemente a través de la grieta.

Joey consiguió sacar una pequeña sonrisa divertida. —No, hablo en serio.

—¿Sobre qué? —pregunté, notando que Bryce ya mostraba una expresión poco convincente.

Cooper cruzó los tobillos y se recostó sobre el sofá y Ashley simultáneamente. —Nos está contando historias de guerra.

—Es clasificado —bromeó Joey.

—¿Picnic? —pregunté, señalando las bolsas pequeñas de patatas fritas, vacías en el suelo, junto con unas cuantas latas vacías de refresco.

—Lo que necesitamos son las palomitas de maíz —dijo Ashley—. Joey es un tremendo narrador.

Joey hizo un sonido despreocupado con los labios en señal de protesta, y luego miró por la ventana.

—¿Algo por ahí fuera? —preguntó Bryce.

Joey asintió. —Uno cruzó la intersección antes. Probablemente recién convertida, dirigiéndose hacia la autopista.

Me estremecí. Quienquiera que fuera debía de haber sido mordida, de lo contrario ya hubiera estado en la autopista. —Me pregunto por qué es diferente.

—¿Qué es diferente? —preguntó Joey.

—El tiempo que les lleva cambiar. Para algunos es cuestión de días. Algunos solo horas.

Ashley se mordió la uña del pulgar. —Jill no murió de inmediato después de ser atacada, ¿no?

—Pero se puso muy enferma —señalé.

—Tal vez ellos... son reanimados tras un cierto período de tiempo después de su muerte —dijo—. ¿Cuánto tiempo había estado muerta Jill?

Me encogí de hombros. —¿Y qué tal con esa mujer de ahí arriba? ¿Anabeth? Ana... algo.

—Annabelle —dijo Cooper, mirando al suelo.

—Es diferente para todo el mundo —dijo Joey, el tono bromista había desaparecido de su voz—. Dijeron en la radio, justo antes de que dejaran de transmitir, que tenía que ver con la vacuna contra la gripe. A quienes se la inyectaron se convertían más rápido.

—¿Y la chica con la que estabas? —preguntó Bryce.

—Está muerta —dijo Joey en tono práctico.

Bryce no ahondó en el tema. En su lugar, se fue al escondite de alimentos y hurgó en él hasta que encontró lo que buscaba. Después de unos minutos, trajo dos emparedados de mantequilla de maní y dos latas tibias de Sprite.

—Te amo —dije, mordiendo el bocadillo. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que el olor de la mantequilla de maní me golpeó la nariz mientras me llevaba el bocadillo a la boca.

—Disfrútalo —dijo Bryce entre bocado y bocado—. Quién sabe si volveremos a comer pan de nuevo después de que se termine esta hogaza.

—Eso es deprimente —dijo Ashley—. Pero no tan deprimente como el chocolate.

Cooper hizo una mueca. —Solo espera a que se nos termine el papel sanitario.

Todos intercambiaron miradas.

—Esto es una mierda —dijo Ashley, y todos estuvimos de acuerdo.

* * *

Joey y yo nos sentamos en el centro del piso, a pocos metros de distancia el uno del otro. La casa en la que nos habíamos estado alojando podría haber sido la primera en ser construida en Shallot. Era más vieja que el resto, crujía y gemía como una abuela quejándose de sus articulaciones envejecidas. Los antiguos ocupantes definitivamente habían sido unos, deducido fácilmente porque casi todas las superficies y espacios en las paredes estaban cubiertos de marcos dispares. Protegidos detrás de una lámina de cristal, estaban sus seres queridos, congelados en cada edad, todavía vivos y sonrientes. Algunas de las fotos tenían décadas de antigüedad, algunas eran nuevas. Nos rodeaban, y una pared brillante y alegre retenía el infierno afuera.

Los brazos del sofá dorado estaban usados, igualando al resto de la casa. Los cojines del asiento estaban hundidos por los años de visitas de amigos y familiares. Me senté en el suelo porque se sentía mal sentarse en sus muebles. La casa no me pertenecía, aunque sus propietarios caminaran pesadamente sin rumbo por la autopista, olvidándose de todo lo que antes les importaba.

No estaba segura de qué pareja de ancianos de los de las fotografías eran los dueños de la casa, pero me gustaban. La casa que dejaron atrás me hizo sentir segura, el amor que dejaron atrás resultaba esperanzador. Los extraños de las fotografías estaban luchando su propia batalla para sobrevivir como lo hacíamos nosotros, y, probablemente, también para llegar los unos a los otros. Al menos eso era lo que quería creer.

El viento se levantó, moviendo la casa lo suficiente como para que los gemidos comenzaran de nuevo. Era misterioso, como los gemidos de los muertos cuando notaban una la presa y se entusiasmaban con la posibilidad de alimentarse. Aparte de eso, la noche fue tranquila. Incluso los movimientos de Joey parecían estar ausentes del sonido.

Bryce se había quedado dormido abajo varias horas antes. Traté de relajarme junto a él, pero mis ojos estaban abiertos como platos en la oscuridad mientras escuchaba y evaluaba todos los sonidos que hacía la vieja casa. Finalmente me quité las mantas y subí las escaleras del sótano, uniéndome a Joey en la sala de estar.

Había permanecido leal al lado de su grieta favorita en las tablas, intentando escrutar la oscuridad. Me encontré con el borde de una mesa, ahogando un grito, lo que lo impulsó a preguntar si estaba bien, y a una posterior oferta de compartir la luz en el medio de la habitación.

—Lo siento —dijo, sentado frente a mí—. No estoy seguro de si les atrae la luz.

Me encogí de hombros, a pesar de que no tenía sentido. Es probable que no pudiera ver el gesto. Todavía no sentía la necesidad de expresar mi respuesta, posiblemente por pasar tanto tiempo con Bryce, quien ya sabía mi siguiente pensamiento.

Nos sentamos allí sin hablar durante algún tiempo, ninguno de los dos incómodos por el silencio. Yo trataba de escuchar cualquier sonido que pudiera significar un problema, y asumí que él hacía lo mismo.

Su pelo estaba empezando a crecer, haciendo desaparecer ese raro corte de pelo a lo militar. La tenue luz me dio una excusa para estudiar su rostro, el mentón prominente con un leve sangrado en el medio, y su labio superior, que era pequeño en el lado fino. Tenía los ojos hundidos y libres de errores, pero no lo hacía poco atractivo. No estaba segura de que hubiera algo poco atractivo en él. Todo parecía quedarle bien y le hacía mucho mejor, un poco como la forma en que las imperfecciones le dan carácter a una casa.

El viento silbó entre los árboles, y un ruido sordo retumbó en la distancia.

—Mierda. ¿Eso es un trueno?

Joey asintió, señalando un par de veces con su pistola. —Hacia el sur de nosotros, creo.

Abrí una lata de castañas y metí una en mi boca. —No puedo dejar de preguntarme dónde está mi mamá. Si está bien. Me pregunto si alguna vez volverá aquí.

—¿Dónde está?

—Ella y mi padrastro se fueron a Belice.

—Oh.

—¿Te preguntas acerca de tus padres?

—Sí.

—¿Tus amigos de la secundaria?

—He estado fuera mucho tiempo. Me uní a la Fuerza Aérea al salir de la escuela. Se pierde contacto.

Hablar con él era tan frustrante. No ofrecía ninguna información adicional en absoluto. —¿No te preocupas por ellos? ¿Tus padres?

—Mi madre es la hija de una viuda de guerra, y luego se convirtió en una. Si alguien puede sobrevivir a esto, es ella.

—¿De verdad crees que lo logró?

—Somos de Carolina del Norte y las costas fueron las primeras en ser golpeadas. Hablé con ella mientras Dana estaba en el quirófano. Me informó de todo tipo de cosas locas que estaban sucediendo ahí abajo, pero estaba en la casa del vecino, y él es un ex marine de los duros. Yo creo que él la está manteniendo a salvo. Tengo que hacerlo.

—¿Todo el mundo que conoces es militar?

Él se rio y negó con la cabeza. —No todo el mundo. Vivía en Jacksonville. Justo al lado de Camp Lejeune, que resulta ser la base de marines más grande de la costa este. Yo diría que mamá tiene una buena oportunidad.

Sonreí. —Diría que tienes razón. Así que eres un marine, ¿no? Me voy a arriesgar y decir que no eres de la fuerza aérea.

Sonrió. —¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé. Cuando pienso en la fuerza aérea, pienso en un piloto larguirucho con gafas. Pareces más un soldado.

—¿Ah, sí?

—Si no deseas contestar, sólo dilo.

—Estoy disfrutando el comentario. De hecho pertenezco a la fuerza aérea. Soy un PJ.

—PJ. Supongo que no te refieres a la variedad de pijamas.

Se rio en voz baja. —No, de la variedad Pararescue⁷.

—Oh.

—“Oh”. Lo dices como si supieras lo que es.

—Tengo una idea —dije, tal vez un poco más a la defensiva de lo que hubiera querido.

—Está bien —dijo Joey, levantando las manos—. La mayoría de la gente no. Bueno, algunas personas no lo hacen.

—*Algunas personas*. Quieres decir chicas.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Rodé los ojos. —Oh. Eres uno de *esos* tipos.

Negó con la cabeza. —No lo soy. No me etiquetes así. Tengo mucho respeto por las...

—¿La chica que estaba en tu camión? —dije, observando su reacción.

—Dana. —Sus cejas se juntaron y comenzó a toquetearse las botas—. Acababa de regresar y nuestros amigos hicieron una fiesta de bienvenida. Fue una estupidez. Debería haber solo... Debería haberme quedado en casa con ella. Disfrutarla. De todos modos ella era la única a la que quería ver.

—Ella era tuya.

Asintió y estiró los labios hacia un lado, luego levantó la vista rápidamente e inhaló. —Sí. Fue atacada después de la fiesta; se puso muy enferma.

—¿Es por eso que estaba con la bata de hospital?

—Tenía una cita para algún tipo de examen. El resultado no fue bueno. Perdió como diez kilos en un par de días, así que lo supe... Sabía que ella... Se la llevaron directamente al quirófano. La iba a esperar todo el tiempo que fuera necesario, ya sabes. Lo hubiera hecho —dijo, asintiendo—, pero se había ido por menos de una hora. La abrieron y la cerraron. Su interior estaba muerto. No había nada que pudieran hacer. — Observé cómo se repetía el recuerdo en su cabeza, y luego su rostro se comprimió, su dolor llenó la habitación, dejando apenas espacio para respirar—. No mucho tiempo después, se despertó en el hospital y se volvió loca. Esas cosas corrían atacando a la gente, y después de la llamada de teléfono a mi mamá, sabía lo que estaba pasando. No sabía qué otra cosa hacer. Recogí a Dana y corrí. El maldito camión se quedó sin gasolina en las afueras de Fairview, así que la sostuve. Ella recobraba la consciencia y la perdía con frecuencia, pero cuando la recuperó... el dolor era espantoso. La habían engrapado. Un trabajo bien malo. Pensaron que en unas horas no le importaría. Yo había visto a un montón de gente regresar como esas cosas mientras sostenía a Dana en el camión, así que cuando ella se fue... cuando ella se fue, sabía que tenía que acabar con su miseria. Tenía mi Glock bajo el asiento.

Se apretó el cañón de la pistola contra la sien, claramente intentando deshacerse de ese pensamiento.

—Eso es horrible.

⁷ Pararescue: Una unidad de la alta élite, altamente selectiva, de operaciones especiales dentro de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Sus ojos se levantaron del suelo, inmediatamente alejándose de la horrible pesadilla de su cabeza. —He hecho dos viajes de servicio. He visto extremidades arrancadas, los huesos sobresaliendo... aplastados, he visto los cuerpos incompletos de niños traídos dentro y fuera de mi helicóptero. He visto los intestinos en el exterior del cuerpo de un hombre más de una vez. He visto ojos colgando de sus órbitas. He visto a hombres adultos que gritan y piden a sus madres que los salven de la muerte que saben que está a sólo unos minutos. *He visto* lo horrible. La mujer con la que quería pasar el resto de mi vida murió en mis brazos, y luego otra vez cuando le puse una bala en el cerebro. Eso fue jodidamente horrible.

Miré a Joey, no podía decir nada. Cada palabra que había pronunciado, y cada visión que venía con ellas crepitaba como si hubieran sido marcadas en mi cerebro. Tenía ganas de llorar, o vomitar, o huir. Pero en vez de eso, lancé todo mi cuerpo hacia el extraño frente a mí y lo apreté contra mi pecho. Mis dedos se aferraron a su camiseta, esperando que mientras más fuerte lo sostuviera, menor sería el dolor que sentiría. Su barbilla se clavó en la parte tierna entre la clavícula y el músculo de mi hombro, pero ese dolor no significaba nada al lado del suyo. Después de la sorpresa inicial, me sostuvo también, y todo su cuerpo tembló mientras lloraba la pérdida de tantas cosas. Cuando su agarre se hizo demasiado fuerte, seguí aguantando, dejándole hacer lo que se necesitaba para finalmente llorar en duelo.

Cuando me soltó, simplemente asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y se levantó, acercándose a la ventana para volver a su puesto.

El espacio entre nosotros era repentinamente espeso y lleno de energía, pero no de la buena. Ese momento, aunque inocente, fue más íntimo de lo que debería haber sido, y ninguno de los dos se dio cuenta hasta que hubo pasado. Estar en su presencia era de pronto insoportablemente incómodo. —Esto... uh... me voy a la cama —dije, susurrando por lo bajo, dudando que Joey pudiera oírlo. Esa declaración de repente también sonó inadecuada, y me encogí, esperando que él no creyera que se trataba de una invitación.

Me di la vuelta, levantándome del piso, chocando con una figura de pie en la puerta. Di un grito ahogado, pero me relajé al reconocer a Bryce. El alivio no duró mucho cuando vi la expresión de su cara. Ni siquiera me miraba. En su lugar, estaba ocupado perforando un agujero en la parte posterior de la cabeza de Joey.

—Ven, vamos a la cama —dije, tirando de Bryce escaleras abajo.

Sus dedos estaban tensos, como si estuviera sosteniendo un carbón caliente en lugar de una mano. Se tumbó en la cama junto a mí, pero solo porque no tenía otro lugar a donde ir, no porque quisiera. No tuvo que decirlo, la traición que sintió irradiaba de él como el calor en una carretera asfaltada. No tenía ni idea de qué hora era, pero comenzar una discusión que podría llevar a algo más complicado en medio de la noche no era atractivo para mí, así que cerré los ojos y recé para que las paredes que crujían no me mantuvieran despierta.

No importaba lo que dijera, convencer a Bryce de que un abrazo tan íntimo no era lo que parecía sería difícil cuando se hubiera calmado e imposible cuando estaba tan enojado. Apenas unas horas antes, él había compartido conmigo su desprecio hacia el hombre al que acababa de tener con tanta fuerza en mis brazos. Me pregunté en ese momento si Bryce hubiera preferido haber estado afuera, en la oscuridad, con los muertos, en vez de yacer junto a mí.

17

Nathan

Traducido por Adriana Tate.

Corregido por Melizza

—Buenos días —dijo Walter, saludando a los chicos con el rifle en la mano.

Miranda trabajó para producir una sonrisa, lucía cansada y de mal humor. —Este es mi novio, Bryce. Ese es Cooper.

Los saludé con la cabeza.

—Ahora que las cortesías han terminado —dijo Walter, señalando hacia la estación—, parece que tenemos una situación.

Era obvio por qué tenían problemas. Dos infectados se hallaban dentro de la estación, empujando con entusiasmo contra las puertas dobles de cristal. Uno de ellos era una niña, no mucho mayor que Zoe.

—Sí —dijo Cooper, frotándose la nuca nerviosamente—. Nos hemos encontrado con ellos antes.

—Deberían ser solo dos —dijo Bryce—. A menos que más deambulen dentro. Derribé a un hombre. Debería estar todavía tirado en la caja registradora.

Walter les hizo señas a los chicos para que lo siguieran. —Mejor déjanos a nosotros encargarnos de esto, no quiero que pienses en esto cada vez que veas a Zoe.

Independientemente de lo cobarde que pude haber parecido, me giré de espaldas y traté de no escuchar mientras Walter y los chicos eliminaban a los infectados dentro de la gasolinera. Miranda mantuvo un ojo en la situación, pero Ashley hizo lo mismo que yo y miró hacia otro lado.

—Despejado —dijo el soldado. La jerga y el tono confirmaron mis sospechas.

Me quedé con las chicas mientras Walter los ayudaba a buscar un interruptor para encender la bomba. Era una suerte que el dueño se opusiera a la nueva tecnología. No estaba seguro de si podríamos haber conseguido que funcionara si hubiera sido uno de los más nuevos.

—¡Está bien! —dijo Walter—. ¡Empuja hacia arriba la palanca y escúchala!

—¿Escuchar qué? —dijo Miranda.

Tire de la palanca y los surtidores zumbaron. —Eso.

Con una gran sonrisa, Miranda comenzó a bombear la gasolina y Ashley abrió el maletero y sacó tres grandes botes de combustible.

—¡Lo logramos! —le dijo Miranda a su novio.

Él corrió a su lado y luego entrelazo los dedos en la parte superior de su cabeza cuando lo vio por sí mismo. —Oh, gracias a Dios.

—Voy a buscar mi auto y a llenarlo también, y luego podemos seguir nuestro camino. Puedes subir a la casa y esperar una vez que hayas terminado aquí. Carga lo que puedas.

Miranda asintió. —Lo haré.

Todos rebotaban y sonrían, emocionados porque nos iríamos pronto. Una vez que caminé rápido hasta la casa de Walter, saludé a Joy y Zoe, y luego subí a mi auto, el cual todavía se encontraba estacionado en medio de un callejón sin salida.

—Voy a llenar el depósito y luego volveré para buscarte.

Zoe sonrió.

—Te empacaré unas cuantas cosas —dijo Joy. También sonreía, pero sus ojos se veían cargados de tristeza.

Bryce remataba el último combustible que pudo cuando llegué. Pasé a Walter en el camino. No levantó la vista. Imaginé que probablemente también se sentía triste, y la responsabilidad de haber sobrevivido solo pesaba sobre él. La culpa quemaba mis entrañas, pero no lo suficiente como para influir en mi decisión. Podrían venir con nosotros o le podríamos pedir permiso al doctor y luego regresar a por ellos. Las cosas no se encontraban tan mal en Shallot como para que no pudieran sobrevivir durante uno o dos días. Al menos, siempre y cuando los infectados estuvieran deambulando por la carretera en lugar de la ciudad.

Bryce colocó el último bote de gasolina en el maletero y luego se reunieron en el vocho. Ashley se encorvó en el asiento trasero, sentándose con los dos, Cooper y el soldado. Se veían incómodos como el infierno.

Miranda sonrió. —Nos encontraremos en donde Walter.

—¿Uno o dos de ustedes quieren venir conmigo? Parece un poco apretado ahí.

Miranda miró al chico en el asiento del copiloto y luego a los que se hallaban detrás de ella. —Sí, apuesto a que Joey encajaría mejor en tu auto.

Joey levantó la mano. —Joey.

—Es un placer conocerte —dije con un guiño.

Salieron del estacionamiento a la calle y tiré de la palanca del surtidor, esperando oír el sonido del click. No sonó. Corrí hacia la estación y subí lo que creí que era el interruptor, porque no me hallaba ahí cuando Walter se lo enseñó a los chicos, así que no estaba seguro cuál era.

Apenas había atravesado el estacionamiento y salido a la calle cuando vi a un infectado solo a una cuadra encaminándose hacia la carretera. Giré sobre mis talones y corrí de regreso a mi auto, extendiendo mi mano para sacar el saco de armas que Skeeter me había dado.

Skeeter. Mientras regresaba, pensé en mi hermano y mi cuñada. Probablemente los dos habían muerto a estas alturas. Probablemente Aubrey también; los padres de

Aubrey y Skeeter llevaban muertos ya varios años, pero saber que todos ellos se estaban muertos hacía la situación aún más triste. Zoe era la única que quedaba.

Cuando me acerqué al porche, Walter sonrió. —¿Olvidaste algo? —dijo, señalando con la cabeza hacia mi auto, que todavía se hallaba parado junto a la bomba.

Me reí una vez, feliz por la distracción. Walter y Joy eran buenas personas. Que cambiaran de opinión sobre unirse a nosotros en casa del doctor todavía era una posibilidad. Una vez que tuviera a Zoe instalada, tenía decidido volver a por ellos.

—El surtidor no se enciende.

—¿No? —dijo Walter—. Puedo regresar allí para ver cuál es el problema.

—¿Me harías el favor?

Walter bajó los escalones del porche, asegurándose de utilizar la barandilla. —No es como si tuviera algo mejor que hacer, hijo.

Miranda se estacionó en el frente de la casa de Walter y luego ella y su grupo se detuvieron alrededor del Volkswagen, discutiendo su próximo movimiento. Joy y Zoe acababan de salir de nuevo al porche, Zoe con una pequeña bolsa colgada de su hombro. Walter y yo apenas habíamos acabado de salir a la calle cuando se oyeron disparos. Los oíamos en la distancia todos los días, pero esta vez se escuchaban más cerca. Mucho más cerca. Poco después, el ruido del motor de un auto acelerando se hizo eco a través de las silenciosas calles, y luego un auto se acercó a toda velocidad por la calle principal de la carretera, coleando fuera de control.

—¡Papi! —gritó Zoe justo cuando el auto chocó de forma fronto-lateral contra el mío, ambos chocando contra los surtidores.

Una gran explosión, acompañada de un gran estruendo, tuvo lugar inmediatamente en la gasolinera. Tan pronto como la bola de fuego viajó a la atmósfera, los vehículos calcinados fueron visibles solo por un momento antes de que el espeso humo negro e incluso más fuego saliera disparado de donde antes se hallaban los surtidores.

—¿Qué hacemos? —dijo Joy, a través de las manos que cubrían su boca.

Los chicos todavía se encontraban parados al lado de su auto, impresionados, y mis manos estaban en mi cabeza, mis dedos anudados en mi cabello. —¡No! ¡No! —grité por segunda vez, totalmente incrédulo. Sabía que mi auto se había ido, pero con cada segundo que pasaba, la comprensión de todo lo que significaba estar sin un auto se hacía más real. Estábamos atrapados, incapaces de viajar a pie, y peor, cada infectado que seguía en la carretera sería atraído de vuelta a la ciudad por la explosión.

Justo cuando el pensamiento me pasó por la cabeza, vi al primer infectado. Uno tras otro se tropezaban por la calle, hasta que el irregular patrón se convirtió en grupos y luego en un ejército de muertos vivientes, moviéndose como una unidad, hacia la calle.

—¿Nathan? —dijo Miranda, con una congelada expresión de miedo por la vista. Metió la mano dentro de su auto y sacó un rifle. Los otros hicieron lo mismo antes de retirarse lentamente hacia el porche, manteniendo sus ojos en el sucio y sangriento desfile.

—Muévase lentamente —advirtió Walter en voz baja mientras él y yo retrocedíamos de la calle hacia la casa—. Que no dirijan su atención hacia aquí.

Los chicos al menos eran lo suficientemente inteligentes como para no hacer movimientos bruscos. Miré a Zoe, que miraba con la cara en blanco como si fuera algo que hubiese visto cientos de veces antes. Como un acto reflejo, pensé en hablar de su falta de reacción en la próxima sesión de terapia de Zoe, pero no habría más consejeros, o evaluaciones o planes de PEI⁸.

Parecía como si, una vez que nos dimos cuenta de que Zoe no era como los otros niños, nuestras vidas hubieran sido consumidas por reuniones y citas médicas, planes de atención y manejo de conducta. La vida era bastante difícil para aquellos que podíamos procesar el estrés y la estimulación normalmente. Incluso cuando teníamos lo que parecía herramientas ilimitadas para ayudar a Zoe a salir o dirigir los ataques, la vida nunca sería fácil para ella. Un pánico diferente surgió, uno del que no podíamos huir: esas cosas que tomamos por sentado ya no se hallaban disponibles. El reconocimiento de esa verdad hizo que una ola de miedo me invadiera. Zoe se desarrollaba en rutina y se encontraba sin tratamiento durante esta aniquilación de todo lo conocido. Una plaga que podría durar meses o años... o para siempre. Zoe tendría que sobrevivir a ambos.

—Podemos esperar abajo —dijo Walter, regresándome al problema actual. La ruptura de su voz indicaba que ni siquiera él creía en sus palabras.

Sujeté la bolsa en mi mano, agradecido de haberla tomado del auto. —No podemos quedarnos aquí, Walter. Con todas esas cosas en la ciudad, no es seguro.

Los ojos de Walter me abandonaron y se fijaron en los de su esposa, resignado. —Maldita sea. Maldita sean esas cosas.

Todos nos retiramos dentro de la casa, Joy salió en desbandada alrededor para empacar y los chicos se pararon al lado de la ventana para vigilar. Miranda y Ashley ayudaron a Joy a colocar la mayor cantidad de alimentos que podían llevar en los bolsos y luego nos encontramos en la cocina.

—No... tengo suficiente espacio en mi auto —dijo Miranda.

—Mi Taurus está en el garaje —dijo Walter, agarrando un juego de llaves que colgaban de un clavo en la pared. El llavero hecho de varios colores delectaba la palabra “Orlando”.

—Está bien, Zoe y yo iremos con Walter y Joy. Problema resuelto.

Miranda asintió nerviosamente.

—Están empezando a desplegarse —dijo Bryce.

Un ahogado ladrido agudo vino de la puerta del al lado y todos nos paralizamos.

Joy palideció. —Querido Jesús, es Princesa.

Bryce y Cooper se apoyaron contra las ventanas para conseguir un mejor vistazo. Princesa seguía ladrando efusivamente a la horripilante procesión. No pasó mucho tiempo para que el primero de ellos notara los ladridos y girará lejos de los demás.

—No podemos esperar —dijo Bryce—. Tenemos que irnos ahora antes de que más vengan a este callejón sin salida.

Miranda asintió y luego miró hacia mí. —Tiene razón, Nate. Es hora de irnos.

—¿Pero qué hay de Princesa? —preguntó Zoe.

⁸ Programa Educativo Individualizado.

Joy se agachó hacia Zoe con lágrimas en los ojos. —Vamos a volver por ella, cariño.

Walter le tendió la mano a su esposa y lo seguimos hasta el garaje. Miranda y Joey levantaron la puerta del garaje mientras Ashley y Bryce cargaban los bolsos de Joy en el maletero. Zoe y yo nos sentamos en el asiento trasero del Taurus y esperamos por Walter para arrancar el auto. Después de unos segundos, el motor hizo un zumbido enfermizo y Walter se giró hacia mí.

—¿Walter? —dije.

—Yo... no lo sé. Simplemente cambié el aceite y el filtro pensando que nos diríamos a ver a Darla.

—Inténtalo de nuevo —dije, tratando de mantener mi voz calmada.

—¡Ya vienen! —gritó Ashley.

—Mierda. ¡Mierda! —gritó Cooper, tirando de Ashley hacia la casa.

Walter intentó encenderlo otra vez, pero esta vez el motor del Taurus ni siquiera se encendió. —T... tal vez es el eh... alternador. Tuve problemas con él el año pasado.

—¡No tenemos tiempo de averiguarlo, vamos! —dije, abriendo la puerta y tirando de Zoe conmigo.

Bryce y Joey ya peleaban con algunos infectados para cuando llegamos adentro. Un tiro fue disparado y luego ellos se encontraban adentro con nosotros.

Cooper tenía una mirada de asombro en su rostro. —Lo siento —dijo, con una pistola en su mano—. Casi muerde a Joey.

Corrí hacia la ventana. Más llenaban la calle. Los ladridos de Princesa fueron aún más agudos cuando un infectado subió por su porche y pateó la ventana en donde se encontraba. Bryce y Miranda colocaron el refrigerador enfrente de la puerta de la cocina que daba al garaje. Una docena de más infectados se encontraban dentro y alrededor del porche, golpeando la puerta del frente y las ventanas. Los vidrios se rompieron y tiré a Zoe sobre mi hombro. —¡Los dormitorios! ¡Salgamos por atrás!

Cuando llegamos a los dormitorios, los chicos colocaron el tocador enfrente de la puerta del dormitorio y Joy colocó una larga estaca de madera en la parte superior de la puerta corrediza. Se puso de pie e inmediatamente entró en pánico.

—¿Walter? ¡Walter! —gritó.

Walter se hallaba parado en la otra puerta del patio, haciendo todo lo posible por deslizar el vidrio. Él de alguna manera había ido por un camino cuando nosotros fuimos por otro y a diferencia de nosotros, no tenía a nadie con él para que obstruyera la puerta del dormitorio mientras trataba de escapar por el patio trasero. Un grupo de infectados apareció detrás de él, sus ojos se abrieron como platos mientras lo rasgaban, pero seguía tratando de arañar la puerta, dándose cuenta muy tarde de que había fallado quitando el bloque de madera que tenían puesto ahí por protección.

Joy se encontraba justo detrás de mí y sus fuertes gritos por su esposo hicieron que mi oído derecho zumbara. Un infectado lo aplastó contra el vidrio, mordiéndolo. Gritó, y el sonido, aunque ahogado, me puso los pelos de la nuca de punta.

—¡Walter! —chilló Joy con lágrimas corriendo por su rostro. Arañó el vidrio y luego abrió la puerta. Corrió hacia la puerta adyacente, trabajando con pánico para liberar a su esposo.

—¡Joy! ¡Joy! ¡Joy! —chilló Zoe, estirando la mano por su amiga. Sus palabras rebotaron mientras cada uno de mis pies tocaban el suelo. Me aferré a mi hija, apretándola, con miedo a que se zafara.

Joey abrió la puerta trasera de la cerca y llevó a los chicos hacia el vocho.

Los vi entrar y luego Bryce cerró la puerta.

Fue entonces cuando reconocí nuestro destino. —Por favor, tómala a ella —dije, parándome en la puerta del copiloto.

Miranda encendió el auto.

Bryce miró más allá de nosotros, a lo que seguro era una multitud de infectados dirigiéndose en nuestra dirección. —No tenemos espacio. Lo siento.

—¡Papi, no! —gritó Zoe. Empuñando sus puños, agarrando mi camisa con sus pequeñas manos con tanta fuerza que sus brazos temblaban.

—¡Por favor! —dije, mirando directamente a los ojos de Miranda—. No tengo manera de sacarla de aquí. Es pequeña. Entrará.

Miranda miró a Bryce. Él negó con la cabeza. —Vámonos Miranda. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

Ella colocó la marcha para arrancar, y entonces Cooper empujó a Bryce hacia delante y tomó la manija. Tan pronto como llegó a ella, abrió la puerta y saltó.

—¿Qué estás haciendo? —lloró Ashley.

—Ella puede tener mi asiento —le dijo Cooper a Bryce.

—Coop, no —dijo Bryce, sus ojos se ensancharon a lo que sea que pasará detrás de nosotros—. No tenemos tiempo para esto, ¡vámonos!

Cooper arrancó a Zoe de mi agarré con una mano y con la otra inclinó el asiento de Bryce hacia delante, colocando a Zoe en el asiento. Ella luchaba con él, pero Joey la agarró. Cooper cerró la puerta.

—Puedo ayudar a Nathan a llegar a Red Hill.

—¡Son diez kilómetros desde aquí, Coop! ¡No! —dijo Ashley, apretujándose entre los asientos de adelante para llegar hasta él.

—¡Papi! —dijo Zoe, inclinándose lejos de Joey.

—Te veré pronto, cariño. Está bien. Papi te verá pronto.

Cooper tocó mi hombro. —Conozco el camino, Zoe. Te prometo que lo llevaré allí, ¿de acuerdo? No te preocupes.

—¡Tenemos que irnos! —dijo Bryce—. ¡Por cualquiera de nosotros que tenemos una oportunidad, tenemos que irnos ahora mismo, Miranda!

El rostro de Miranda se arrugo, distorsionado por la culpa. —Corre rápido, Coop.

Cooper asintió y le guiñó un ojo a Ashley. —Puedo hacer diez kilómetros en una hora, bebé. Sin problema.

—¡No lo dejes, Miranda, por favor! —rogó Ashley, extendiendo su mano hacia él—. ¡No, por favor! ¡Por favor! ¡No! —Sus gritos se iban perdiendo a medida que se alejaban.

Cooper alzó su arma y disparó detrás de mí. Me giré, observando a un infectado caer al suelo.

—Estaba en todo estado en la secundaria. Era el hombre a derribar en la universidad. Espero que puedas correr, Nathan, porque le hice una promesa a Zoe.

Asentí. —Yo también.

RED HILL

Jamie McGuire



18

Scarlet

Traducido por Sofi Fullbuster & Blaire2015

Corregido por CrisCras

Las polillas y los brillantes bichos se balanceaban y deslizaban por encima de la pradera, no muy lejos de mí. Me senté en el peldaño superior de la cubierta de madera que hacía de porche delantero, alejando los mosquitos que zumbaban en mis oídos. La cima de la roja y sucia carretera por la que Jenna y Halle podrían estar caminando brillaba, iluminada por la puesta de sol. Había tantas variables para que lograran refugiarse en la seguridad de Red Hill. ¿Qué si Andrew no regresó a casa para ver el mensaje que pinté con spray en la pared? ¿Qué si las niñas estaban demasiado molestas como para saber lo que significaba? ¿Qué si habían olvidado la canción de Halle? Llevar esas preguntas conmigo día y noche me ahogaba y hacía demasiado fácil que me cansara, por lo que me mantenía ocupada limpiando la casa, lista para la llegada de las niñas.

Con los postes de madera y el sedal que había encontrado en el granero, encordelé un primitivo sistema de alarma alrededor del perímetro. La tierra aún seguía lo suficientemente húmeda debido a la lluvia previa de la noche como para empujar fácilmente los postes en el suelo. En sólo medio día, avancé a través de la tierra, enrollando el cordel alrededor de los postes, haciendo agujeros en latas y colgándolas en la cuerda antes de moverla un poco hacia abajo para comenzar todo el proceso de nuevo. La cuerda se encontraba lo suficientemente lejos de la casa, así si estaba despierta en la noche, tendría tiempo de agarrar un arma y defenderme. Amarrar la cuerda fue fácil, era tratar de desvelarme, esperar que algo agitara las latas, lo que era difícil.

Seis días después de que el mundo hubiera terminado, las cuerdas no habían tintineado ni una vez. Los pocos caminantes que se acercaban permanecían en la carretera por alguna razón. Tal vez ya se habían acercado a otras casas y aprendieron que un edificio no necesariamente significaba comida. Si permanecía en silencio, la mayoría no me molestaba.

Me senté en el porche, consciente de que un hermoso atardecer era visible desde la parte trasera de la casa, pero cuando no estaba revisando los listones de madera que había clavado en las ventanas, comiendo, durmiendo o practicando con las pistolas del doctor Hayes, observaba la roja carretera de tierra, esperando que el auto de Andrew entrara en un apuro por llegar a su destino, o que las cabezas de mis bebés se alzaran por encima de la colina, elevándose aún más con cada paso. Imaginé ese momento unas cien veces al día: estarían agotadas y sucias, pero vivas. Ni siquiera me importaba que su llegada significara vivir con Andrew de nuevo. Si eso significaba tener a mis bebés, le daría la bienvenida.

Cada noche, mis esperanzas se frustraban y mi corazón se rompía. No me rendía hasta que estaba demasiado oscuro como para un viaje seguro. Cerca de esa hora era cuando las lágrimas venían. Picoteé con la pequeña rama en mi mano, luchando contra la desesperación y la impotencia que me agobiaban.

Más temprano ese día, creí escuchar un trueno, el sonido hizo eco desde el este, pero las nubes de tormenta se encontraban en el oeste. Al principio, pensé que había imaginado el ruido, pero luego una columna de humo se elevó lentamente por encima de la línea de árboles. Recé a Dios que fuera lo que fuera, no tuviera nada que ver con Jenna y Halle.

Cuando escuché el ruido acercándose por la colina, directamente por el frente de la casa, confié en mis oídos. Una voz gritaba a intervalos. Luego, otra comenzó a responder. Estreché los ojos, y luego mi corazón brincó al ver dos cabezas moviéndose de arriba abajo por encima de la alta pradera. Cuando dos hombres aparecieron, me levanté. Cuando una multitud de caminantes siguiéndolos apareció justo detrás de ellos cuando se alejaron de la colina, maldije entre dientes y entré en la casa.

—¡Ayúdenos! —gritó uno de los hombres. Agarré el rifle de caza del doctor Hayes y miré a través de la mira. El primero de los hombres era joven, tal vez en la adolescencia o entrado en los veinte. El otro era una cabeza más alto, pero mayor, tal vez en la treintena, como yo, su greñudo cabello oscuro balanceándose mientras corría. Llevaba un traje y una corbata aflojada, mientras que el más joven llevaba una camiseta, unos tejanos y un par de botas. Las botas no lo retrasaban. Probablemente había estado corriendo por kilómetros y aún se las arreglaba para mantener un exhaustivo ritmo. El hombre más mayor no se encontraba muy por detrás de él, resoplando y empapado en sudor.

Incliné el rifle y apunté al caminante más cercano. —¡Mierda! —dije, a sabiendas de lo que el ruido conllevaría, y que podría atraer a más caminante de los dos pueblos siguientes. Tiré del gatillo y eliminé a la maldita cosa. Los hombres, sin desacelerar, se cubrieron la cabeza y se agacharon. El ritmo de los caminantes iba entre caminar y trotar. El hombre más viejo iba al menos a cuatro metros por delante de los caminantes más rápidos, pero se dirigían directamente al rancho.

—¡No nos dispare! ¡Soy yo! —dijo el hombre más joven, moviendo sus brazos en el aire.

¿De qué demonios está hablando? Asumí que sólo estaba asustado y hablaba tonterías. Recargué y luego disparé al siguiente caminante en la línea. Fallé. Mi corazón comenzó a martillar contra mi caja torácica. Había traído una caja de municiones al porche conmigo, pero al menos treinta caminantes habían seguidos a esos hombres por la cima de la colina. Seis días de práctica no me hacían exactamente un tirador.

El hombre más joven se enredó en el sedal, y mientras más trataba de quitárselo, más se enredaba. El otro hombre lanzó un vistazo detrás de él para comprobar a los caminantes antes de detenerse y tratar de ayudarlo.

—¡Tienes que estar jodiéndome! —dije, fijando el rifle contra mi hombro y mirando a través de la mira. Traté de no apresurarme, pero media docena de caminantes estarían sobre ellos en cinco segundos. Jalé el gatillo y sentí el arma retroceder contra mi hueso. El primero cayó, perdí al segundo pero le di al tercer tiro, y los otros dos parecieron entrar directamente en mi línea de visión. Antes de necesitar disparar por sexta vez, el chico estaba libre y corrían a toda velocidad hacia la casa.

—¿Dónde está el micrófono oculto? —preguntó el hombre más joven, confundido al verme.

Incliné la cabeza hacia la casa. —Te lo explicaré después. Hay rifles en el sofá. Agarra uno y trae tú trasero aquí. Van a llegar a la puerta delantera en un minuto. —Miré a través de la mira y seguí disparando. Pronto, había dos fuentes más de disparos, uno a cada lado mío.

Para el momento en que llegaron al sedal, la multitud parecía más como un grupo pequeño. Los ruidosos estruendos de nuestros rifles parecían haber encontrado un ritmo. Más tarde, nos consideraría afortunados debido a que ambos hombres sabían cómo disparar un arma. No era algo que preguntaría en ese momento.

Seguimos disparando hasta que todos habían caído. Observé a los caminantes por un momento, asegurándome de que todos estuvieran muertos. Después de un minuto sin ningún movimiento, encontré la mirada de los desconcertados hombres a cada lado mío. Retrocedí hasta la puerta y apunté en su dirección, sólo en caso de que notasen que me encontraba sola y pudiesen robarme... o algo peor.

—Mi nombre es Stanley Cooper. Soy el novio de Ashley. ¿La has visto? ¿Han estado aquí? —Antes de que pudiera responder, el chico comenzó a entrar en pánico, frotando la parte trasera de su cuello y mirando alrededor—. No están aquí, Nate. No lo lograron.

Dándose cuenta de la situación, Nate miró mi arma por una fracción de segundo antes de mirar hacia la carretera. Sus ojos se estrecharon, centrándose en la cima de la roja carretera de tierra con la misma expresión desesperada e ilusionada en su rostro que había tenido yo por los pasados seis días.

—Bien, nos dirigiremos hacia la carretera y los buscaremos —dijo Nate.

—Espera —dije, bajando un poco el final del rifle—. ¿Ashley Hayes?

—¡Sí! —dijo Stanley—. ¿La has visto?

—No.

Su rostro cayó mientras el último rayo de esperanza que le había dado desaparecía. —¡Deberían haber estado aquí ya!

—Casi ha oscurecido —dije—. No deberían irse. Saldrán más por la noche.

Stanley entrelazó los dedos encima de su cabeza, después de un breve momento de deliberación, miró a Nate. —Voy a ir.

Nate asintió y luego me miró. —¿Tienes algunas linternas que pudiéramos pedir prestadas?

Asentí, y dirigiéndome hacia la cocina, agarré una linterna de debajo del fregadero, luego tomé otra del baño, y regresé al porche. Ambos me arrebataron las linternas.

Nate respiró profundamente. Estaba exhausto, pero por alguna razón, se sentía igual de ansioso por encontrar a Ashley. —Traeremos de regreso las armas.

No respondí, a sabiendas de que no debería decir lo que realmente creía: No lo lograrían. Deambular en la oscuridad era una muerte segura. Estreché los ojos, mirando hacia la carretera a donde se dirigirían. Apenas visible en la tenue luz, una nube de polvo rojo se extendía sobre la carretera. —Esperen. ¡Esperen! ¡Miren! —dije, señalando el camino.

Nata y Stanley sólo habían bajado del porche para comenzar a correr cuando miraron hacia el vocho blanco que se acercaba por la colina. Se movió por el camino como si estuviera siendo cazado, balanceándose en cada curva antes de detenerse.

Stanley corrió hacia un lado del auto y Nate al otro. El conductor era Miranda, la hermana de Ashley, y su novio, Bryce, salió del lado del pasajero. Sólo lo había visto una vez. Nunca había conocido a Stanley, y mientras lo observaba sacar a Ashley del asiento trasero, me pregunté si era un nuevo novio. Recordé que el doctor Hayley siempre llamaba al novio de Ashley por un nombre diferente.

Ashley estaba casi histérica, gimiendo y arañando la camiseta de Stanley. Sus ojos estaban hinchados y rojos, húmedos por las lágrimas que había llorado mientras se encontraban separados. Nate se inclinó hacia delante y sacó una pequeña niña del asiento trasero. Ella envolvió sus brazos y piernas alrededor de él tan bien como podía mientras la sostenía, llorando silenciosamente, claramente emocionalmente cansada. Mi pecho ardió ante la visión de ella. Era casi de la altura de Halle, y supe inmediatamente que le pertenecía a Nate. Verlos reunirse hizo que la necesidad de ver a mis hijas fuera insoportable.

Otro hombre, uno más alto que todos menos que Bryce, salió del asiento trasero. Escaneó la casa con ojos cautelosos, haciéndome sentir inquieta. Era diferente de los otros. Se movía diferente, y sus ojos lo registraban todo.

—¿Dónde han estado? —dijo Stanley.

El rostro de Miranda se volvió, instantáneamente molesto. —Nos hizo esperar en la esquina junto a la torre de agua. Finalmente hice que aceptara dejarnos salir en la oscuridad.

La cabeza de Stanley se movió para mirar a Ashley. —Te dije que te encontraría aquí —la regañó—. Tenía más sentido que tomáramos un atajo. ¿Por qué esperarías en la carretera? ¿Estás loca?

Más lágrimas rodaron por las mejillas enrojecidas de Ashley.

Miranda arqueó una ceja. —Eso fue lo que le dije. ¿Podríamos haber estado aquí con papá y sin escuchar a Zoe volverse loca por las pasadas cuatro horas!

Nate abrazó a su hija fuertemente.

El hombre sin nombre sonrió. Se destacaba más que los otros. Sólo mirarlo hizo que mis dedos se apretaran alrededor del rifle más duramente. Su pecho sobresalía de su camiseta blanca manchada de sangre. Las manchas rojas también salpicaban sus tejanos, variando entre motas a grandes manchas. —¿Acaban de llegar? —Claramente no estaba impresionado con su tiempo.

Stanley asintió hacia la cima de la colina, al desastre de cuerpos en el patio. —No llegamos por la ruta directa, y teníamos compañía. Corrimos por las colinas y un riachuelo. Lo que fue bastante difícil. Tratamos de alejar a los que nos atraparon en la casa, pero luego encontramos más. Y Nathan tuvo que descansar unas cuantas veces.

Oh. Su nombre era *Nathan*. Ese le quedaba mejor, de todas formas.

—¿De dónde vienen?

Nathan dejó de susurrarle cosas al oído de su hija. —Shallot. Está a casi dieciséis kilómetros de aquí.

Miré alrededor, cogí la linterna de Nathan y troté hacia el sedal. Los caminantes lo habían aflojado y en algunas secciones se había caído. Tiré de la cuerda que uno de los caminantes tenía en sus tobillos y luego la volví a envolver en los postes, tensándola.

El pensamiento de empujar a los caminantes caídos al campo y quemarlos cruzó por mi mente, pero ya casi anoecería. Resignada a dejar eso para el día siguiente, troté hacia los otros dentro de la casa.

Miranda me encontró en la puerta. —¿Dónde está mi padre?

Miré hacia Ashley. Las hermanas ya habían pasado un infierno, y odiaba empeorarlo. Sólo sacudí la cabeza un poco, incapaz de decir las palabras.

Miranda alzó la barbilla. —¿Qué?

—Cuando llegué, estaba... Leah había... los enterré. Junto al árbol.

Miranda giró sobre sus talones, corrió a través de la sala de estar y la cocina hacia la despensa, y abrió de golpe la puerta. Bryce la siguió. Caminé hacia la ventana y los observé por entre los listones de madera. Miranda cayó sobre sus rodillas y se cubrió el rostro; Bryce comenzó a tocar su rostro, pero luego actuó como si no pudiera decidir dónde poner su mano, por lo que finalmente la puso en su propio cuello. Se paseó de un lado a otro, ofreciéndole palabras de consolación.

Ashley respiraba y lloraba silenciosamente, probablemente ya había llorado demasiado.

—Debería entrar —dijo suavemente—. No es seguro estar afuera.

—Gracias —dijo Nathan. Su voz sonaba demasiado tranquila y calmada—. Por ayudarnos. Eso fue muy impresionante.

—De nada —dijo—. Estoy feliz de que hayan llegado a salvo.

Nathan se alejó, girando su torso y susurrando algo al oído de su hija. Su greñudo cabello era lo opuesto de su traje gris y monótona corbata. Me miró de nuevo, y aparté la mirada, dándome cuenta al mismo tiempo que él que aún lo miraba. Había pasado un tiempo desde que había sentido algo aparte del miedo. Junto a la pesadilla que vivíamos, la vergüenza no parecía tan mala.

Miré a Nathan por el rabillo del ojo de nuevo, tratando de no ser vista. Los ojos de la niña se estaban volviendo pesados, y me encontré a mí misma preguntándome cuál era su situación: ¿Dónde se encontraba su madre? ¿Se encontraban juntos como Andrew con las niñas?

—Es agradable —dijo Stanley. Su voz sonaba cansada y triste, pero las esquinas de su boca estaban un poco alzadas—. Por si te lo preguntabas.

—No lo hacía —dije, negando con la cabeza y mirando hacia el suelo.

Nathan

Cuatro horas de preocuparse y estar en una situación desconocida habían agotado a Zoe en todos los sentidos que cualquiera podría estar agotado, y mientras yo estaba observando a la mujer con el cabello rojo fuego y asombrosos ojos azules quebrar a Miranda y a Ashley con la noticia de que su padre estaba muerto. Noté un par de puertas francesas justo al lado de la sala y miré a través de ellas, viendo una cama King-size que ocupaba la mayor parte de la habitación a su alrededor. Había montones de ropa por todas partes y cajones abiertos. Extraño, porque el resto de la casa estaba immaculada.

Zoe no se estremeció cuando quité las sábanas y la dejé caer sobre la almohada en la parte superior del colchón. La lujosa almohada de hilos de alta costura y las sábanas no coincidían con la granja. Mientras pensaba en la mesa de café hecha a medida con el tronco de un árbol de la sala de estar, y en la pantalla de setenta pulgadas, decidí que no era cierto. Había unos cuantos objetos de valor extrañamente colocados salpicados dentro de la vieja y anticuada casa. Eso me desconcertó mucho, igual que la pequeña mujer con un enorme conjunto de balas sujetando el rifle en la sala de estar.

Esperé para estar seguro de que Zoe estaba profundamente dormida, y entonces entré en la sala de estar, escuchando a Ashley llorar silenciosamente sobre el hombro de Cooper. Le preguntaba a la misteriosa mujer cómo murió su padre y acerca de una mujer llamada Leah. Las respuestas eran vagas, asumí que a propósito. Los detalles realmente no importaban, sólo que esas dos niñas habían perdido a su padre, y todo lo que ellas esperaban encontrar aquí se había ido con él.

Cooper sostuvo a Ashley mientras se sacudía y gemía, frotándose la cara e inclinando su espalda en frustración, la cual rebotaba entre la devastación y la ira.

Finalmente, ella se encontró con los ojos de la mujer.

—¿Por qué estás aquí, Scarlet?

Scarlet suspiró, y luego se rascó la cabeza. —Parecía el lugar más seguro, y sabía que existía la posibilidad de que mis niñas vinieran aquí.

Ashley se enderezó mientras Scarlet se sentó en el sofá. De repente parecía agotada, como si decir las palabras en voz alta tomara la última gota de energía que tenía.

Ashley aspiró y se limpió la nariz con la manga de su chaqueta. —¿Por qué no están contigo?

Me mentalicé para lo que podría decir.

Scarlet se removió, claramente tratando de no quebrarse. Ashley obviamente la conocía, pero por lo que pude entender de lo poco de la conversación que había captado antes, otra persona que no era su padre fue enterrada afuera con él. La mujer sentada en el sofá no parecía ser familia, así que me preguntaba cómo iba a saber acerca de este lugar, tan lejano de todo.

—¿Scarlet? —pinchó Ashley—. ¿Dónde están tus niñas?

—Están viniendo.

—¿Aquí? —dijo Ashley, sonando sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque les dejé un mensaje. En la pared de Andrew.

La conversación tenía menos sentido, ya que pasó largo rato y Ashley tampoco parecía entender. Agitada, Scarlet se puso de pie y desapareció en la parte trasera de la casa. Ashley y Cooper intercambiaron miradas, y luego todos miramos hacia la puerta lateral que conducía a donde estaba el padre enterrado. Bryce estaba conduciendo a Miranda al interior de la casa, cerrando la puerta de madera. La mitad inferior era de madera, la parte superior de plexiglás⁹.

—Nosotros iremos a por las tablas si es necesario —dije—. Esta noche.

Joey asintió y se levantó del rincón. Casi me había olvidado de que estaba aquí, había estado muy tranquilo. —Te ayudaré.

Bryce señaló con la cabeza hacia la puerta, con cuidado de no retirar sus brazos de alrededor de Miranda. —Debe de haber algo de madera en el granero. Ten cuidado. Hay un toro por ahí.

Mientras Joey pasaba a Miranda, ella lo observó caminar, y asumí por la forma en que sus ojos cayeron al suelo que algo no estaba bien. Había estado condicionado por Aubrey durante años para detectar un problema y amortiguarlo antes de que se saliera demasiado de control. Esas personas eran aún desconocidas, pero tenía un muy real temor de que, si las fibras delicadas de nuestro grupo se rompían, Joey, mi hija y yo seríamos los primeros en irnos. Los otros parecían conocerse entre sí. Nosotros éramos los forasteros, y yo necesitaba asegurar mi lugar y el de Zoe aquí.

Con la linterna que Scarlet me había dado, alumbré en la oscuridad hasta que resalté el lateral del granero. Ya podía escuchar los gruñidos y movimientos del toro. Afortunadamente las tablas estaban en una parte diferente del granero de donde el animal estaba acorralado.

—Vamos a por esto y regresamos —dije—. No queremos nada acercándose sigilosamente a nosotros aquí afuera.

Joey asintió y levantó una pila de tablas con un gruñido. Cogí un montón también, e hicimos nuestro camino de regreso a la casa. Scarlet trajo una pequeña caja transportable de herramientas y la colocó en la parte superior de la secadora. —No entablé esto porque no quedan muchos clavos.

—Lo haremos —dije, sacando el martillo de la caja. Mientras golpeaba la cabeza del clavo y observaba que se deslizaba fácilmente a través del tablón de madera del otro lado, pensé en Gary y Eric, de la iglesia en Fairview, y me pregunté si estarían vivos. Y entonces me acordé de Skeeter, y de Jill y su bebé por nacer. No había tenido mucho tiempo para lamentarme por ellos, así que saqué mi ira y dolor en cada clavo mientras los enterraba en los tablonés.

El último clavo fue utilizado para asegurar el segundo tablón horizontalmente a través del centro del plexiglás. No era suficiente, pero mantendría algo fuera el tiempo suficiente como para darnos tiempo a reaccionar.

Salimos de la pila de madera en el lavadero y regresamos a la sala, donde Miranda y Ashley se reconfortaban la una a la otra. Scarlet había reunido de nuevo al grupo, sentados en el mismo lugar en el que ella no podía soportar estar menos de media hora antes. Me preguntaba sobre sus hijas y por qué no estaban con ella, pero no quería

⁹ Plexiglás: Es una resina sintética que tiene el aspecto de vidrio.

molestarla otra vez por preguntar. Seguí sus ojos hasta un marco en la pared de la habitación. Dentro había una arrugada foto de Scarlet, un hombre y dos niñas.

Más allá de las paredes de los muros de la granja estaba la negrura que sólo un lugar lejos de las luces de la ciudad podría proporcionar. Incluso la luna se había escondido detrás de las espesas nubes. Scarlet se puso de pie y se entretuvo tirando cortinajes de sábanas oscuras a través de los listones de madera, y luego trajo una caja de cerillas para encender algunas velas alrededor de la habitación. Nos sentamos en silencio durante lo que pareció una eternidad, y luego un ruido sordo hizo eco a kilómetros de distancia.

—Un trueno —dijo Ashley, mirando a su alrededor.

—Noté algunas bonitas nubes azul oscuro a lo lejos —dijo Scarlet, señalando con el pulgar hacia el este—. El viento sopla desde el oeste.

—No fallaremos esta vez —dijo Joey.

Scarlet miró al soldado, y una luz de reconocimiento tocó sus ojos. Joey se encontró con su mirada, pareciendo esperanzado de que ella pudiera decir algo. Scarlet fue la primera en apartar la mirada. La incomodidad entre todos estaba fastidiando demasiado.

—¿Así que todos son familia? —le dije a Miranda, señalando a Scarlet.

Miranda sacudió la cabeza. —Scarlet trabaja con mi padre... trabajaba con mi padre.

Scarlet asintió y sonrió. —Soy técnico en rayos X. El padre de Miranda es el Dr. Hayes.

—Era el Dr. Hayes —corrigió Miranda, mirando fijamente el fuego danzando por encima de la vela en la mesa de café.

—Basta —susurró Ashley.

—He sido tan mezquina con él —dijo Miranda, sosteniendo su temblorosa mano contra su boca—. Nunca conseguiré decirle que lo siento. Nunca conseguiré hablar con él de nuevo.

Bryce la estrujó contra su costado. Sus ojos también estaban húmedos, y era obvio que los chicos también eran cercanos al doctor. —Sabía que estabas teniendo un momento difícil con el divorcio. Él sabía que lo amabas.

—¿Lo hacía?

Ashley perdió su batalla para contener un sollozo. Se arrodilló frente a Miranda y luego apoyó la cabeza en las rodillas de su hermana.

Scarlet asintió. —Él lo sabía, Miranda. Te lo prometo, lo hacía.

Miranda y Ashley lloraron juntas de nuevo, con Bryce y Cooper a cada lado.

—¿Todo el mundo que trabajó con el Dr. Hayes sabía dónde vivía? —pregunté. Cuanto más hablaban, más confundido estaba.

Scarlet pareció divertida por mi entrometida pregunta. —He limpiado para él cuando estaba en la escuela de rayos X. —Sus ojos brillaban—. Fue muy amable conmigo. Ambos lo fueron.

—¿Ambos?

—Wes y Leah —dijo Scarlet.

Ashley se apoyó contra Cooper, pensando con cariño en los dos. —Leah era la novia de mi papá. Era muy dulce.

—Lo era —asintió Cooper.

Ashley sacudió la cabeza lentamente. —No puedo creer que se haya ido. Que se hayan ido. —Miró a su hermana—. Odio esto. Quiero despertar y que todo esto sea un mal sueño. —Comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás un poco, luchando con la nueva realidad que todos enfrentábamos—. No quiero esto.

—Ninguno de nosotros lo hacemos —espetó Miranda. Ella suspiró, dándose cuenta de que era demasiado dura—. Hemos tenido un día largo. Bryce y yo tomaremos mi habitación, Ashley y Coop tienen la suya propia. Scarlet, ¿supongo que has estado durmiendo en la habitación de papá?

Scarlet asintió. —Sí, pero la niña está ahí. Tomaré el sofá.

—¿Segura? —dije.

Scarlet me ofreció una pequeña sonrisa, y luego miró hacia Joey. —Hay un sofá abajo en el sótano, pero puede ser que no sea lo suficientemente grande para ti. Puedo cambiarme contigo si quieres.

Joey sacudió la cabeza. —El sótano suena bien para mí. Haré un camastro si tengo que hacerlo.

—Te mostraré la secadora. —dijo Scarlet, poniéndose de pie. Esto motivó a todos a ponerse de pie, y Scarlet rio una vez sin humor—. Me alegro de que todos lo hayan logrado —dijo, su voz quebrándose—. Tenía miedo de que yo fuera la única que quedaba.

Scarlet claramente podía cuidarse a sí misma, y no era ni mínimamente frágil, pero había algo en la forma en que su voz se rompió que me hizo querer tirar de ella a mis brazos y abrazarla. Ella y Joey se fueron, y la distancia creada disminuyó mi deseo de reconfortarla. Negué con la cabeza y silenciosamente me regañé a mí mismo. Acababa de conocerla, y ella probablemente no necesitaba a nadie para hacerla sentir mejor, de todos modos, no había ninguna manera de que alguien se sintiera mejor estando separado de sus niños en días como estos.

Fui a la habitación del doctor y cerré las puertas francesas detrás de mí, deslizándome silenciosamente bajo las sábanas junto a Zoe. Incluso mientras pensaba en los horrores de los últimos días, el calor se apoderó de mí, reconfortado por el conocimiento de que este era el lugar más seguro para criar a mi pequeña niña. Al menos hasta que alguien encontrara una cura para la enfermedad que había tomado mucho de cada uno bajo ese techo. Saber que no estábamos solos y que aun esperábamos a otros, era lo más reconfortante. Esa era una esperanza a la que yo ayudaría a Scarlet a aferrarse.

19

Miranda

Traducido por Tsuki & Juli

Corregido por Itxi

Me había imaginado tantas veces en la última semana lo que sentiría al descansar finalmente en mi cama, sentir la seguridad de los muros de la casa que mi padre nos brindó, pero incluso bajo un edredón familiar y con la cabeza apoyada en una almohada que yo misma había elegido, no me sentía como en casa. Me sentía mal, desplazada y con miedo.

Bryce yacía detrás de mí, su cuerpo delineando el mío. Mi cuerpo estaba casi en una bola, pero Bryce se aseguró de rodearme con su calidez y amor, como si fuera a mantener la realidad a distancia.

—No puedo recordar lo último que le dije, pero no creo que fuera nada agradable —le susurré.

—Él estaba emocionado de que vinieras. Si tú no fuiste agradable con él, obviamente no se dio cuenta.

—Quería abrazarlo —sollocé, volviendo la cabeza para que la manga de mi sudadera con capucha pudiese atrapar las lágrimas—. Llegar aquí y estar a salvo significa que él esté para protegernos. No sé dónde está mi mamá, y mi padre está muerto. Leah está muerta. No tengo a nadie.

Bryce apoyó la cabeza en su mano. —Tienes a Ashley, y me tienes a mí.

Esas palabras deberían haber ofrecido más consuelo de lo que lo hicieron. Me quedé allí hasta que la lluvia comenzó a golpetear en el techo, y la respiración de Bryce se volvió profunda y rítmica. El rayo lanzó destellos rápidos y sombras en la pared, incluyendo la mía mientras me escabullía en silencio por la puerta hacia la sala.

Scarlet estaba dormida en el sofá, con un rifle en brazos protegiéndolo como a un niño. Siempre había sido amable con nosotras, y sus niñas eran tan dulces. Una vez, cuando papá hizo que Ashley y yo le ayudáramos a quemar maleza, Jenna y Halle también ayudaron, estábamos tan entretenidas que para el momento en que habíamos terminado, parecía que acabábamos de comenzar.

Me acerqué a la puerta y giré la manija.

—Yo no haría eso —susurró Scarlet en la oscuridad.

Salté, y luego, cuando mis nervios dejaron de intentar saltar fuera de mi piel, me senté en la mecedora junto al sofá en el que Scarlet descansaba.

—Eso fue inteligente. Las latas, quiero decir. Nunca hubiese pensado en ello.

No levantó la cabeza, y si ella no me hubiese hablado momentos antes, habría pensado que seguía dormida. Un relámpago iluminó la habitación por un segundo, y vi una lágrima gotear por su nariz.

—Probablemente también están preocupadas por ti —dije. Intentar consolar a alguien más me hizo sentir mejor. Mantenía fuera de mi mente el hecho de que prácticamente era huérfana.

—Probablemente —dijo Scarlet, sentándose—. Me preocupa que estén fuera con este tiempo. Me preocupa que Andrew haya sido herido o esté muerto y que estén solas.

—Preocuparse no las ayudará.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Tú no deberías salir a la calle. He mirado por la ventana durante la noche. A veces logro vislumbrar a caminantes en los campos. No son muy rápidos, y no son inteligentes. Lo que hacen es atraparte con la guardia baja. Eso, o atraparte con un grupo grande de ellos, como en la carretera.

—¿En Shallot?

Scarlet asintió.

—Hemos estado alojados allí. En Shallot. Todos estaban en la carretera, pero ahora están en el pueblo.

—¿Está segura de eso?

—Alguien corrió de su coche a la gasolinera. Explotó. Llamó la atención de todos ellos.

Las cejas de Scarlet se juntaron, y cerró los ojos. —¿Fue una Tahoe blanca?

—¿Eh?

—El coche que explotó en la estación. ¿Fue una Tahoe blanca?

—No. ¿Eso es lo que conduce tu ex?

Scarlet abrió los ojos y suspiró.

—Así que están con él.

Tras una breve pausa, Scarlet apoyó los codos en sus rodillas. —Espero que sí. Andrew las recogió de la escuela. En el momento en que salí del trabajo y todo se fue a la mierda, ellos estaban en Anderson.

Esperé, viendo como sus ojos buscaban algo en la oscuridad.

—Intenté llegar a ellos —dijo. Se quedó sin aliento bruscamente—. Me metí en la ciudad. Ellos no estaban en casa. La ciudad había sido invadida. No sabía qué hacer —su voz se quebró, y se tapó la boca con una mano temblorosa—. Así que les dejé un mensaje para que vinieran aquí. No estoy segura de si fue la decisión correcta... marcharme. ¿Los abandoné?

—Te vi —le dije. La cabeza de Scarlet se sacudió hasta mirarme a los ojos—. En ese Jeep. Te vi en dirección a Fairview en la carretera. ¿Cómo lograste pasarlos?

—¿Pasar a quién? —preguntó Scarlet.

—Los chicos con las armas. En el puente.

—Sí —dijo ella en voz baja, mirando hacia abajo—. Logré pasarlos.

—Tienes suerte —le dije—. Nos quedamos atrapados bajo el puente. Ellos abrieron fuego contra todos.

Scarlet me ofreció una pequeña sonrisa cansada. —Creo que también tienes suerte.

—¿Quién te disparó? —dijo una voz profunda. Me di la vuelta para ver a Joey de pie en la oscura cocina.

—Jesús, me asustaste completamente —dijo Scarleth, respirando rápidamente.

—Hombres —niños, en realidad— en el puente Anderson, tienen armas y disparan a cualquiera que trate de entrar —le dije, viendo a Joey sentarse en la alfombra junto a mí.

—Lo bueno es que nos quedamos sin gasolina. Nos dirigíamos a Anderson. El padre de Dana vivía allí.

—Es un mundo pequeño —dijo Scarlet, su sonrisa se desvaneció.

Joey suspiró. —Ahora es incluso más pequeño.

Nos sentamos en silencio durante un rato, escuchando el estruendo que provocaba los truenos y los rayos que agrietaban el cielo. El cielo se abrió y la lluvia comenzó a caer, empapando la casa hasta que se movió lentamente hacia Shallot y luego a Fairview. Pensé en los muertos, y en si se darían cuenta de la tormenta; en los niños pequeños de Shallot con los ojos nublados que hace pocos días se podrían haber aterrorizado con los truenos y los relámpagos. Ahora estaban deambulando fuera, insensibles a la lluvia, el viento y a los monstruos que caminan junto a ellos.

—A Dana le gustaban las tormentas —dijo Joey—. Hubiera querido salir y bailar bajo la lluvia.

—¿Dana es tu esposa? —preguntó Scarlet.

—Iba a serlo.

—La perdiste —dijo más como una afirmación que una pregunta.

—Un par de veces.

Las cejas de Scarlet se juntaron. Pensé en explicarle, pero no era mi historia para contar.

—¿Viste a mi padre? —le pregunté.

—Lo vi en el trabajo —dijo—. Él estaba muy emocionado porque sus niñas iban a venir durante el fin de semana. Era todo de lo que hablaba.

Las lágrimas quemaron en mis ojos de nuevo.

Scarlet continuó—: Estábamos ocupados, así que no logré hablar mucho con él. Sobre todo esa misma mañana... —Scarlet parecía perderse en un pensamiento, y luego miró hacia arriba—. ¿Joey?

—¿Sí?

—¿Dijiste que el nombre de tu novia era Dana? —Joey asintió y Scarlet negó con la cabeza—. ¿Estaba en el hospital el viernes?

Joey asintió.

—¡La conocí! —dijo Scarlet. Ella sonrió y le tocó el pecho—. ¡Hice su examen! ¡Y ella conoció al padre de Miranda!

La sonrisa de Scarlet parecía tan fuera de lugar en la discusión, pero yo estaba esperando la reacción de Joey. Al principio, sólo la miró inexpresivo, y luego una pequeña sonrisa apareció en las comisuras de su boca. —Ella era hermosa.

Scarlet asintió enfáticamente. —Oh, Dios mío, lo era. También estaba loca por ti. Y que estuvieras allí era muy reconfortante para ella.

Joey asintió. Incluso en la penumbra, pude ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

Scarlet bostezó. —Es increíblemente loco como todos terminamos aquí — murmuró. Se acostó en el sofá, y usó su brazo doblado como almohada.

Joey y yo comprendimos que esa era nuestra señal. Joey caminó unos pasos hacia el lavadero, y luego se detuvo y se volvió. —No duermo mucho. Eres más que bienvenida a pasar el rato abajo conmigo, si quieres.

Sabía que no debía. Miré a Scarlet por alguna clase de juicio u orientación, pero sus ojos ya estaban cerrados. —Está bien —le dije, y después lo seguí a la planta baja. Yo había subido y bajado esta escalera muchas veces desde que mi padre había comprado el rancho, pero esta vez era diferente. Mi sangre subió a la superficie de mis mejillas, y se tornaba más caliente con cada paso. Cuando entramos en el vasto espacio del sótano, Joey levantó los brazos.

—Bienvenida a mí espacio.

Sonreí. —Técnicamente es *mi* espacio.

Joey se sentó en el suelo, y yo me senté en el sofá de dos plazas. Eché un vistazo a cada lado de mí, divertida de que Scarlet hubiese intentado encajar aquí. Sus piernas, de los muslos hacia abajo, habrían colgado fuera del final.

Pasamos horas hablando de cuánto tiempo había sido dueño del rancho mi padre; de cómo Ashley y yo pasamos nuestros veranos aquí, y los estúpidos aprietos en los que nos habíamos metido, como aquella vez en la que ella perdió su zapato en el lodo porque nos colamos en medio de la noche para encontrarnos con Bryce y sus amigos, así ellos podrían conducirnos a la maldita diversión de Matt Painter's.

Se sentía bien reír y recordar cosas que no significaron nada en el momento. Los buenos recuerdos lo eran todo ahora.

Los ojos de Joey comenzaron a enrojecer y a caer, y yo finalmente fui sintiendo los efectos del agotamiento, así que me levanté y me encaminé a las escaleras. Algo me detuvo y me volví.

—¿Joey?

—¿Sí?

—¿Por qué te hace tan feliz saber que Scarlet hizo el examen de Dana? ¿No estaba realmente enferma entonces?

Joey asintió. —Sí, pero... No sé. Hablar con alguien que conoció a Dana cuando estaba viva, la hace verdadera, ¿sabes? Es fácil olvidar que nuestras vidas antes no eran un sueño. Esta no es la realidad, lo que estamos destinados a vivir, o lo que somos. La gente que éramos hace siete días... eso es lo que somos, y Scarlet recordando a Dana cuando estaba viva, la vuelve verdadera.

Negué con la cabeza. Todavía no lograba entenderlo.

Joey se encogió de hombros. —Se siente bien saber que también vive en la memoria de otra persona.

Le ofrecí una pequeña sonrisa y metí las manos en los bolsillos de la sudadera con capucha. —Buenas noches.

Nathan

Mis ojos se abrieron lentamente, y me tomó un momento recordar dónde estaba y por qué. Al mismo tiempo, recordé que se suponía que Zoe dormía a mi lado, y me di cuenta de que su lado de la cama se hallaba vacío. Presa del pánico, me arrastré sobre la cama y corrí a través de las puertas francesas de la sala de estar. Zoe se encontraba sentada a la cabecera de la mesa del comedor, masticando cereales y hablándole sin parar a Scarlet.

Scarlet estaba sentada en la silla junto a Zoe, con la barbilla apoyada en la mano, escuchando atentamente cada palabra que pronunciaba mi hija. Zoe y Scarlet reflejaban la felicidad de la otra en ese momento, y verlas me provocó un pequeño nudo en la garganta. La dulce sonrisa de Zoe había regresado, y el cabello rojo fuego de Scarlet brillaba en el sol de la mañana que entraba por las grietas de los listones de madera de la ventana. No estaba seguro de haber visto algo más hermoso.

Una vez que Scarlet me vio, se apartó de la mesa y salió. Zoe tomó otro bocado, y le guiñé un ojo antes de unirme a Scarlet en el porche. Miraba por la carretera de tierra, añorando a sus hijas, imaginé.

—Mi hija Halle no es mucho mayor que Zoe —dijo, tapándose la boca con algunos de sus dedos. Su esmalte de uñas rosado se había desgastado casi completamente, pero sus dedos seguían siendo elegantes.

—¿Qué edad tiene la otra? Tienes dos, ¿verdad?

Scarlet envió una mirada curiosa en mi dirección.

—La foto en la pared.

—Sólo dos —dijo con una sonrisa precavida—. Jenna tiene trece años. —Me reí una vez, y Scarlet asintió—. Pero es muy sabia.

—No puedo imaginarlo.

—Lo harás —dijo ella. Su sonrisa se desvaneció—. Se suponía que iban a reunirse conmigo aquí si sucedía algo. Estaban con su padre cuando... No pude llegar a ellas.

—¿Conocen el camino?

Asintió. —Halle compuso una canción. Crea una canción para todo. Solía volverme loca. Trato de recordar algunas, pero no puedo —susurró la última parte—. Tener todas las obras de arte de Halle de la escuela en todo mi Suburban era enloquecedor. Recuerdo regañarla tantas veces por eso. Ahora le pido a Dios tener aunque sea una parte de eso. Esa foto es todo lo que tengo de ellas.

Sus ojos azules brillaron, y luché contra el impulso de envolver mis brazos a su alrededor. Antes de que el pensamiento se consumara, su suave cabello rojo estaba bajo mi barbilla, y sus manos se entrelazaron en la parte baja de mi espalda. Me tomó un momento darme cuenta de lo que pasaba, pero luego apoyé la mejilla contra su pelo y la apreté con fuerza. Lloró en silencio en mis brazos, y esperé pacientemente hasta que dejó de temblar.

Me soltó, y se secó los ojos. —Lo siento. Esto fue probablemente algo extraño.

—Ya nada es extraño —dije con una media sonrisa.

Se rio, tal vez por primera vez desde que todo esto comenzó. Sonaba como la música y la luz del sol. —Eso es cierto. —Sus ojos se posaron de nuevo en la cima de la colina, y esperamos en silencio durante un rato hasta que Zoe me llamó. La dejé sola para atender a mi hija. Después de una hora, Zoe le dio un tirón a mis pantalones.

—¿Va a estar ahí todo el día?

—No lo sé —le dije. Scarlet no se había movido. Miraba el camino como si estuviera esperando que en cualquier momento, sus hijas aparecieran sobre la colina.

Minutos más tarde, Scarlet se puso de pie y volvió a entrar, inmediatamente comprobando los clavos en las tablillas y, a continuación, buscando cosas para organizar o limpiar.

Miranda y Bryce salieron de su habitación. Los ojos de Miranda se veían hinchados. Parecía que había estado llorando otra vez. Bryce sostenía su mano y la apretó una vez antes de dejarla ir para hacerles el desayuno.

—Debemos tener cuidado con lo que consumimos —dijo Joey—. Probablemente tarde o temprano tengamos que volver a Shallot a por suministros.

—No por un tiempo —dijo Bryce, abriendo el gabinete. Estaba completamente equipado—. También hay una despensa. Una grande.

—¿Qué pasa con el agua? —preguntó Joey.

—Bien —dijo Ashley, siguiendo a Cooper fuera de su habitación. Eran más cariñosos que Bryce y Miranda. Se acariciaban recurrentemente, como un delfín saliendo a la superficie para tomar aire.

—Bien, ¿qué? —dijo Joey.

Ashley sonrió. —El agua está bien.

—¿Es eléctrica? —preguntó Joey.

—Es de bomba —dijo Scarlet—. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo más vamos a tener electricidad, y que haremos con el agua cuando ya no tengamos más? —dijo Joey, de manera tan casual.

Todos intercambiaron miradas. Me sentí de la misma manera. No se me había ocurrido que era sólo cuestión de tiempo antes de que nos quedemos sin energía.

Ashley miró a Joey. —¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—Depende de si los operadores y los servicios públicos fueron lo suficientemente precavidos para tomar medidas para mantener las cosas funcionando por un tiempo —dije—. Estoy bastante seguro de que esta área está a cargo de una central hidroeléctrica, de lo contrario ya no tendríamos.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Miranda.

—Es lo que hago —le dije—. O lo que solía hacer. Si los operadores tuvieron tiempo para aislar secciones claves de la red para reducir las conexiones y luego terminar la entrega de energía total de las zonas propensas a los posibles drenajes, una planta hidroeléctrica podría funcionar fácilmente por semanas o meses. En teoría, tienen un suministro ilimitado de combustible, asumiendo las precipitaciones normales. Básicamente tendríamos que esperar a que algún componente esencial falle o se desgaste.

—Así que debemos prepararnos —dijo Joey—. Tenemos comida y armas, pero no valdrá de nada si no tenemos agua.

—¿Deberíamos encontrar contenedores y comenzar a llenarlos? —preguntó Cooper.

Joey asintió. —Eso va a funcionar por un tiempo, pero finalmente vamos a necesitar algo más a largo plazo. Necesitamos algún tipo de sistema de filtración de agua.

Ashley se sentó a la mesa. —¿Cuánto tiempo va a continuar esto? No es permanente... ¿verdad? Lo arreglarán.

—¿Quiénes? —preguntó Joey.

—El gobierno —dijo Cooper.

Joey negó con la cabeza. —No debemos asumir que esto es temporal. Debemos tomar medidas ahora...

—Sólo me gustaría saber quién murió y te dejó a cargo del show —dijo Bryce, cortando a Joey.

—Bryce... —dijo Miranda.

—Está bien —dije, levantando mis manos—. Todos estamos cansados y estresados. Estoy seguro de que con la tormenta de anoche muchos de nosotros no pudimos descansar bien. Bryce, tienes razón. Tenemos que trabajar juntos y planear algo. Joey, parece como si supieras de lo que estás hablando. ¿Has tenido entrenamiento?

—Él acaba de regresar de Afganistán —dijo Miranda. Su aporte sólo inquietó más a Bryce.

—Bien —dije, tratando de evitar una escena—. Joey, ¿por qué no miras los alrededores y ves qué podemos conseguir? Tendremos que fabricar una especie de cisterna para retener agua, y tendremos que ir a la ciudad para buscar un filtro de bombeo manual de agua, filtros de repuesto, y si podemos encontrarlas, algunas tabletas de purificación.

—Eso es pedir mucho —dijo Miranda—. Encontrarás todo esto en un gran outlet de campamento. El más cercano que se me ocurre está a más de dos horas de distancia.

—Solía ver esos programas de preparación en la televisión —dijo Scarlet—. Una vez, mostraron a alguien vertiendo agua por la arena, y luego ponía un paño en la parte inferior. La arena es un muy buen sistema de filtración. Hay carbón en el patio. Sólo necesitamos una jarra grande o un barril, grava, arena y carbón vegetal y ponemos un trozo de tela en la boca. Lo volteamos y ¡voilà! Un filtro de agua... es decir, en teoría.

—Esa es una buena teoría —le dije con una pequeña sonrisa. Ella me devolvió la sonrisa.

—Sigue siendo una teoría —gruñó Bryce.

Joey miró a Bryce, su mandíbula tensa, y luego asintió, saliendo por la puerta lateral.

Miranda miró a Bryce, y luego continuó haciendo su cereal.

Bryce extendió las manos. —¿Qué?

Me di cuenta de que Scarlet se había excusado silenciosamente hasta el porche, quedándose de pie en el mismo lugar que esta mañana, mirando a la carretera. Llevaba la

camiseta de un hombre que le quedaba muy grande y un par de pantalones quirúrgicos azul marino.

—Ahora sé por qué la habitación es un desastre —bromeé—. Asaltaste el armario del doctor.

Scarlet miró su aspecto descuidado y retiró distraídamente un mechón suelto de pelo detrás de su oreja y luego se alisó el resto. —Sólo la camiseta —dijo—. En verdad no saqueé su habitación. De verdad. Iba a ir a limpiar, ya que en realidad necesitaba hacerlo después de haber limpiado todo y quedarme sin cosas que hacer, pero decidí que era su habitación, y por alguna razón tuve que dejarla como estaba. Tal vez por las chicas.

—¿Sus chicas?

Asintió para confirmar, pero pronto frunció el ceño y me di cuenta demasiado tarde de que mi pregunta casual le recordó a quienes esperaba.

—No me puedo imaginar esperar a Zoe, preguntándome si estará bien o si por lo menos estará viniendo.

Scarlet se rio una vez. —No estás ayudando.

—Pero tienes que creer que van a venir.

Cerró los ojos y una lágrima se deslizó por debajo de uno de sus párpados. —Eso hago. —Me miró—. Confía en mí, lo creo. Andrew fue un marido terrible, y para ser honesta, no era un gran padre, pero lo que le faltaba en compasión y paciencia, lo compensaba por la eficiencia y el sentido. Es inteligente. E ingenioso, ¿sabes? Podría improvisar. Si alguien puede traer a mis hijas aquí, a mí, es él.

—Estoy seguro de que tienes razón.

Ella bajó la mirada a sus pies por un momento, luchando contra una sonrisa de esperanza, y luego volvió a mirar la carretera. Nos quedamos en silencio, mirando el camino juntos, hasta que Zoe me llamó. Ella estaba jugando con pequeños caballos de plástico, y Cooper se encontraba de pie a su lado con una sonrisa de orgullo.

—Eran de Ashley.

Asentí. —Eso fue muy amable de tu parte.

—Me recuerda mucho a mi hermana pequeña. —Cooper me miró—. Ashley se estaba especializando en educación infantil. Es buena en eso. Apuesto a que podría trabajar con Zoe un poco todos los días.

Ashley pasaba, en su camino hacia alguna parte, y extendió la mano hacia Cooper. Sin mirar atrás, él estiró su mano detrás de sí, y sus dedos se rozaron al pasar. Ni siquiera estaba seguro de cómo él sabía que ella iba a venir.

—Puedo hacerlo —dijo ella mientras pasaba por el comedor hasta la entrada trasera. Su dormitorio estaba atrás en alguna parte, así que asumí que es a dónde se dirigía.

—Eso será muy bueno para ella. No tienes ni idea. No puedo agradeceréte lo suficiente —le dije a Cooper, a pesar de que era para Ashley. Hablarle a uno era como hablar con los dos.

Era extraño ver cómo interactúan y se movían, orbitando entre sí, como una pareja que había estado casada cincuenta años o más. Si la reencarnación es posible, estos chicos tenían que haberse encontrado mutuamente muchas veces.

Después de una hora, Scarlet volvió adentro. Le sonrió a Zoe. —¿Tienes caballos? —le preguntó.

Zoe levantó un pequeño caballo en cada mano. —Sólo estos.

Scarlet asintió, su expresión ausente de condescendencia. —Mejor que el toro de ahí, eso es seguro.

—¿Butch? —dijo Cooper—. No es un mal chico. Sólo está harto de estar encerrado en esa cárcel. Has estado alimentándolo, ¿verdad?

—Tiene heno —dijo Scarlet—, y agua. Sin embargo me preocupa que vaya a atraer a los caminantes.

—¿Atraer a qué? —dijo Cooper, riendo.

Scarlet me miró a mí y luego a Cooper, claramente tomada por sorpresa por la pregunta. —Caminantes. No puedo llamarlos zombies —dijo, poniendo los ojos en blanco ante la palabra—. Los zombis son de Hollywood. Los zombis no son reales. Esas cosas necesitan un nombre que sea real.

—Sí, ¿pero caminantes? —dijo Cooper, haciendo una mueca.

—¡Ellos se arrastran! —dijo Scarlet, ligeramente a la defensiva.

La conversación había llamado la atención del resto del grupo, y todos los demás también se reunieron en el salón.

—He estado llamándolos enfermos o infectados —le dije.

—*Esas cosas* —dijo Ashley. Todo el mundo estiró el cuello en su dirección. Se encogió de hombros—. Así es cómo les llamo: esas cosas.

Miranda se cruzó de brazos. —Yo tampoco puedo llamarlos zombies. Los llamo *los muertos*.

—Mordedores —dijo Joey.

—Me gusta mordedores —dijo Miranda, asintiendo.

—Bueno, a mí me gusta caminantes. Caminan arrastrando los pies —dijo Scarlet.

Joey se rio una vez sin humor. —También muerden.

Scarlet frunció el ceño, pero todo el mundo parecía estar entretenido con la conversación.

—Creo que deberíamos llamarles vacas —dijo Zoe, jugando con sus caballos—. Suenan como vacas.

Me eché a reír. —Ellos gruñen.

—Hmmm... —dijo Zoe, pensando intensamente—. ¿Qué hay de ted? Rima con muerto¹⁰. “¡Oh, no! ¡Hay un ted! ¡Escóndanse! ¡Corre, Cooper! ¡Dispara al ted, Scarlet!” —Hizo todo tipo de caras mientras interpretaba los diferentes escenarios en los que podíamos gritar ted. Todo el mundo estaba sonriendo, todos menos Scarlet.

—¿Por qué yo? ¿Por qué tengo que disparar al ted? —preguntó Scarlet.

—Porque eres la que tiene mejor puntería —dijo Zoe.

—Me gustas —dijo Scarlet, sonriendo solo con los ojos.

¹⁰ En el original “ted” rima con “dead”

—Tú también me gustas —respondió Zoe.

Scarlet levantó los brazos y los dejó caer hasta los muslos. —Muy bien, me gusta
ted. ¿Alguien en desacuerdo?

Todos negaron con la cabeza.

—Buena elección, Zoe —dijo Cooper.

Zoe sonrió aún más de lo que la había visto en años, y en ese momento, era fácil
creer que todo iba a estar bien.



20

Nathan

Traducido por Melody Hamort & perpi27

Corregido por NnancyC

Zoe había estado pasando mucho tiempo afuera en el porche antes y después de sus estudios con Ashley. Scarlet podría haberla inspirado, no podía estar seguro. Cuando le preguntaba a Zoe qué hacía, apenas lo explicaba.

—Esperar —diría. Alternaba entre examinarse los dedos mientras descansaban en su regazo y entrecerrar los ojos para ver más allá de la colina.

Aprendí a no preguntar qué era lo que esperaba. No me diría. Me preocupaba que estuviera extrañando a su madre, pero si Aubrey no era el quién o el qué esperaba, no quería molestar a Zoe trayéndolo a su memoria. Me preocupaba que estar a salvo no fuera suficiente para mi hija. Por otra parte, ella se veía feliz y no había tenido un episodio en más de una semana, así que tal vez me acostumbré tanto a tener algo de lo que preocuparme con ella que pensaba demasiado las cosas.

—¿Zoe? —dije, uniéndome a ella en la entrada. Ella había estado esperando tranquilamente durante casi media hora, y Ashley la esperaba en la mesa—. La señorita Ashley ha hecho algunas tarjetas didácticas de multiplicación para que lo intentes.

—En realidad no me gustan las matemáticas —dijo.

Sonreí. —A mí tampoco me gustan, pero a veces tenemos que hacer cosas que no son divertidas.

Su expresión era pensativa. —Tenemos que hacerlo muchas veces.

—Algunos días más que otros. ¿Estás lista?

Zoe agitó la cabeza. Eso me tomó con la guardia baja. Zoe nunca me dijo rotundamente que no. No estaba seguro de cómo reaccionar.

—¿Por qué no?

Señaló al camino. Volteé, observando a un hombre y a una niña que caminaban por la colina. Al principio me sorprendió, pero después me di cuenta de que no estaban enfermos.

—¿Esa es la familia de Scarlet? —preguntó Zoe.

—No. Quiero decir, no lucen como ellos. —El hombre era bastante alto y desgarbado, con su calva obviamente visible desde la distancia y al vulnerable sol de la

mañana. Sus brazos eran anormalmente largos, y mientras más se acercaban, más largos parecían ser.

—¡Scarlet! —llamé, queriendo golpearme mentalmente en el segundo en que grité su nombre. Justo como me temía, salió corriendo por la puerta, ya respirando con dificultad por la esperanza y la anticipación.

—¿Son ellos? —preguntó mientras bajaban corriendo hacia la granja.

—Oh, Dios, no, lo siento —dije, sintiéndome como un completo idiota.

Scarlet mantuvo los ojos en el par, tragando audiblemente mientras se acercaban. Todo su cuerpo se tensó y se inclinó de una manera que se veía como si su corazón estuviera rompiéndose en el exterior de su cuerpo.

Extendí la mano y tomé la suya, inseguro de qué otra cosa hacer.

—Hola —dijo el hombre, sosteniendo la mano de la niña suavemente en la suya. Su cabeza, labios y nariz estaban gravemente quemados por el sol, sus ojos estaban hundidos, y sus mejillas apenas habían comenzado a sobresalir. La pequeña no se veía tan afectada por los elementos o el hambre como él, pero no levantó la mirada del suelo. A pesar de que estaba agarrada al hombre de la mano, no se acercó a él.

—Soy Kevin. Esta es mi hija, Elleny —dijo, respirando con dificultad a través de sus labios sonrientes.

—Hola, Elleny —dijo Scarlet, su suave voz de madre automática y natural.

Cuando Elleny no respondió, Kevin se encogió de hombros. —Ha pasado por mucho.

Scarlet inclinó la cabeza. —¿Cuántos años tienes, Elleny?

—Tiene catorce —dijo Kevin—. ¿Esta es tu casa?

Scarlet miró a Kevin, y luego a mí. Él era un poco raro, pero Scarlet y yo sabíamos que no rechazaríamos a un niño. —Prácticamente. Hay agua y comida adentro —dijo, gesticulando hacia la puerta—. Pero tendrás que dejar tu arma afuera. —Scarlet miró hacia el atizador de fuego en su mano derecha.

Kevin no perdió el tiempo, dejando el atizador y atrayendo a Elleny con él.

Scarlet los llevó alrededor de la cocina mientras ubicó a Zoe en la mesa con Ashley.

—¿Quién es ese? —susurró Ashley.

—Sobrevivientes —dije—. Un padre y una hija.

Ashley hizo una mueca. Sabía lo que pensaba. Kevin se veía como un esqueleto, y Elleny estaba casi regordeta, la grasa de bebé todavía abultando sus mejillas justo lo suficiente para hacerla ver más joven de catorce. Sus ojos verdes y cabello castaño eran el opuesto a los ojos azul hielo de Kevin. Sus rasgos redondeados destacaban en su huesudo rostro y nariz puntiaguda.

—Zoe tampoco se parece a mí.

—Sí lo hace —dijo Ashley, sonriendo a mi hija, que le devolvió la sonrisa.

Ashley y Zoe trabajaron en sus tablas de multiplicar y leyeron por alrededor de media hora, y luego trabajaron en un viejo rompecabezas de Ashley, armando los

cincuenta estados de Estados Unidos. Una vez que terminaron, Zoe regresó al pórtico nuevamente.

—Así que, ¿qué piensas? —le dije a Scarlet. Ella limpiaba el refrigerador, tirando restos de comida.

—Esto es un maldito desperdicio, eso es lo que pienso.

—Sobre Kevin.

—Le dije que podían dormir en la cama del doctor hasta que arreglemos las cosas. No dijo si van a quedarse o a seguir adelante. Imaginé que tú y Zoe podrían dormir abajo por ahora. Realmente no los quería abajo con todas las armas y suministros. Oh, a menos que pienses que eso molestará a Zoe.

—No, no. Se lo explicaré. Tendrá tiempo de sobra para prepararse. —Miré hacia la sala de estar y vi a Elleney sentada sola en el sofá. Caminé hacia la entrada para comenzar el proceso de preparar a Zoe para la mudanza, y vi a Kevin sentado junto a mi hija, uno al lado del otro, en el último escalón. Él tenía su brazo plantado en el pórtico, un poco detrás de ella.

—Zoe —dije, abriendo rápidamente la puerta—. Te necesito dentro por un minuto. Necesitamos hablar.

Kevin inmediatamente retiró la mano, pero su expresión era calmada y relajada. —Tienes una linda niña.

Asentí, manteniendo la puerta abierta para que Zoe pasara, luego la llevé hacia la puerta de Ashley y golpeé. Ashley la abrió y nos permitió entrar, incluso a pesar de que podía decir que se sorprendió.

—Zoe —dije, arrodillándome frente a ella—. Primero, no conocemos a Kevin todavía, así que hasta que yo diga lo contrario, ¿qué es él?

—Un extraño —dijo con confianza.

—¿Y cuál es la regla sobre los extraños?

—No hablamos con ellos.

Asentí. —Buena chica.

—Le dije la regla a Kevin, pero dijo que era un buen hombre, y que te había conocido, así que no era un extraño.

Esto hizo que mi estómago se revoliera, a pesar de que razoné que Kevin tenía una hija, así que tal vez sólo sabía cómo hablarle a un niño. —Encontrar a alguien y conocerlo son cosas diferentes. Hasta que diga que está bien, no quiero que estés sola con Kevin. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Zoe.

Ashley y Cooper permanecían de pie junto a nosotros en un intercambio silencioso. Se miraron el uno al otro después de ciertos puntos de mi charla seria con Zoe, sin hablar en ningún momento, no obstante, teniendo una conversación.

—Segundo, necesito decirte que, para hacer lugar para Kevin y Elleney, tú y yo vamos a mudarnos abajo.

Zoe hizo una mueca, pero ya me había preparado. —Me gusta nuestra habitación.

—A mí también. Esto es sólo por un tiempo, y luego podemos recuperar nuestra habitación.

La piel entre sus cejas se arrugó.

Ashley se arrodilló a nuestro lado. —Zoe, ¿qué te parece si tú y yo llevamos tus cosas abajo y te ayudo a decorarlo de la manera que quieras?

Zoe pensó en esto por un rato, y luego asintió. Todavía no estaba feliz con la mudanza, pero que aceptara, y sin una pelea, era trascendental. No pude ocultar mi agradecimiento hacia Ashley, y cuando nos pusimos de pie, estiré una mano y la atraje contra mi costado, presionando la mejilla sobre su cabello en un medio abrazo.

Ashley llevó a Zoe para juntar sus cosas, y Cooper y yo fuimos a la sala de estar, donde Kevin y Elleny compartían un sándwich.

—Puedes hacer otro sándwich —dije. Kevin era tan delgado; no pude imaginar por qué no lo haría. Tal vez pensaba que abusaría de nuestra hospitalidad si comían demasiado de inmediato.

—Nosotros compartimos todo, ¿no es así? —dijo, palmeando amorosamente el muslo de Elleny.

Elleny no habló ni reaccionó. Sólo se sentó junto a él, masticando el bocado que acababa de darle. Me pregunté si perdió a su madre o a alguien más que la hizo cerrarse tan completamente. Scarlet estuvo intentando llegar a ella desde que llegaron, pero Elleny se quedó en su propio mundo, bloqueando todo y a todos.

Eso lo entendía un poco. Lo que no entendía era la falta de interés de Kevin por su comportamiento.

Elleny se quedó callada durante la cena, a pesar de que comió más de lo que lo había hecho antes, teniendo su propio plato para ella. Comió lentamente, sin embargo, asegurándose de saborear cada bocado. Nadie discutió nada de lo que normalmente discutíamos. De alguna manera todos sabían que había que proteger nuestra casa, nuestros secretos, y nuestra familia de los extraños. Incluso de un hombre increíblemente delgado y su extraña niña.

Kevin fue el primero en terminar. —Hombre, estoy cansado. ¿A qué hora van todos a dormir por aquí?

—Depende —dijo Scarlet—. Puedes adelantarte.

Kevin puso su mano sobre la de Elleny. —¿Lista para la cama?

Ella dio otro mordisco.

Él palmeó su mano. —Vamos, ahora. Creo que has tenido suficiente. Hora de ir a la cama.

Ella recogió más arroz. —Todavía estoy muy hambrienta —dijo, su voz sólo un suspiro.

Kevin se molestó. —No estás tan hambrienta. Estoy cansado. Vamos a la cama.

Scarlet apoyó los codos sobre la mesa. —Sé que no nos conoces, pero Nathan y yo somos padres. No dejaríamos que nada le sucediera a Elleny. Una vez que termine, la enviaremos por ese camino.

La frialdad de Kevin lo abandonó sólo por un momento. —Esperaré. —Elleny dio otro lento mordisco, y todos tratamos de no caer en la incomodidad resultante.

Después de otros diez minutos, Kevin se levantó y tiró de Ellen y por el brazo. — Terminaste. Vámonos.

Ellen fue con él, pero a regañadientes. — Todavía... estoy... — dijo, pero la hizo callar antes de que pudiera terminar.

Desaparecieron en la habitación. Kevin cerró las puertas francesas y nos levantamos para limpiar después de la cena.

— Eso fue extraño — dijo Joey, abriendo el grifo.

Todos estuvimos de acuerdo, e hicimos nuestro mejor esfuerzo para seguir como de costumbre, incluso con nuestros raros invitados. Scarlet fregaba los platos y sartenes como si estuviera tratando de quemar la energía nerviosa. En un momento, el plato que acababa de terminar se estrelló contra los otros. Puso los puños a los lados sobre la mesa, tomó aire, y luego comenzó de nuevo.

— Más espacio, ¿quieres? — dijo Joey mientras enjuagaba y secaba—. No puedo seguir el ritmo.

— Lo siento — dijo Scarlet, todavía fregando con sutil furia.

— ¿Qué pasa? — le dije, caminando detrás de ella. Mi barbilla posada justo encima de su hombro, pero no parecía importarle.

— No lo sé.

— Lo sabes.

— Hay algo raro.

— Estoy de acuerdo.

Bajé con Zoe las escaleras y retiré las sábanas mientras se cambiaba el pijama. Trepó a la cama y me metí dentro.

— Tararea, papá.

Una de las comisuras de mi boca se elevó. No le había tarareado a Zoe antes de que todo se fuera al diablo. Una de las razones era que tuvimos esos completos días de tensión en los que, por lo general, se dormía inmediatamente. Otra era porque no podía entonar una canción ni para salvar mi vida. Nunca tarareaba algo en particular sólo dejaba que mi voz subiera y bajara, y de alguna manera eso era lo suficientemente relajante para que Zoe se quedara dormida.

Empecé a tararear, y Zoe cerró los ojos. No sé por qué me refería a este tiempo como cuando el mundo se fue al diablo. Tenía sus cosas buenas. Tenía que pasar todo el día con mi hija sin preocuparme por el trabajo o las cuentas, y conocí a Scarlet. Por supuesto, había cosas espantosas más allá del perímetro del rancho, pero podría ser mucho, mucho peor. Algunos días me parecía un trato justo.

La respiración de Zoe se niveló, y me incliné para besar su pequeña nariz antes de subir las escaleras. Joey estaba en la cima, sentado en la lavadora. — Scarlet me hizo una cama en la sala de estar. Me sentiré raro durmiendo allí con ustedes.

— Está bien — dije, estrechándole la mano una vez—. Lo siento, hombre.

— No hay problema. — Saltó de la lavadora y me siguió hasta la sala. Mantas y almohadas se extendían por el suelo, y Scarlet se encontraba afuera en el porche. Joey se sentó en el sillón reclinable.

Crucé los brazos. —Quiero ir afuera con ella, pero siento como que la agobio. Ese es algo así como su momento, ¿cierto? —pregunté.

Joey sonrió. —Creo que le gusta cuando estás ahí. Tal vez esa es una de las razones por las que sigue adelante.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Sale allí porque sabe que uno de estos días van a venir caminando por la colina.

—¿De verdad lo crees, amigo? No sé. Ha pasado un tiempo.

—Nos tomó a Cooper y a mí todo el día llegar desde Shallot, y nos movíamos en un camión. No es un terreno llano. Hay calas y rocas, colinas y edificios abandonados, y maquinaria agrícola antigua... y zombis.

—Psh... —bromeó Joey, haciendo un gesto para que me fuera—. Actúas como si fuera difícil.

Scarlet entró, su cara blanca y sus ojos llenos de lágrimas, pero no se veía triste. Me impresionó su expresión, e inmediatamente pensé que tenía algo que ver con las chicas. No pasó ni una fracción del tiempo que normalmente pasaba esperando afuera.

—¿Qué pasa? —dije en voz baja, dando un paso hacia ella. No quería alarmar a la pareja en la habitación del doctor.

La mandíbula de Scarlet se apretó, y una lágrima se derramó sobre su mejilla. —Voy a matar a ese hijo de puta.

Caminó rápidamente por la habitación, agarró su rifle, y antes de que pudiera detenerla, entró por las puertas francesas. Empecé a gritar para que se detuviera, pero al mismo tiempo que la vi apuntar la pistola contra la parte posterior de la cabeza de Kevin, me di cuenta de que él se encontraba en una posición totalmente inapropiada, encima de Elleny, sin camisa.

Elleny lloriqueaba en voz baja. Todavía necesité un momento para procesar lo que sucedía, como si mi cerebro no quisiera creer lo que veían mis ojos.

—¡Levántate! —gritó Scarlet—. ¡A la sala! ¡Ahora! —Su voz se quebró cuando gritó lo último.

La espalda desnuda y huesuda de Kevin era visible por encima de las sábanas cuando se congeló encima de la muchacha.

Joey entró detrás de mí. —¿QUE MIERDA?

Me quedé de pie, atónito, mientras Kevin saltó de la cama con las manos en alto. Estaba completamente desnudo. Fue entonces cuando mi estómago se revolvió, amenazando con expulsar mi cena allí mismo en el suelo.

Kevin corrió con rapidez a la sala de estar, y Scarlet lo siguió, el rifle apuntando a su pecho.

—Eres un monstruo. Peor que las cosas de ahí afuera. Saca tu sucio trasero de aquí, así no tengo que limpiar tu sangre de la alfombra —dijo Scarlet.

—¿Él estaba...? —dijo Joey, mirando a Kevin, y luego de nuevo hacia el dormitorio.

Miranda, Bryce, Cooper y Ashley habían salido de sus habitaciones en ese momento, sorprendidos por el ruido y la escena en la sala de estar.

—¡Vaya! ¿Qué diablos está pasando? —dijo Bryce.

—No quieres saber —dijo Joey—. Dispárale, Scarlet.

—¡Me iré! —dijo Kevin, con los brazos aún en el aire.

—Malditamente sí, lo harás.

Kevin miró más allá de Scarlet hacia el dormitorio. —Pero no me iré sin mi hija.

—A la mierda si no lo haces —dijo Joey—. Está más segura con nosotros que contigo.

—¡Vamos! ¡Por lo menos déjenme conseguir mi ropa! —se quejó Kevin.

—¡Bua!, hijo de puta enfermo —dijo Scarlet, incrédula. Incluyó el arma, presionó el extremo del cañón contra el estómago de Kevin, y lo empujó hacia atrás por la puerta. Lo miró por un momento, y luego fue al dormitorio—. Mira hacia dónde va —le dijo a Joey.

Joey hizo guardia en la puerta.

Scarlet se sentó al final de la cama. —¿Elleny, ese hombre es tu padre?

Elleny, vestida sólo con la sábana que subió hasta el cuello, negó con la cabeza.

Scarlet asintió. —Es lo que pensé. Ya vuelvo.

—Scarlet —le advertí.

Me ignoró, se acercó a la puerta principal y se detuvo delante de Joey.

—Va hacia el sur —informó Joey.

Scarlet empujó la puerta y todos nos miramos entre sí, sin saber qué hacer.

—Debería... ¿seguirla? —pregunté, mirando a Bryce y a Joey. Nadie tenía una respuesta. Era difícil incluso formar palabras.

Un grito resonó desde el sur, seguido de un solo disparo. Todos saltamos ante el ruido. Unos segundos más tarde, otro tiro fue disparado.

Corrí hacia la puerta principal, seguido por todos los demás, deteniéndome cuando Scarlet apareció.

Se detuvo, dejando el cañón de su arma inclinado hacia el suelo.

—¿Lo mataste? —dijo Ashley, su voz alta y nerviosa.

Scarlet no se inmutó. —No iba a dejar que se alejara con mis hijas allá afuera. — Pasó por delante de nosotros pisando fuerte hacia la casa y cerró la puerta detrás de ella.

Después de unos segundos de atónito silencio, todos la seguimos. Scarlet estaba dentro de la habitación, hablando con Elleny, cuyos gemidos se convirtieron en lloriqueos.

—¿Qué hacemos? —dijo Miranda.

—Parece que está arreglado —dijo Bryce. Tiró de su mano, y ella lo siguió hasta su habitación.

Cooper y Ashley hicieron lo mismo, a pesar de que Ashley aún se sentía molesta y hacía preguntas.

Joey y yo nos quedamos en la sala de estar solos, escuchando a Scarlet hablarle con calma a Elleny. Después de una hora, salió de la habitación.

—Está dormida.

—Eso fue... Nunca he visto algo así en mi vida, ¿y tú? —dijo Joey.

—No —dije, un poco sorprendido de que tuvo siquiera que preguntar.

—Todos ellos deben tener el mismo final. —Scarlet apoyó el rifle contra la pared junto a la puerta, y luego se sentó en el sofá, encima de las mantas—. Es mejor dormir un poco. Es demasiado tarde para enterrarlo esta noche, así que vamos a tener trabajo que hacer por la mañana.

—Le disparaste dos veces —le dije—. ¿Te aseguraste de que no volvería?

Scarlet asintió. —Primero le disparé en el pene.

Joey negó con la cabeza, satisfecho. —Bastardo. ¿Qué hizo, tomarla durante el caos?

Scarlet respiró hondo. —Sus padres fueron asesinados. Él vivía en la misma calle. Ella pensó que no tenía otra opción, incluso después de que él... está a salvo ahora. Ella va a estar bien.

Me arrodillé junto a ella. —Esto fue un suceso anormal. Ya lo sabes, ¿verdad? Andrew está con Halle y Jena, y están seguros.

Scarlet asintió. —Todo el mundo está un poco más seguro ahora.

21

Miranda

Traducido por Tsuki & NnancyC

Corregido por Elle

Elleny seguía a Scarlet como una chiquilla asustada, incluso después de que le ayudara a enterrar el cuerpo de Kevin. Después estuvimos todos atónitos por días. No estaba segura de si estaba más conmocionada por lo que Kevin había hecho, por lo que fue atrapado haciendo, o porque Scarlet lo había asesinado. La casa no se sentía la misma, y no estaba segura de si era debido a la adición nueva e incómoda, o porque nos dimos cuenta de que no era sólo de los teds de quienes teníamos que temer.

Debido a que Elleny se quedó tan cerca de Scarlet y tan lejos del resto de nosotros, era difícil llegar a conocerla. De todos modos no sabía cómo hablarle. Nunca había conocido a alguien que hubiera pasado por algo así. No quería decir algo incorrecto, así que no dije nada en absoluto.

Nathan y Zoe habían vuelto al dormitorio del frente, pero Scarlet se mudó bajo las escaleras con Elleny, dejando a Joey en el sofá. Eso lo hacía más fácil para quedarme y hablar con él en la noche, y sentir más como si estuviéramos solo pasando el rato como amigos en lugar de andar a escondidas en el sótano como... no-amigos. Ni siquiera podía decir la palabra, así de mal se sentía.

Fuera lo que fuera, no podía negar que me gustaba estar cerca de Joey. Más que gustar, incluso si tenía que ser un momento robado cuando nadie miraba. Bryce se pondría tan furioso al vernos siquiera hablar sobre nada en particular, así que tomé lo que podía conseguir, porque pasar mucho tiempo sin un momento con él me hacía sentir como si me estuviera asfixiando.

Todos parecían estar asfixiándose. Estábamos sobreviviendo, pero cada día que pasaba se sentía menos como vivir.

Cada día y noche, Scarlet se ubicaría afuera en el porche que mi padre construyó y observaría la colina esperando a sus hijas. Nathan esperaría con ella, asegurándole que volverían. Ashley pretendía ser una maestra. Los chicos intentaban mantenerse ocupados con el mantenimiento de la casa, y tomando cambios para patrullar el perímetro, y Joey y yo pretendíamos ignorarnos el uno al otro, pero lo que se suponía que fuera nuestro refugio de seguridad comenzaba a sentirse como una prisión.

Nathan, sin embargo, no parecía sentir el peso como el resto de nosotros. Él y Scarlet pasaban horas charlando. Una vez salí y los vi sostenerse las manos mientras esperaban juntos en el porche. Después de eso, parecían robar más momentos a solas,

compartiendo secretos y susurrando bromas que solamente ellos dos encontraban graciosas. Joey y yo estuvimos sentados hasta tarde una noche, hablando en la oscuridad de la sala de estar, y ambos nos sobresaltamos cuando las puertas francesas se abrieron, revelando a Scarlet.

—Hola —dijo, luciendo atrapada—. Solo estábamos hablando.

Me encogí de hombros, y así lo hizo Joey. —También nosotros —dije.

Scarlet asintió antes de regresar bajo la escalera para unirse a Elleny.

Joey me miró. Era apenas capaz de ver su ceja elevada en la tenue luz. —Piensas que estaban...

—No. Zoe está allí.

—¿Entonces?

—No —dije, sacudiendo la cabeza, indignada en honor de Zoe—. Recuerdo haberme topado con mis padres una vez. Me asustó de por vida.

—Mis padres se separaron cuando tenía cuatro años —dijo Joey—. No recuerdo cómo es tenerlos a ambos en la casa.

—¿Tu mamá nunca salía en citas?

—Una o dos veces. Yo hacía un buen trabajo en asustarlos. Era un mierdecilla odioso.

Sonreí. —Ya lo creo.

Nathan

No tenía intención de seguir haciendo comparaciones, pero Aubrey había sido la primera mujer a la que había amado. Así que tenía que preguntarme ahora, sintiéndome de la forma en que lo hacía por Scarlet, si simplemente la amaba de forma diferente de la que amé alguna vez a Aubrey, o si significaba que nunca la amé en realidad.

Mi vida fue de un día decepcionante a otro, estando al tanto del tiempo que pasaba con Scarlet, y cuánto tiempo pasaba entre los momentos que pasaba con ella. Nos sentábamos en el porche y esperábamos juntos, y me hablaba sobre las chicas, lo graciosas, inteligentes y talentosas que eran, y lo que fue traerlas a este mundo. Habló sobre su matrimonio y su decisión de dejarlo. Ya había pensado que tal vez era la mujer más fuerte y valiente que había conocido, pero al escuchar lo sola que estuvo tras esa decisión, sin apoyo, no podía evitar más que sentirme intimidado por ella.

Cada noche era un preámbulo para cuando finalmente tuviera las suficientes agallas para tocarla. Algunas veces empleaba un ligero codazo, o una palmada en broma en su pierna, y no le importaba si la dejaba allí. Infantil, aunque ella no era nada si no intimidante... y distraídamente hermosa. Encontraba difícil no mirarla, y me alegraba por la luz tenue después de que el sol bajaba, y la oscuridad me daba una excusa para concentrarme en su boca mientras hablaba.

Se sentía rara esta felicidad que había encontrado en una gran época oscura. Pero con Zoe contenta en nuestra nueva casa y la rutina que encontramos, y hallar a Scarlet, la única cosa que me preocupaba era cómo habría sido la vida sin la muerte descendiendo en el mundo. ¿Qué significaba el que yo tuviera tan buena fortuna cuando otros lo habían perdido todo?

Sentado en la cima de los escalones del porche, al lado de Scarlet, era fácil olvidar la pesadilla que estaba justo más allá de la colina, y eso que ella no estaba sólo afuera pasando el rato conmigo, sino pasando el rato mientras esperaba a sus hijas, los amores verdaderos de su vida.

—Todavía estoy sudando —dijo Scarlet, soltándome la mano para levantarse el cuello de la camisa y secarse la frente—. El verano debe de estar a toda marcha.

Las langostas y grillos se apoderaban de la sinfonía que los pájaros acababan de terminar. —Será otro día caluroso.

—Más de treinta grados. Otra vez. Probablemente. —Se estiró para entrelazar sus dedos con los míos.

Levanté sus dedos a mis labios. Quería tanto sólo atraerla a mi regazo y tocar cada parte de ella. Era un deseo tonto, pero muy real. Algo que nunca había sentido con Aubrey.

—¿Tenías una relación? ¿Antes? —Antes era el término general que usábamos para cualquier tiempo anterior al primer día del brote.

Scarlet negó con la cabeza. —No. Disfrutaba de la soltería.

—Oh.

Se rio y me apretó la mano. —Quizá sólo no había conocido a la persona correcta aún.

—Tal vez no —dije, sonriendo como un idiota. Maldita sea, estaba mal.

—Probablemente porque la persona correcta estaba casada.

Fruncí el ceño solo por un segundo, pero aclaré mi expresión antes de que ella lo notara. Técnicamente no era soltero, y me preocupaba que eso hiciera a Scarlet pensar menos de mí.

—¿Eso te molesta?

Scarlet pensó por un momento y luego negó con la cabeza. —Ahora el mundo es diferente. Ella te dejó una nota diciendo que el matrimonio había terminado. Yo diría que en estos tiempos eso es tan bueno como un divorcio. Sin embargo, me preocupa Zoe, ¿a ti no?

La amaba por eso. —No sabe nada todavía.

—Oh, creo que sabe más de lo que le reconoces.

—¿Eso crees?

—Lo sé. Mis chicas sabían todo lo que no quería que supieran. Creo que es una cosa femenina.

Sonreí. —Buen punto. —Scarlet levantó la vista hacia mis ojos y parpadeé, de repente sintiendo lo cerca que estábamos. Me incliné sólo una fracción de centímetros, mis labios ardiendo por tocar los suyos.

Scarlet apoyó la cabeza en mi hombro. —Necesito a mis chicas aquí.

Exhalé, su rechazo desanimándome. —Lo sé.

—No. Quiero decir... las necesito aquí. A salvo. No se siente correcto ser feliz por lo demás.

Sabía lo que quería decir, y por primera vez noté que me había estado engañando a mí mismo. No existía alguien que no hubiera sido afectado por la infección.

Miranda

Bryce se sentó en la cerca, viendo a Butch husmear en la tierra. Ya no teníamos mucho de que hablar. Compartí todos mis pensamientos y sentimientos con Joey, y Bryce había dejado de intentar llegar a mí para que se los repitiera. De cualquier modo, se sentía como una pérdida de tiempo, redundante. A mis catorce años quería abrazarlo y asegurarle que siempre lo amaría. A mis dieciocho años quería disculparme porque estaba atascado con alguien que era tan egoísta, que no podía ver más allá de sus propios deseos impulsivos. También era demasiado cobarde para hacerlo, así que seguí fingiendo —malamente— que todo estaba bien, y entretanto, andaba a escondidas para pasar tiempo con Joey después del anochecer.

Justo cuando apenas podía soportar mirarme a mí misma, Scarlet podía apenas soportar mirar a la colina otro día. La vista de ello me ponía furiosa, y comenzó a pasar más y más horas observando el mismo punto esperando señales de sus hijas. Su humor cambiaba en un instante, y después de un tiempo, incluso la cabeza fría de Nathan y su suave voz no podían mantenerla calmada.

Dejó de permitirle esperar con ella, pero él esperaría en el brazo del sofá, justo a la par de la puerta, en caso que ella estallara en lágrimas, y ocasionalmente lo hacía. Después de tres semanas de mirar a Scarlet esperar, la vi entrar y agarrar su rifle y una mochila, llenándolo con municiones.

Nathan se levantó de su atalaya en el sofá. —¿Scarlet?

Metió un par de cajas más en la mochila, una bolsa de papas fritas, dos botellas con agua, y luego se subió la cremallera. —Acabo de ver a otro ted dirigiéndose al sur por el campo.

—¿Qué vas a hacer, perseguirlo? Pensé que habíamos acordado que era un riesgo innecesario.

Scarlet deslizó la mochila por sus hombros y luego agarró un hacha que había detrás de la puerta principal. —Mis chicas están ahí afuera, Nathan.

—Sí, pero no sabes por qué no están aquí aún, o cuándo aparecerán.

—Quizás no pueden llegar hasta aquí. Quizás están solas y están muy asustadas de pasar Shallot. Ya no puedo sólo sentarme aquí.

Nathan suspiró. —Bien. Entiendo que estás frustrada, pero tenemos que hablar sobre esto.

Scarlet puso cara de enfado. —¿De qué hay que hablar? Me voy.

—Bueno, te vas, pero, ¿no podemos hablar sobre ello primero? ¿Hacer un plan, juntos?

Scarlet se encogió de hombros. —Caminar por la carretera y disparar a los Teds. ¿Qué otro plan necesito?

—No es seguro ir sola.

Scarlet negó con la cabeza y se apoyó en la puerta. —No voy a ser responsable si algo te sucede, Nathan. Tienes una hija que cuidar.

—Tienes dos.

Scarlet miró alrededor, al resto de nosotros. —¿Alguien, por favor, le diría a Nathan que esto es una mala idea?

—Voy contigo —dijo Ellen y en voz baja.

Scarlet sonrió y le tocó la mejilla. —Necesito que te quedes aquí donde es seguro. No puedo concentrarme si estoy pendiente de ti también. ¿Entiendes?

A Ellen evidentemente no le gustó, pero asintió.

Joey se puso de pie. —También voy.

Scarlet levantó la palma. —Ahora, a él lo llevaré. Tú —dijo, apuntando con su palma a Nathan—, te vas a quedar aquí.

—No me hagas hacer esto —dijo Nathan. Dio unos pocos pasos para pararse al lado de ella, le tocó el brazo con los dedos, y habló con controlada desesperación en su oído. Estaba comenzando a inquietarse, y eso no era típico de él.

—¿Hacer qué? —dijo Scarlet, al instante a la defensiva.

—Elegir entre mi hija y tú.

Scarlet estaba sin habla, como el resto de nosotros. Finalmente habló, alejándose de él. —Nunca te pediría hacer eso. No es una opción, Nathan. —Comenzó a abrir la puerta, y Nathan la tomó de la muñeca—. Vamos —dijo con tranquilidad.

—Scarlet, no estoy preguntándote. No hagas esto.

—No esperaré más por ellas. Tengo que ayudarlas. Esta es la única forma que conozco.

—¿Y qué pasa si llegas a ser asesinada y ellas se presentan aquí? ¿Qué se supone que les diga? ¿Qué vinieron todo el camino hasta aquí para nada?

Scarlet miró fijamente a Nathan, escurriendo la muñeca fuera de su agarre, y luego miró a Joey. —¿Vienes o no?

—Justo detrás de ti. —Joey comenzó a seguir a Scarlet, pero se detuvo en la puerta—. La mantendré a salvo, Nate.

Nathan asintió.

Bryce me besó en la mejilla. —También voy.

—¿Qué? —dijo—. ¿Por qué?

—Quiero asegurarme de que no consiga que la maten antes de que sus hijas lleguen aquí. He estado observándola esperar en ese porche cada mañana durante un mes. Estaré maldito si no llega a verlas porque no la ayudamos.

—Entonces también voy —dijo.

Bryce sacudió la cabeza. —No, tú y Ashley tienen que quedarse aquí con las chicas. ¿Coop?

—Seh —dijo Cooper, inclinándose para besar a Ashley. Contra las persistentes súplicas de Ashley, agarró un bate de béisbol y siguió a Bryce afuera.

Una vez que la puerta se cerró detrás de Cooper, la casa quedó instantánea y sobrecogedoramente silenciosa. Nathan llevó a Zoe y Ellen y a la mesa y comenzó a sacar

comida para desayunar. Ashley se quedó en la puerta, mirando a Cooper caminar por el camino.

—¿En verdad crees que sus hijas están ahí afuera? —dijo Ashley, manteniendo un ojo en el grupo—. ¿Crees que todavía están vivas?

—Sí —dijo Nathan desde la cocina.

—No deberías haberla dejado ir —espeté—. Todos los que amamos están ahí afuera.

Los ojos preocupados de Nathan se suavizaron cuando miró a su hija. —¿Cómo podría discutir con ella cuando yo haría lo mismo?

Scarlet

Cuatro pares de zapatos sobre tierra y grava era el único sonido. Nadie dijo ni una palabra mientras caminábamos hacia el este hasta la colina de tierra roja, y de vuelta hacia la intersección, y luego de vuelta al norte, hacia el cementerio por la siguiente milla. Bryce y Cooper nos seguían a Joey y a mí, manteniendo una distancia de diez pasos, asumí que era a propósito.

A pesar de haber tomado la decisión de no hacerlo, las súplicas de Nathan pidiéndome que me quedara continuaban penetrando en mi mente. Eché un vistazo por encima del hombro, observando a Ashley en la puerta, preguntándome dónde estaba Nathan y si estaba enojado conmigo. Si tuviese un tipo de hombre, Nathan no lo sería. Lo supe de inmediato cuando se presentó con su corbata suelta y pantalones. El día antes de que nuestras vidas cambiaran para siempre, habría apreciado su cuerpo por unos momentos antes de descartarlo. No fue sino hasta que llegué a conocerlo, que pensaba que un hombre que pasara mucho tiempo en el gimnasio era, o muy vanidoso, o tenía problemas de autoestima. Yo prefería a los hombres de cabello oscuro, ojos de los que no pudieras apartar la mirada, y por lo menos una cabeza más altos que yo, a pesar de que Andrew parecía un enano cuando llevaba tacones.

Si Andrew me había enseñado algo, eso era las cosas que no deseaba en un hombre. A veces usaba mi lista estricta de los “tiene que” para ahuyentar a posibles intereses. Me funcionaba. Como madre soltera, era mi trabajo ser exigente. Después de fallarles a Jenna y Halle tantas veces, les debía eso.

Incluso cuando la mitad, o más, de la población habían sido eliminados, esa no era una buena excusa para tirar la lista, independientemente de la extraña emoción que sentía cada vez que Nathan estaba en la misma habitación.

No estábamos ni a kilómetro y medio de distancia de la entrada del rancho, cuando Joey me tocó en el hombro y señaló hacia el campo a nuestra izquierda. Probablemente no era la mejor idea salir tan temprano con el sol dándonos en los ojos, pero todavía podía verla, cojeando a través de los tallos de trigo que le llegaban a la rodilla.

—Ted a las diez en punto¹¹ —dijo Joey, alertando a los demás.

Nos acercamos con cuidado. Ella reparó en nosotros justo después de que la viéramos, e instantáneamente se giró hacia nuestra dirección, su quejido bajo señaló la excitación que sentía ante la perspectiva de una comida. Nos alcanzó mientras caminaba, y apreté el hacha con fuerza para encargarme de ella.

Levanté el mango de madera lo más alto que pude, y justo antes de que yo estuviera a su alcance, lo dejé caer sobre su cráneo, dejando que el peso trabajara conmigo. El acero perforó el hueso, y entonces se deslizó fácilmente hacia la parte más suave de su cerebro. Se congeló inmediatamente, y luego cayó al suelo.

Me incliné, colocando un pie en su cabeza para estabilizarme, y luego tiré del hacha, liberándola. Joey, Cooper y Bryce me miraban, sus expresiones iban desde el asco hasta el asombro.

¹¹ Diez en punto: Hace referencia a la ubicación del Ted, que se encuentra a la izquierda y hacia adelante.

—¿Qué?

Joey miró a los otros chicos y luego a mí. —A estas alturas no estoy completamente convencido de que nos necesitaras contigo para algo más que charla casual.

Me reí una vez, y seguí adelante. —Vamos, esta no fue la que vi desde el porche. Hay otro por aquí. Hacia el sur.

Cruzamos el campo en busca del gran macho al que había visto moverse pesadamente por el sembradío de trigo. Tuvo el mismo final que la anterior, pero entonces quise regresar a la carretera. Las chicas solamente sabían llegar al rancho por la canción de Halle, así que era necesario limpiar primero los caminos.

Para cuando llegó la hora del almuerzo, ya habíamos eliminado a una docena o más de ellos, nos detuvimos a descansar y a picar las papas fritas que había metido en mi mochila.

—Así que... Nathan... —dijo Cooper con una sonrisa.

—¿Qué pasa con él? —le dije, tomando otro sorbo de agua.

—Parecía muy preocupado por ti. Ustedes se llevan bastante bien.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y luego levanté una ceja. —¿De veras estás haciendo de casamentero en este momento?

Cooper escupió el bocado de emparedado que tenía en la boca y se echó a reír descontroladamente, Bryce y Joey lo imitaron.

Rodé los ojos. —Basta.

—Está bien, Scarlet. No tienes que ser una tipa ruda todo el tiempo —dijo Joey.

—¿Qué se supone que significa eso? —le pregunté.

Bryce me dio sus sobras para ponerlas en la mochila. —Nathan es un buen tipo. Uno de los mejores. Incluso antes de todo esto. No deberías ser tan dura con él.

—¿Lo soy? —pregunté, un poco ofendida. ¿Cómo es que estaba siendo dura con él sólo porque no me le tiraba encima? El por qué tenía esta conversación con un puñado de chicos apenas adolescentes era una broma en sí misma.

Joey sonrió. —No hay nada malo en ser feliz, Scarlet.

—¿Eres feliz, Joey? —Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, me arrepentí. La pregunta borró la sonrisa de la cara de Joey, y los demás se quedaron en silencio—. Lo siento. Dios, lo siento mucho —le dije.

—Está bien —dijo Joey, poniéndose de pie—. Será mejor que nos vayamos.

Me levanté y me sacudí la hierba seca de la ropa. —Creo que Nathan está bien.

La pequeña sonrisa de Joey volvió y cerró un ojo firmemente para lograr verme a pesar del sol. —¿Te gusta, entonces?

—Un poco. Creo.

—Yo creo que mucho —bromeó Cooper.

—Cállate —le contesté.

—¿Y qué si algo le ha pasado? —preguntó Bryce.

Me quedé en silencio por un largo tiempo, y finalmente dije: —Eso podría romperme.

Continuamos hasta la cena. Para cuando regresamos a casa, había derribado a catorce Teds, y los chicos se habían ocupado de al menos diez cada uno. Nos topamos con una manada justo antes de llegar a la carretera, aumentando significativamente nuestra cuenta para el día.

Ashley se abalanzó sobre Cooper, casi tirándolo al piso, cuando entramos en la casa, el resto de nosotros cogió ropa limpia y buscamos diferentes lugares para lavarnos.

Estaba sucia, cubierta de sudor, lodo y la sangre espesa y coagulada de caminantes. Salí por la puerta del lavadero del patio, a un lado de la casa, y me quité la camisa, dejando que golpeará el suelo. Usé el pie para quitarme uno de los tenis, y luego hice lo mismo con el otro, para después quitarme los vaqueros. Eran de Leah, y resultaban un poco estrechos, pero mis pantalones de salón no estaban hechos para un apocalipsis, y en la segunda semana quedaron reducidos a trizas.

Tiré de la manguera del jardín para desenroscarla y giré la llave del agua. Esta salió con un chorro justo cuando Nathan salió al exterior. Sus ojos recorrieron mi cuerpo. Un mes atrás habría sido embarazoso para mí el estar de pie delante de alguien en tan sólo un sujetador y bragas, pero ahora vivíamos en un mundo diferente. A decir verdad, me sentía como uno de los chicos.

Aunque la forma en que Nathan me miraba en ese momento no era el modo en que observaría a uno de los chicos. Tomó la manguera de mi mano y me inclinó, dejándole rociarme la espalda y el cabello.

—Parece que fue un viaje productivo —dijo.

Me erguí y froté mi cara mientras me rociaba con el agua, luego usé las manos para frotarme los brazos y las piernas. —Sip. Nos encontramos con una manada. No estoy segura de si podré vencer mi puntaje mañana.

—¿Mañana? Scarlet...

Me volví hacia él. —Entiendo que no quieres que vaya, pero tengo que hacer esto.

—Lo sé —dijo, dando un paso hacia mí. Se inclinó para recoger la pila de ropa limpia de la cocina oxidada junto a la puerta, donde yo la había tirado, y me la entregó—. Pero no puedo soportar quedarme en la casa mientras estás ahí fuera. —Estaba a pocos centímetros de mí. Aunque hacía calor, se me erizó la piel. Me puso una mano en la cadera y la otra en la cara.

Su boca estaba a escasos centímetros de la mía, pero presioné suavemente los dedos contra su pecho. —¿La amabas? —La pregunta estaba dolorosamente fuera de lugar, pero necesitaba ser hecha. Puede que hubiera superado con creces mis días de adolescente insegura, y podríamos haber sido las últimas de las pocas personas que quedaban en el mundo, pero aun así era una preocupación válida el preguntarse si era la situación la que nos unió, o si sus sentimientos eran genuinos. Tal vez no importaba.

—No desde hace mucho, y nunca en la forma en que te amo.

A pesar de que me di cuenta de que podría estar sintiendo lo mismo, sus palabras me sorprendieron. Él parecía estar esperando a que le correspondiera, y cuando no lo fui, se apresuró a besarme, cubriendo el incómodo silencio en caso de que llevara a una salida incómoda. Lo dejé tirar de mi piel desnuda contra él. Separé los labios, y sin perder tiempo, deslizó su lengua dentro, buscando en cada parte de mi boca. Nunca

había pensado en si era un buen besador o no, pero era tan bueno que me sorprendió e hizo que anhelara más.

Caminé hacia atrás, hasta la parte posterior de la casa, y él caminó conmigo, nunca alejando su boca de la mía. Enredó sus dedos en los oscuros y húmedos mechones de mi cabello, mientras estrellaba mi espalda contra las tablas de madera de la casa. No había espacio entre nosotros, y aun así seguí tirando de él más y más hacia mí. El centro entre mis muslos palpitaba por la dureza detrás de sus pantalones vaqueros.

Bajé las manos y le desabroché el cinturón, luego desabotoné los pantalones, e inmediatamente tomé la cremallera y tiré hacia abajo. Nathan me dejó ir sólo por un segundo, echó una rápida mirada alrededor, y luego puso los pulgares en la cintura de sus pantalones y los empujó hacia abajo lo suficiente.

Con una mano tiró de mi rodilla hasta su cadera, y su otra mano deslizó el pequeño pedazo de tela que cubría lo que buscaba. La punta de su piel tocó la mía, y al instante gemí en su boca. No me había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba, y lo mucho que echaba de menos el sexo justo hasta este momento.

Recuperó el equilibrio y luego sacudió sus caderas hacia arriba y hacia adelante, hundiéndose dentro de mí. Gemí de nuevo. No estaba segura de si era sólo porque había estado sin sexo casi un año, o si él se sentía así de bien.

Nathan alejó su boca de la mía y luego me abrazó, lo que le permitió entrar aún más profundo en mi interior. La pierna en la que estaba parada ardía, pero la ignoré. Nathan golpeó más duro contra mí, haciendo que mi trasero se estrellara contra la madera que había a mis espaldas. Se balanceó una y otra vez, en la posición más incómodamente increíble. Lamió y mordió el lóbulo de mi oreja, y yo apreté los dedos en su espalda, mientras me mordía el labio para no gritar por lo increíble que se sentía. Cuando mi muslo comenzó a sentirse entumecido y agotado, Nathan apretó su cara con fuerza contra mi cuello y luego gimió en voz alta, hundiéndose en mí un par de veces más.

Nos quedamos justo así por un momento, y luego las piernas de ambos cedieron, cayendo levemente al suelo. Nathan me miró y yo me incliné, besando sus labios, que ya estaban rojos de lo mucho que los había usado en mi piel.

Él sonrió, y luego deslizó mis bragas hacia abajo, por mis piernas.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —le dije con una sonrisa.

Me agarró por las caderas y me tiró encima de él. Me senté a horcajadas sobre sus piernas, me incliné hacia arriba, y luego, lentamente, con mucho cuidado, encajamos perfectamente una vez más.

Yo estaba fuera de práctica, pero Nathan se movió conmigo, esta vez más despacio. Me llevó a besar sus labios, y luego chupó mi labio inferior con su boca, para después aplicar una leve presión con sus dientes. Me moví más rápido, y me apreté contra él más duro, y luego todo mi cuerpo se tensó, el orgasmo se aferró aún más de lo que esperaba.

Por último, me dejé caer sobre su pecho, y él envolvió sus brazos a mi alrededor.

—¿Me hace un loco el creer que el fin del mundo es lo mejor que pudo pasarme?
—dijo, tocándome la cara.

Sonreí, deseando poder decir lo mismo.

22

Miranda

Traducido por perpi27 & Adriana Tate

Corregido por NnancyC

Estaba puesta en la mesa como si perteneciera allí, como un florero, una pluma, o un juguete. Zoe jugaba Go Fish en el suelo con Elleny, y había una Glock 9mm completamente cargada a menos de dos metros de ellas. La recogí y comprobé que el seguro estuviera puesto —no lo estaba.

—¿Estás jodi...? ¿de quién es esto? —dije, levantando la pistola—. ¿Qué idiota dejó una pistola cargada y sin el seguro puesto al lado de las niñas?

Nathan entró en la cocina, probablemente sólo por curiosidad, porque sabía que no sería tan estúpido. Scarlet entró justo después, seguido por Joey.

—Oh. Eso es mío —dijo Joey—. Bueno, la traje desde el piso de abajo. Tenía que ir a orinar. Volví para cogerla.

Hice una demostración de poner el seguro. —¿Qué pasa si una de las niñas hubiera agarrado esto? ¡Deberían patearte el trasero!

—Lo siento —dijo, sorprendido por mi ira—. Sólo la dejé unos segundos. No volverá a suceder. —Agarró la pistola de la mesa, y salió a través del cuarto de lavandería.

Scarlet y Nathan intercambiaron miradas.

—Gracias por salvarme de la molestia de una charla —dijo Scarlet—. Te estás convirtiendo en toda una mamá osa.

—Sí —dije, enojada de que todavía estaba enojada.

Salí por la puerta principal y me quedé en el porche, esperando que un poco de aire fresco ayudara. Me estaba acalorando. El calor no sólo me ponía de mal humor, sino que también me recordaba los veranos aquí con mi papá. El padre al que no volvería a ver otra vez porque su novia se lo comió.

Un disparo sonó, y pillé a Joey apuntando a algunas latas en una cerca por el rabillo de mi ojo. Disparó un par de veces más y luego se acercó a la cerca para restablecer las latas.

Me acerqué a él. No me reconoció.

—Lo siento —le dije—. Eso fue un poco duro.

—¿Un poco duro? Medio esperé que tu cabeza comenzara a girar y que empezara a salir sopa de guisantes de tu boca.

—No seas tan bebé. No fue tan malo. ¿Me estás diciendo que Dana nunca te gritó?

—No. En realidad, no lo hizo. Nos llevábamos muy bien.

—Bueno, probablemente no dejaste armas de fuego por ahí cuando estabas con Dana.

—Probablemente no. Fue una estupidez, lo entiendo.

Miré hacia el cielo, retrocediendo del fuerte sol. No estaba segura, pero tenía que acercarse junio, si es que no lo era ya. Ya podía sentir las gotas de sudor formándose a lo largo del nacimiento de mi cabello. Dios, olvidé el desodorante.

Joey levantó la Glock con las dos manos, apuntando, y disparó. *Bam, bam, bam, bam.* Cuatro latas en una fila rodaron de la cerca.

—Bien hecho —dije, protegiendo mis ojos con la mano—. ¿Puedo probar?

—No. Este arma es alérgica a la perrada.

—¿Me estás llamando perra?

—No, dije que estás siendo una perra. Hay una diferencia.

—En realidad no. —Le cogí el arma y la sostuve frente a mí. Disparé una vez, fallé, y luego atiné las tres siguientes.

—No está mal —dijo Joey.

—He estado practicando con Bryce.

—Lo sé. Te he visto.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo estás haciendo muy bien.

—Gracias.

—No hay de qué. Sigues siendo una perra.

Fruncí el ceño. —Sigues siendo un idiota.

Joey también frunció el ceño. Su camiseta marrón clara ya estaba empapada de sudor. Los músculos de sus brazos tensos y se deslizaban cada vez que los movía, y no podía dejar de preguntarme como sería el resto de su cuerpo.

—¿Por qué eres tan mala todo el tiempo? —preguntó, escupiendo en el suelo junto a él—. ¿Es porque estás tratando de ocultar que me deseas?

Ew. Era tan arrogante. —No te querría ni aunque fueras el último hombre en la tierra.

—Eso es odioso. —Parecía un poco herido. Podía verlo en sus ojos, y para mi sorpresa, me ablandó un poco.

Suspiré. —Sólo no quiero que sepas que yo... Me gustas. Un poco. No mucho.

—Te gusto —dijo Joey, más una afirmación que una pregunta.

—No mucho —aclaré.

—¿No han estado Bryce y tú juntos desde su nacimiento?

—Casi.

—A él no le agrado.

—En realidad no —dije, sacudiendo la cabeza.

—¿Es por eso? ¿Porque sabe cómo te sientes por mí?

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo me siento.

—Acabas de decir que te gusto.

Me encogí de hombros. —Me gusta todo el mundo.

—No, no te gusta.

—Eso es cierto.

Joey puso el seguro de la pistola, me mostró, y luego se acercó un paso más. Se encontraba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cara y ver el sudor brillar entre los gruesos y oscuros pelos de su incipiente vello. Era tan diferente a cualquier persona por la que normalmente me sentiría atraída, pero de nuevo, no sabía por quién me sentiría atraída porque había estado con Bryce durante mucho tiempo.

—También me gustas —dijo. Y luego se alejó, dejándome en un charco de santa mierda y pensamientos inapropiados.

Después de varios minutos, caminé hasta el porche y me senté en el escalón más alto. La contrapuerta se abrió y se cerró, pero no fue hasta que vi dos piernas perfectas que supe quién era.

—Hola —dijo Ashley.

—Hola.

—¿Sabes lo que echo de menos?

—¿Tu plancha?

—Noche de citas. Tú y yo bien vestidas y encontrándonos con Bryce y Coop en algún lugar divertido. Simplemente pasar el rato y hablar de todas las cosas estúpidas que solíamos hacer cuando éramos niños.

Sonreí. —Sí, eso era divertido.

—¿Sabes que más echo de menos? La música.

—Hamburguesas.

—Facebook.

—Películas a pedido.

Ashley se rio y negó con la cabeza. —Echo de menos el centro comercial.

—En una semana, vamos a extrañar la pasta de dientes.

Ashley me miró con horror. —¿Hablas en serio?

Me encogí de hombros. —Papá tenía unas cuantas cajas, pero entre nueve personas... casi ha desaparecido.

—¿Sabes que más echo de menos —preguntó. Esperé—. Tú enamorada de Bryce.

Estiré el cuello en su dirección. Se encontró con mi mirada. —No sabes nada de nada, Ashley.

—Sé lo que vi en el campo hace un minuto. Será mejor que tengas cuidado. Ese tipo de allí te ama más que a la vida misma. No quieres estropear eso.

—No estoy tratando de hacerlo.

—Entonces detente.

—Detente tú.

Ashley entrecerró sus ojos hacia mí y luego negó con la cabeza. —Todos estamos atrapados aquí. No tiene sentido que todos seamos miserable.

Rasqué mi esmalte. —No, sólo yo, ¿no?

—¿Eres *miserable* con Bryce?

—No.

—Entonces bien. —Con eso se levantó y entró.

Un movimiento sobre la colina en el campo me llamó la atención, y antes de que pudiera gritarle a los demás, Scarlet pasó por delante de mí, con un hacha en la mano. Se encargó del ted y regresó al porche como si acabara de recoger una flor o algo así. Se puso de pie a mi lado, mirando el camino. Ya que ella estaba fuera, de todos modos, probablemente pensó que era un momento tan bueno como cualquier otro para esperar a sus chicas.

—¿Todavía crees que van a venir? —pregunté, sintiéndome horrible tan pronto como las palabras salieron de mi boca.

—Sí —dijo sin pausa.

Nathan salió y se puso a su lado. Justo al nivel de mis ojos, podía ver sus dedos tocarse, y luego entrelazarse.

—Supongo que me iré —le dije a nadie en particular.

Pasé a Joey y me uní a Bryce en la cocina. Él y Cooper cocinaban con Zoe. Que consistía en ella sentada en el mostrador siendo entretenida por Cooper, mientras Bryce cocinaba.

Me senté en la mesa y suspiré.

—Bryce dijo que estás de un humor de perros —dijo Zoe, pragmática.

Bryce se congeló y me miró a la espera de una reacción. Eché una mirada a Joey, quien rio para sus adentros.

—Supongo que sí —dije, suspirando de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó Zoe.

—No lo sé. Mi papá murió. El mundo ha terminado. Estamos atrapados en esta casa juntos, esperando a que Scarlet tenga un colapso cuando se dé cuenta de que sus hijas no vienen...

—¿Quieres decir que estamos a salvo y nos tenemos los unos a los otros? —dijo Zoe.

Levanté la vista hacia ella, sintiéndome culpable al instante y sin embargo animada por su dulce sonrisa. —Sí. Eso es lo que quise decir.

Scarlet

Nathan esperó a que Zoe se quedara dormida y luego vino al lavadero con una sonrisa y un guiño. Ellen y también se había quedado dormida en el piso de abajo, y yo estaba sentada en la secadora, esperándolo. Se inclinó entre mis piernas, besándome en los labios.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

—Quiero dormir contigo.

—¿Eso es todo? —Sonreí, y dejé que me llevara a la habitación del frente. Él era tan increíblemente dulce. Saber eso me hizo preguntarme con qué clase de idiota despistada se había casado. Zoe roncaba suavemente por la nariz, recostada al otro lado de la cama extragrande. Nathan se arrastró hasta el centro, y me acosté a la par en mi lado izquierdo. Sus brazos envueltos a mí alrededor y su cara enterrada en mi cabello.

Tomó una respiración profunda. —He estado pensando en esto todo el día.

Sonreí. —¿Ah, sí? He estado pensando en lo de ayer todo el día.

—No me lo recuerdes. No puedo secuestrarte en el patio trasero en la oscuridad. —Me apretó, colocando nuestros cuerpos más cerca.

La conversación naturalmente se quedó en silencio, ninguno de los dos sintió la necesidad de llenarla con palabrerías que no importaban. Más rápido de lo que esperaba, la respiración de Nathan se igualó y sus brazos se relajaron. Unas cuantas veces, sus manos se tensaban y agarraban mi brazo o todo su cuerpo se sacudía. Había pasado tanto tiempo desde que dormí con alguien más aparte de las niñas, que olvidé que los adultos también hacían eso.

Las chicas. Habían pasado meses desde que las había visto. La culpa me embargaba por acostarme al lado de Nathan, feliz, cuando ellas probablemente estarían solas en alguna parte, muertas de miedo.

Patrullar la calle me hacía sentir, al menos, que hacía algo para ayudarlas a llegar a Red Hill, pero no era suficiente. Si no llegaban aquí pronto tendría que ir a buscarlas.

Me levanté, tratando de no despertar a Nathan mientras me escabullía de la habitación. Justo cuando llegaba a la cocina, las puertas francesas se abrieron.

—Scarlet —susurró Nathan. No había estado dormido durante tanto tiempo, pero sus ojos estaban pesados—. ¿Todo bien?

—Sí, sólo me voy a la cama.

—¿No te vas a quedar conmigo esta noche?

—No creo que deba. Podría molestar a Zoe.

Sonrió. —Es muy dulce de tu parte pensar en Zoe, pero no creo que eso sea todo. Háblame. —Dio unos cuantos pasos dentro de la sala de estar.

—Voy a llevar a los chicos a Shallot mañana. Necesito una buena noche de descanso. No estoy acostumbrada a dormir contigo, todavía. Tengo problemas para quedarme dormida de todas mane...

—¿Dentro de Shallot? ¿Como adentro, vas a llevar a los chicos dentro de la ciudad de Shallot? —Negó con la cabeza, parándose más cerca de mí—. Pero está infestada.

—Por eso tenemos que limpiarla. ¿Qué pasa si Andrew lleva a las niñas allí por provisiones, o para buscar refugio?

Nathan ahuecó mis hombros gentilmente. —Scarlet, no has visto ese lugar. La ciudad entera estaba patas arriba. Eso es al menos trescientos infectados.

—Teds.

—Como sea. No puedes limpiar esa ciudad, conseguirás que te maten.

Caminé hacia él, le sonreí y le besé la mejilla. —¿No sabes que ahora puedo cuidarme yo misma? Escuchaste las historias de los chicos en la cena.

—Sí y me da un miedo de muerte. He tratado de entenderlo, pero no puedo dejarte hacer esto, Scarlet. Es insensato. —Por primera vez, su tono era firme.

Mi cara se encendió. —No puedes decirme qué hacer sólo porque follamos en el patio.

Se sorprendió por mi reacción, pero la única cosa que hizo en respuesta fue fruncir el ceño. —No hagas eso.

Eso me agarró fuera de guardia. Andrew siempre había sido muy rápido en contestarme con palabras de enojo, por lo que no estaba preparada para reanudar una pelea con alguien que se quedaba en calma. —Entonces no me digas qué hacer.

Con cuidado me agarró la mano y besó mi palma. Traté de alejarme, pero la sostuvo. —No puedo siquiera imaginar lo que pasas todos los días esperando por tus niñas. Nunca las conocí y estoy muy preocupado por ellas. Puedes alejarme todo el día, pero estoy enamorado de ti. *Te amo*, Scarlet y me destruiría si te pasara algo.

Por un momento, dejé que la culpa se filtrara con sus palabras. En ese momento, pensé en quedarme allí, con él, donde era seguro. Pensé en esperar por las niñas, así podía estar segura de estar en el rancho esperando cuando ellas llegaran. Pero entonces pensé en Jena y Halle caminando por Shallot y huyendo de una manada. Incluso en una pequeña sería una sentencia de muerte. Simplemente eran unas niñitas. No podía estar segura de que Andrew estuviera con ellas para protegerlas o ayudarlas a tomar decisiones.

—No puedo —le dije, retorciendo mi mano para liberarla de la suya.

—¿No puedes qué?

—Hacer esto. Está rompiendo mi concentración.

Sacudió la cabeza. —No sé a lo que te refieres.

—Necesito preocuparme por *ellas*, Nathan. Necesito quedarme afuera y pensar en ellas y preocuparme por ellas cada segundo del día, porque tengo miedo de que si no lo hago les pasará algo.

Sacudió la cabeza de nuevo. Evidentemente confundido por mi balbuceo.

—Sé que es irracional, ¿de acuerdo? Puedo verlo en tu cara y puedo sentirlo en todas partes excepto en mi corazón. Pensar en ellas las mantiene vivas.

—Está bien. Lo entiendo, pero preocuparte por ellas es una cosa. Tomar decisiones peligrosas es...

—Esto me está distrayendo. Me estás distrayendo. Ya no pienso en ellas como antes. A veces pienso en ti o en Zoe o... No puedo preocuparme por ti. Me hace olvidar lo que necesito hacer para traer a Jenna y Halle a casa. No puedo ser responsable de tus sentimientos. Mis hijas están primero. *Siempre* estarán primero.

—Por supuesto. Deberían, pero...

—Entonces entiendes que no puedo hacer esto. Contigo... no puedo.

—Scarlet —dijo, extendiendo una mano hacia mí. Su voz teñida de desesperación—. Simplemente... pensemos en otra manera. Tiene que haber otra manera.

—Pero no la hay.

Nathan se quedó parado con los labios separados, respirando desigualmente, tratando de pensar en algo, cualquier cosa para conseguir que cambiara de parecer, respecto a ambas decisiones. Miró hacia el suelo, buscando las palabras en la oscuridad. —No puedo ir contigo. Tengo que quedarme con Zoe, yo...

—Lo sé.

Sus ojos se encontraron con los míos. Su desesperación era perceptible incluso en la oscuridad. —Pensaré en ellas contigo.

Maldito. Maldito él y su decencia. Me hacía querer admitir amarlo, pero no podía. Permitirme preocuparme por sus sentimientos se interponía en el camino de lo que sabía que tenía que hacer para traer a mis niñas seguras al rancho. —Es el último trozo de cordura que tengo, Nathan. No me lo quites.

Me alejé de él rápidamente y luego troté por las escaleras del sótano. No sabía si seguía parado en la sala de estar, aturdido, molesto, confundido o disgustado. No me atreví a mirar hacia atrás.

Dejamos Red Hill a primera hora de la mañana. Pasamos todo el día en Shallot y todavía no habíamos hecho una mella en los teds, así que me quería ir tan pronto como fuera seguro. Nathan saltó de la cama y se despidió tan pronto como escuchó la puerta del frente abrirse, pero no habló ni me dio un beso de despedida.

Estuvimos en la carretera en una hora, pero llegar a Shallot, claramente, y regresar antes de que anocheciera iba a tomar un serio esfuerzo. Puse el ritmo a un trote lento. Después de cuarenta minutos, Cooper parecía coger el ritmo, pero el mío era más como una caminata rápida. Todos llevábamos mochilas, pero a Cooper no le afectó, lo que me molestó un poco. Estaba en buena forma para mi edad. Corría... algunas veces. Caminaba por todo el maldito hospital, algunos días sin una comida o sentarme siquiera. Pensé que la excursión hacia Shallot funcionaría, pero me esforzaba para poner un pie delante del otro y todavía no estábamos a mitad de camino.

—Tengo que descansar —dije, deteniéndome.

—¿De quién fue la idea de caminar? —Sonrió Joey.

—Todos estuvimos de acuerdo —dije—. Únicamente utilizaríamos los vehículos en caso de una salida de emergencia.

—Parece una emergencia para mí —dijo Joey, todavía sonriendo.

Lo miré con la amenaza de la ira en mis ojos. —Cállate.

—No regresaremos al anochecer si descansamos —respondió Cooper.

—Si seguimos presionando de esta manera, todos estaremos demasiados cansados para limpiar —dijo Bryce—. Deberíamos encontrar algún lugar donde escondernos para pasar la noche.

—¿En Shallot? —dije, agarrándome las rodillas. Me levanté y me obligué a dar el primer paso—. ¿No dijiste que algunos de tu gente murieron ahí?

—Algunos de la gente de Nathan —dijo Joey.

Asentí, pero no dije nada más. Alternamos entre caminar y trotar, hasta que finalmente vi aquel maldito coche en el medio de la carretera. La alarma había sido silenciada o la batería del auto se agotó. Los teds se habían ido.

Las huellas de los neumáticos del Jeep estaban todavía surcadas en el campo al otro lado. Parecía que había pasado toda una vida desde aquel día. —Vamos —dije—. Iremos lentamente. Permanezcan juntos.

23

Nathan

Traducido por Sofi Fullbuster & Mel Markham

Corregido por Moni

Al atardecer, me sorprendí a mí mismo observando la cima del campo o la carretera cada vez que pasaba frente a la puerta delantera. Para el almuerzo, tenía que trabajar para encubrir mi ansiedad. Los ansiosos comentarios de Ashley cada cinco minutos no ayudaban en nada, pero cuando Zoe mencionó que oscurecería pronto, la realidad comenzó a imponerse.

—Ya deberían de haber regresado —dijo Elleny en una tranquila, pero ansiosa voz—. No caminarían por la oscuridad, ¿no? El sol ya se ha puesto.

Ashley se sentó en la mesa y cerró los ojos. —Van a regresar, Elleny, no te preocupes. No podrían haber sido lastimados. Si algo hubiera sucedido, alguno de ellos hubiera regresado. ¿Sabes lo que eso significa? *Todos* van a estar bien.

—Dijeron que regresarían por la noche. Si no regresaron es porque alguien fue herido —dijo Zoe, sin estar consciente de lo que sus palabras provocarían a los demás en la mesa.

Elleny soltó un lloriqueo. Ashley se cubrió la boca con las manos.

—Que todo el mundo se calme —dije, al borde de la histeria—. Shallot está a casi veinticuatro kilómetros. Habría sido demasiado optimista que creyesen que podrían caminar cuarenta y ocho kilómetros a pie y sin problemas. Eso no quiere decir que algo haya salido mal. Sólo significa que están siendo inteligentes y no se están arriesgando a viajar de noche.

Elleny asintió. —Scarlet no lo haría. Van a regresar por la mañana. —Comió un poco de puré de papas.

—Exactamente —dije.

Ashley asintió. —Tal vez enviarán a Cooper esta noche para decírnoslo. Cooper puede regresar más rápido que los demás.

—Tal vez —dijo Miranda—. Pero no se desesperen si no lo hace. No se preocupen hasta que tengamos algo de qué preocuparnos.

La voz de Miranda sonaba calmada, pero la mirada que me disparó decía que sólo trataba de ayudarme a mantener a los demás calmados. Ella, igual que los demás, no sabía si regresarían.

Tan pronto como di mi primer mordisco, la luz se fue. Zoe y Elleny gritaron.

—Shhh —dije—. Sabíamos que esto iba a pasar eventualmente, no entren en pánico. Que nadie se mueva.

Fui hasta los gabinetes y me estiré hacia la parte baja del fregadero, agarrando dos lanternas. Encendí una y le tendí la otra a Miranda.

—Conseguiré velas —dijo—. Ven conmigo, Elleny.

Ashley se sentó en la mesa junto a Zoe, sosteniendo su mano. Les sonreí. —Esta no es diferente a cualquiera de las otras noches. Siempre dormimos con las luces apagadas.

—Pero si necesitamos encenderlas, podemos hacerlo —dijo Zoe, temblando.

Ashley abrazó a Zoe contra su costado. —No te preocupes. Estoy aquí contigo.

—Yo también —dijo Zoe, palmeando la mano de Ashley.

Scarlet

—¡Por aquí! —le dije a Joey y a Bryce, sosteniendo la puerta abierta. Cooper nos había dirigido a la casa en la que se habían quedado antes. Ya estaba cubierta con paneles, y, de acuerdo a los chicos, se encontraba a sólo unas cuantas casas de otra casa llena de armas y municiones.

Bryce y Joey habían llamado la atención de un gran grupo de teds para desviarlos lejos de la casa, y luego regresaron. Una vez que estuvieron dentro, traté de encender la luz. Nada.

—¿Sin luz? —preguntó Joey. Se quitó la mochila y sacó una pequeña linterna—. Hay velas bajo el fregadero, pero no tengo ningún fósforo.

—Yo sí —dije, abriendo mi mochila.

Nos sentamos en el suelo formando un círculo, bebiendo de nuestra agua y respirando dificultosamente. Para el momento en que llegamos a Shallot, sólo tuvimos una hora para trabajar antes de que tuviéramos que regresar. Shallot estaba demasiado infestado, por lo que perdimos tiempo, y luego era demasiado tarde como para incluso pensar en volver a casa. Despejamos la zona hasta que era casi de noche, e incluso entonces, aún teníamos que eliminar más de la mitad.

Joey no descansó mucho antes de que se levantara de nuevo. —Voy a revisar las ventanas y puertas. A asegurarme de que todos los paneles están bien puestos, y ver si aún tenemos una segunda salida.

Bryce rodó los ojos, y cuando Joey estuvo fuera de la vista, se quejó—: G.I Joe al rescate.

—Oye —dije, tomando un sorbo de agua—. Salvó nuestros traseros más de una vez hoy. Sé agradable.

Bryce descansó los brazos cruzados encima de sus rodillas, infeliz.

—Uh... ¿chicos? —dijo Joey, entrando en la habitación con las manos arriba. Con sólo las velas para iluminar la habitación, sólo podía ver a Joey y el borde de un rifle contra su cabeza.

Cooper, Bryce y yo nos levantamos rápidamente, sacando nuestras armas. Joey estaba de pie delante de un hombre que lo mantenía como rehén.

—¿No les enseñaron sus madres a no entrar en la casa de alguien más sin llamar?

—Lo siento —dije—. Vamos a irnos.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó—. ¿En un auto?

—No, caminamos —dije—. Lo sentimos. Por favor, sólo déjenos ir —Bajé el arma—. ¿Ve? No queremos lastimar a nadie.

—Demasiado tarde para eso —dijo el hombre. Joey cerró los ojos con fuerza, pero nada sucedió. Agarré la linterna, y destellé la luz hacia los ojos del hombre. Retrocedí ante la luz. Su cabello estaba greñudo, sus uñas y dedos oscuros debido a la suciedad, y

su overol de camuflaje y abrigo estaban manchados con sangre. Se inclinó hacia Joey, y me pregunté si tendríamos una oportunidad si todos lo atacáramos a la vez.

—¿Skeeter? —dijo Bryce.

El hombre luchó contra la luz de la linterna para ver quién había dicho su nombre. —¿Quién eres?

—¡Soy yo, Bryce! ¡Coop también está aquí! ¡No puedo creer que lo hicieras!

Levanté la linterna, así la luz colgaba del techo y lanzaba una tenue luz en la habitación. Skeeter alejó su arma de Joey y sacudió las manos de Bryce y Coop.

—¡Demonios, chicos! —dijo Skeeter, quitándose el sombrero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Cooper, una amplia sonrisa en su rostro.

Me encontraba totalmente confundida. Bryce y Cooper parecían conocer a este hombre, pero Joey no.

—Skeeter McGee, un placer conocerte —dijo, sacudiendo la mano de Joey—. Lo siento por eso. He tenido algunos roces con algunos idiotas. Ya sabes cómo es.

Joey sacudió la mano, desconcertado.

—Sabía que la casa del padre de las niñas estaba en este camino. Pensé que trataría de alcanzarlos a todos ustedes, pero quedé atrapado aquí. ¡Este lugar está lleno de fenómenos!

—Fenómenos —dijo Cooper con una risa—. Me gusta.

—No —dije—. Es ted. A Zoe no le gustará si lo cambiamos.

El rostro de Skeeter cayó, y se volvió blanco. —¿Qué dijiste?

Miré alrededor de la habitación. Nadie más parecía saber tampoco por qué su humor había cambiado repentinamente, y me preocupaba que los chicos no lo conocieran tanto como creían. Sin importar si los chicos conocían a este hombre o no, necesitábamos proteger a todos los que dejamos en casa. —Sólo tomamos una decisión grupal para ver cómo llamar a esas cosas. Es realmente tonto, en realidad...

—No, señora. Dijo Zoe. Como la pequeña Zoe, ¿cerca de setenta y seis centímetros, brillante cabello marrón? —preguntó, poniendo la mano cerca de la correa para mostrar la longitud.

—¿Cómo conoces a Zoe? —dije, sospechando inmediatamente.

Skeeter corrió hacia mí. —Es mi sobrina. ¿Las has visto? ¿Dónde está? ¿Está con su padre?

—¿Tú sobrina? —dije, preguntándome por qué Nathan nunca había dicho algo sobre un hermano.

—Aubrey es mi hermana. La esposa de Nathan. ¿Los has visto?

La esposa de Nathan. Las palabras aguijonearon.

—Sí, los hemos visto —dijo Bryce—. Están en la hacienda Red Hill. Están a salvo.

Skeeter se rio una vez, y luego dio un traspie hacia atrás, cayendo en el sofá. —Oh, gracias a Dios —dijo, extendiendo la palma de su mano contra el costado de su rostro. Después de un momento, cubrió su rostro con sus manos, inclinándose hacia delante y luego el gran y corpulento hombre comenzó a llorar.

Intercambiamos miradas, inseguros de qué hacer. De la única cosa que estaba segura en ese momento, era que ahora éramos diez.

—¿Skeeter? —dije. Toqué su hombro—. Skeeter. Mañana nos iremos después de despejar el área. Eres bienvenido a venir con nosotros.

—¿Despejar el área?

—Sí. Mis hijas van a encontrarme en Red Hill y estamos asegurándonos de que no se metan en un problema.

Asintió. —Entonces ayudaré.

El día siguiente fue tan caluroso como ayer. Dos horas después del amanecer, y ya estaba húmedo. Los cabellos que caían de mi moño se pegaban a la parte trasera de mi cuello mientras las olas de calor bailaban sobre el asfalto. Creí que no era posible, pero la creciente temperatura hizo que al acre olor de nuestras ropas flotara en el viento y se mezclara, formando un revoltijo de comida podrida y mal aliento. Apenas podía olerme a mí misma, así que traté de permanecer lejos de los demás.

En Shallot, cada uno matamos a cinco teds, y luego comenzamos nuestro camino hacia la hacienda. Skeeter nos contó la historia de cómo había hecho su camino a través de una multitud de zombis hasta que llegó a su esposa, quien había sido convertida, y a quien había enterrado para que no pudiera hacerle daño a nadie. Cuanto más hablaba Skeeter, más me gustaba, y me pregunté si Aubrey era como su hermano. Decirle a Nathan que todo había terminado entre nosotros no sonaba tan sin sentido ahora. Ahora que Skeeter estaba con nosotros sería raro, de todas formas. Repentinamente, el pensamiento de estar alrededor de Nathan sin alguna perspectiva de arreglar lo que había hecho era demasiado deprimente. Cuanto más nos acercábamos a la hacienda, más enferma me sentía.

—No puedo creer que conozcas a Nate. Es rarísimo —dijo Cooper.

—Es divertido el hecho de que se encontraran. Él sólo huyó de la iglesia —dijo Skeeter.

—¿Estaba en la iglesia? —dijo Bryce, entretenido.

—Sí. Se fue con Zoe a la primera oportunidad que tuvo, porque sabía que sólo habría un pequeño lapso de tiempo antes de que entraran.

—¿Qué iglesia? —pregunté, deteniéndome en medio de la carretera.

Skeeter sonrió. —La primera Iglesia Baptista de Fairview.

—Santa mierda —dije, dándome cuenta de que la gente que vi salir corriendo de la iglesia podrían haber sido Nathan y Zoe.

Skeeter asintió. —Sí, santa mierda.

Alternamos entre trotar y caminar. Cooper se sentía ansioso de llegar a casa por Ashley, consciente de que estaría enferma de preocupación. Cuando atravesamos la cima de la colina, miré hacia atrás, esperando que mis hijas pudieran hacer lo mismo pronto.

Ashley salió corriendo por la puerta delantera y atravesó el camino, saltando en los brazos de Cooper. Comenzó a llorar inmediatamente. Ellen y se bajó del porche de un salto y me abrazó, tratando de hacer su mejor intento para no llorar. Nathan, Miranda y Zoe se encontraban de pie en el porche, confundidos por el tipo de aspecto hosco en la parte de atrás.

—¿Skeeter? —dijo Nathan. Por sus palabras era obvio que no podía creer lo que veía, pero tenía la mirada más asqueada en el rostro.

—¡Tío Skeeter! —gritó Zoe, corriendo hacia sus brazos. Al segundo en que la abrazó, Zoe arrugó la nariz—. ¡Apesta!

Skeeter se rio. —¡Lo sé! Asqueroso, ¿no?

Nathan caminó escaleras abajo, y envolvió ambos brazos alrededor de su cuñado. —No puedo... creer esto.

Los hombres se abrazaron por un rato, y luego abrazamos a los demás. Cuando Nathan llegó a mí, me apretó duramente, y luego plantó sus labios sobre los míos. Después de menos de un segundo de shock, me permití a mí misma derretirme contra él. Sus dedos se apretaron contra mi espalda, y me apretujé más contra él.

—Lo siento tanto —dije contra sus labios.

Sacudió la cabeza, manteniendo sus ojos cerrados. —No. No digas ni una palabra. Sólo déjame abrazarte.

Escondí el rostro en su cuello, sintiéndome más a salvo de lo que me sentí en las pasadas semanas. Nathan me amaba más de lo que debería después de lo que había dicho. Esperaba que no fuese mucho pedirle a Dios que me diera un milagro más.

Bryce subió los pocos escalones hasta Miranda, y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Por Dios todopoderoso —dijo Skeeter, su voz grave—. Todos ustedes debieron haberme advertido.

—¿Por qué? —dijo Bryce.

—Dos pelirrojas en la casa —suspiró—. Tengo mejores oportunidades en Shallot.

Miranda entrecerró los ojos hacia él, y yo me reí. —Probablemente tienes razón.

—Estoy tan feliz de que hayas regresado —dijo Nathan, abrazándome de nuevo. Besó mis mejillas antes de meterme en la casa de la mano. Me dejó el tiempo suficiente para mostrarle a Skeeter las instalaciones y conseguirle ropa limpia, y luego volvió—. Tengo malas noticias. La electricidad se fue. Traté de mover el interruptor, pero esta... está muerta.

Asentí. —Sabíamos que era temporal, ¿cierto?

Nathan asintió. —Entonces, ¿conociste a mi cuñado? Él es genial, ¿no?

—Sí ¿Esto va a ser... incómodo para ti?

—No. Skeeter sabe que ella se fue. Sabe que se acabó hace mucho tiempo. ¿Estás bien?

—Sí —dije, abrazándolo. Presioné mi mejilla contra su hombro, agradecida de que no tomara en serio nada de lo que dije antes—. Lo que dije antes... Yo...

Nathan sacudió la cabeza. —No... olvídale. Está bien.

—No, no está bien. Eso fue algo horrible para decir, y lo siento. No era buena en esto antes del fin del mundo, y aparentemente no mejoré.

—¿Buena en qué?

—En amar a alguien.

Levantó una ceja, sonriendo, y luego me tomó en sus brazos, plantando un tierno beso en mis labios. —Nunca pedí la perfección.

Dejé escapar una pequeña risa.

—Pero la tuve, de todas formas.

Toqué cada lado de la cara de Nathan y lo atraje hacia mí, besando sus labios. Solo una cosa podría hacer que mi vida fuera mejor, y sufría porque mi niñas llegaran a mí, así podríamos estar todos juntos. —No es perfecto. No todavía.

—Pero lo será —dijo Nathan, sin perder nunca la oportunidad de asegurármelo.

—Tío Skeeter, debes venir a conocer a Butch —dijo Zoe.

Skeeter justo salió del baño, su piel brillante y su cabello mojado. Su cara todavía lucía un poco sucia, pero era solo la línea del bronceado alrededor de sus ojos por sus lentes de sol.

—¿Quién es Butch? —dijo Skeeter, apurándose con el último botón de su camisa limpia. Tiró de la tela para que se ajustara. La camisa lucía cara, blanca con rayas horizontales. No lucía como algo que usara normalmente.

Zoe lo agarró de la mano, y él la siguió como si ella fuera demasiado fuerte como para resistirse. —¡Es una vaca!

—¿Quieres decir un toro? —dijo Skeeter, mirando hacia Nathan y fingiendo preocupación.

Me reí. —Parece un gran chico.

—Lo es —Nathan sonrió, observándolos a ambos.

—Para nada como describiste a Aubrey.

—No es como ella. Pero ella tampoco era así al principio.

Skeeter fingió temerle a Butch, e hizo una escena intentando liberarse del agarre de Zoe.

—Es bueno con los niños. ¿Tiene alguno suyo?

—Todavía no —dijo Nathan, de repente triste—. Su esposa estaba embarazada cuando todo comenzó. —Me miró—. Su nombre era Jill. Era muy dulce.

—Lo siento —dije, pateándome por haber traído a colación el tema.

Nathan besó mi mejilla. —Todos perdimos a alguien —dijo él—. Simplemente es la forma en que son las cosas ahora.

Cooper y Ashley salieron, se abrazaron y se besaron como lo hacían cada vez que él iniciaba su ronda. —Mira a ver si puedes convencer a Nate de hacer pollo asado esta noche. —Le guiñó el ojo a Nathan antes de deslizarse el rifle sobre su hombro.

Palmeé el brazo de Nathan. —Eres el mejor cocinero que hemos tenido.

—¡Te amo! —gritó Ashley.

—¡Te amo más! —respondió Cooper, extendiendo los dos brazos, y luego corriendo hacia el este.

—Vomitivo —dije, molestando Ashley.

Ella me sacó la lengua. —¡No seas gelatina!

—¿Gelatina? —preguntó Nathan.

—Celoso —le dije—. Vas a aprender todo esto cuando Zoe crezca.

Asintió, murmurando un *Ah*.

Skeeter corrió hacia nosotros, respirando con dificultad por jugar con Zoe. —No da tanto miedo. Creo que deberíamos cocinarlo.

—¡Eso no es gracioso! —dijo Ashley, incluso aunque sonreía. Se dio vuelta la para entrar—. ¡Es una mascota!

Nathan codeó a su cuñado. —Hablas demasiado cuando él está encerrado. ¿Quizá deberíamos dejarlo salir y ver quién gana?

Skeeter resopló. —Ganaré yo.

Todos nos reímos, y luego Nathan levantó su dedo, inclinando su oreja como si estuviera oyendo algo. Luego también lo oí. Gritos. Todos miramos alrededor. Al principio no pude descifrar lo que decía, y luego Nathan se congeló.

Su aliento se atoró. —Oh, Dios mío, Zoe.

Nathan fue el primero en correr, luego Skeeter y yo lo seguimos. Corrimos hacia el sur, la misma dirección que Cooper, a pesar de que el granero oscurecía la visión. Para mi horror, vi a Zoe, sus brazos extendidos, girando en círculos lentos en el campo, con un hombre cojeando hacia ella a menos de tres metros de distancia.

Cooper gritó de nuevo. —¡Zoe! ¡Detrás de ti! ¡Corre!

Zoe dejó de girar, pero su espalda estaba hacia la criatura detrás de ella.

—¡Zoe! —gritó Nathan mientras corría—. ¡Escúchame, cariño! ¡Corre hacia papi lo más rápido que puedas!

Zoe miró a su padre con curiosidad, y luego se dio la vuelta, para ver acercarse a los infectados. No se movió. Todo parecía pasar en cámara lenta, como un sueño. No importaba lo rápido que corriera, no podía llegar lo suficientemente rápido. Mi corazón se sentía como si estuviera a punto de explotar, entre el miedo y yo moviendo las piernas lo más rápido que podía.

Podía oír el bajo gruñido, el sonido que hacían cuando se emocionaban. La única cosa por la que se emocionaban era satisfacer su hambre constante. Él se estiró hacia ella, pero Zoe no se movió.

—¡Corre, Zoe! —gritó Nathan, su voz rompiéndose. Sabía que estaba llorando. Yo también lo hacía.

Justo cuando la criatura se agachó para agarrar a Zoe, Cooper usó su cuerpo para placarlo. Zoe calló con ellos.

Nathan gritó de nuevo, moviendo sus brazos, todavía a unos buenos seis metros de distancia. Cuando finalmente llegamos a ellos, Zoe estaba sobre su espalda, mirando el cielo, y Cooper golpeaba el cráneo del infectado con la cola de su rifle.

Nathan levantó a Zoe y la revisó. —¿Te mordieron? —dijo, inspeccionando sus brazos y piernas, y luego levantando su camisa para ver su espalda. Tomó su mandíbula y movió su cabeza de un lado a otro, mirando su cuello.

Zoe empezó a chillar entonces, y Nathan la tomó en sus brazos. Skeeter y yo nos fuimos deteniendo, justo a tiempo para ver el lío que Cooper había dejado. Me miró a los ojos, y fue entonces cuando vi la sangre de color rojo brillante en su hombro.

Cooper miró su herida, y luego cayó al suelo. Me arrodillé a su lado para inspeccionar el lío de piel destrozada y músculo desgarrado. Un gran pedazo había sido mordido por la parte delantera del hombro, hasta llegar al hueso.

Skeeter se sacó la camisa por la cabeza, la arrugó y me la entregó. Hice presión, fuerte, pero sabía al igual que todos los demás que era un espectáculo. Cooper hizo una mueca por la presión, y luego sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Cooper? —gritó Ashley, todavía lejos. Su voz tenía un borde de miedo. Sabía que algo estaba mal.

Cooper me miró. —No dejen que lo vea.

Asentí, levantando la mirada hacia Skeeter. —Mantenla alejada.

—Dile que la amo —dijo Cooper, sus labios temblando.

Mi visión se nubló mientras las lágrimas la llenaban. —Ella lo sabe, Coop. Se lo mostraste cada segundo de cada día.

Él sonrió y asintió mientras Ashley le gritaba a Skeeter, maldiciéndolo por retenerla. —¡Va a estar bien! —gritó ella fuera de vista—. ¡Scarlet! ¡Va a estar bien! ¡No lo lastimes!

—Me va a odiar —dije.

Cooper se acercó, tocando su frente con mi cara, abrazándome de la única forma que podía. —No quiero ningún riesgo de convertirme y atacar a cualquiera de ustedes. Hazlo ahora.

Nathan levantó a Zoe en brazos, y luego limpió sus ojos. —Gracias, Cooper. Salvaste a mi niña.

Cooper asintió. —Mantén a Ashley a salvo, ¿sí? Devuélveme el favor.

—Con mi vida —dijo Nathan—. Te lo debo.

—¡No lo lastimen! —lloró Ashley—. ¡Por favor!

Me agaché para besar su mejilla, y luego me levanté, apunté mi rifle hacia su sien y tiré del gatillo.

24

Miranda

Traducido por Majo_Smile ♥

Corregido por Alaska Young

Nos reunimos bajo el árbol al atardecer, junto al lugar donde mi padre y Leah estaban enterrados. Esta vez, en torno a un nuevo montículo de tierra. Ashley hizo la cruz, uniéndola en la intersección de madera con un cordel, usando flores silvestres dentro de la unión. Trabajó en ello durante horas, tallando la decoración y Stanley Leonard Cooper II en la madera. La única vez que habló con alguien fue para decirles que no permitiría un funeral hasta que su cruz estuviera terminada.

Nunca tuvimos tiempo para enterrar a Jill, y Scarlet había enterrado a mi padre antes de que llegáramos aquí, así que era nuestro primer funeral. Simplemente no podía creer que fuera para Cooper. Era el más fuerte y más amable de nosotros, no parecía correcto que se hubiera ido.

Skeeter, Nathan y Bryce se encontraban sucios por la excavación, y luego llevaron el cuerpo de Cooper al campo. Había estado en el interior consolando a mi hermana casi inconsolable. Una vez que terminó la cruz y los chicos comenzaron a cavar la tumba de Cooper, todo la golpeó a la vez, y estuvo histérica durante la mayor parte del día.

Ahora que la había engatusado para salir, se quedó en silencio. Todos lo hicimos. Finalmente, Nathan se aclaró la garganta.

—Stanley Cooper era el mejor de nosotros. Debemos esforzarnos cada día para ser tan trabajadores, amables y amorosos como él. Era un buen amigo, y hermano...

—Y marido —susurró Ashley. Su cara se arrugó, y su cuerpo se estremeció con sollozos.

—Y marido —repitió Nathan, con la voz quebrada—. Era un héroe. Salvó una vida. Y todos deberíamos esforzarnos por vivir de la manera en que él lo hizo, para que podamos verlo de nuevo en el cielo.

—Una vez Cooper me contó acerca de su pequeña hermana Savannah, lo cercanos que eran, lo mucho que la amaba, y también me dijo que le preocupaba a diario si ella y su madre estaban vivas. Si no lo están, está con ellas de nuevo. Tal vez podemos tomar consuelo en eso.

Bryce sonrió. —Recuerdo la primera vez que conocí a Coop. Fue en clase, y él miraba fijamente a Ashley. Por supuesto, yo salía con la hermana, así que tan pronto como se enteró de eso, fue automáticamente mi mejor amigo. Excepto que él no fingió

esto sólo para ser mi amigo, ¿sabes? Era un buen mejor amigo. El mejor. —Se aclaró la garganta—. Voy a extrañarlo. El mundo no es tan bueno sin él, pero el cielo estará mejor.

Scarlet sonrió. —Eso fue lindo.

—No hables —dijo Ashley—. No hables aquí, Scarlet.

Nathan dio un paso hacia Ashley, pero ella se apartó. —Esto no es culpa de ella, Ashley. Tenía que hacerlo, lo sabes.

—Está bien —dijo Scarlet, haciéndole señas a Nathan—. Necesita enojarse.

—No seas agradable conmigo —dijo Ashley, su estado emocional bajando rápidamente—. No seas jodidamente agradable, Scarlet. Sólo no hables. No quiero escuchar tu voz, ¿me entiendes?

Scarlet miró hacia abajo y asintió. Scarlet era una de las mujeres más fuertes que conocía, y estaba dejando que Ashley le hablara de esa manera delante de todos. A pesar de que sabíamos que Ashley no quería decir ni una palabra, todavía me sentía asombrada por la paciencia de Scarlet.

Nathan comenzó a hablar en defensa de Scarlet de nuevo, pero Scarlet le tocó el brazo y sacudió la cabeza.

Nos paramos allí durante media hora, llorando, contando historias, riendo y recordando. Ashley comenzó a tejer de ida y vuelta, tan emocionalmente agotada que apenas podía estar de pie. La llevé al interior, apoyando su peso mientras caminábamos. Se fue directamente a la cama, y lloró hasta quedarse dormida.

—Oye —dijo Bryce cuando cerré la puerta de Ashley. Subí mi dedo a mi boca. Bryce asintió y comenzó a susurrar—: ¿Cómo está?

—Igual.

—¿Cómo estás?

—Igual. —Bryce puso su brazo alrededor de mi hombro y me guio a la sala vacía—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Joey está vigilando. Scarlet dijo que podría ser una buena idea subir a la azotea, así que Joey encontró una escalera y trepó. Dijo que puede ver mucho más lejos. Tendremos más cuidado de esa manera.

Asentí.

—Nathan está con las chicas. Skeeter y Scarlet bajaron por el camino.

—¿Para despejar?

Bryce asintió.

—¿Sólo ellos dos? ¿Después de lo que pasó?

—Iré con ellos. Sólo quería asegurarme de que te encontrabas bien.

Tomé una respiración profunda. —Sé que Scarlet siente como que tiene que hacer esto, pero creo que es hora de que aceptemos que sus chicas no vendrán. Ya han pasado casi cuatro meses.

Bryce se encogió de hombros. —No lo sé. Le tomó a Nate y a Coop casi todo el día cruzar veinticuatro kilómetros. Es un largo camino para dos pequeñas chicas si van a pie. Creo que si no llegan para el invierno, podemos decir eso.

—Eso es mucho tiempo para dejarle tener esperanza.

—No es suficiente si me lo preguntas. —Me besó en la frente—. Hasta pronto.

—Ten cuidado.

Miré a Bryce salir, trotando para alcanzar a Scarlet y a Skeeter, que ya se hallaban fuera de la vista del camino. Mi estómago se sentía como si se hubiera reducido, y me pregunté si era una buena idea que estuviera solo en absoluto, ni siquiera por los pocos minutos que le llevaría unirse a Scarlet y a Skeeter.

Una vez que Bryce estuvo sobre la colina, abrí la puerta y me di cuenta de la escalera que llevaba al techo. Una mano tras otra, subí a la cima, viendo a Joey sentado en la veta con un rifle de caza, una caja de munición, y lo que estaba segura era la mejor mira de mi padre.

—¿Quieres un poco de compañía? —pregunté.

Joey levantó la vista hacia el sol y entrecerró los ojos. —Siempre.

Me senté, pero no pude ver la parte inferior de la tumba de Cooper, así que me acerqué más, hasta la mitad de la casa. Nathan estaba por la valla de Butch con las niñas, viéndolas hablar con el toro. Apartó la vista sólo el tiempo necesario para tomar una rápida mirada alrededor, y luego sus ojos se ubicaron en ellas otra vez.

—Zoe parece estar bien. Es un poco rara —dijo Joey.

—No creo que sea como nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que es un poco diferente, eso es todo.

Joey asintió. —Nathan es un santo. Me alegro de que él y Scarlet se tengan el uno al otro.

Sonreí. —Yo también.

Miró a su alrededor, en todas direcciones, y luego señaló. —Mira.

Había un solo árbol en el centro del campo norte. Un grupo de pájaros que estaban encaramados despegaron, a la vez, de las ramas. Joey miró a través de la mira yladeó su rifle. —Hay cuatro de ellos. ¿Los ves?

Estreché mis ojos, el trigo ahora era alto y dorado, casi listo para la cosecha. En el alto cultivo, era fácil ver un ted tropezar a través de él. Miré a Joey. Pude ver tres cabezas, y el trigo en movimiento alrededor de un cuarto más bajo. Era una persona muy menuda o un niño. —¿Puedes verlos? ¿Son teds, verdad, no seres humanos?

—Definitivamente teds.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo —dijo, levantando su rifle.

Uno. *Recargar.*

Dos. *Recargar.*

Tres. *Recargar.*

Y después de una pausa, cuatro.

Joey levantó la vista de la mira, echó otro vistazo rápido a través de ella hacia la zona, y luego se puso el rifle en su regazo.

Nathan reunió a las niñas y le gritó a Joey desde el suelo.

—¿Limpio?

—Limpio —gritó Joey en respuesta.

—¿Ves a Scarlet?

—No.

Nathan parecía frustrado. La muerte de Cooper fue una verificación de la realidad para todos nosotros. Ninguno podía hablar de Scarlet saliendo para el despeje porque no había manera de discutir con su razonamiento, pero aun así era un riesgo enorme.

Joey se secó la frente con un trapo sucio. Estábamos asándonos ahí arriba, incluso a la sombra parcial del roble. Joey se echó hacia atrás, apoyándose en sus manos. Su dedo índice acarició mi meñique, y luego entrelazó todos sus dedos con los míos. Nosotros no lo reconocimos ni hablamos, sólo nos sentamos allí, empapados en sudor y satisfechos de que por un momento no teníamos que fingir.

Scarlet

—¡Estén alertas! —gritó Skeeter.

El viento nos favorecía, y era fácil oler los cadáveres en descomposición cuando se aproximaban. Esta vez, sin embargo, el olor era excepcionalmente malo. Al principio pensé que era porque nos acercábamos a la parte más caliente del verano, pero luego los vi.

Skeeter se echó a reír una vez. —Ennegrecido y frito crujiente. ¡Como el pollo frito de Nathan!

—No huelen como pollo —dijo Bryce, asqueado.

Ni siquiera llegamos a la carretera cuando nos encontramos con una pequeña manada. Venían desde el sur, y en lo que me ocupaba de azotar el hacha en la parte superior de los cráneos y lados de las caras, me pregunté por qué veíamos muchos más de ellos. Limpiamos durante semanas, no tenía sentido que hubiera más en el camino, eso me frustraba muchísimo.

Skeeter y Bryce me ayudaron a tirar los cuerpos en descomposición a la zanja. Era una regla que hice cuando empezamos. Era demasiado trabajo enterrarlos, y demasiado arriesgado apilarlos y quemar los cuerpos a causa del calor, el viento y la falta de lluvias en el último mes. Simplemente no quería que las chicas tuvieran que caminar sobre ellos cuando hicieran su camino hacia el rancho.

Me puse de pie, respirando con dificultad y limpiando la suciedad y el sudor de mi cara. —Creo que vienen de Shallot.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Skeeter—. Estos chicos tienen que haberse acercado demasiado al incendio de la gasolinera.

Bryce señaló con la cabeza hacia el sur. —El fuego se debió apagar, y ya no tienen nada más atrayéndolos a la ciudad.

—Y se están muriendo de hambre —dije, señalando otra pequeña manada caminando por la carretera a menos de unos cuatrocientos metros de distancia. Eran piel y huesos. No sabía con certeza si realmente necesitaban comer, o si era simplemente el estado natural de la descomposición, pero sin duda parecían hambrientos—. Míralos. A lo mejor con el tiempo se desmoronarían, o sus cuerpos darán a conocer la falta de nutrición.

—Esa es una idea prometedora —dijo Skeeter—. Pero no contaría con ello. Los que acabamos de limpiar fueron quemados hasta las cenizas. Todavía caminaban.

—Se dirigen hacia el norte —dijo Bryce—. Vamos a dejarlos pasar.

Negué con la cabeza. —Tal vez alguien vio al que atrapó a Cooper y lo dejó pasar. Los derribaremos a todos. Tantos como podamos.

Nathan

Caminé de un lado a otro en la sala de estar mientras se cocinaba la cena, comprobando la puerta cada pocos segundos por cualquier señal de ellos. Mis emociones rebotaron desde la preocupación al enojo, a la frustración y el pánico.

—Van a volver en cualquier momento —me aseguró Miranda—. La cena se quema.

Corrí al cuarto de lavado y por la puerta lateral hacia la parrilla. —¡Maldita sea! —dije, sacando el pollo con las manos desnudas. Humedecí mis dedos quemados y sacudí mi mano, como si eso fuera a ayudar.

Miranda se encontraba de pie en la puerta. —Sé que es difícil para ti verla ponerse en peligro de esta manera.

Eché una rápida mirada a nuestro alrededor. Mirar por encima de mi hombro era un hábito que había desarrollado, no sabía muy bien en qué momento empecé a hacerlo, pero sucedía cada vez que salía, como un tic. —También Bryce está fuera... y Joey.

Las mejillas de Miranda se sonrojaron, y miró detrás de ella antes de salir por completo. —¿Es tan obvio? —Le dediqué una mirada, y su cabeza cayó por la vergüenza—. No fue mi intención. Simplemente sucedió.

—Es una situación complicada —dije—. No estoy en condiciones de juzgar.

—No sé qué hacer. No tengo a nadie con quien hablar.

—Puedes hablar conmigo. No estoy seguro de cuánta ayuda seré, pero voy a escuchar.

Miranda sonrió, y apoyó su sien en el marco de la puerta. —Gracias, Nate.

Metí el plato de pollo, y miré las tres sillas vacías con un suspiro. Miranda fue a buscar a Ashley, pero regresó con las manos vacías.

—No tiene ganas de comer.

Asentí. —Lo dejaré pasar esta noche, pero va a tener que empezar a comer pronto.

Miranda asintió.

Todos nos sentamos a comer. Elleny y Zoe hablaron sobre su día. Se llevaban muy bien. Elleny no hablaba mucho, pero era una chica dulce. Traté de hablar con ella acerca de su familia, pero se guardó todo en su interior. Scarlet dijo que habló de sus padres sólo una vez, pero fue demasiado difícil y nunca lo intentó de nuevo después de eso. Esperaba que después de que se sanara de lo que ese monstruo la hizo pasar, fuera capaz de hablar con alguien. Eso era mucho dolor para una niña como para mantenerlo en su interior.

—Y entonces Butch se fue a *mawwwwwwwwwwww* —dijo Zoe entre risitas.

Elleny también se rio con una risa sofocada, y muy pronto todos reíamos.

—¡Papá! —dijo Zoe, sentándose sobre sus rodillas. Señaló hacia la puerta mientras Bryce la abría.

Joey entró tras él, y luego Scarlet. Corrí hacia ella y la tomé en mis brazos. Esos primeros segundos cuando regresaba del despeje siempre sacaban un gran peso de mis hombros, dejándome respirar de nuevo.

—¡Estoy asquerosa! —advirtió.

—No me importa —dije, apretándola contra mí, y luego besando sus labios.

Scarlet se alejó, bajando la barbilla. —Están dejando Shallot. Migrando.

—Buscando comida —dije, pensativo.

—Si están cazando, tengo que redoblar mis esfuerzos.

—Scarlet —empecé a decir, pero levantó la mano y sonrió.

—Voy a lavarme. Hablaremos más tarde.

Se alejó y suspiré. Ya tomó una decisión.

Durante la cena, Scarlet explicó los conceptos básicos de su plan. Después de la cena, mientras estábamos tumbados en la cama, me lo explicó con mayor profundidad a mí. Tenía la esperanza de que estuviera de acuerdo en que era lo correcto que se debía hacer, pero comenzaba a quedarme sin razones para apoyar sus viajes diarios al peligro.

—Para la próxima semana —susurró—, nos concentraremos en la limpieza de la carretera, así no perdemos ninguna salida de Shallot en este lado. Luego, finalmente haremos otro viaje hacia allí. No creo que sean muchos los que dejaron la ciudad, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —Es difícil de decir.

—Creo que se dispersarán. Nos quedaremos en Shallot hasta que esté limpio, y luego trabajaremos en la carretera entre Shallot y el otro camino.

Me senté. —¿Le has hablado a los chicos de esto?

—Lo mencioné en el camino a casa. Skeeter y Bryce están a bordo. Le preguntaré a Joey si quiere venir.

—Jesucristo, Scarlet, ¿cuándo vas a parar? ¿Cuándo será suficiente?

—No levantes la voz.

—Estoy intentándolo. Dios sabe que estoy intentándolo, pero tienes que decirme cuándo va a terminar este pequeño proyecto.

—¿Pequeño proyecto?

Fruncí el ceño. —¿Tienes alguna idea de lo que paso cada mañana cuando te vas? ¿Por lo que paso a través de todo el día hasta que vuelves?

—Sí. Tengo una idea —dijo, arrastrándose fuera de la cama.

—Dios, Scarlet... —dije, sintiéndome terrible—. Lo siento.

Se fue sin decir ni una palabra, y me volví a recostar en la almohada, mirando hacia el techo mientras me permití ahogarme en la culpa que se apoderó de mí.

25

Miranda

Traducido por Moni

Corregido por Vanessa VR

Después del octavo día consecutivo de limpieza, Scarlet y los chicos se tomaron un día libre. Todos habíamos estado esperándolo. Mientras estaban fuera, Nathan y yo nos turnamos vigilando sobre el techo. Hacía tanto calor que —incluso tomando agua— casi enfermábamos por el sol para el momento en que nos bajábamos. Y luego teníamos que vigilar a las chicas. Era agotador. No podía imaginar cómo se sentían los chicos cada día.

Ashley había estado llevando comida a su habitación, pero hoy decidió aventurarse hacia el comedor. Era obvio que tratábamos de mantener una conversación ligera. Ashley no comía ni hablaba mucho, pero era un gran paso para ella el venir a la mesa con nosotros, y todos lo sabíamos.

Era mi turno de lavar los platos. Joey trajo un cubo de agua del exterior, y luego se quedó para secar mientras yo limpiaba.

—Espero que llueva pronto —dijo—. No hay mucha agua en la cuenca.

No habíamos tenido tiempo a solas desde el día que estuvimos en el techo, y aunque lo ignoré, y aunque había venido con malas noticias, casi me alegré cuando se ofreció a ayudar.

—Estás comenzando a ponerte muy doméstico —bromeé. Joey me dio un codazo, y me reí.

Bryce entró en la cocina y tomó una toalla. —Yo haré eso —le dijo a Joey.

—Ya casi terminamos —dije, esperando que no sonara como que sólo quería mantener a Joey en la cocina conmigo —porque eso es exactamente lo que quería.

Bryce nos miró a ambos con expectación, y luego Joey y yo intercambiamos miradas.

—Iba a practicar un poco de tiro, de todos modos. —Joey y yo usamos eso para robar unos momentos a solas hace unas semanas, y sonreí, sabiendo que era una invitación.

—Es mejor avisarle a Skeeter —dijo Bryce—. No me gustaría que te disparara accidentalmente —refunfuñó en voz baja.

Al segundo en que la contrapuerta se cerró, traté de pensar en una razón para salir con Joey. Bryce y yo terminamos con los platos, y él los estaba guardando. Scarlet, Nathan y Zoe jugaban a algún tipo de juego de mesa casero en medio del suelo de la sala de estar.

—Miranda, Ashley salió antes. Voy a ir a ver cómo está cuando termine —dijo Bryce, cerrando la puerta del armario.

—Yo lo haré —dije, tratando de no sonar tan ansiosa como me sentía. Mis manos temblaban, agradecida porque tenía una razón, y emocionada porque fue Bryce a quien se le había ocurrido. Eso significaría menos preguntas después. Traté de parecer indiferente mientras salía por la puerta principal.

Él no estaba en la parte trasera de la casa, donde nos habíamos encontrado la última vez. No pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que no veía a Joey... ni a Ashley.

—Oye, Skeeter —grité, mirando hacia el techo. Él asomó la cabeza por encima del borde—. ¿Ves a Joey o a Ashley?

Skeeter señaló hacia el sur, pero no dijo ni una palabra.

Me acerqué al establo, pero Butch y yo éramos los únicos alrededor.

Varias emociones burbujearon a la superficie: confusión, preocupación, e incluso sospecha. Ruidos de detrás del establo despertaron mi curiosidad, así que me asomé por la esquina. Joey y Ashley estaban de pie juntos en el campo. Ella estaba sosteniendo el rifle, y él estaba tratando de ayudarla a sostenerlo correctamente. Él dijo algo, haciéndole bajar el cañón un poco hacia el suelo. Sus manos estuvieron en la cadera de ella por una fracción de segundo. Comenzaron a reír, del tipo feo que produce lágrimas. Joey incluso se dobló y apoyó sus manos en las rodillas.

Mi rostro se sonrojó inmediatamente y mis ojos se llenaron de lágrimas. Al principio estaba enojada con Ashley. Había estado caminando por la casa casi en estado de coma, sin responderle a nadie ni a nada. Todo lo que había hecho durante casi diez días era llorar y dormir. Cada vez que trataba de hablar con ella, sólo se enojaba. Pero en el campo con Joey, era ella misma de nuevo. Riendo y bromeando como si Cooper no hubiera recibido un disparo en la cara justo delante de ella hace menos de dos semanas. De pronto, sola con Joey, estaba bien.

Ahogué un sollozo, dejando que los celos, y luego la culpabilidad, me tragan enteramente. Por supuesto que Ashley merecía hacer algo más que ser miserable. ¿Cómo podría decir que la amaba y luego estar enojada con ella por tener un momento de paz? Lentamente me deslicé hasta el suelo y me senté. El sudor estaba formándose a lo largo de mi frente, y una gota finalmente cayó justo frente a mi oreja. Hacía tanto calor como en un horno, incluso en la sombra, pero Ashley y Joey no notaban que estaban asándose con el sol brillando justo sobre ellos.

Ella estaba sola ahora, y también lo estaba Joey. Hablarían de sus pérdidas, y encontrarían consuelo el uno en el otro, y yo tendría que mirarlos porque no tenía otro lugar al que ir. Cerré los ojos y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás, contra la pared del establo. Dios, yo era una horrible perra egoísta.

Las voces de Joey y Ashley se hicieron más fuertes, y me di cuenta de que estaban caminando hacia mí. Me quedé muy quieta y no me atreví a respirar, temiendo que me encontraran espiando y llorando por ellos como una loca. Estaba convencida de que ambos sabrían por qué si me vieran. Afortunadamente, estaban muy ocupados

impresionándose el uno al otro como para verme, y siguieron hasta la casa. Finalmente respiré hondo y dejé escapar un grito silencioso. Dije una vez que no querría a Joey si fuera el último hombre en la tierra. Ahora, era lo suficientemente horrible como para desear que fuéramos los últimos en la tierra para poder tenerlo sólo para mí.

Esa noche en la cena, Ashley y Joey se sentaron uno junto al otro. Hablaron sobre su tarde y lo terrible que Ashley era para disparar. Por ninguna razón en absoluto, estaba molesta con la voz de Ashley y toda la conversación. Nadie más hablaba, sólo los escuchaban hablar una y otra vez sobre lo divertido que era eso, y alardeando sobre cuánta ayuda necesitaba Ashley.

—Hemos decidido que ella necesita ayuda, y esto debería ser una cosa de todos los días hasta que mejore.

—Me parece una buena idea —dijo Nathan, asintiendo.

—Ya has disparado con un arma antes, Ashley. No entiendo por qué serías tan mala en eso —dije.

Ashley se rio entre dientes, y luego cuando se dio cuenta de que yo no estaba riendo, se detuvo por completo. —No he disparado tanto.

—Tanto como lo he hecho yo. Por la forma en la que hablan, estabas confundida incluso sobre la forma de sostener la maldita cosa.

—Miranda —dijo Nathan con su voz irritantemente suave.

—Sólo tengo curiosidad. —Traté de sonreír, esperando que cubriera lo loca que me sentía, y lo horrible que era por estar enojada porque mi hermana era feliz.

Ashley miró hacia la mesa, la luz que había vuelto a sus ojos se apagó. —Es sólo que nunca fue lo mío.

Las comisuras de su boca se nivelaron, e hizo rodar su comida alrededor del plato con el tenedor, volviendo al mismo recipiente sin vida que había sido desde que Cooper murió.

Bryce me lanzó una mirada penetrante. No tenía que preguntarle lo que pensaba. Sabía que estaba enojado porque había sido muy dura con ella, y debía estarlo. Yo estaba enojada conmigo misma.

—Lo siento, Ashley. No quise decir...

—Está bien —dijo, su rostro carente de emoción.

Me senté hacia atrás en la silla, sintiendo el juicio de todos en la mesa. Me lo merecía, así que me quedé ahí, dejándolos mirar, o negar con la cabeza. No estaba segura de quién estaba más enojado. No era lo suficientemente valiente como para levantar la mirada del plato.

Después de que las luces se apagaron, Bryce trató de levantarme de la silla reclinable. —¿Vienes?

Asentí. —Estaré allí en un momento. No estoy muy cansada.

Asintió, resignado. Después de que desapareció en el pasillo y cerró la puerta, me puse de pie.

Joey estaba respirando fuerte pero de forma regular, mirando al suelo en la última mitad de una flexión. Su rostro estaba rojo y húmedo, y como de costumbre, no tenía camisa. Las venas se marcaban mucho en sus manos y brazos.

Notando mis pies junto a su cabeza, me miró.

—¿Puedo hablar contigo afuera por un minuto? —dije, y luego me di la vuelta para ir al porche del frente. Joey vino, cerrando la puerta silenciosamente.

Ahora que estábamos solos, con él medio desnudo, luché por recordar por qué estaba enojada en primer lugar.

—¿Qué está pasando contigo? —preguntó.

—Te vi.

—¿Eh?

—Con Ashley. Temprano. ¿Qué demonios piensas que haces?

Joey cruzó los brazos sobre el pecho y se movió nerviosamente. —Um... ¿enseñándole a disparar?

Me reí sin humor. —Oh, mentira. Me has enseñado a disparar antes. No recuerdo que tus manos estuvieran sobre mí así.

—Mis... ¿qué?

—Me escuchaste. ¡Te vi!

La expresión de Joey cambió de sorpresa a leve ira. —No tenía mis manos sobre ella, Miranda, estás siendo ridícula. Y sabías lo que hacías muy bien antes de que saliéramos porque has disparado antes.

—¡Ella también lo ha hecho!

—Bueno, entonces no es tan buena como tú.

—Ella está triste, Joey. ¿Lo que sea que estás pensando? No.

—¿No qué? Tal vez soy estúpido, así que tendrás que decirme exactamente qué estás diciendo. —Estaba a la defensiva, lo cual sólo me hizo enojarse aún más.

—Estoy diciendo que Ashley es mi hermana. La amo. Acaba de perder al amor de su vida, es vulnerable. No sé qué tan clara puedo ser, así que sólo déjame decir esto: no quiero que se aprovechen de ella.

—*En verdad* no piensas que yo haría eso —dijo Joey, hirviendo. Cuando no respondí, su expresión cambió de nuevo—. ¿En serio piensas tan poco de mí, que yo volaría bajo el radar y trataría de meterme en sus bragas? ¿Mientras está de luto?

—No, eso no es lo que estoy diciendo, yo...

—Bien, porque si realmente piensas que soy un pedazo de mierda tan grande, ¿qué hemos estado haciendo?

—¡No hemos estado haciendo nada!

—¡Sabes lo que quiero decir!

—Espera, ¿quieres decir que cuando ya no esté de luto tratarás de meterte en sus bragas?

—¿Qué? —dijo, claramente tratando de recordar cuándo había dicho algo remotamente parecido a eso. Negó con la cabeza, completamente aturdido—. Tienes que conocerme mejor que eso. Tienes que saber cómo me siento por ti. Es tu hermana. Yo nunca...

—Sí. Te conozco, y sé que también has perdido a alguien, así que pensé que tal vez sentiste como que ustedes tenían algo en común.

—Entonces no es que pienses que haría un movimiento idiota como ese, pero querías advertirme que no hiciera un movimiento idiota como ese.

—¡No! No pienso que seas un idiota, sólo pienso que ustedes... tal vez sin pensar en lo que significa si se juntan solo porque están solos.

—Entonces, ¿viniste aquí a asegurarte de que no estuviera tratando de acercarme a tu hermana porque no creíste que estuviera tratando de acercarme a tu hermana?

—¡Sí!

—¡Eso no tiene ningún sentido! —Se volvió para mirarme—. O tal vez sí.

Lo miré por un largo tiempo. No estaba segura de si estaba avergonzada o enojada, o ambas, pero esa sonrisa petulante que odiaba y amaba estaba extendida sobre su cara. Levanté la muñeca y le enseñé el dedo del medio. —Tal vez *eres* un idiota. —Me di giré hacia las escaleras, pero Joey volvió a darme la vuelta y luego su boca estaba sobre la mía. Después de la sorpresa inicial, agarré su piel y tiré de él contra mí justo cuando su lengua se deslizó dentro de mi boca. Olía como a sudor de dos días y a tierra, y estaba segura de que yo también, pero no podía estar lo suficientemente cerca de él. Quería más de su boca en la mía, más de sus brazos a mi alrededor, más de sus manos en mi piel, pero él se alejó.

Por la mirada en su rostro y el brillo de tristeza en sus ojos, besarme había traído un recuerdo de vuelta. Tal vez me lo merecía, amar a alguien que amaba a otra persona.

—Guau, lo siento —susurró, tropezando hacia atrás—. No puedo creer que acabo de hacer eso.

—Está bien —dije, extendiendo la mano hacia él, desesperada por hacerle sentir mejor.

—No le puedo hacer esto a Dana.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. —No estás haciendo nada malo. Sé que la amabas, pero Dana no está aquí.

—Pero Bryce sí.

Sus palabras me atravesaron como un hacha. Él no estaba haciendo nada malo, pero yo sí.

—Vamos hasta Shallot de nuevo —dijo—. Tengo que levantarme temprano y va a ser un día largo, y cuando regresemos, Skeeter quiere cavar zanjas alrededor del perímetro. Necesito descansar.

Asentí, dando un paso hacia atrás unas cuantas veces antes de finalmente abrir la puerta. Habría sido mi suerte encontrarme con alguien, tal vez incluso con Bryce, mientras me retiraba por la sala de estar con las mejillas mojadas. Cuando entré, estaba sola. Nathan y Zoe probablemente nos habían escuchado afuera, y seguramente nos escucharon gritando. Todos probablemente nos escucharon gritando.

Me sequé los ojos rápidamente, y di unos pasos hacia el cuarto de lavado. Podía escuchar el susurro de Scarlet en mi mente. No lo *haría*. Si aún estuviera casada con Andrew y atrapada en esta casa con él y con Nathan, tal vez lo haría.

Perdí mi valor, y luego me deslicé de nuevo en mi habitación, le di un vistazo a Bryce, durmiendo en mi lado de la cama, y me senté en la silla de la esquina. Él normalmente caía dormido rápidamente después de que su cabeza tocara la almohada, así que hacía eso cuando estaba esperando a que yo fuera a la cama, sabiendo que se despertaría cuando tirara de las sábanas para acostarme en mi lado. No estaba segura de si me había quedado con él por tanto tiempo porque lo amaba, o si sólo era que no tenía una razón lo suficientemente buena para pedirle que termináramos. De cualquier manera, estaba metiéndome en la cama con el hombre que me amaba, deseando que fuera el hombre al que yo amaba.

26

Nathan

Traducido por Melody Hamort & Mel Markham

Corregido por Aimetz

—¿Necesitas más agua? —gritó Miranda.

Asomé mi cabeza por encima del borde. —Seguro —dije. Era difícil adivinar estando sobre la azotea, pero estaba dispuesto a apostar que la temperatura era fácilmente superior a los treinta y ocho grados.

Miranda subió la escalera con otro gran vaso, tomando el mío casi vacío.

—¿Sabes qué extraño? —dije—. Hielo.

Miranda sonrió. —Oh, Dios mío. Yo también. Pero estoy segura de que tendremos un poco este invierno, y entonces no lo extrañaremos tanto.

Reí. —Probablemente tienes razón.

Miranda volvió a bajar, y yo entrecerré los ojos por el resplandor. Scarlet y los demás habían estado en el claro por tres días, y esperaba que regresaran pronto. Había visto una columna de humo, más temprano en la mañana, en esa dirección, y esperaba que no fuera algún tipo de señal de que necesitaban ayuda. No me molesté en decírselo a Miranda. No podíamos arriesgarnos llevando a las niñas, y era demasiado peligroso para que uno de nosotros fuera solo, de todos modos.

Almorcé en la azotea y luego bajé, esperando hasta asegurarme de que Miranda estaba arriba antes de entrar. Ellen y estaba ordenando después del almuerzo, y Zoe estaba coloreando con los pocos pedazos de crayones que le quedaban. Tenía la esperanza de que si Scarlet tenía tiempo para detenerse en la tienda de Shallot, pensara en recoger un poco más para Zoe —si es que tenía alguno— y luego reí de lo extrañamente normal que era ese pensamiento.

—¡Nathan! ¡Los veo! —gritó Miranda. Su voz sonaba apagada, así que quise asegurarme de haberla escuchado bien.

—¿Los ves? —dije, dando un paso hacia la entrada. No contestó, así que trepé por la escalera. Estaba mirando a través de su objetivo, sus labios temblando.

—¿Qué es? ¿Qué ves? —Miranda me miró, sus ojos enrojecidos y amenazando con llenarse de lágrimas.

Después de que se acercaron un poco más, miré en su dirección. —No entres en pánico —dije, notando qué era lo que le había molestado—. Puede que no sea lo que piensas.

Me giré, observando al grupo cortando a través del campo. Bajé, con Miranda detrás de mí, y me encontré con Scarlet justo enfrente del pórtico. Era obvio que las noticias no eran buenas.

—Lo siento —dijo ella, mirando a Miranda—. Lo siento.

Las manos de Miranda temblaban mientras se tapaba la boca. —No.

—Estábamos inmovilizados. Él iba a alejarlos, pero nunca regresó.

Miranda contuvo la respiración. Elleny y Zoe salieron. Elleny abrazó a Scarlet con fuerza, y Zoe abrazó a Skeeter.

—¿Estás segura? ¿Lo buscaste? —pregunté.

Skeeter asintió, sus ojos tristes. —Yo lo encontré. Terminé con él.

Miranda cayó de rodillas y lloró, cubriendo su rostro. Ashley salió con los ojos muy abiertos, y se arrodilló junto a su hermana. —¿Estás bien? —preguntó. Levantó la mirada hacia nosotros—. ¿Dónde está Joey?

Bryce miró a Miranda, inexpresivo. —Él no lo logró.

Miranda se inclinó hacia adelante y gritó, incapaz de ocultar su dolor. Ashley la sostuvo, mirando a Bryce. Estaba destrozándose, observando a su novia llorar por Joey de la misma manera en que Ashley había llorado por Cooper. Finalmente, fue demasiado y entró en la casa.

Skeeter me miró con el ceño fruncido. —¿Soy el único confundido como el infierno?

—Sí —le dije, sin saber qué más decir.

—Tal vez no era él —sollozó Miranda. Sus ojos se iluminaron con esperanza.

—Era él —dijo Scarlet—. Lo siento mucho. Esto es mi culpa.

El rostro de Miranda se endureció, y se puso de pie, empujando a Ashley. —Estás malditamente en lo cierto, es tu culpa. Aquí todo el mundo piensa que *yo soy* la perra egoísta, ¡pero tú tomas el pastel, Scarlet! ¡Hiciste que lo mataran! ¿Y por qué? ¿Por tus hijas muertas?

—¡Miranda, es suficiente! —gruñí. Mi tono me sorprendió incluso a mí.

Miranda tomó aire a través de su nariz. Ashley se acercó a ella de nuevo. —¡Suéltame! —gritó ella, exhalando en pequeños sollozos—. ¡Suéltame! —Subió la escalera hasta la azotea, llorando sola.

Scarlet tragó saliva y me miró por debajo de su ceño fruncido. —¿Está bien?

—No —dije simplemente, tomándola en mis brazos. Besé su cabello, sin saber qué más decir.

Scarlet

Ninguno de nosotros estaba de humor para comer, así que les hice un emparedado de mantequilla de maní a las niñas. Me senté en el sofá, bebiendo agua, tratando de olvidar la manera en que Joey se veía antes de que Skeeter pusiera una bala en su frente.

Él no le había dicho a Miranda toda la verdad. Joey sí había alejado a los teds de la casa de seguridad, y no regresó, pero cuando fuimos a buscarlo con las primeras luces, yo fui la que lo encontró. Y sólo no pude apretar el gatillo. Joey se tambaleaba hacia mí, con su cuello y brazos masticados en algunas partes hasta el hueso. Sabía que era mi culpa que estuviera muerto, y no podía ser responsable de su muerte una segunda vez. Skeeter me sostuvo con un brazo mientras acababa con Joey.

Tomé otro sorbo, y luego salí a la entrada a esperar. Podía oír a Miranda en la azotea. A pesar de que sabía que era la última persona que quería ver, decidí unirme a ella.

—Hola —dije cuando llegué al último peldaño.

Miranda ni siquiera se molestó en responder, sólo se rio una vez, incrédula.

Me senté a unos metros de ella. No hablamos; yo sólo quería esperar donde pudiera ver más lejos por el camino. Después de unos diez minutos, el cielo cambió, marcando el comienzo de la puesta del sol.

—Estás haciendo esto para que pueda ver que todavía piensas que están vivas. Así Joey no murió en vano.

—No, sólo estoy esperando a mis hijas.

—Tienes dos adentro.

Suspiré. —Tengo dos más adentro, sí.

—¿Sabes qué? No importa si piensas que están vivas o no. Sus vidas no son más importantes que la de Joey, o Bryce, o Skeeter... o Nathan.

—¿Nathan?

—Él morirá si algo te sucede. ¿Ves a Ashley? ¿Vacía y sin esperanza? Así será Nathan uno de estos días después de que hagas que te maten.

La idea hizo que se me revoliera el estómago, pero no cambié de opinión. —Asumo la responsabilidad total por Joey. Tienes razón. Es mi culpa. Pero no puedo disculparme por hacer todo lo que pueda para ayudar a que mis niñas lleguen a mí de forma segura, y no voy a rechazar a nadie que quiera ayudar.

Miranda estiró el cuello hacia mí. —Nadie más lo dirá, Scarlet, pero yo lo haré: Pueden irse a la mierda, tú y tu estúpida idea de despejar el camino para tus niñas. Hay más infectados allí afuera que humanos. Nunca vas a poder eliminarlos a todos, y uno de estos días vas a cortar una de sus cabezas con tu hacha, y vas a darte cuenta demasiado tarde de que era Jenna o Halle. Pero no importará, de todos modos, porque ¡están malditamente muertas! —Con las últimas palabras, Miranda gritó, apretó los ojos con fuerza y sacudió la cabeza, su cabello pegándose al sudor de su rostro.

Cerré los ojos, tratando de impedir que sus gritos formaran imágenes en mi mente. —Miranda...

—¿Vas a admitirlo, entonces? —dijo, sus ojos enojados y desesperados.

—No lo sé. No sé lo que me ocurrirá si tengo que admitir que no van a venir.

—No. Van. A. Venir.

Una lágrima escapó de mi ojo, y la limpié rápidamente. —No creo eso.

—¡Scarlet! —gritó Nathan desde la entrada. Subió la escalera, sus ojos muy abiertos —¿Estás viendo?

—¿Qué?

—¡Mira! ¡Mira la colina!

Entrecerré los ojos para enfocar, viendo dos pequeñas figuras caminando por la colina roja. Skeeter estaba de pie en el patio, gritando y agitando los brazos. Las figuras comenzaron a correr, y fue entonces cuando me di cuenta de que eran Halle y Jenna.

Un sollozo estalló en mi garganta. —¡Oh, Dios mío! —lloré—. ¡Son ellas! ¡Son mis bebés!

Estaban solas. Apenas podía procesar lo que eso podría significar, o lo que habían tenido que pasar, pero en ese momento, lo único que pude hacer fue bajar por la escalera.

Nathan bajó algunos peldaños, y luego saltó el resto, sabiendo que yo estaba apurada.

—¿Scarlet? ¡Scarlet! —gritó Miranda.

La miré a ella, y luego al campo que señalaba, observando una manada de alrededor de dos docenas de infectados, cojeando y tambaleándose hacia mis hijas. —¡Oh, Jesús! ¡No! ¡No! —Comencé a bajar la escalera, pero Nathan me detuvo. —¡Quédate en la azotea! ¡Tú eres la mejor tiradora! ¡Yo iré a por ellas!

A regañadientes, asentí y subí de nuevo a mi posición en la azotea. Sabía que él tenía razón, y lo mejor que podía hacer por mis hijas era eliminar a los infectados desde las alturas. Nathan, Skeeter y Bryce, con varias armas en la mano, corrieron para llegar a mis hijas antes de que lo hiciera cualquier otra cosa.

Jenna y Halle seguían corriendo hacia la casa, pero serían detenidas por la manada que caminaba a través del campo hacia ellas. No tenían ni idea de lo que se escondía detrás del trigo, pero no dejaron de correr, incluso cuando comencé a disparar al campo.

—¡Jesús! ¡Jesús, Scarlett! —dijo Miranda. Se arrastró hacia la escalera y luego bajó, corriendo a toda velocidad hacia la carretera, gritando para que las chicas se apresuraran.

Ashley la persiguió por unos pocos escalones antes de que Miranda la señalara. —¡Quédate con los niños, Ashley! ¡Quédate con los niños!

Ashley le dio un arma a su hermana, y luego me miró. Presioné mi mejilla contra el rifle, mirando a través de la mira. Tiré de la palanca del cerrojo, apunté y apreté el gatillo, matando al primer infectado. Alejé mi cara. —¡Corre, Jenna! ¡Corre a la casa! ¡Están en el campo! ¡En el campo!

Jenna desaceleró y miró alrededor. No podía verlos venir.

—¡Corre! —grité.

Jenna miró detrás suyo, tomó la mano de Halle, y corrió hacia Nathan y Skeeter. Podía oír a los chicos llamando a mis hijas, instándolas a que se apuraran. Podía oír el grito de miedo de Halle llevado por el aire húmedo de la noche de verano.

Tiré del cerrojo de nuevo, apunté y disparé. Tomando otra bala, la cargué en la cámara, y repetí el proceso. Tuve tanta práctica en el verano que apenas tenía que ver las balas, pero cuantos más caminantes derribara, más parecía haber.

El primer infectado salió desde el trigo. Jenna se detuvo y se echó hacia atrás con tanta fuerza que cayó, llevando a Halle con ella.

Seguí disparando, y los chicos y Miranda gritaban para atraer la atención de la manada. Un muro de cuerpos se había creado entre mis amigos y mis hijas, con infectados desplegándose en ambas direcciones.

Las chicas se abrazaron y gritaron. —¡Mami! —gritó Jenna—. ¡Mami!

Me tragué el miedo y seguí disparando, enfocándome en los caminantes muertos que se acercaban a mis hijas. Estaba segura de que Nathan y los otros mataban cosas no muertas en su camino, pero las chicas estaban indefensas.

Mis manos temblaban mientras recargaba, pero me obligué a estar concentrada, a matar a lo que sea que se acercara a mis hijas. De repente, Nathan salió del campo opuesto y agarró a las chicas. Al principio gritaron, y luego Nathan las puso detrás de él. Apunté al infectado más cerca de él y lo mate, pero había tres más detrás de ese, y no pude recargar lo suficientemente rápido.

Nathan empujó al más cercano, pero mientras recargaba sonó un disparo. El infectado cayó. Skeeter recargó y volvió a disparar. A través de la mira, podía ver a Nathan decirles algo a las niñas. Ellas asintieron, y luego desaparecieron en el campo hacia el norte.

Mi corazón casi explotó cuando las perdí de vista, pero continúe matando a lo que fuera que quisiera seguirlas. Un horrible grito de sufrimiento me hizo buscar frenéticamente por la zona a través de la mira. Encontré a Bryce, luchando contra los caminantes delante de él, pero siendo atacado por la espalda. A quemarropa, Miranda disparó al atacante de Bryce en la sien, y luego cayó con su novio en el suelo. No podía decir dónde estaba herido, pero ambos estaban cubiertos con la sangre de Bryce.

Alejé la barbilla de rifle, y me obligué a recargar y buscarlos de nuevo. Miranda corría rápidamente, tirando de Bryce con una mano, disparando con la otra.

—¡No! —gritó, apuntando a los caminantes cercanos a ella—. ¡Ayúdanos!

Disparé a uno detrás de otro. Skeeter también, pero Miranda solo se las arregló para disparar dos veces más antes de que media docena de monstruos la ocultaran de la vista y luego comenzaran a alimentarse. Cuando sus gritos de pura angustia llenaron el aire, cerré los ojos con fuerza. El rifle de Skeeter estalló. Incluso después de que Skeeter terminara su sufrimiento, los ecos de sus gritos quedaron en los campos de trigo de los alrededores durante unos momentos.

Levanté la mirada, viendo a Nathan, Jenna y Halle salir del campo y correr por el camino hacia el porche. Observé a las chicas hasta que Ashley las reunió en la seguridad de la casa, y luego miré por la mira de nuevo. Nathan corrió hacia el rebaño con mi hacha para ayudar a su cuñado. Tanto como quería ir dentro de la casa y abrazar a mis

bebés, sabía que ninguno de nosotros estaba a salvo hasta que el último de la manada estuviera muerto.

En un momento, era como si fueran interminables, y al siguiente solo quedaban algunos. Disparé, Skeeter disparó y Nathan lanzó el hacha. Los cuerpos yacían en el camino y las zanjás. Parecía una escena sacada de una película de terror, una masacre. Nathan y Skeeter no regresaron a la casa, en su lugar se quedaron con los cuerpos de Miranda y Bryce. Estaban tumbados juntos, masticados y ensangrentado. Skeeter sacó una pistola y le disparó a Bryce en la cabeza. Él ya se había asegurado de que Miranda no volvería... gastar otra bala no era necesario.

Subí por la escalera, y me quedé en shock cuando vi a Jenna y a Halle empujar la puerta de tela metálica y enterrar su cara contra mí. No estaba segura de si me derrumbé, o si lo hicieron ellas, pero las tres estábamos sentadas en un desastre sollozante en el porche.

Ashley se quedó cerca de nosotras por un momento, y luego comenzó a correr hacia el camino. Sus gemidos eran la música de fondo de mi reencuentro con mis hijas. Elleny y Zoe estaban en la puerta en estado de shock, ninguna de ellas parecía ser capaz de dar sentido a lo que acababa de suceder, ni de la escena en el porche. Parecía que todo el mundo estaba llorando, tanto lágrimas de felicidad como de tristeza.

La noche estaba cayendo, y Skeeter y Nathan guiaron a Ashley de nuevo a la casa. Ella sollozaba, luchando por quedarse con su hermana. Skeeter la obligó a caminar el resto del camino hacia la casa.

Nathan observó a Ashley y a Skeeter hasta que desaparecieron detrás de la puerta y luego miró a mi familia, ofreciendo una pequeña sonrisa. —Tienes unas hijas increíbles.

—¿Miranda? —pregunté, ya sabiendo la respuesta.

Suspiró. —Bryce fue atacado. Ella intentó salvarlo. No llegué a tiempo.

La cara de Halle estaba enterrada bajo mi brazo, y sus dedos sucios se clavaron en mi piel. Besé su cabeza. —Vamos, chicas. Las tengo. Entremos.

Nathan nos ayudó a levantarnos, y entramos juntos. Las chicas estaban sucias, y no podía estar segura, pero me pareció que aún llevaban la misma ropa que tenían la última mañana que las vi.

No podía dejar de mirarlas o sonreírles. Casi no parecía real.

—Vimos tu mensaje —dijo Jenna, intentando no llorar.

Sacudí la cabeza. —¿Dónde está su padre?

—Fue mordido —dijo Halle en voz baja.

—Nos hizo dejarlo —dijo Jenna, su voz temblando—. Nos obligó.

—Shhh, Shhh —dije, abrazándolas a ambas—. ¿Cuánto hace que están solas? —No sabía por qué preguntaba. No estaba segura de si quería saber, o si importaba.

—No lo sé —dijo Jenna—. ¿Una semana? Creo.

—Guau —dijo Skeeter—. Fuertes como su mamá.

Jenna sonrió, asintió y apoyó su cabeza en mi pecho. —Eso también es lo que dijo papá cuando lo dejamos. Dijo que lo lograríamos porque éramos fuertes como tú.

Mire a Nathan, quien sostenía a Zoe y a Ellery cerca. Me hizo sentir enferma pensar que mis pequeñas y dulces chicas habían estado solas tanto tiempo, y no estaba segura de si quería saber por lo que habían pasado durante ese tiempo.

—Si no hubieras abierto el camino para ellas, hubiera sido difícil que salieran de Shalot solas, sino imposible —dijo Nathan—. Tenía razón. No era para nada.

Asentí y abracé a mis niñas de nuevo. —Vamos, bebés. Vamos a limpiarlas — Halle se quejó, pero besé su cabello—. Están a salvo. —Miré a Jenna—. ¿Cuándo fue la última vez que comieron? ¿O durmieron?

Sus cejas se juntaron. —Ha pasado un tiempo.

La tiré contra mi pecho. —Bien. Bueno, eso terminó ahora. ¿Nathan?

—Estoy en eso —dijo él, yendo directamente a la cocina.

Ayudé a las chicas a lavarse, y cepillar su cabello. Era tan surrealista, hacer algo tan normal mientras escuchaba su atemorizante viaje. Me senté con ellas en la mesa y las observe meter comida en sus bocas, y una vez que sus estómagos estuvieron llenos, las llevé al cuarto de Bryce y Miranda, y las metí ahí.

En la otra habitación, podía oír a Nathan tarareando para Zoe y Elleny.

Halle envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca, fuerte. —No te vayas, mami.

Sacudí la cabeza, llevé su mano a mi boca y le di un beso. —Nunca nos volveremos a separar.

—¿Lo prometes?

—Lo *prometo*. Son tan valientes —dije, besando la frente de Halle y luego mirando a Jenna a los ojos y tocando su mejilla—. Tan valientes.

Las chicas se instalaron y en diez minutos ambas dormían profundamente. Nathan entró y las miró por un momento con una sonrisa. —Son preciosas.

—Gracias —dije, tomando una respiración profunda para retener el sollozo en mi garganta.

—¿Dormirás aquí? —preguntó.

Asentí. —En la silla. Así puedo estar aquí cuando se despierten. Probablemente olviden dónde están.

Nathan se arrodilló a mi lado y besó la piel sensible debajo de mi oreja.

Me apoyé contra él. —¿Dónde está Ashley?

—Skeeter está con ella. Se siente bastante sola.

—Me lo imagino —suspiré.

—Ambos perdieron al amor de su vida. Tienen esa horrible cosa en común, y se pueden ayudar entre ellos a superarlo.

Nos abrazamos por un tiempo, observando a mis bebés dormir. Jenna se sobresaltó un par de veces, incapaz de escapar de la lucha por sobrevivir ni siquiera en sueños. Esperaba que con el tiempo pudiera descansar tranquila de nuevo... que todos pudiéramos.

—No puedo dejar de mirarlas —susurré—. Una parte de mí tiene miedo de que si aparto la mirada o me duermo vayan a desaparecer.

—Confía en mí, están aquí. Están a salvo, y lo mantendremos de esa forma.

Lo miré, toqué su cara y presioné mis labios contra los suyos. —Realmente no entendí cuando dijiste que el fin del mundo era lo mejor que te había ocurrido, y como estaba tan cerca de la perfección. Pero ahora que toda nuestra familia está aquí... a salvo... lo entiendo.

—Nuestra familia, ¿eh? —Sonrió.

—Finalmente están aquí —dije, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Sonreí cuando un pensamiento al azar surgió en mi cabeza—. Cuatro chicas. Estás en inferioridad numérica.

—Creo que puedo manejarlo.

Me reí una vez. —Te amo.

Sus cejas se levantaron, y sonrió como si esas palabras lo hicieran tan feliz que doliera. —*Ahora* es perfecto.

EPÍLOGO

Scarlet

Traducido por Sofi Fullbuster

Corregido por Melii

Jenna estaba concentrada, ignorando el sudor goteando cerca de sus grandes ojos cafés. Descansó la culata del rifle contra su hombro. Era su cumpleaños número quince, y Skeeter la llamaría en cualquier momento para que lo acompañara a caminar por el campo. Por alguna razón, había decidido que en los cumpleaños de todos les retaría a una competición de disparos. El ganador conseguiría una lata de duraznos, una exquisitez que guardábamos para ocasiones especiales. De alguna manera, incluso aunque Skeeter pudiera vencer a cualquiera de nosotros, en su cumpleaños siempre parecía perder por un pelo con todos los demás.

—Voy a vencerlo de verdad este año, mamá.

—Oh, ¿en serio? —dije, mirando alrededor del perímetro. Era mi turno de hacer guardia, incluso aunque había pasado casi un año desde el brote y los pocos teds que quedaban estaban tan podridos que no se necesitaba mucho esfuerzo para tumbarlos. Empujarlos al suelo y pisar sus cabezas funcionaba normalmente. Era como aplastar una lata de soda; su interior era papilla. Incluso Ellen y había matado algunos de esa forma.

Aunque aún tomábamos turnos en la parte de arriba del techo del rancho. Un ataque sorpresa aún era peligroso, especialmente en un día como este, cuando todos estarían corriendo alrededor, celebrando, olvidando ser cuidadosos. Miré hacia las cruces debajo del roble. Ahora crecía césped en los montículos establecidos de la tierra de las tumbas.

Ashley salió al porche y miró hacia Jenna y hacia mí, sosteniendo su mano encima de sus ojos para protegerlos del resplandor. —¿Vas a venir o qué? —dijo, sonriendo.

Jenna se las arregló para dedicarle una media sonrisa. —Sólo estoy centrando mi visión.

—Vas a sorprenderlo —dije, codeando su brazo.

—Voy a sorprender a todos.

Con eso, Jenna bajó por la escalera cuidadosamente y llegó al porche. Llegó hasta donde estaba Ellen y enlazaron sus brazos. A través del último año, habían desarrollado lazos y se convirtieron en mejores amigas, ambas soportando una realidad que ningún niño de su edad debería cargar. Ellen, con la pesadilla que sufrió con Kevin, y Jenna, con la culpa de dejar morir a su padre. A excepción de esa primera noche, no durmió

por la noche en meses, torturada por los últimos momentos que pasó con su padre. Elleny entendió su dolor de una forma que nadie más podría, y luego eran inseparables.

—¡Mami! —me llamó Halle, empujando sus lentes sobre el puente de su nariz—. ¿Vas a venir?

—No, señora. Estoy de guardia.

—Ah —se quejó, pateando la tierra.

Nathan salió al porche llevando a Zoe en un brazo y alzando a Halle con el otro. Besó la mejilla de Halle. —Te llevaré, muñequita. —Nathan me miró y me guiñó un ojo, y luego siguió a Elleny y a Jenna a campo abierto.

Miré alrededor del perímetro, revisando varias veces para ver lugares a través de mi escopeta, y luego girando para observar a mi feliz familia marchando hacia el lugar que Skeeter había montado para la competición.

Ashley se quedó atrás, de pie junto a las tumbas de su padre, su hermana y Cooper. Miró hacia las cruces que había hecho meticulosamente para ellos con cariño, articulando palabras que no podía escuchar. Finalmente, la puerta delantera se abrió y apareció Skeeter. Caminó hacia Ashley y puso tiernamente un brazo alrededor de su cintura. Estuvieron de pie allí por un momento, con Ashley inclinada contra su pecho. Skeeter se inclinó hacia delante para besar su mejilla y luego tomó su mano, alejándola.

Skeeter y Ashley se habían respaldado el uno al otro por un largo tiempo después de que perdimos a todos. Su amistad se volvió algo más, lo que en realidad no era una sorpresa, pero era interesante observarlos quererse mientras aún se lamentaban y amaban a Jill y a Cooper. Vivíamos en un extraño nuevo mundo, donde incluso las relaciones requerían un nuevo entendimiento.

Mientras todos los que amaba caminaban de la mano o en los brazos de alguien, un familiar y aún extraño sonido hizo eco en la distancia. Tan pronto como escuché el sonido, sabía lo que era, pero había pasado tanto tiempo desde que escuchamos o incluso vimos un avión que era fácil creer que podría ser mi imaginación.

Me erguí en el techo, tratando de distinguir la dirección de la que provenía el tenue y turbulento sonido de aire. Me giré, sosteniendo una mano sobre mis ojos para bloquear el destellante sol. El sonido de motores de aviones estaba presente, pero los propios aviones no. Nathan, las niñas, Ashley y Skeeter se detuvieron en el campo, cada uno de sus rostros alzados hacia el cielo.

El sonido se acercaba, y sin siquiera notarlo, se encontraban sobre nosotros, dos reactores cazas planeaban uno al lado del otro, dirigiéndose hacia el sur.

Instintivamente, le grité a Jenna, y también por instinto, ella cogió a Halle de los brazos de Nathan y corrió hacia la casa. Todos huyeron hacia el porche, hablando al mismo tiempo con tonos emocionados.

—¿A dónde crees que van? —preguntó Ashley en voz alta, probablemente dirigiéndose a mí.

—Parece que Wichita. Está a cerca de una hora y media por este camino, ¿cierto? —respondí.

Jenna alentó a Halle a subir por las escaleras, donde ambas se sentaron cerca de mí. Los aviones estaban fuera de la vista, pero mantuvimos nuestros ojos en el horizonte.

Nathan puso a Zoe sobre sus pies. —A esa velocidad, creerías que ya estarían allí ahora.

Tan pronto como Nathan terminó su frase, una brillante luz eclipsó el sol, y luego se formó una nube en forma de seta, extendiéndose por kilómetros en el cielo. Cada uno de nosotros la miró con incredulidad. Recordé ver nubes en forma de setas en la televisión, pero en persona... no parecía real.

—¿Qué es eso? —preguntó Halle, finalmente rompiendo el silencio.

—¿Fue una bomba nuclear? —dijo Ashley, su tono señalando su latente pánico.

—¿A cuánto estamos de Wichita? ¿A kilómetros? —preguntó Skeeter.

Nathan se encogió de hombros. —Como a setenta, apuesto.

—Deberíamos haber quedado atrapados. No sé qué tipo de bomba es esa, pero...

—Oh, Dios mío —dije, viendo una ola de tierra elevarse por el horizonte. Se dirigía hacia nosotros—. ¡Corre, Jenna! ¡Corre!

Nathan y yo ayudamos a las niñas a bajar por las escaleras, y bajé unos cuantos peldaños, saltando el resto cuando vi que la nube se acercaba rápidamente. —¡Entren! —grité. Cerré la puerta y corrí para conseguir toallas para poner debajo de esta. Ashley y Skeeter sacaban las mantas que usábamos para cubrir las ventanas por la noche, y Nathan estaba empujando toallas bajo la puerta trasera.

Nos paramos en la sala de estar, jadeando y mirándonos mutuamente. Negué con la cabeza hacia Nathan, sin saber qué más hacer. Un rugido brotó desde afuera. Jenna, Halle y Elleny corrieron hacia mí, y las abracé, observando a Nathan hacer lo mismo con Zoe.

Ashley se metió bajo el brazo de Skeeter y lo miró. —¿Qué haremos?

Skeeter escaneó la habitación mientras el rugido crecía. —Agáchense todos.

Nos acurrucamos juntos, esperando hasta que la ola se encontraba sobre nosotros. El marco de madera de la granja chirrió ante la explosión, y la tierra chocó contra la pared norte externa. Las tres ventanas de ese lado estallaron, lanzando vidrio sobre todo la mesa del comedor y el suelo. Mantuve las cabezas de las niñas hacia abajo, rezando.

Tan pronto como la ola nos golpeó, se fue. Nos miramos lentamente, preguntándonos qué hacer a continuación.

Ashley olfateó. —¿Estamos lo suficientemente lejos si hubiese radiación?

—No puedo creerlo —dijo Nathan—. No puedo creer que bombardearan la ciudad. ¿Un año después de que comenzó? No tiene sentido.

—Tal vez las ciudades están perdidas, y esta es su forma de limpiarlas —dijo Skeeter—. Pueden eliminar muchos teds de esa forma.

—Entonces, ¿eso significa que no hay una cura? —dijo Elleny.

—No sabemos nada aún —dije. Halle estaba hecha un ovillo en mi regazo, temblando—. Shhh, cariño. Todo va a estar bien.

—¿Van a bombardearnos? —preguntó Jenna.

—No —dije—. Estamos muy lejos de todos...

—Pero, ¿qué con Shallot? —preguntó Elleny—. Está llena de teds. ¿Qué pasa si dejan caer una bomba así de cerca de nosotros?

Sacudí la cabeza. —No creo que lo hagan, cariño. La mayoría de los teds se habían ido. Probablemente a Wichita.

—Espero que no quedase ningún sobreviviente —dije Ashely—. Que pasara tanto tiempo y luego que esto sucediera. Qué horrible.

—No creo que alguien sobreviviera tanto en las ciudades —dijo Skeeter—. Creo que todos deberíamos quedarnos aquí por ahora. Esperar hasta que el aire esté limpio. Vamos a ver cómo actúa Butch los próximos días, ver los efectos secundarios. No veo por qué se arriesgarían a dejar caer una bomba nuclear. Una normal habría funcionado.

Nathan asintió. —Estoy de acuerdo. No tiene sentido lo que hicieron.

—Bien —dije. Me levanté, empujando a las niñas conmigo—. ¿Escucharon eso? Las fiesta de cumpleaños se hará aquí dentro.

La boca de Jenna se torció hacia un lado. Ahuequé su rostro en mis manos. —Primero que nada. Hay una lata de duraznos con tu nombre en ella.

—¿Puedo comer uno, Jenna? ¿Por favoooooor? —suplicó Halle.

Las dejé para ir al sótano. Nathan me siguió. Saqué la lata del estante y lo miré por debajo de mi frente. —No sobrevivimos todo este tiempo para morir de intoxicación por la radioactividad, ¿cierto? No dijiste eso sólo para hacernos sentir mejor, ¿no?

Nathan sacudió la cabeza y me empujó hacia sus brazos. —No, amor. Skeeter tiene razón. ¿Qué punto tendría que utilizaran una bomba radioactiva? A menos que tuvieran una razón específica para usarla, no creo que tenga mucho sentido.

—¿En serio?

—En serio.

Respiré profundamente y lo apreté. Incluso con su promesa, un sofocante sentido de temor me consumía. Jenna y Elleny gatearon hacia la ventana y tiraron de la sábana.

—¡Mamá! ¿Es nieve?

Me levanté y caminé hacia la ventana, mirando a través de una raja entre los bordes. —No —dije suavemente, mirando los mullidos y oscuros pedazos que flotaban hasta el suelo.

—Es el polvo de la explosión, ¿no? —preguntó Skeeter.

Nathan se inclinó hacia delante para conseguir una mejor vista a través de la rajad más grande. —El polvo no es radiactivo. Podría sólo ser polvo y restos de la explosión que se disparó en el aire.

Todo el mundo llevó mantas y almohadas al sótano esa noche, esperando que poner otro nivel más entre nosotros y las cenizas que cubrían el césped afuera nos daría un poco más de protección. Al anochecer, se había acumulado lo suficiente de ella en el suelo como para lucir como una sábana de lana sucia.

Después de que las niñas se durmieran, Skeeter y Nathan discutieron lo que el polvo —radioactivo o no— podría hacerle a nuestra agua, y otras aterradoras cosas hasta que Ashley les pidió que se detuvieran. Aunque era demasiado tarde; incluso después de que nos acomodamos y tratamos de dormir, me sorprendí a mí misma mirando al techo, preocupada.

Nathan besó mi sien. —Creo que vamos a estar bien, Scarlet. En serio.

—Pero ¿y si no? ¿Cómo podré salvar a nuestras hijas de esto?

Nathan no respondió, lo que me asustó incluso más.

Mis ojos pesaban lo suficiente como para permanecer cerrados cuando Skeeter se movió hacia una de las pequeñas ventanas que había a lo largo de la parte superior de la pared al este. Se puso de puntillas, y apenas podía conseguir un vistazo.

—Maldita sea —dijo suavemente.

—¿Qué? —dijo Nathan. No era tan alto como Skeeter, por lo que saltó una vez. Intercambiaron miradas.

—¿Qué están viendo? —dije, apoyándome sobre los codos.

Los hombres corrieron hacia las escaleras. Sus pasos sólo se hicieron más rápidos cuando cruzaron la cocina y la sala de estar. Me desenredé de mi camastro y los seguí, jadeando cuando vi el porqué estaban tan sorprendidos. La ceniza aún caía, y el cielo se veía gris como un nublado día de invierno.

—¿Va a llover? —dije.

—No —dijo Nathan, sus ojos moviéndose entre la ceniza descendiente y la acumulada—. Los restos están en la atmósfera.

—¿Por cuánto tiempo estará de esta forma? —pregunté.

Nathan sacudió la cabeza. —No lo sé, cariño. —Me miró, por primera vez con auténtica preocupación en su voz—. No lo sé.

* * *

Seis días después de la explosión, comenzábamos a sentir los efectos de estar encerrados. Las niñas discutían, y los adultos se enojaban rápidamente. Sin ser capaces de cazar, fuimos forzados a hacer mella en los preciados productos enlatados de la despensa.

Me erguí en el sótano, sosteniendo tres latas de alubias carilla, y dejé que las lágrimas fluyeran. Ashley cogió las latas de mis brazos e apoyó su mejilla contra la mía.

—Todo va a estar bien, ¿vale? Sólo estás frustrada, pero todo va a salir bien.

Asentí y limpié mis ojos, tomando las latas de nuevo. —Sí. Vamos a estar bien.

—Bien —dijo Ashley, dando un suspiro de alivio. No estaba exactamente convencida, pero quería creerme, así que era fácil de engañar.

Caminamos escaleras arriba, saludando a las niñas que ya se encontraban sentadas en la mesa del comedor. Nathan me dio una segunda mirada, sabiendo inmediatamente que había estado molesta. Saqué un abridor de latas de un cajón y comencé a poner alubias en los platos de todos, notando la ausencia de nuestra usual discusión feliz a la

hora de comer —o cualquier discusión en absoluto. Las niñas miraban hacia sus cuencos, luciendo perdidas, pero Skeeter y Nathan parecían no tener ninguna palabra tranquilizadora que ofrecer.

—Cuando esté limpio afuera, vamos a hacer finalmente la fiesta de cumpleaños de Jenna —dije, uniéndome a los demás en la mesa—. Ha estado trabajando realmente duro para vencerte, Skeeter.

Skeeter forzó una pequeña sonrisa. —Oh, ¿en serio, Jenna?

Jenna no alejó la mirada de su cuenco. No habló. La desesperanza en su rostro rompió mi corazón.

—¿Cariño? —dije silenciosamente. Su mirada perdida se alzó para encontrarse con la mía—. No va a ser así para siempre. Lo prometo.

Jenna se giró lentamente hacia la sala de estar para mirar por la ventana. Sus ojos se abrieron de par en par y se levantó. —¡Mamá!

Por primera vez en casi una semana, no estaban cayendo cenizas del cielo. Miré hacia Jenna, y luego a Nathan. Todos se levantaron al mismo tiempo y corrieron hacia la ventana, y luego suspiros de alivio y risas llenaron la casa.

Elleny puso su mano en la puerta, pero Nathan la detuvo. —Aún no.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no? —preguntó Jenna, sus ojos llenándose instantáneamente de lágrimas.

Nathan comenzó a responderle, pero se detuvo. La pausa que lo siguió fue llenada por un distante y repetitivo golpeteo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ashley. Escuchó de nuevo—. ¿Es eso lo que creo que es?

Un oscuro helicóptero pasó por encima, y luego hizo su camino de regreso. Lo observamos con asombro mientras giraba, cerniéndose sobre la carretera por un momento, y luego bajando, aterrizando más allá de la boca de la calle. Cuatro hombres armados salieron, y repentinamente, estaba más asustada de ellos que de la ceniza. Trotaron a través del césped hacia el porche, y todos saltamos ante el golpe en la puerta.

—Elleny, lleva a las niñas al sótano —dije, manteniendo mis ojos en la puerta.

—Pero... —comenzó.

La puerta se abrió y Nathan se paró frente a mí protectoramente.

Los hombres no pertenecían a las fuerzas armadas. Parecían más como SWAT, vestidos de negro desde la cabeza hasta los pies y con grandes cascos con mascarillas. El hombre al frente miró hacia sus compinches, tan sorprendido de vernos como nosotros a ellos.

Las hélices del helicóptero aún zumbaban, así que el hombre al frente habló casi a gritos. —¡Soy el cabo Riley Davis, señor! ¡Estoy buscando a Skeeter McGee!

Ashley agarró el brazo de Skeeter, sus ojos muy abiertos.

—Ese soy yo —dijo Skeeter.

—Tengo a la señorita April Keeling en el helicóptero. La trajimo desde Fairview. ¡Dijo que podría haber sobrevivientes aquí, incluyéndolo, señor! —dijo el cabo. Las esquinas de su boca se alzaron—. ¡Estoy feliz de ver que tenía razón!

Skeeter se volvió hacia Ashley. —¡April! ¡De la iglesia! —Se volvió hacia el cabo—. ¿Sus hijas?

—Todas bien, señor.

—La ceniza —dijo Nathan—. La explosión. ¿Sabe algo sobre eso?

—Sí, señor. La fuerza aérea ha sido ordenada para centrarse en las mayores concentraciones de infectados, señor.

—Pero ¿es radioactiva? —pregunté.

—No, señora —dijo el cabo—. El polvo son sólo restos de la explosión inicial. Se han centrado en las grandes ciudades.

—¿Así que no queda nada? ¿Nada de nada? —pregunté.

—Las ciudades han sido invadidas, señora —dijo el cabo Davis—. Están quemando todo. Aunque estamos llevándonos a los sobrevivientes lejos de aquí.

Miré hacia Nathan, y luego de regreso al cabo Davis. —Defina *todo*. ¿Cómo de lejos llegó el brote?

El rostro del cabo cayó. —A todas partes, señora. Está en todas partes.

Nathan se removió. —¿Van a bombardear las afueras de las ciudades?

—Van a dejar los campos, no se preocupe —dijo el cabo, poniendo el arma en su hombro.

Dejé escapar un suspiro de alivio, y miré hacia la cocina. Las niñas miraban por la esquina. Les dije que estaba bien si se nos unían. Después de unos momentos de vacilación, una por una, se apresuraron a mi lado.

El cabo miró a las niñas. —Habríamos venido hace días, pero la ceniza atasca los helicópteros. Lo siento, señor, pero no tenemos mucho tiempo. ¿Son todos? Fuimos instruidos para recoger a todos los sobrevivientes dispuestos y llevarlos a nuestras instalaciones.

Nathan me miró y luego al cabo de nuevo. —¿Instalaciones? ¿Dónde?

—Cerca de setenta kilómetros al sur de nuestra posición, señor. El hospital McKinney.

—Eso no es una instalación —dije, mi mente corriendo. Había pasado mucho desde que vimos a alguien; era mucho para comprender a la vez.

El cabo sonrió. —Lo es ahora. Hemos construido paredes y reincorporado el agua corriente. Estamos trabajando en la electricidad ahora.

Ashley se volvió hacia Skeeter, una amplia sonrisa en su rostro ante la posibilidad de esos lujos.

—¿Cuántos sobrevivientes hay? —preguntó Nathan.

La boca del cabo se torció hacia un lado. Podía ver que quería darnos mejores noticias. —No tantos como nos gustaría, pero llegan nuevos civiles cada día. Lo siento, señor, pero deberíamos irnos. Oscurecerá pronto, y casi no nos queda combustible.

Nathan y Skeeter intercambiaron miradas, y luego Nathan se volvió hacia mí. — ¿Qué piensas?

Sacudí la cabeza. Era una gran decisión para tomar en ese momento. No sabíamos quiénes eran estos hombres. Podríamos llegar a McKinney y encontrarnos en un campamento para prisioneros de guerra, o podría ser un santuario.

Miré hacia las niñas. —Quieren llevarnos a algún lugar seguro.

Las cejas de Jenna se arquearon. —Estamos a salvo aquí.

Zoe miró a Jenna y luego reflejó su expresión. —Y probablemente no nos van a dejar llevarnos a Butch.

Sonreí, besé sus frentes, y luego me volví hacia Nathan. Asintió y luego miró a Skeeter y Ashley.

—¿Nos vamos a quedar? —preguntó Ashley. Buscó en los rostros de los demás, y luego respiró profundamente, una determinada sonrisa en su rostro. Se volvió hacia el cabo—. Nos quedaremos.

—¿Señor? —le dijo el cabo a Skeeter.

Skeeter apretó a Ashley contra su costado. —Déjele saber a April que apreciamos que los haya enviado, chicos, pero lo estamos haciendo bien aquí.

El cabo miró a sus hombres, quienes lucían desconcertados, y luego de regreso a nosotros. —Si cambian de parecer, anclen algo brillante como una manta en el techo. Vamos a estar haciendo rondas. ¡Buena suerte, señor!

El cabo sostuvo una pequeña radio junto a su boca. —Pedro a HQ, ¿me escuchas? Cambio.

Un hombre al otro lado de la radio confirmó a través de una chirriante conexión.

—Sí, estamos fuera de Red Hill. Los civiles han decidido quedarse, cambio.

Después de una corta pausa, la radio chirrió de nuevo. —Recibido.

El cabo asintió hacia nosotros, y los hombres giraron hacia el helicóptero. Después de unos momentos, se encontraba en el aire y fuera de la vista.

—¡Hay más personas! —dijo Zoe, sonriendo. Aplaudió una vez y entrelazó sus dedos.

El cielo estaba casi limpio, finalmente vaciándose del polvo de la explosión. Subí por la escalera, y uno por uno, los demás me siguieron. Nos paramos allí, capaces de ver por kilómetros en cada dirección. A través de los pasados meses, se habían visto menos muertos vivos. Antes de la explosión, había pasado casi un mes desde que el último había deambulado demasiado cerca del rancho. No podíamos estar seguros del porqué. Tal vez todos habían emigrado a la ciudad, o tal vez otros como nosotros estaban erradicando más caminantes cada día. Eventualmente, la tierra estaría libre de ellos. No viviríamos en el miedo por siempre.

Nathan alcanzó mi mano y suspiró, compartiendo mi tácito alivio al haber tomado la decisión correcta. En Red Hill, hacíamos nuestro propio destino; criando a nuestras niñas de la manera más segura que podíamos, y protegiéndonos los unos a los otros en un mundo hecho de pesadillas e incertidumbre. Los ocho habíamos hecho un lugar aquí, estábamos más que sobreviviendo. Estábamos viviendo.

Zoe y Halle se aferraban a mis piernas, mirando la etérea escena. El rancho y sus alrededores estaban totalmente cubiertos con ceniza, gris y monocroma, excepto por un pequeño tramo de la roja carretera de tierra que había sido descubierta por las violentas

hélices del helicóptero. Era exactamente como debería lucir el fin del mundo. Sonreí y apreté la mano de Nathan. Si el último año me había enseñado algo, era que el final sólo nos dirigía a una cosa: un comienzo.

FIN



SOBRE EL AUTOR



Jamie McGuire es la autora reconocida por el *New York Times* por otras cinco novelas: *Walking Disaster*, *Beautiful Disaster*, *Providence*, *Requiem* y *Eden*. Ella y su esposo, Jeff, viven con sus hijos en las afueras de Enid, Oklahoma, con tres perros, seis caballos, y un gato llamado Rooster. Por favor visítala en www.jamiemcguire.com

TRADUCIDO, CORREGIDO & DISEÑADO POR:



<http://www.librosdelcielo.net/forum>